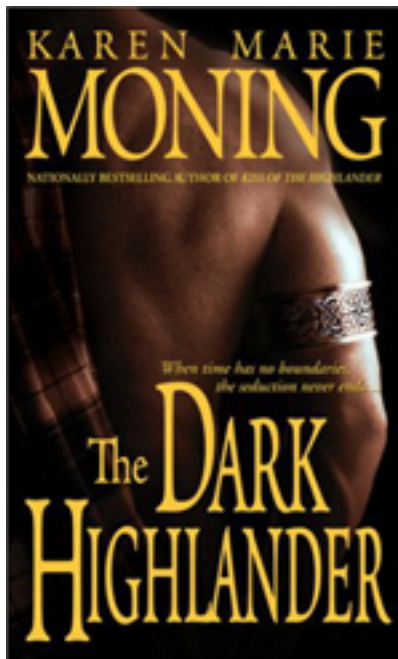


*Karen Marie Moning – El Highlander Oscuro*

## El Highlander Oscuro

*(The Dark Highlander)*

Karen Marie Moning



**Traducción:** Gillean K.

**Corrección:**

Ana María (Scar)

Nancy (Misao Sotome)

*El tiempo es la moneda de tu vida.  
Es la única moneda que tienes,  
y sólo tú puedes determinar cómo será gastada  
Ten cuidado, no dejes que otras personas la gasten por ti.*

CARL SANDBURG

## Primer Prólogo

En un lugar difícil de concebir para la humanidad, una especie de hombre —lo divertía hacerse conocer entre los mortales con el nombre de Adam Black— se acercó a un estrado cubierto por un toldo de seda y se arrodilló ante su reina.

—Mi reina, el Pacto ha sido roto.

Aoibheal, reina de los *Tuatha de Danaan*, guardó silencio por mucho tiempo. Cuando finalmente se volvió hacia su consorte, su voz goteaba hielo.

—Convoca al Concejo.

## Segundo Prólogo

Miles de años antes del nacimiento de Cristo, se estableció en Irlanda una raza llamada *Tuatha de Danaan* que, con el paso del tiempo, se hizo conocida como la Raza Verdadera, o Raza de las Hadas.

Una civilización avanzada de un mundo lejano, los *Tuatha de Danaan* educaron a algunos de los humanos más prometedores que hallaron en las enseñanzas Druidas. Por un tiempo, hombres y hadas compartieron la Tierra en paz, pero fatalmente, una amarga separación nació entre ellos, y los *Tuatha de Danaan* decidieron mudarse hacia otros

sitios. La leyenda afirma que se dirigieron “bajo las colinas” en “montículos de hadas” o “túmulos”. La verdad es que nunca dejaron nuestro mundo, pero mantienen su corte fantástica en lugares difíciles de encontrar para la humanidad.

Después de que los *Tuatha de Danaan* se marcharan, los Druidas humanos guerreararon entre sí, separándose en distintas órdenes. Trece de ellos recurrieron a las artes oscuras y —gracias a lo que los *Tuatha de Danaan* les habían enseñado— casi destruyeron la Tierra.

Los *Tuatha de Danaan* emergieron de sus lugares secretos y detuvieron a los Druidas Oscuros antes de que lograran dañar la Tierra más allá de toda reparación. Despojaron a los Druidas de su poder, dispersándolos hacia los rincones más lejanos de la Tierra. Castigaron a los Trece que se había vuelto Oscuros lanzándolos a un lugar entre dimensiones, encarcelando sus almas inmortales en una prisión eterna.

Los *Tuatha de Danaan* eligieron entonces una ascendencia noble, la de los Keltar, para usar el conocimiento sagrado y reconstruir y nutrir la tierra. Juntos, negociaron el Pacto: el tratado que controlaba la convivencia entre sus razas. Los Keltar hicieron muchos votos de compromiso con los *Tuatha de Danaan*; ante todo, que nunca usarían el poder de las piedras estáticas —que otorgaban al hombre que conociera las fórmulas sagradas la habilidad de moverse a través del espacio y el tiempo— para logros personales o fines políticos. Los *Tuatha de Danaan* prometieron muchas cosas a cambio, ante todo, que nunca apagarían el alma de un mortal. Ambas razas, durante mucho tiempo, acataron los compromisos hechos ese día.

Durante los siguientes milenios, los MacKeltar peregrinaron hacia Escocia y se establecieron en las Highlands, en el territorio ahora llamado Inverness. Aunque la mayor parte de su historia antigua, desde el tiempo de su colaboración con los *Tuatha de Danaan*, se perdió más tarde en las nieblas de su pasado distante y pasó al olvido, y aunque desde entonces no hubiera precedentes de que un Keltar hallara a un *Tuatha de Danaan*, nunca se desviaron del rumbo de su propósito jurado.

Comprometidos para servir para el bien de la humanidad, ningún MacKeltar rompió jamás su juramento sagrado. En las pocas ocasiones que debieron abrir una portilla a otros tiempos dentro del círculo de piedras, fue por la más noble de las razones: para proteger a la Tierra de un gran peligro. Una leyenda antigua sostiene que si un MacKeltar rompe su juramento y usa las piedras para viajar a través del tiempo con propósitos personales, las innumerables almas de los Druidas más Oscuros, atrapados entre dimensiones, lo reclamarán y lo transformarán en el Druida más Oscuro y espantosamente poderoso que el género humano alguna vez haya conocido.

A finales del siglo XV, nacieron los hermanos gemelos Drustan y Dageus MacKeltar. Como sus antepasados antes que ellos, protegieron la antigua tradición, nutrieron la tierra y guardaron el codiciado secreto de las piedras estáticas.

Hombres honorables, sin corrupción, Dageus y Drustan honraron fielmente sus votos.

Hasta una fatídica noche, en un momento de pena cegadora, en que Dageus

MacKeltar violó el Pacto sagrado.

Cuando su hermano Drustan resultó muerto a causa de un incendio, dentro de la torre donde dormía su sueño de quinientos años, Dageus entró en el círculo de piedras y regresó en el tiempo para impedir la muerte de Drustan. Tuvo éxito, pero entre dimensiones, fue tomado por las almas de los Druidas malignos, quienes no han sentido los sabores, o tocado, o hecho el amor, ni danzado o competido por el poder por casi cuatro mil años.

Ahora, Dageus MacKeltar es un hombre con una buena conciencia y Trece malas. Aunque puede mantenerse fuerte durante algún tiempo, su plazo se hace más y más corto.

El Druida más Oscuro actualmente reside en la calle 70 del este de Manhattan, y es allí donde nuestra historia comienza.

## Capítulo 1

### *El día presente.*

Dageus MacKeltar caminaba como un hombre y hablaba como un hombre, pero en la cama, era un animal salvaje.

La abogada criminalista Katherine O'Malley llamaba a las cosas por su nombre, y ese hombre era *Sexo* a secas, con una S mayúscula. Ahora que se había acostado con él, estaba arruinada para otros hombres.

No era justo que él se viera de esa manera, con su cuerpo esculpido, la piel vertida como terciopelo de oro sobre sus rasgos acerados y cincelados, y su sedoso pelo negro. O la sonrisa tan perezosa, completamente arrogante que ofrecía el paraíso a una mujer. Y lo entregaba. Cien por ciento de satisfacción garantizada.

No eran incluso los exóticos ojos dorados bordeados por gruesas pestañas negras bajo sus cejas sesgadas.

Era lo que le hacía.

Él era sexo como nunca había tenido en su vida, y Katherine había mantenido relaciones sexuales durante diecisiete años. Había pensado que lo había visto todo. Pero cuando Dageus MacKeltar la tocaba, se estremecía hasta lo más profundo de su ser. Esquivo, cada movimiento lisamente controlado, cuando él se despojaba de su ropa, se quitaba cada onza de esa disciplina rígida y se convertía en un bárbaro salvaje. Follaba con la intensidad del último propósito de un hombre en la antesala de la muerte, a punto de ser ejecutado al amanecer.

Solamente pensar en él hacía que lugares bajo su vientre se tensaran. Hacía que su piel se sintiera dilatada, demasiado tirante sobre sus huesos. Hacía que su respiración se moldeara corta y afilada.

En ese momento, de pie en la antecámara fuera de la puertaventana esmaltada de su exquisito *penthouse* en Manhattan con vista a Central Park, que se le adecuaba como una segunda piel, rigurosamente elegante, blanco, negro, cromo y duro, se sintió intensamente viva, cada nervio de su cuerpo electrizado. Inspirando profundamente, dio vuelta el picaporte y empujó la puerta para abrirla.

No estaba nunca cerrada. Como si él no temiera estar a unos cuarenta y tres insignificantes pisos por encima del destello y los filos cortantes de la ciudad. Como si hubiera visto lo peor que Nueva York tenía para ofrecer y lo encontrara todo ligeramente divertido. Como si la ciudad pudiera ser grande y mala, pero él fuera más grande y peor.

Entró, inspirando el perfume sustancioso de las rosas y la madera de sándalo. La música clásica se derramaba a través del lujoso cuarto, el *Réquiem* de Mozart, pero ella sabía que más tarde él podría tocar a Nine Inch Nails<sup>1</sup> con la misma facilidad que estirar su cuerpo desnudo contra la pared de ventanas con vista hacia el Conservatorio Water, embistiéndola hasta que gritara su liberación a las luces brillantes de la ciudad debajo.

Sesenta codiciados pies cuadrados<sup>2</sup> de la Quinta Avenida en el East Side, y ella no tenía idea de qué hacía él para ganarse la vida. La mayor parte del tiempo, no estaba segura de querer saberlo.

Empujó las puertas para cerrarlas tras ella y dejó que los suntuosos pliegues de su abrigo de cuero se derramaran hasta el piso, revelando sus altos muslos coronados con ligas de encaje negro, haciendo juego con las bragas, y un breve sostén que levantaba y enseñaba sus pechos llenos a la perfección. Vio momentáneamente su reflejo en las ventanas oscurecidas y sonrió. A los treinta y tres, Katherine O'Malley se veía bien. Y debería hacerlo, pensó, arqueando una ceja, con tanto ejercicio como hacía en la cama de él. O en el piso. O atravesada en el sofá de cuero. O en su Jacuzzi de mármol negro.

Una oleada de lujuria la hizo sentir mareada, y respiró profundamente para desacelerar los latidos de su corazón. Se sentía insaciable. Una vez o dos, había jugueteado con el pensamiento escandaloso de que él no podría ser humano. Que tal vez fuera algún mítico dios sexual, quizá Priapus<sup>3</sup> cautivado por los habitantes necesitados

---

<sup>1</sup> Nine Inch Nails: famoso concertista de piano prohibido en la década de los 90 en las radios americanas. Puedes escuchar parte de sus creaciones en <http://nothing.nin.net/>, <http://www.theninhotline.net/> y la página en español <http://www.nin.com.ar/>. (N. de la T.)

<sup>2</sup> Aproximadamente, unos 182 m<sup>2</sup>. (N. de la T.)

<sup>3</sup> Priapus o Príapo: personaje de la mitología que tenía el “defecto” de tener su miembro constantemente erecto. El priapismo es una enfermedad que consta de estos síntomas. (N. de la T.)

de la ciudad que nunca dormía. O alguna criatura de una tradición olvidada por mucho tiempo, un *Sidhe*<sup>4</sup> que tuviera la habilidad de aumentar el placer de los mortales a extremos que de otra manera jamás podrían saborear.

—Katie, chica—. La voz masculina flotó hacia abajo del dúplex de quince cuartos, oscuro y rico, su acento escocés haciéndole pensar en humo de turba, piedras antiguas y whisky añejo.

Sólo Dageus MacKeltar podría salirse con la suya con llamar a Katherine O'Malley “Katie, chica”.

Mientras él descendía la escalera corva y entraba en la sala de estar de treinta pies<sup>5</sup> con sus cielos rasos abovedados, chimenea de mármol y vista panorámica del parque, ella se quedó inmóvil, bebiendo su imagen.

Él llevaba puestos pantalones de lino negros, y ella sabía que no habría nada debajo, excepto el cuerpo más perfectamente masculino que alguna vez había visto. Su mirada flotó suavemente sobre sus hombros anchos, hacia abajo por su pecho duro y sus abdominales marcados, demorándose en las cuerdas gemelas de músculo que se separaban la parte inferior de su estómago y se enterraba en sus pantalones, tentando a sus ojos para continuar.

—¿Lo suficientemente bueno como para comerme?—. Sus ojos dorados brillaron intensamente mientras recorrían su cuerpo—. Ven—. Él extendió su mano—. Muchacha, me quitas el aliento. Tus deseos son mis órdenes esta noche. Sólo tienes que

---

<sup>4</sup> Sidhes: Los sidhe son la realeza y aristocracia del mundo de las hadas.

La sola presencia de un sidhe inspira una reverencia sobrenatural. La visión de un sidhe en su auténtica forma captura los corazones de los mortales y la esencia del Ensueño. La pasión feérica corre profunda por sus venas, y el amor o la venganza nunca se olvidan. Los ideales de los sidhe son siempre los más fieros y costosos. No importa el camino que elijan, los sidhe están lejos de los humanos y siempre se elevan por encima de aquellos con los que se asocian.

La bendición y la maldición de los sidhe es la de vivir más profundamente en el mundo del Ensueño de lo que la mayoría de los duendes podrá hacerlo jamás. Este estado de soñar despiertos da a la mayoría de los sidhe una mirada perdida y un aire extraviado. Las canciones de los bardos dicen que los mayores sidhe viven a la vez en el pasado, el presente y el futuro. Atormentados por sus sueños, los hermosos sidhe son extraños en un mundo humano.

Los sidhe parecen humanos de belleza ultraterrena; sus cuerpos son perfectos, sus rasgos agradables y su cabello está ricamente coloreado. Son etéreos y muestran un toque de tristeza incluso cuando ríen. Altos y esbeltos, son fieros y majestuosos, con largas orejas puntiagudas, rasgos angulosos y mirada imponente. Sus ojos son de colores extraños pero vivos, como violetas o plateados. Raramente llevan otra cosa que ropajes de la mejor calidad. Igual que los sidhe ocupan posiciones de estima en las cortes de la Estirpe, suelen ocupar también posiciones valiosas en el mundo mortal. La riqueza y los privilegios les son comunes, y se espera que vivan vidas opulentas. Aquellos que no lo logran a menudo se vuelven resentidos y caen en un estado mental Oscuro.

Extraído de *Kith-sidhe: qué son los Sidhe*. Utopía Ehre. (N. de la T.)

<sup>5</sup> Aproximadamente, unos 90 m<sup>3</sup>. (N. de la T.)

decírmelos.

Su pelo largo color medianoche, tan negro que parecía azul oscuro, igual que la sombra de su barba, en la incandescencia ámbar de las luces diferidas se derramaba desde un hombro musculoso hasta su cintura, y ella inhaló en una respiración rápida.

Conocía el tacto de esos cabellos barriendo sus pechos desnudos, rozando sus pezones, cayendo más bajo, a través de sus muslos, mientras él la hacía alcanzar el clímax después de elevarla a las alturas.

—Como si necesitara decir algo. Tú sabes lo que quiero antes de que lo haga yo misma—. Ella oyó el filo en su voz, supo que él la oía también. La ponía nerviosa cuán bien la entendía: antes de que ella supiera lo que deseaba, él se lo daba.

Eso lo hacía peligrosamente adictivo.

Él sonrió, pero realmente esa sonrisa no alcanzó sus ojos. Katherine no estaba segura de que alguna vez lo hubiera visto alcanzar sus ojos. Nunca se alteraban: solamente observaban y esperaban. Como los ojos dorados de un tigre, lo de él eran vigilantes pero lejanos, divertidos pero distantes. Ojos hambrientos. Ojos de depredador. Más de una vez, ella había querido preguntar lo que veían esos ojos de tigre. Qué meditaban, qué diablos parecían esperar, pero en el gozo de su cuerpo duro contra el de ella, lo olvidaba una y otra vez, hasta que estaba de regreso en el trabajo y era demasiado tarde para preguntar.

Había estado acostándose con él por dos meses, y no sabía más acerca de él ahora que el día que lo había conocido en *Starbucks*, frente a *O'Leary, Banks y O'Malley*, donde era socia, gracias en parte a su padre, el O'Malley de la firma, y en parte a su propia falta de compasión. Una mirada a los seis pies y cuatro pulgadas<sup>6</sup> de hombre misteriosamente seductor sobre el borde de su taza de su *café au lait*, y ella había sabido que tenía que tenerlo. Podría haber tenido algo que ver con la forma en que él había cerrado los ojos ante ella mientras perezosamente había lamido la crema batida de su *moka*, haciéndola imaginar esa lengua erótica haciendo cosas mucho más íntimas. Podría haber tenido algo que ver con el puro y ardiente calor sexual que él emitía, pero sabía que tenía mucho que ver con el peligro que emanaba de él. Algunos días, se preguntaba si lo defendería como a uno de sus controvertidos clientes en los meses o años venideros.

Ese mismo día se habían conocido y habían rodado a través de su alfombra berberisca blanca, desde la chimenea hasta las ventanas, forcejeando silenciosamente por la posición dominante, hasta que a ella no le había importado cómo la tomara él, siempre que lo hiciera.

Con una reputación de lengua afilada como hoja de afeitar y una mente para respaldarla, ella nunca, ni una sola vez, la había vuelto contra él. No tenía idea de cómo mantenía su lujoso estilo de vida, cómo había obtenido sus colecciones obscenamente caras de arte y armas antiguas. No sabía dónde había nacido, o incluso cuándo era su

---

<sup>6</sup> Aproximadamente, 1.95 m (Wow!). (N. de la jadeante T.)

cumpleaños.

En el trabajo, mentalmente preparaba su interrogatorio, pero inevitablemente las preguntas minuciosas se atascaban en su lengua en el momento que lo veía. Ella, la despiadada interrogadora de la sala de tribunal, estaba cohibida al hablar en su dormitorio. En ocasiones, se relacionaban en formas infinitamente más apacibles. El hombre era un verdadero maestro de lo erótico.

—¿En el limbo, muchacha? ¿O simplemente decidiendo cómo me quieres?— ronroneó él.

Katherine se humedeció los labios. ¿Cómo *lo quería*?

Ella *lo quería* fuera de su sistema, sin mantenerse esperando la siguiente vez que se acostara con él: el sexo no podía ser tan enloquecedor. El hombre era demasiado peligroso para involucrarse emocionalmente con él. Justamente el día anterior, se había demorado en *Mass*, rezando para superar su adicción *por favor, Dios mío, pronto*. Sí, él calentaba su sangre, pero había algo en él que enfriaba su alma.

Pero entretanto, estaba desesperadamente fascinada mientras imaginaba exactamente cómo lo tendría. Siendo una mujer fuerte, se sentía excitada por la fuerza de un hombre autoritario. Caería esa noche tumbada desgarradamente sobre su sofá de cuero. Él enterraría los puños en su pelo largo, embistiéndola desde atrás. Mordería su nuca cuando ella llegara.

Inspiró agudamente, dio un paso adelante, y él ya estaba junto a ella, arrastrándola hacia la alfombra gruesa. Los labios firmes, sensuales, con un indicio de crueldad, se cerraron sobre los de ella mientras la besaba, los ojos dorados estrechándose.

Había algo acerca de él que bordeaba el terror, pensó ella mientras el hombre inmovilizaba sus manos contra el piso y se levantaba sobre ella, demasiado hermoso, demasiado lleno de secretos oscuros para que, sospechaba, alguna mujer pudiera conocerlo, y que hacía el sexo tanto más exquisito, con ese borde fino de peligro.

Fue su último pensamiento coherente por un largo, largo tiempo.

Dageus MacKeltar apoyó las palmas contra la pared de ventanas y se quedó con la mirada fija en la noche, su cuerpo separado de una caída de cuarenta y tres pisos por un simple cristal de vidrio. El zumbido suave de la televisión se escuchaba casi perdido en el chapoteo de la lluvia contra las ventanas. Unos pocos pies a su derecha, la pantalla de sesenta pulgadas reflejaba dentro del vidrio brillante a David Boreanaz, interpretando a *Angel*, el torturado vampiro con un alma. Dageus observó el tiempo suficiente como para ver que era un episodio repetido, luego dejó su mirada flotar suavemente de regreso a la noche.

El vampiro siempre encontraba al menos una resolución parcial, y Dageus había comenzado a temer que para él no habría ninguna. Nunca.

Además, su problema era algo más complicado que el de *Angel*. El problema de *Angel* era tener un alma. El problema de Dageus era tener una legión de ellas.

Pasando una mano a través de su pelo, estudió la ciudad debajo. Manhattan: apenas unas veintidós millas cuadradas, habitada por casi dos millones de personas. Y estaba la metrópoli misma, con siete millones de personas apretujadas dentro de trescientas millas cuadradas.

Era una ciudad de proporciones grotescas para un Highlander del siglo dieciséis, una inmensidad puramente inconcebible. Cuando había llegado por primera vez a la ciudad de Nueva York, había paseado alrededor del *Empire State Building* por horas. Ciento dos pisos, diez millones de ladrillos, el interior de treinta y siete millones de pies cúbicos<sup>7</sup>, mil doscientos cincuenta pies<sup>8</sup> de alto, golpeado por relámpagos en un promedio de quinientas veces al año.

¿Por qué el hombre construía tales monstruosidades?, se había preguntado. Por pura locura, se había respondido el Highlander.

Y era un buen lugar para llamar hogar.

La ciudad de Nueva York había cautivado la oscuridad dentro de él. Había hecho su guarida en el corazón que pulsaba en ella.

Un hombre sin clan, paria, nómada, se había quitado al hombre del siglo dieciséis como un tartán demasiado raído por el uso y había ejercido su intelecto formidable de Druida para asimilar el siglo veintiuno: el lenguaje nuevo, las costumbres, la tecnología increíble. Sin embargo, había todavía muchas cosas que no entendía: ciertas palabras y expresiones lo dejaban completamente perplejo, y la mayoría de las veces, pensaba en latín, gaélico o griego y traducía precipitadamente las palabras para adaptarlas con una notable exactitud.

Siendo un hombre que poseía el conocimiento esotérico para abrir un puente a través del tiempo, había esperado cinco siglos para encontrar al mundo convertido en un lugar vastamente diferente. Su comprensión de la tradición Druida, la geometría sagrada, la cosmología y las leyes naturales de lo que el siglo veintiuno llamaba *física*, habían simplificado las maravillas del mundo nuevo que él debía comprender.

Y no era porque frecuentemente no actuara como un estúpido. Lo hacía. Volar en un avión lo había conmocionado enormemente. La ingeniería y la construcción fabulosa de los puentes de Manhattan lo habían mantenido absorto durante días.

La gente, el abundante caudal de personas, lo desconcertaban. Sospechaba que siempre lo harían. Había una parte del Highlander del siglo dieciséis que nunca podría cambiar. Esa parte siempre extrañaba los espacios totalmente abiertos de cielo estrellado, leguas y leguas de colinas ondulantes, campos interminables de brezos y las

---

<sup>7</sup> Unos 11.277.600 m<sup>3</sup>. (N. de la T.)

<sup>8</sup> Unos 381 metros. (N. de la T.)

muchachas escocesas alegres y bonitas.

Se había aventurado a América porque había esperado que peregrinando lejos de su amada Escocia, de los lugares llenos de poder como las piedras estáticas, podría disminuir la posesión del mal antiguo dentro de él.

Y los había afectado: aunque sólo había desacelerado su descenso a la oscuridad, no los había extinguido. Día a día, él continuaba cambiando... se sentía más frío, menos conectado, menos encadenado a la emoción humana. Más dios desligado, menos hombre.

Pero cuando hacía el amor... och, entonces estaba vivo. *Entonces* sentía. Sólo entonces, no iba a la deriva en un mar sin fondo, oscuro y violento, sin siquiera un trozo insignificante de madera al que aferrarse. Hacer el amor con una mujer alejaba la oscuridad, reestablecía su humanidad esencial. Alguna vez un hombre de apetitos inmensos, ahora era insaciable.

*No soy enteramente oscuro aún*, gruñó provocadoramente a los demonios enroscados dentro de él. Los que aguardaban su momento con silenciosa certeza, su marea oscura corroyéndolo tan firme e indiscutiblemente como el océano cambiaba la forma de una orilla rocosa. Él entendía sus métodos: el mal verdadero no asaltaba agresivamente: permanecía tímidamente quieto y silencioso... y seductor.

Y estaba allí cada día la elevada prueba de lo que ganaban, en las cosas pequeñas de las que no se daba cuenta que estaba haciendo hasta después de que estuvieran hechas; cosas aparentemente inofensivas, como encender el fuego en su chimenea con un movimiento de su mano y un murmurado trino, o abrir una puerta o una persiana con un susurro manso, o el convocar impacientemente uno de sus medios de transporte favoritos, un taxi, sólo con una mirada.

Eran cosas pequeñas, incluso triviales, pero él sabía que cosas como esas estaban lejos de ser inofensivas. Sabía que cada vez que usaba magia, se volvía un poco más oscuro, perdía otro poco de sí mismo.

Cada día era una batalla para lograr tres cosas: usar sólo la cuota de magia absolutamente necesaria a pesar de la tentación en continuo aumento; tener sexo dura, rápida y frecuentemente; y continuar coleccionando y registrando los tomos donde podría yacer la respuesta a su pregunta más absorbente: *¿existía una forma de deshacerse de los Oscuros?*

En caso de que no... bien, en caso de que no...

Pasó una mano a través de su pelo y suspiró profundamente. Sus ojos se estrecharon, observando las luces oscilantes más allá del parque, mientras tras de sí, en el sofá, la muchacha dormida soñaba el sueño de los completamente exhaustos. En la mañana, los círculos oscuros arruinarían los huecos delicados bajo sus ojos, grabando sus rasgos de fragilidad seductora. Sus juegos de cama siempre cobraban su precio en una mujer.

Dos noches atrás, Katie había mojado sus labios, y oh, tan casualmente, había dicho que él parecía estar aguardando algo.

Él había sonreído y la había rodado encima de su estómago. Había besado su dulce,

caliente y deseable cuerpo de pies a cabeza. Había arrastrado su lengua sobre cada pulgada, luego la había tomado, cabalgando sobre ella, y cuando había acabado, ella había gritado de placer.

Y ella, o había olvidado su pregunta, o había cambiado de opinión acerca de hacerla. Katie O'Malley no era tonta. Sabía que había mucho más de él de lo que realmente querría conocer. Lo quería por el sexo, nada más. Lo cual era estupendo, porque él era incapaz de dar nada más.

*Espero a mi hermano, muchacha, no le había dicho. Espero el día en que Drustan se canse de mi negativa de regresar a Escocia. El día que su esposa no esté tan embarazada que él tema dejar su lado. El día en que finalmente admita lo que ya sabe en su corazón, y que sin embargo tan desesperadamente finge no escuchar en mis mentiras: que soy oscuro como el cielo de la noche, pero con unos pocos parpadeos de luz que aún brotan dentro de mí.*

Och, sí, estaba esperando el día que su hermano gemelo cruzara el océano y viniera por él.

Ver el animal en que se había convertido.

Y si él permitía que ese día llegara, sabía que uno de ellos moriría.

## Capítulo 2

*Algunas semanas más tarde*

Al otro lado del océano, no en Escocia sino en Inglaterra, una tierra donde Drustan MacKeltar una vez erróneamente había afirmado que los Druidas escasamente poseían el suficiente conocimiento para tramar un simple hechizo de sueño, una conversación baja y urgente tenía lugar.

—¿Has establecido contacto?

—No me atrevo, Simon. La transformación no está completa aún.

—¿Pero han pasado muchos meses desde que los Draghar lo tomaron!

—Él es un Keltar. Aunque no puede ganar, todavía resiste. Es el poder el que lo corromperá, y él se rehúsa a usarlo.

Un silencio largo. Entonces Simon dijo:

—Hemos esperado miles de años su regreso, como nos ha sido prometido en la Profecía. Estoy cansado de aguardar. Fuérzalo. Dale una razón para *necesitar* el poder, no perderemos la batalla esta vez.

Un rápido asentimiento de cabeza.

—Me encargaré de ello.

—Sé sutil, Giles. No lo alertes aún de nuestra existencia. Cuando el tiempo sea el adecuado, yo lo haré. Y si algo sale mal... bien, tú sabes qué hacer.

Otra inclinación de cabeza rápida, una sonrisa de anticipación, un revoloteo de tela y su compañero se había ido, dejándolo solo en el círculo de piedras bajo un rojo amanecer inglés.

El hombre que había impartido la orden, Simon Barton-Drew, maestro de la secta Druida de los Draghar, recostado contra una piedra musgosa, distraídamente acariciaba el tatuaje de la serpiente alada en su cuello, su mirada fija derramándose sobre los antiguos monolitos. Un hombre alto, delgado con pelo rojizo salpicado de canas, una cara lupina y estrecha y descontentos ojos grises que no dejaban escapar nada, había sido honrado con que el momento propicio hubiera llegado bajo su gobierno. Había estado esperando treinta y dos años ese momento, desde el nacimiento de su primer hijo, que había coincidido con el día en que había sido iniciado en el santuario interior de la secta. Había algunos como los Keltar, que habían servido a los *Tuatha de Danaan*, y algunos como él mismo, que servían a los Draghar. La secta Druida de los Draghar había mantenido la fe por miles de años, dejando la Profecía en herencia de una generación a la siguiente: la promesa del regreso de sus líderes antiguos, la promesa de que ellos los conducirían hacia la gloria. La promesa de que les retornarían todo el poder que los *Tuatha de Danaan* les habían robado hacía tanto tiempo.

Él sonrió. Qué apropiado que uno de los valiosos Keltar de los propios *Tuatha de Danaan* contuviera en su interior el poder de los Draghar antiguos, la liga de los Trece Druidas más poderosos que alguna vez habían existido. Qué poético que aquellos protegidos de los *Tuatha de Danaan* finalmente fueran quienes los destruirían.

Y reivindicarían el lugar por derecho de los Druidas en el mundo. No como habían permitido que el mundo creyera que habían sido, tontos que recogían el infame árbol de muérdago para abrazarse y besarse bajo él.

Sino como gobernantes del género humano.

—Tienes que estar bromeando— espetó Chloe Zanders, apartando su largo cabello rizado de la cara con ambas manos—. ¿Quieres que lleve el tercer *Libro de Manannan* (y sí, sé que es sólo una reproducción de una porción del original, pero aún así es invaluable), a un hombre en el East Side que probablemente comerá palomitas de maíz mientras lo manosea? Porque no es como si realmente vaya a ponerse a leerlo. Las partes que no están en latín están en gaélico antiguo—. Con los puños en su cintura, miró encolerizadamente a su jefe, uno de los varios procuradores de la colección medieval

instalada en *Los Claustros* y *The Met*<sup>9</sup>—. ¿Para qué lo necesita? ¿Lo dijo?

—No le pregunté—contestó Tom, encogiéndose de hombros.

—Oh, eso es genial. No preguntaste—Chloe meneó su cabeza incrédulamente. Aunque la copia en la que sus dedos yacían delicadamente en ese momento no estaba iluminada, y tenía apenas unos cinco siglos de antigüedad —casi mil años menos que los textos originales que residían en el Museo Nacional de Irlanda—, eran un sagrado trozo de historia, y exigían extrema reverencia y respeto. No debía ser llevado por la ciudad, y confiado a las manos de un desconocido.

—¿Cuánto donó?— preguntó irritada. Sabía que un soborno de algún tipo debía haber cambiado de manos. Uno no “revisaba” cosas de *Los Claustros* más de lo que podía pasearse hasta el *Trinity College* y pedir prestado el *Libro de Kells*.

—Un *skean dhu* del siglo quince adornado con joyas y una invaluable espada de Damasco— dijo Tom, sonriendo beatíficamente—. La espada de Damasco data de las Cruzadas. Ambos han sido autenticados.

Una ceja delicada se levantó. La reverencia apagó de pronto el tono de ofensa.

—Wow. ¿Realmente? ¡Un *skean dhu*!—. Los dedos de la muchacha se ensortijaron de anticipación—. ¿Los tienes ya?

Antigüedades: amaba a todas y cada una de ellas, desde las singulares cuentas de un rosario con las escenas enteras de la Pasión esculpidas en ella, hasta los Tapices de Unicornios y la espléndida colección de espadas medievales.

Pero especialmente amaba todas las cosas escocesas, que le recordaban al abuelo que la había criado. Cuando sus padres habían muerto en un accidente automovilístico, Evan MacGregor había entrado en escena y se había llevado a la devastada niña de cuatro años de edad a un nuevo hogar en Kansas. Orgulloso de su herencia, dotado con un volátil temperamento escocés, él la había nutrido con su amor hacia todas las cosas celtas. Era el sueño de Chloe ir un día a Glengarry, ver el pueblo en el cual él había nacido, visitar la iglesia en la cual se había casado con su abuela, andar a lo largo de los páramos inundados de brezos bajo una luna plateada. Tenía su pasaporte listo, en espera de ese sello precioso; simplemente tenía que ahorrar suficiente dinero.

Le podría llevar otro año o dos, especialmente ahora con el costo de vida en Nueva York, pero lograría llegar. Y no podía esperar. Desde niña, había sido arrullada a la hora de dormir, en noches incontables, por el acento suave de su abuelo mientras tejía cuentos fantásticos de su tierra natal. Cuando había muerto cinco años atrás, había estado desolada. Algunas veces, sola en la noche en *Los Claustros*, se encontraba a sí misma hablándole en voz alta, sabiendo que aunque él habría odiado la vida de ciudad más aún que ella misma, hubiese amado la carrera que había elegido: conservar las antigüedades y las viejas costumbres.

Sus ojos se estrecharon mientras la risa de Tom hacía pedazos su ensueño. Él reía

---

<sup>9</sup> The Met: El Museo Metropolitano de Nueva York. (N. de la T.)

ahogadamente por la transición veloz desde el tono de insulto hacia la admiración en su voz. La joven se contuvo y empastó una apariencia ceñuda en su cara otra vez. No era muy duro hacerlo: un desconocido iba a tocar un texto invaluable. *Sin supervisión*. ¿Quién sabía qué podría ocurrir?

—Sí, ya los tengo, Chloe. Y no pedí tu opinión de mis métodos. Tu trabajo es trabajar con los registros.

—Tom, tengo un Master en Civilizaciones Antiguas y hablo tantos idiomas como tú. Siempre has dicho que mi opinión cuenta. ¿Lo hace o no?

—Por supuesto que cuenta, Chloe— dijo Tom, poniéndose serio velozmente. Se quitó las gafas y empezó a pulirlas con una corbata que lucía su acumulación usual de manchas de café y migas de donas de jalea—. Pero si no hubiera estado de acuerdo, él iba a donar las espadas al *Royal Museum* de Escocia. Sabes cuán inflexible es la competición por las antigüedades de calidad. Entiendes la política. El hombre está bien económicamente, es generoso, y tiene una colección magnífica. Podríamos persuadirlo para dejarnos alguna suerte de herencia a su muerte. Si quiere algunos días con un texto de quinientos años de edad, uno de los menos apreciados en lo que a eso se refiere, va a tenerlo.

—Si llega a manchar con palomitas de maíz las páginas, voy a matarlo.

—Precisamente por eso te pedí que trabajaras para mí, Chloe; amas esas viejas cosas tanto como yo. Adquirí dos tesoros más hoy, así que sé una buena chica y *entrega el texto*.

Chloe bufó. Tom la conocía demasiado bien. Había sido su profesor de historia medieval en la Universidad de Kansas antes de que hubiera obtenido ese puesto como procurador. Un año atrás, la había buscado en Kansas, donde ella había estado trabajando en una deprimente excusa de museo, y le había ofrecido un empleo. Aunque había sido difícil dejar la casa en la que había crecido, llena de tantos recuerdos, no había podido rechazar la oportunidad de trabajar en *Los Claustros*, sin importar el impresionante choque cultural que había sufrido. Nueva York era fría, brillante, hambrienta y mundana, y en medio de su sofisticación impenetrable, la rural chica de Kansas se había sentido desesperadamente torpe.

—¿Qué, se supone que simplemente caminaré por allí con esta cosa metida bajo mi brazo? ¿Con el *Fantasma Gaulish*<sup>10</sup> acechando allí afuera?—. Últimamente había habido una erupción de robos de escritos célticos provenientes de colecciones privadas. Los medios noticiosos habían apodado al ladrón el *Fantasma Gaulish*, porque robaba sólo artículos celtas y no dejaba pistas, apareciendo y desapareciendo como un fantasma.

—Haz que Amelia lo empaquete para ti. Mi coche espera enfrente. Bill tiene el nombre del hombre y su dirección; te conducirá allí y rodeará la manzana mientras

---

<sup>10</sup> Gaulish Ghost: El Fantasma Celta. He preferido dejar la palabra Gaulish como en el original para no restarle sonoridad. (N. de la T.)

subes un momento. Y no acoses al hombre cuando lo entregues— agregó él.

Chloe rodó sus ojos y suspiró, pero recogió el texto con delicadeza. Cuando estaba casi fuera de la puerta, Thomas dijo:

—Cuando regreses te mostraré las espadas, Chloe.

Su tono era amigable pero divertido, y demostraba que la conocía demasiado bien. *Sabía* que ella se apresuraría a regresar para verlas. Sabía que ella pasaría por alto sus engañosos métodos de adquisición una vez más.

—Un soborno. Un vergonzoso soborno— masculló ella—. Y *no me hará* aprobar lo que hiciste—. Pero ya ansiaba tocarlas, recorrer con un dedo el metal frío, soñar con las épocas remotas y los lugares antiguos.

Criada con los valores del medio oeste, idealista hasta la médula, Chloe Zanders tenía una debilidad, y Tom la conocía. *Pon algo antiguo en sus manos y se convierte en arcilla*. ¿Y si era antiguo y escocés? Jesús, estaba desahuciada.

Algunos días, Dageus se sentía tan viejo como el mal dentro de él.

Mientras hacía señas a un taxi para que lo llevara hacia *Los Claustros* para recoger la copia de uno de los últimos tomos que necesitaba examinar en Nueva York, no advirtió las miradas fascinadas de las mujeres que caminaban en la acera que se volvían al verlo pasar. No se dio cuenta de que, incluso en una metrópoli que bullía de diversidad, él sobresalía. No era nada que él dijera o hiciera; en apariencia no era sino otro hombre rico, pecadoramente guapo. Era simplemente la esencia del hombre, la forma en que se movía. Cada gesto que exudaba poder, algo oscuro y... prohibido. Era sexual de un modo que provocaba que las mujeres tejieran fantasías profundamente reprimidas para contar a sus terapeutas, y las feministas, del mismo modo, se encogieran de miedo al oírlas.

Pero él no se percataba de nada de eso. Sus pensamientos eran fuera de lo común, todavía cavilando sobre las tonterías escritas en el *Libro de Leinster*.

Och, lo que no daría por la biblioteca de su *pa*.

En lugar de eso, había obtenido sistemáticamente los escritos que todavía existían, agotando sus posibilidades antes de continuar corriendo más riesgos. Riesgos tales como pisar las islas de sus antepasados otra vez, algo que rápidamente empezaba a parecer inevitable.

Pensando en los riesgos, hizo una nota mental de devolver algunos de los volúmenes que había tomado *prestados* de colecciones privadas cuando los sobornos no lo habían logrado. No había razón para tenerlos en su poder mucho más tiempo.

Miró hacia arriba el reloj por encima del banco. Doce cuarenta y cinco. El procurador de *Los Claustros* le había asegurado que le entregarían el texto a primera hora de la mañana, pero aún no había llegado y Dageus se aburría de esperar.

Necesitaba información, información *precisa* acerca de los antiguos benefactores de los Keltar, los *Tuatha de Danaan*, esos “dioses y no dioses”, como el Libro de Cow Dun los llamaba. Habían sido quienes originalmente habían encarcelado a los Druidas Oscuros entre dimensiones, por lo tanto, deducía, habría una forma de reencarcelarlos.

Era imperativo que descubriera esa forma.

Mientras se deslizaba dentro del taxi, un trabajo tortuoso para un hombre de su tamaño, su atención fue atraída por una muchacha que salía de un coche en la cuneta, frente a ellos.

Ella era diferente, y fue esa diferencia la que atrajo su mirada. No tenía nada del brillo de la ciudad y era más preciosa por ello. Refrescantemente despeinada, encantadoramente libre de los artificios con los cuales las mujeres modernas realzaban sus caras, ella era una visión.

—Un momento— gruñó al conductor, observándola ávidamente.

Cada uno de sus sentidos se intensificó dolorosamente. Sus manos se convirtieron en puños a medida que el deseo, nunca saciado, lo inundaba.

En alguna parte de su ascendencia, la muchacha tenía sangre escocesa. Estaba allí, en las ondas rizadas de cabello color cobre y rubio que enmarcaban una cara delicada, con una mandíbula sorprendentemente firme. Estaba allí, en el color melocotón y crema del cutis y en los enormes ojos color verde mar que todavía miraban el mundo con admiración, advirtió él con una sonrisa débilmente burlona. Estaba allí, en un fuego que hervía lentamente, apenas bajo la superficie, de su piel perfecta. Pequeñita, deliciosamente redondeada donde contaba, con una cintura fina y piernas bien proporcionadas ceñidas por una falda ajustada, la muchacha era el sueño de un Highlander desterrado.

Él mojó sus labios y se quedó mirando, haciendo un ruido intenso en su garganta que era más animal que humano.

Cuando ella se inclinó a través de la ventana abierta del coche para decirle algo al conductor, la parte trasera de su falda se subió unas pocas pulgadas. Él inspiró agudamente, visualizándose a sí mismo detrás de ella. Su cuerpo entero se volvió tenso de lujuria.

*Cristo, ella es adorable. Sus curvas exuberantes podrían hacer revivir a un muerto.*

Ella se inclinó hacia adelante un poco más, mostrando más de esa curva dulce de la parte trasera de sus muslos.

La boca de Dageus se quedó ferozmente seca.

*No es para mí*, se advirtió a sí mismo, apretando los dientes y moviéndose para reducir la presión en su miembro repentina y dolorosamente duro. Sólo llevaba a muchachas experimentadas a su cama. Muchachas mayores en mente y cuerpo. No apestando, como lo hacía ella, a inocencia. A sueños brillantes y un bello futuro.

Frías y mundanas, con paladares y corazones cínicos, eran de la clase que un hombre podía tumbar y alejarse con una chuchería al amanecer.

*Ella* era del tipo que un hombre conservaba.

—Vamos— murmuró al conductor, arrancando a la fuerza su mirada fija de ella.

Chloe golpeó ligeramente su pie con impaciencia, apoyándose contra la pared al lado del escritorio de recepción. El maldito hombre no estaba allí. Había estado esperando durante quince minutos que se dignase a aparecer. Unos pocos momentos antes, le había dicho finalmente a Bill que siguiera sin ella, que tomaría un taxi de regreso a *Los Claustros* y se lo cargaría a la cuenta del Departamento.

Tamborileó impacientemente en el mostrador. Simplemente quería entregar su paquete e irse. Mientras más pronto se desembarazara de él, más pronto podría olvidar su parte en ese sórdido asunto.

Se le ocurrió que a menos que pudiera encontrar una alternativa, probablemente terminaría desaprovechando el día entero. Un hombre que vivía en la calle East sería un hombre acostumbrado a que otros esperaran a que *a él* le conviniera verlos.

Paseando la mirada alrededor, contempló una posible alternativa. Haciendo una respiración profunda y alisando su traje, remitió el paquete bajo su brazo y caminó a grandes pasos, enérgicamente, a través del elegante vestíbulo hacia el escritorio de Seguridad. Dos hombres musculosos tras él que lucían uniformes blancos y negros la observaron mientras ella se acercaba.

Cuando había llegado a Nueva York por primera vez el año anterior, había sabido instantáneamente que nunca estaría en la misma liga que mujeres de la ciudad. Pulidas y elegantes, eran como Mercedes, BMWs y Jaguares, y Chloe Zanders era un... Jeep, o tal vez un Toyota Highlander en un buen día. Su bolso nunca hacía juego con sus zapatos, aunque se consideraba afortunada si sus zapatos hacían juego entre sí. A pesar de todo, creía en trabajar con lo que uno tenía, así que hacía lo mejor que podía para meter un poco de encanto femenino en su forma de caminar, rezando que no se rompiera un tobillo en el proceso.

—Tengo una entrega para el señor MacKeltar— anunció, curvando sus labios en lo que esperaba fuera una sonrisa coqueta, tratando de suavizarlos lo suficiente para que le permitieran dejar la maldita cosa en algún lugar un poco más seguro. De ninguna manera se lo daría al adolescente cubierto de granos detrás del escritorio de recepción. Ni a esos brutos musculosos.

Dos miradas lascivas la barrieron de pies a cabeza.

—Estoy seguro que sí, cariño— pronunció el hombre rubio con lentitud. Le dirigió otra mirada minuciosa—. Tú no eres su tipo usual, sin embargo.

—El señor MacKeltar recibe *montones* de entregas— sonrió su compañero de pelo oscuro burlonamente.

*Oh, genial. Simplemente genial. El hombre es un mujeriego. Palomitas de maíz y sólo Dios sabe qué más en las páginas. Grr.*

Pero supuso que debería estar agradecida, se dijo a sí misma unos pocos minutos más tarde, mientras subía en el ascensor hasta el piso cuarenta y tres. La habían dejado acercarse al piso del *penthouse* sin acompañamiento, lo cual era asombroso en una lujosa propiedad del East Side.

*Déjalo en su antecámara; es lo suficientemente seguro*, había dicho el rubio, aunque su mirada, ofensivamente pegajosa, claramente le había dicho que creía que el paquete real era *ella*, y que no planeaba verla otra vez por algunos días, al menos.

Si Chloe hubiera sabido qué tan cierto era que realmente él no la vería otra vez durante días, *nunca* se hubiese subido a ese ascensor.

Más tarde, también reflexionaría que si sólo la puerta no hubiera estado sin llave, ella habría estado bien. Pero cuando llegó a la antecámara del señor MacKeltar, que desbordaba con frescas flores exóticas y estaba provista con sillas elegantes y alfombras magníficas, en todo lo que había podido pensar era que la Seguridad podría dejar entrar a alguna chica bonita y tonta, tal como lo habían hecho con ella, y la hipotética chica bonita podría arrancar una página del invaluable texto para envolver su goma de mascar, o algo igualmente sacrílego.

Entonces, suspirando, alisó su cabello y probó una de las contrapuestas.

Se deslizó silenciosamente al abrirse... cielos, ¿eran esos goznes enchapados en oro? Divisó su reflejo boquiabierto en uno de ellos. Algunas personas tenían más dinero que sentido común. Simplemente *uno* de esos estúpidos goznes pagaría la renta de su diminuto apartamento por meses.

Negando con la cabeza, entró y se aclaró la voz.

—¿Hola?— llamó, mientras se le ocurría que podría estar sin llave porque él había dejado a una de sus mujeres, aparentemente innumerables, allí.

—¡Hola, hola!— llamó de nuevo.

Silencio.

Y lujo. Como nunca había visto.

Recorrió con la mirada su entorno, e incluso entonces podría haber seguido bien si no hubiera divisado el glorioso *claymore* escocés pendiendo por encima de la chimenea en la sala de estar. Se acercó a ella como una polilla a la llama.

—Oh, tú, cosa primorosa, preciosa, espléndida y pequeña... tú...— tartamudeó, apresurándose a acercarse, prometiéndose a sí misma que iba a colocar el texto en la mesa para café de mármol, echar un rápido vistazo, y marcharse.

Veinte minutos más tarde, estaba en medio de una exploración cabal de la casa del hombre, su corazón martillando con nerviosismo, pero demasiado cautivado para detenerse.

—¿Cómo *se atreve* a permitir que su puerta esté abierta mientras no está?— se quejó, mirando ceñudamente un magnífico sable medieval casualmente sostenido contra la pared en una esquina. Maduro para ser desplumado. Aunque Chloe estaba orgullosa de sus principios morales, sufrió un deseo chocante de remeterlo bajo su brazo y salir a toda prisa.

¡El lugar estaba lleno de antigüedades, todas celtas, para el caso! Armas escocesas del siglo quince, si no erraba en sus cálculos —y raramente lo hacía—, adornaban una pared de la biblioteca. Un *regalia* escocés sin precio: *sporran*, insignia, y broches en perfecto estado, estaba colocado junto a una pila de monedas antiguas sobre un escritorio.

Ella lo tocó, lo examinó, y meneó incrédulamente la cabeza.

Aunque previamente había sentido poco menos que aversión hacia el hombre, se sentía más cercana a él por momentos, desvergonzadamente seducida por su gusto excelente.

Y sintiendo más curiosidad acerca de él con cada nuevo descubrimiento.

Nada de fotos, advirtió, paseando la mirada alrededor de los cuartos. Ni una. Le gustaría saber cómo sería el tipo.

Dageus MacKeltar. Qué nombre.

*No tengo nada contra Zanders*, el abuelo a menudo había dicho, *es un buen nombre, pero es tan fácil enamorarse de un escocés como de un inglés, muchacha*. Una pausa pesada. Un harumph. Luego, inevitable como la salida del sol: *Mucho más fácil, realmente*.

Sonrió, recordando cómo la había animado interminablemente a que ella se consiguiera un “apellido”.

Su sonrisa se congeló mientras entraba en el dormitorio.

Su deseo de saber cómo era él escaló al territorio de la obsesión.

Su dormitorio, su pecaminoso y decadente dormitorio, tenía una enorme cama esculpida a mano, rodeada de cortinas y cubierta con sedas y terciopelos, con una chimenea exquisitamente enlosada, un Jacuzzi de mármol negro en el cual podría sentarse sorbiendo champaña, contemplando el anochecer sobre Manhattan a través de una pared de ventanas. Docenas de candelas rodeaban la tina. Dos vasos yacían descuidadamente derrumbados sobre la alfombra berberisca.

Su perfume permanecía en el cuarto, perfume de hombre, especias y virilidad.

Su corazón tronó mientras la enormidad de lo que estaba haciendo la golpeaba. ¡Estaba fisgoneando en el *penthouse* de un hombre muy rico, y en ese momento estaba de pie en el dormitorio del hombre, por el bien del cielo! En la mismísima guarida donde él seducía a sus mujeres.

Y por el aspecto general de las cosas, sentía una marcada seducción por las bellas artes.

La alfombra de lana virgen, el terciopelo negro que encortinaba la cama monstruosa, las sábanas de seda bajo una suntuosa colcha de terciopelo color perla, espejos adornados meticulosamente y dignos de un museo, enmarcados en plata y obsidiana.

A pesar de las campanillas de advertencia en su cabeza, no podía obligarse a salir. Fascinada, abrió un armario, arrastrando sus dedos sobre la ropa hecha a medida, inspirando el perfume sutil, innegablemente sexual del hombre. Zapatos italianos exquisitos y botas revestían el piso.

Empezó a conjurar una imagen de fantasía de él.

Era alto (¡ella no iba a tener bebés pequeños!) y bien parecido, con un buen cuerpo, sin embargo no demasiado excepcional, y un ronco acento.

Sería inteligente, hablaría varios idiomas, (así podría ronronear palabras gaélicas de amor en su oreja), pero no demasiado pulido, e incluso un poco rudo: se olvidaría de afeitarse, cosas como esa. Sería un poco introvertido y dulce. Le gustarían las mujeres pequeñas y curvilíneas, cuyas narices estaban dentro de los libros tanto tiempo que se olvidaban de depilarse las cejas y peinarse y ponerse maquillaje. Mujeres cuyos zapatos no siempre hacían juego.

*Como si existieran.* La voz de la razón groseramente hizo estallar su burbuja de fantasía. *El tipo escaleras abajo dijo que tú no eras su tipo usual. Ahora sal de aquí, Zanders.*

E incluso entonces no habría sido demasiado tarde, todavía podría haber escapado si no se hubiera movido más cerca de esa cama pecaminosa, hubiera mirado a hurtadillas curiosamente y no sin un poquito de fascinación los sedosos pañuelos anudados alrededor de los postes de la cama, del tamaño de pequeños troncos de árbol.

La Chloe que había crecido comiendo hojuelas de maíz en Kansas se escandalizó. Nunca-en-toda-la-vida-un-hombre-iba-a... repentinamente, Chloe se sintió respirar superficialmente, por no decir más.

Temblorosamente evitando esa visión, y retrocediendo sobre unas piernas tambaleantes, casi no vio la esquina del libro asomando de debajo de su cama.

Pero Chloe nunca dejaba pasar un libro. Y menos uno antiguo, para el caso.

Momentos más tarde, con la falda retorcida alrededor de sus caderas, su paquete abandonado en una silla, la chaqueta del traje lanzada al piso, ella había excavado en su reserva escondida: siete volúmenes medievales.

Todos lo que había sido recientemente denunciado como robado por diversos coleccionistas.

¡Buen Dios, estaba en la guarida del demoníaco *Fantasma Gaulish!* Y no era extraño que tuviera tantas antigüedades: robaba cualquier cosa que quisiera.

Sobre sus manos y rodillas, husmeando bajo su cama por más pruebas de sus delitos atroces, la opinión de Chloe Zanders sobre el hombre había dado una curva cerradísima hacia lo peor.

—Promiscuo, despreciable ratero— masculló en voz baja—. Increíble.

Cautelosamente, con el pulgar y la punta de dedo índice, arrastró un tanga de encaje negro de debajo de la cama. Ewww... Una envoltura de condón. Otra envoltura de condón. Otra envoltura de condón. ¡Jesús! *¿Cuántas personas viven aquí?*

*Magnum*, la envoltura anunciaba con aire satisfecho, *para el hombre Extragrande.*

Chloe parpadeó.

—Aún no lo he intentado debajo de la cama, muchacha— un profundo acento escocés ronroneó detrás de ella—, pero si lo prefieres así... y si el resto de ti es la mitad de precioso como lo que estoy viendo... podría ser persuadido para complacerte.

El corazón de Chloe dejó de palpar.

Se congeló, su cerebro vacilando en el dilema de pelear o fugarse. Con cinco pies y tres pulgadas de estatura<sup>11</sup>, pelear no era la opción más alentadora. Desafortunadamente, su cerebro no había procesado el hecho de que estaba todavía bajo la cama cuando descargó la oleada de adrenalina necesaria para escapar, así que sólo logró golpearse la parte trasera de la cabeza contra el sólido armazón de madera.

Mareada, viendo las estrellas, comenzó a tener hipo, algo muy mortificante que siempre le ocurría cuando se ponía nerviosa, como si simplemente estar nervioso no fuera lo suficientemente malo.

Pero no tenía que salir de debajo de la cama para saber que estaba metida hasta el cuello en un lío, muy, muy grande.

### Capítulo 3

Una mano firme la sujetó por el tobillo, y Chloe dejó escapar un pequeño grito.

Intentó lanzar un enorme grito, pero el desconsiderado hipo lo ahogó dejándola con la boca abierta. Cruelmente, él la jaló de debajo de su cama.

Con frenesí, la muchacha agarró su falda con ambas manos, tratando de conservarla en su lugar en vez de tenerla apiñada alrededor de su cintura mientras se deslizaba inexorablemente hacia atrás. Lo último que quería era que su trasero desnudo apareciera primero. La línea de sus bragas se veía bajo esa falda en particular (lo cual era una razón por la que no la llevaba a menudo, aunada al hecho de que había ganado un poco de peso y le quedaba ajustada), así que se había puesto las medias sin bragas. No era algo que hiciera con frecuencia, ¡pero justamente había tenido que hacerlo ese día!

Cuando estuvo completamente a la vista desde debajo de la cama, él dejó caer su tobillo. Chloe mantuvo la barriga sobre el tapete, hipando y tratando desesperadamente de recurrir a su ingenio para librarse de esa humillante situación.

El hombre estaba tras ella: podía sentirlo clavándole los ojos. En silencio.

En un silencio terrible, horrible, desconcertante.

Tragándose un hipo, incapaz de reunir el valor suficiente para mirar tras de sí, dijo con brillante ligereza, en su voz sin aliento:

—*Je ne parle pas anglais. ¿Parlez-vous français?*—. Luego con un elevado acento francés (fingir ser tonto en latín le parecía un poco inverosímil)—: Servicio de habitaciones— hipo—. *¿Limpió el dormitorio de usted, oui?*— hipo.

Nada. Todavía silencio detrás de ella.

Iba a tener que mirarlo.

---

<sup>11</sup> Aproximadamente 1.61 m (N. de la T.) Aclaración de la T.: No sé de qué se queja, es más alta que yo.

Levantándose cautelosamente sobre sus manos y rodillas, alisó su falda, se empujó con las manos hasta quedar sentada, y luego se las ingenió para levantarse sobre unas piernas muy temblorosas. Todavía demasiado perturbada para confrontar al hombre, enfocó la atención en un plato y un vaso vacíos encima de una mesa junto a la cama y, decidida a convencerlo de que era la chica del servicio de habitaciones, los señaló con el dedo, piando:

—*Esó está sució. ¿Vous aimez que lo lavé, oui?*

Hipo.

Y ese silencio pesado y gravitante. Y un crujido... ¿Qué *estaba* haciendo él?

Dando un profundo suspiro, se volvió lentamente. Y toda la sangre le desapareció del rostro. Advirtió dos cosas de inmediato, una absolutamente irrelevante, la otra terriblemente significativa: que era el hombre más impresionantemente hermoso que había visto en su vida, y que sostenía el bolso de la muchacha en una mano, mientras quitaba la batería de su teléfono celular con la otra.

Dejó caer la batería al suelo y la aplastó bajo su bota.

—¿S-Servicio de ha-habitaciones?— chilló ella, pero al recordar que debía hablar con acento francés otra vez, demasiado nerviosa para hacer más que balbucear, en medio de hipos, empezó a repetir la conversación elemental sobre el clima que había aprendido en un francés de principiante, pero seguramente él no sabría eso.

—Realmente, no está lloviendo, muchacha— dijo él secamente en inglés, pero con un pronunciado acento escocés—. Sin embargo, debo reconocer que este es uno de los pocos momentos que no lo ha estado haciendo desde la semana pasada.

El corazón de Chloe cayó en picado hasta los dedos de los pies. ¡Oh, maldito fuera, debería haber hecho un intento en griego!

—Chloe Zanders— dijo él, arrojándole su licencia de conducir. La joven estaba demasiado atontada para capturarla; rebotó contra ella y cayó al piso.

Carajo. *Merde. Condenado infierno.*

—De *Los Claustros*. Vi a tu jefe hace un cuarto de hora, y dijo que me aguardabas aquí. Nunca habría adivinado que quería decir en mi cama—. Ojos peligrosos. Fascinantes ojos. Se entrelazaron con los de ella, y la chica no pudo apartar la mirada.

—Bajo la cama— balbuceó Chloe, abandonando su ampuloso acento francés—. Estaba *bajo* la cama, no *en* ella.

La boca sensual del hombre se curvó en un indicio de sonrisa. Pero la leve diversión no tocó sus ojos.

*Oh, Dios mío*, pensó ella, quedándose con la mirada fija y los ojos muy abiertos. Su vida estaba probablemente en peligro y lo único que podía hacer era quedárselo mirando. El hombre era hermoso. Imposiblemente bello. Espantosamente bello. Nunca había visto un hombre como él antes. Era como si cada una de sus fantasías más oscuras hubiera cobrado vida. La sangre escocesa estaba grabada en todos sus rasgos cincelados.

Vestido con pantalones negros, botas negras, suéter pescador de color crema y un abrigo suave de cuero, tenía un cabello negro y sedoso como la medianoche sujeto en la

nuca, apartado de una cara salvajemente masculina. Los labios firmes, sensuales, el inferior mucho más lleno que el superior, nariz orgullosa, aristocrática, cejas oscuras, sesgadas, y una estructura ósea por la que un modelo mataría. Una perfecta sombra de barba oscurecía su mandíbula intachablemente esculpida.

Seis pies cuatro pulgadas, al menos, adivinó ella. Poderosamente construido. La gracia de un animal. Los ojos dorados y exóticos de un tigre.

La joven repentinamente se sintió como un montón de carne fresca.

—Parece que tenemos un pequeño problema, muchacha— dijo él con una sedosa amenaza, dando un paso hacia ella.

Sus hipo desaparecieron instantáneamente. El terror puro podía hacer eso. Mejor que una cucharada de azúcar o una bolsa de papel.

—No tengo idea de qué estás hablando— mintió ella más que un sacamuelas—. Simplemente vine a entregar el texto, y lo siento mucho, pero me distraje por todos tus tesoros tan preciosos, y sinceramente me disculpo por invadir tu casa, pero Tom me aguarda de regreso, y por cierto Bill me espera escaleras abajo, y no veo ningún problema—. Ella lo contempló con los ojos muy abiertos y se concentró en verse suave, estúpida y femenina—. ¿Qué problema?— Modesto aleteo de pestañas—. No hay ningún problema.

Él no dijo nada, solamente dejó su mirada descender hacia los textos robados desparramados alrededor de los pies de la muchacha, en medio de tangas y envolturas de condones.

Ella bajó la mirada también.

—Pues bien, sí, ciertamente tienes una activa vida amorosa— ella murmuró inexpresivamente—. Pero no tendré eso contra ti—. *¡Mujeriego!*

La mirada que él le dirigió hizo que el pelo fino en su nuca se erizara. Su mirada se deslizó significativamente hacia los tomos otra vez.

—¡Oh! Tú quieres decir los libros. Así que te gustan los libros— dijo ella con ligereza—. No es algo grave— se encogió de hombros.

De nuevo él no dijo nada, solamente sostuvo su mirada fija, dorada e intensa. ¡Dios, el hombre era impresionante! La hacía sentir como... como Rene Russo en *El caso Thomas Crown*, lista para tirarse sobre el ladrón. Escabullirse hacia tierras exóticas. Pasearse con el busto desnudo en una terraza con vista al mar. Vivir más allá de la ley. Acariciar sus antigüedades cuando no estaba acariciándolo a él.

—Och, chica— dijo él, negando con la cabeza—. No soy tonto, así que no me insultes con mentiras. Es obvio con verte que sabes precisamente lo que son. Y de dónde vinieron— agregó con suavidad.

La suavidad en él era peligrosa. Ella lo supo instintivamente. Suavidad en ese hombre significaba que estaba a punto de hacer algo que realmente, *realmente*, no iba a gustarle.

Y él lo hizo.

Apretándola con su poderoso cuerpo, él la retrocedió hacia la cama y le dio un

empujón ligero que la tumbó sobre el colchón.

Con la gracia de un tigre, la siguió abajo, inmovilizándola sobre la colcha bajo él.

—Te lo juro— ella balbuceó precipitadamente—, no diré esto a un alma. No me importa. Está bien por mí si los tienes. Tengo pocas ganas de ir a la policía o cualquier cosa de esas. Incluso no me gusta la policía. La policía y yo nunca nos hemos llevado bien. Me hicieron una multa una vez por ir a cuarenta y ocho en una zona de cuarenta y cinco; ¿cómo podrían gustarme entonces? No tiene una pizca de importancia para mí si robas la mitad de la colección medieval del *Met*... digo, realmente, tienen seis mil piezas, ¿entonces quién iba a advertir unas cuantas pérdidas? Soy una *excelente* guardadora de secretos— prácticamente chilló—. Yo definitivamente... seguramente, cruzo mi corazón y espero por... er, no respiraré la palabra más pequeñita. *Silencio*. *Muni* es la palabra. Y tú puedes tomar eso por un...

Los labios masculinos se llevaron consigo el resto de sus palabras junto con su respiración.

Oh, *Sí. Rene Russo aquí.*

Esos labios sensuales se cerraron sobre los suyos, acariciando ágilmente, saboreando. Pero no tomando.

Y por un momento absolutamente demente, ella quiso que los tomara. Que él le aplastara la boca en un beso duro, famélico, hiriente y la ayudara a encontrar ese rojo botón caliente del amor que nunca, ni una vez, había sentido siquiera un golpe tibio. Que el hombre llenara su mente de mujer con fantasías que habría jurado no tenía. Sus labios traicioneros se abrieron bajo los de él. *Temor*, se dijo a sí misma; era simplemente que el miedo podía traducirse velozmente en excitación. Había sabido de personas que al encarar la muerte segura, repentinamente sentían una descarga de energía sexual que no podían evitar.

Tan estrambótica e intensamente excitada, ni siquiera vio que él anudaba un pañuelo alrededor de su muñeca hasta que lo apretó rápidamente, y fue demasiado tarde y ella estaba atada a su cama... su pecaminosa y decadente cama. Moviéndose con premura y gracia inhumana, hábilmente anudó la otra muñeca femenina al poste contrario.

Ella abrió su boca para gritar, pero él la atrapó con una mano poderosa. Yaciendo encima de ella, con la mirada fija en sus ojos, él dijo queda, cuidadosamente, enunciando cada palabra:

—Si gritas, me veré forzado a amordazarte. Prefiero no hacerlo, muchacha. Además, nadie puede escucharte aquí de cualquier manera. Ésta es tu elección. ¿Cuál será?—. Él elevó su mano infinitesimalmente, lo suficiente apenas para que pudiera oírla contestar.

—N-no me lastimes— ella murmuró.

—No tengo intención de lastimarte, muchacha.

*Pero lo estás haciendo*, estuvo a punto de decir, luego se dio cuenta, con un rubor, que esa cosa dura clavándose en su cadera no era una pistola, sino una *magnum* de otro tipo.

Él debió haber visto algo en sus ojos, porque se levantó ligeramente.

Lo que quería decir, concluyó ella con enorme alivio, que no iba a violarla. Un

violador se habría desviado unas pocas pulgadas a la derecha, no habría levantado sus caderas.

—Temo que voy a tener que mantenerte aquí por un tiempo, muchacha. Pero no sufrirás daño en mis manos. Pon atención sin embargo: un grito, un ruido fuerte, y te amordazaré.

No había misericordia en su mirada. Ella sabía lo que él quería decir: podía estar sólo atada, o atada y amordazada.

La joven negó con la cabeza, luego asintió, demasiado aturdida para saber si se suponía que debía decir sí o no.

—No gritaré— prometió ella rígidamente. *Nadie puede escucharte aquí de cualquier manera.* Dios, eso debía ser verdad. En el nivel del *penthouse*, las paredes eran gruesas, no había nadie arriba, y se dejaba en paz a la *elite* a menos que demandaran algo. Probablemente podría desgañitarse gritando, y nadie acudiría.

—Buena chica— dijo él, levantando la cabeza de Chloe con una palma y resbalando una almohada regordeta bajo ella

Luego, en un movimiento veloz, gracioso, él se levantó de la cama y salió del dormitorio, cerrando la puerta tras de sí, dejándola sola, atada por pañuelos de seda a la pecaminosa cama del *Fantasma Gaulish*.

*Ella era del tipo que un hombre conservaba.*

Dageus maldijo suavemente en cinco idiomas, recordando su pensamiento de más temprano, pasando la palma de la mano sobre sus pantalones. No ayudó. Ciertamente, acentuaba el problema: su erección estaba feliz por cualquier atención.

Mirando con ceño, fue ante la pared de ventanas, contemplando la ciudad sin mirarla realmente.

Había manejado todo mal. La había asustado. Pero no había podido ofrecerle palabras tranquilizadoras, pues había tenido que apartarse rápidamente, para evitar darle lo que su sangre había estado aullando por hacer. Aunque se dijo a sí mismo que había presionado sus labios contra los de ella únicamente para distraerla mientras la amarraba, la había besado porque lo había necesitado, porque, simplemente, no había sido capaz de evitarlo. Había sido un sabor breve, dulce, sin lengua, pues sabía que si cruzaba esa barrera, se habría perdido. Yacer encima de ella había sido pura agonía, sintiendo el susurro de la oscuridad desenroscarse dentro de él, sabiendo que empujar dentro de ella haría retroceder las sombras. Sintién dose frío y hambriento, haciendo al mismo tiempo un intento desesperado para ser humano y amable.

Había ido a *Los Claustros*, contento de cuán firmemente se había deshecho de todos los pensamientos sobre la muchacha escocesa. Allí, había descubierto que el paquete estaba rumbo a su apartamento, mientras que él había ido a buscarlo. El procurador,

muy adulator y efusivo, le había asegurado que Chloe Zanders lo estaría esperando, pues alguien llamado Bill ya había regresado, habiéndola dejado en su dirección.

Pero la muchacha no había estado abajo y en la mesa de Seguridad, guiñando el ojo y sonriendo abiertamente, le habían dicho que su “entrega” lo aguardaba en el piso superior.

Al no encontrar a la mujer del museo en la antecámara, había recorrido con la mirada el cuarto, y entonces había oído ruidos arriba.

Había subido velozmente las escaleras y entrado en su dormitorio, sólo para descubrir el más precioso par de piernas que alguna vez había visto, asomando debajo de su cama. Muslos succulentos que quiso morder, tobillos delgados, bonitos y pequeños pies con talones altos y delicados.

Unas bellas piernas femeninas. La cama.

Esas dos cosas, a corta distancia, se unieron para desviar toda la sangre de su cerebro.

Las piernas se habían visto alarmantemente familiares y se había asegurado a sí mismo que estaba imaginando cosas.

Luego la había extraído a la fuerza por un tobillo y había confirmado la identidad de la muchacha atribuida a esas piernas divinas, y su sangre, que había hervido a fuego lento hasta entonces, rompió a hervir a toda marcha.

Con la mirada fija en su trasero bien proporcionado mientras ella había yacido inmóvil sobre su estómago, provocándole un ejército de fantasías, le había llevado varios momentos darse cuenta de que ella reposaba en medio de sus libros “*prestados*”.

Lo último que necesitaba era a los oficiales de la ley del siglo veintiuno siguiéndole la pista. Tenía mucho que hacer, y muy poco tiempo para hacerlo. No podía permitirse complicaciones.

No estaba listo para dejar Manhattan todavía. Había dos textos finales que necesitaba verificar.

¡Por Amergin, si casi había terminado! Unos pocos días a lo sumo. ¡No necesitaba eso! ¿Por qué ahora?

Inspiró profundamente, exhaló lentamente. Lo repitió varias veces.

No había tenido alternativa, se aseguró a sí mismo. Había sido sensato al atraparla inmediatamente. Por los siguientes pocos días, hasta que terminara su tarea, iba simplemente a tener que mantenerla cautiva.

A pesar de que podía usar magia, crear un hechizo de memoria para hacerla olvidar lo que había visto, no estaba dispuesto a arriesgarse. No sólo eran los hechizos de memoria cosas delicadas y a menudo dañinas, tomando más memoria que la pretendida al principio, sino que usaría magia sólo si no hubiera forma humana para manejar la situación. Sabía cuál era el costo en cada oportunidad. Los hechizos minúsculos para obtener los textos que necesitaba eran otra cosa.

No. Nada de magia. La muchacha tendría que soportar un breve tiempo de cómoda cautividad mientras él acababa de traducir los tomos definitivos, luego se iría, y la liberaría en algún sitio junto al camino.

*¿Junto al camino hacia dónde?, demandó su conciencia. ¿Aceptas finalmente que vas a tener que regresar?*

Suspiró. Los pasados pocos meses habían confirmado lo que había sospechado desde el principio: había sólo dos lugares donde podría encontrar la información que necesitaba: en los museos de Irlanda y Escocia, o en la biblioteca MacKeltar.

Y la biblioteca MacKeltar era de lejos la mejor opción.

Lo había estado evitando a toda costa, puesto que estaba cargada de peligros innumerables y variados. No sólo la tierra de sus antepasados hacía que su oscuridad interior se fortaleciera, sino que temía confrontar a su hermano gemelo. Admitir que había mentido. Admitir lo que era.

Después de discutir cruelmente con su *pa*, Silvan, y sabiendo que la cólera y la decepción en sus ojos había sido lo suficientemente mala, Dageus no estaba seguro de estar listo alguna vez para confrontar a su hermano gemelo, el hermano que nunca había roto un juramento en su vida.

Desde el atardecer en que había roto su voto y se había vuelto oscuro, Dageus no había llevado los colores de su clan, aunque un gastado trozo de su *plaid* Keltar estaba arrugado bajo su almohada. Algunas tardes, después de que se hubiera asegurado de que quienquiera fuera la mujer de turno estuviera en un taxi (aunque se acostaba con muchas, no compartía su cama con ninguna), apretaba su mano alrededor del pedazo de tela, cerraba los ojos y fingía que estaba en las Tierras Altas otra vez. Un simple hombre, nada más.

Todo lo que quería era encontrar la manera de arreglar el problema, para deshacerse de los oscuros por sí mismo. Entonces recobraría su honor. *Entonces*, orgullosamente, podría confrontar a su hermano y reclamar su herencia.

*Si esperas demasiado tiempo*, advirtió esa voz fastidiosa, *podría no importarte reclamarla. Incluso podrías no entender lo que significa.*

Alejó con fuerza esos desagradables pensamientos, y ellos flotaron suavemente, con intensidad alarmante, directamente de regreso a la muchacha atada a su cama. Atada vulnerable e impotentemente a su cama.

Pensamiento peligroso, ese. Parecía que todos los que siempre tenía eran pensamientos peligrosos.

Pasando una mano a través de su pelo, se forzó a centrar su atención en el texto que ella había dejado en la mesita de café, rehusándose a insistir en el hecho desconcertante de que una parte de él había dado una mirada a la muchacha tan cerca de su cama y había dicho simplemente: *Mía*.

Como si desde el momento en que la había visto, que él la reclamara hubiera sido tan inevitable como el amanecer.

Varias horas más tarde, las emociones volátiles de Chloe habían recorrido el espectro completo. Estaba demasiado exhausta para tener miedo, bajando en picada del regocijo efusivo, por un momento, por haber insultado a su secuestrador, y después completamente asqueada consigo misma por su impetuosa curiosidad.

*Eres curiosa como una gatita, pero un gato tiene nueve vidas, Chloe*, el abuelo solía decir. *Tú tienes solamente una. Ten cuidado con lo que haces.*

*Puedes decirlo otra vez*, pensó, escuchando atentamente para comprobar si podía oír al ladrón circulando allí afuera. Su *penthouse* tenía uno de esos sistemas de música que podía oírse en cada cuarto y, después de una inicial explosión dolorosamente fuerte de una canción opresiva que sonó sospechosamente como esa canción de Nine Inch Nails que había sido censurada del aire unos pocos años atrás, el tipo había puesto música clásica. Había sido obsequiada con una mezcla de conciertos de violín en las pasadas pocas horas.

Si lo que intentaba era tranquilizarla, no lo había logrado.

No ayudó que le picara la nariz y la única forma en que podía rascarse era enterrar su cara en las almohadas y sacudir la cabeza.

Se preguntó cuánto tiempo podría pasar antes de que Bill y Tom comenzaran a preguntarse dónde se había metido. Seguramente irían a buscarla, ¿verdad?

No.

Aunque ambos expresarían: *“pero Chloe nunca se desvía de su rutina”*, ni cuestionarían ni acusarían a Dageus MacKeltar. Después de todo, ¿quién en su sano juicio creería que el hombre era algo más que un rico coleccionista de arte? Si preguntaba, su capturador simplemente diría: *“No, ella dejó esto y se fue, y no tengo idea de a dónde”*. Y Tom le creería, y nadie lo presionaría, porque los hombres como Dageus MacKeltar no eran de la clase que uno cuestionaba o presionaba gratuitamente. Nadie jamás lo imaginaría como un secuestrador y un ladrón. *Ella* era la única que sabía que las cosas no eran así, y sólo porque había permanecido idiotamente infatuada con sus artefactos y había ido fisgoneando hasta su dormitorio.

No, aunque Tom podría enviar a Bill a darse una vuelta por allí esa tarde, o más probablemente la mañana siguiente, para preguntar a qué horas se había marchado Chloe, eso sería todo. En uno o dos días, imaginaba que Tom realmente comenzaría a preocuparse, llamarla a casa, pasar de visita, incluso podría reportarla como desaparecida a la policía, pero había montones de desapariciones sin explicar en Nueva York todo el tiempo.

Un gran, gran lío, ciertamente.

Con un suspiro, sopló una cosquilleante hebra de pelo de su cara y se rascó nuevamente la nariz en la almohada. Él olía bien, el sinvergüenza, malvado y lascivo. Promiscuo, matón, amoral, cleptómano, lo más vil de lo vil, violador de textos inocentes.

—Ladrón— masculló con un pequeño ceño.

Inspiró, luego se contuvo. No iba a admirar su perfume. No iba a apreciar ni una

condenada cosa de él.

Suspirando, se deslizó serpenteando en lo alto de la cama hasta apoyarse, un poco más recta, contra el cabecero.

Estaba atada a la cama de un hombre extraño. Un criminal a quien de buena gana daría una patada.

—Chloe Zanders, has tenido toda clase de problemas— se quejó, probando los lazos sedosos por centésima vez—. Pero este es el peor—. No muy apretado, pero irrompible. El hombre sabía cómo atar nudos.

¿Por qué no la había lastimado?, se preguntó. ¿Y simplemente qué demonios tenía intención de hacer con ella? Los hechos eran bastante simples y considerablemente horribles; ella había logrado entrar a la guarida de un ladrón experto, astuto, y de primera clase. No un ladronzuelo o un ladrón de bancos, sino un maestro de ladrones que forzaba la entrada en lugares imposibles y robaba tesoros fabulosos.

Éstas no eran cosas de escasa importancia.

No había miles de dólares dependiendo de su silencio, sino *millones*.

Tembló. Ese pensamiento deprimente podría enviarla directamente a la histeria, o por lo menos, a una racha potencialmente terminal de hipo.

Desesperada por una distracción, se retorció tan cerca del borde de la cama como los lazos le permitieron, y miró con atención hacia abajo, en los textos robados.

Suspiró anhelosamente, deseando tocarlos. Sin embargo, sin ser los originales (cualquier original que valiera la pena estaba indudablemente resguardado en el *Royal Irish Academy* o en el *Trinity College Library*), eran exquisitas copias medievales tardías. Uno de ellos había caído abierto, revelando una preciosa página con letras mayúsculas irlandesas, las letras gloriosamente embellecidas con el intrincado trabajo de nudos entrelazados por los cuales los celtas eran célebres.

Había una copia del *Lebor Laignech* (el Libro de Leinster), el *Lebor na hUidre* (el Libro de la Vaca Parda), el *Lebor Gabala Erenn* (el Libro de las Invasiones), y varios textos menores del Ciclo Mitológico.

Fascinante. Todos hablaban de los antiguos días de las hadas, o de Irlanda, llenos de cuentos sobre los Partholonianos, los Nemedianos, el Fir Bolg, los *Tuatha de Danaan*, y los Milesios. Ricos en leyenda y magia, y continuamente debatidos por los estudiosos.

¿Por qué los querría él? ¿Estaba vendiéndolos para financiar su fabuloso estilo de vida? Chloe sabía que había coleccionistas privados a los que no les importaba un bledo de dónde se obtenían los artículos, siempre que pudieran poseerlos. Siempre había un mercado para los artefactos robados.

Pero, se extrañó, tenía sólo artefactos celtas. Y sabía con seguridad que la mayor parte de las colecciones que habían sido asaltadas tenían en su haber muchos artículos más valiosos de muchas culturas diferentes. Objetos que no se había llevado.

Lo cual quería decir, por alguna razón, que era altamente selectivo y no estaba motivado solamente por el valor del artículo.

Negó con la cabeza, confundida. No tenía sentido. ¿Qué clase de ladrón no se sentía

motivado por el valor de los artículos? ¿Qué clase de ladrón robaba un texto menos cotizado y dejaba docenas de artículos más valiosos sanos y salvos una vez que se había tomado el trabajo de traspasar la seguridad? ¿Y *cómo* había logrado vulnerar la seguridad? Las colecciones que había robado tenían algunos de los sistemas antirrobo más sofisticados del mundo, lo que requería puro genio para penetrarlos.

La puerta repentinamente se abrió, y ella saltó precipitadamente lejos del borde de la cama, asumiendo su expresión más inocente.

—¿Tienes hambre, muchacha?— dijo él con su profundo acento, pronunciando la “r” de forma gutural, recorriéndola con la mirada desde de la puerta a medias abierta.

—¿Q-qué?—. Chloe parpadeó. ¿No sólo el hombre cobarde no la mataría, sino que iba a alimentarla?

—¿Tienes hambre? Preparaba comida para mí mismo y se me ocurrió que quizá tuvieras hambre también.

Chloe caviló por un momento. ¿Tenía hambre? Estaba completamente famélica. Iba a tener que usar el cuarto de baño pronto. La nariz le picaba y su falda había quedado apiñada hacia arriba otra vez.

Y en medio de todo, sí, tenía hambre.

—Uh huh— dijo con cautela.

¡Sólo después de que se marchara se le ocurrió que tal vez así era como iba a despacharla: envenenándola!

## Capítulo 4

Salmón escalfado, *stovies*<sup>12</sup> y escinco *a la cullen*<sup>13</sup>. Una ensalada de frutos secos y arándanos. Un plato de quesos escoceses, torta dulce con mantequilla y mermelada. Vino espumoso en copas Baccarat.

*¿Muerte por deliciosa cocina escocesa y cristal fino?*

— Pensé que traería un emparedado de mantequilla de maní o alguna cosa así— dijo Chloe cuidadosamente.

Dageus colocó el plato final en la cama y la miró. Su cuerpo entero se tensó. Cristo, ella era una fantasía hecha realidad en su cama, recostada contra el cabecero, sus muñecas atadas a los postes. Era todas curvas suaves, su falda montando arriba de sus

---

<sup>12</sup> Stovies: probablemente derivado del francés "étouffée", humear; típica comida escocesa, especie de guiso con carne de cordero y vegetales. (N. de la T.)

<sup>13</sup> Cullen Skink: sopa de pescado con vegetales, leche, queso y crema. (N. de la T.)

muslos dulces, tentándolo con vislumbres prohibidos, un suéter ajustado abrazando sus pechos llenos y redondos, el pelo desgredado en torno a su cara, sus ojos dilatados y tempestuosos. No tenía duda de que era virgen. Su respuesta a su corto beso le había dicho eso y mucho más. Nunca había tenido a una muchacha como ella en su cama. Ni siquiera en su propio siglo, donde hasta las muchachas de buena cuna habían dado a los hermanos Keltar un amplio espacio de maniobra. Los rumores acerca de “esos brujos paganos” habían sido muy abundantes en las Highlands. Sin embargo, las mujeres experimentadas, las mujeres casadas y las criadas, habían buscado ansiosamente sus camas, pero evadido lazos más permanentes.

*Se sienten atraídas por peligro, pero no piensan vivir con él*, le había dicho Drustan una vez, con una sonrisa amarga. *Les gusta acariciar la sedosa piel de la bestia, sentir su poder y su fiereza, pero sin duda alguna, hermano, nunca, nunca, confiarán en la bestia cerca de sus niños.*

Pues bien, era demasiado tarde. Ella estaba con la bestia le gustara o no.

Si sólo se hubiera quedado en la calle, habría estado a salvo de él. La habría dejado en paz.

Habría hecho lo más honorable y la habría borrado de su mente. Y si por casualidad la hubiera encontrado otra vez, fríamente habría dado media vuelta y caminado en otra dirección.

Pero era demasiado tarde para actuar con honor. Ella no se había quedado en la calle como una buena muchacha. Estaba allí en su cama. Y él era un hombre, y no uno muy honorable para el caso.

*¿Y cuándo la dejarás en libertad?*, sisearon los andrajos de su honor.

*La dejaré tan deleitada que no lo lamentará. Algún otro tonto balbuceante la lastimaría. La excitaré en formas que nunca olvidará. Le daré fantasías que calentarán sus sueños por el resto de su vida.*

Y ese era el fin de esa discusión, en lo que a él concernía. La necesitaba. La oscuridad interior se hacía más y más salvaje sin una mujer. Ya no tenía la posibilidad de entretener a Katie, u otras mujeres, en su casa. Pero la seducción, no la conquista, era el plato fuerte en la mesa en esa oportunidad. Le cedió esa noche, quizá la mañana, pero dentro de poco tiempo sería la conquista.

—Entonces, hum, ¿vas a desatarme?

Con esfuerzo, él arrancó la mirada de su falda retorcida. Había apretado sus rodillas de todos modos.

*Muchacha sabía*, pensó sombríamente, *pero eso no será necesario a la larga.*

Ella dijo fríamente:

—No puedes secuestrarme así nada más.

—Pero puedo.

—Hay personas que me buscarán.

—Pero no aquí. Nadie me interrogará, lo sabes.

Cuando él se movió con cuidado en la cama para confrontarla, ella se aplastó contra

el cabecero.

—No sufrirás ningún daño en mis manos, muchacha. Te doy mi palabra.

La joven abrió la boca y luego la cerró, como si hubiera cambiado de opinión. Luego pareció cambiar su propósito una vez más, se encogió de hombros, y dijo:

—¿Cómo puedo creerte? Estoy sentada en medio de todas estas cosas hurtadas y me has atado. No puedo evitar preocuparme acerca de tus intenciones para conmigo. Entonces, ¿qué harás?—. Cuando él no respondió inmediatamente, ella agregó con calor—: Si vas a matarme, te advierto que te asustaré hasta el fin de tus despreciables días. Haré de tu vida un infierno. Haré que la legendaria *banshee*<sup>14</sup> parezca comedida y agradable en comparación. Tú... tú... visigodo bárbaro— estalló.

—Och, ¿y qué hay de tu sangre escocesa, muchacha?— dijo él con una sonrisa débil—. Acabas de darme una delicada muestra de tu temperamento. Aunque “visigodo” sea un poco inverosímil, ya que apenas hago algo tan épico como saquear Roma.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Montones de libros se perdieron también en esa época.

—Los trato con cuidado. Y no necesitas preocuparte, muchacha. No te haré daño. No haré nada que no desees que haga. Puede que haya pedido *prestados* algunos tomos, pero esa es la extensión de mis delitos. Me iré pronto. Cuando lo haga, te liberaré.

Chloe contempló su cara fijamente, pensando que realmente no le había gustado esa parte de “*no haré nada que no quieras que haga*”. ¿Qué había querido decir con eso? Inmóvil, su mirada fija permanecía ecuánime. No podía suponer por qué él se tomaría la molestia de mentir.

—Casi podría creer que lo dices sinceramente— dijo finalmente ella.

—Lo hago, muchacha.

—Hmph— masculló sin comprometerse. Una pausa, y después—: Entonces, ¿por qué lo haces?— preguntó, señalando con su cabeza en dirección a los textos robados.

—¿Tiene importancia?

—Pues bien, puede que no, pero en cierto modo la tiene. ¿Sabes?, conozco esas colecciones que robaste. Había muchas antigüedades más valiosas en ellas.

—Busco cierta información. Simplemente los pedí prestado. Serán devueltos cuando me vaya.

—Y la luna está hecha de queso— dijo ella secamente.

—Lo haré, aunque no creas en mí.

—¿Y las otras cosas que has robado?

—¿Qué otras cosas?

---

<sup>14</sup> Por siglos, las Banshees han aterrorizado Irlanda. Mensajeras sobrenaturales de la muerte, fueron llamadas en irlandés *Mná Sidhe*, o mujeres del más allá. Con los fieros vientos del oeste aullando, si oyes su lamento, no te atrevas a mirar por la ventana por miedo a vislumbrar esa fantasmagórica criatura, peinando su largo y negro cabello, anunciando una muerte en la familia, o aún llamando a los mismos habitantes de la casa a la tumba. *Extraído de Kith-sidhe: qué son los Sidhe*. Utopía Ehre. (N. de la T.)

— Todas esas cosas celtas. Los cuchillos y las espadas y los distintivos y las monedas y...

— Todo eso es mío por derecho de nacimiento.

Ella le propinó una mirada escéptica.

— De verdad.

Chloe bufó.

— Éste es el *Regalia* Keltar. Yo soy un Keltar.

Su mirada se volvió especulativa.

— ¿Estás diciendo que las únicas cosas que realmente has robado son los textos?

— *Prestado*. Y sí.

— No sé qué pensar— dijo ella, negando con la cabeza.

— ¿Qué dicen tus entrañas... no, esa no es la palabra correcta... qué dicen tus instintos?

Ella lo miró fijamente, tan intensamente que pareció taladrarlo. Él se preguntó si una muchacha alguna vez lo había mirado tan penetrantemente antes, como tratando de indagar las profundidades de su alma, hasta lo más oscuro de su corazón. ¿Cómo lo juzgaría esa inocente? ¿Lo condenaría como él se había condenado a sí mismo?

Después de algunos momentos, ella se encogió de hombros y el instante se perdió, casi inadvertido.

— ¿Qué clase de información estás buscando?

— Ésta es una larga historia, muchacha— se evadió, con una sonrisa burlona.

— Si me dejas ir, realmente no le diré nada a nadie. Prefiero permanecer viva que hundirme en remordimientos morales. Esa siempre ha sido una cosa muy fácil para mí.

— ¿Una cosa muy fácil?— repitió él lentamente—. ¿Una decisión simple?<sup>15</sup>

— ¿Decisión simple?

Chloe parpadeó.

— Sí—. Lo miró fijamente. A juzgar por una cierta cantidad de palabras que él usaba y la forma en que ocasionalmente hacía una pausa, como si cavilara sobre un término o frase, se le ocurrió que quizá el inglés no fuera su lengua materna. Él había entendido el francés. Con curiosidad, examinándolo, le preguntó en latín si el gaélico era su lengua materna.

Él contestó en griego que lo era.

¡Jesús, el ladrón no era sólo espléndido, era también políglota! Comenzaba a sentirse traidoramente como Rene Russo otra vez.

— Realmente lees estas cosas, ¿no es así?— dijo con duda—. ¿Por qué?

— Te lo dije, muchacha, busco algo.

---

<sup>15</sup> Porción del texto intraducible para que conserve la gracia. La frase de Chloe es: "That's always been a no-brainer for me." No-brainer es un coloquialismo que se aplica a las cosas que se hacen sin pensar, las cosas fáciles, instintivas, y Dageus aquí desmenuza la palabra para entenderla. (Aclaración de la T.)

—Pues bien, si me dices qué, tal vez pueda ayudarte—. En el instante que las palabras dejaron su boca, se sintió horrorizada—. No quise decir eso— se retractó precipitadamente—. No me ofrecí a ser cómplice de un criminal.

—Eres una muchacha curiosa, ¿no es cierto? Sospecho que a menudo saca lo mejor de ti—. Él gesticuló hacia la comida—. Esto se enfría. ¿Qué te gustaría comer?

—Cualquier cosa que comas primero— dijo ella instantáneamente.

Una mirada de incredulidad cruzó su cara.

—¿Piensas que te envenenaría?— dijo él indignado.

Cuando lo dijo, sonó como si fuera un pensamiento patentemente ridículo y perfectamente paranoico.

—Pues bien— dijo ella a la defensiva—, ¿cómo puedo saberlo?

Él le propinó una mirada amonestadora. Luego, sosteniendo su mirada, tomó un bocado lleno de cada plato.

—Quizá sólo pueda matar en grandes dosis— contrarrestó la joven.

Enarbolando una ceja, él tomó dos bocados más.

—Mis manos están atadas. No puedo comer.

Él sonrió entonces, una sonrisa sexy que la hizo temblar.

—Och, pero puedes hacerlo, muchacha— ronroneó él, atravesando con un tenedor una rebanada blanda de salmón y levantándolo hacia sus labios.

—Estás bromeando— dijo ella rotundamente, manteniendo los labios fuertemente cerrados. Oh, no, él no iba a dañarla, simplemente iba a torturarla, tentándola, fingiendo que le resultaba atractiva, y observando a Chloe Zanders convertirse en un idiota balbuciente al ser alimentada por la mano del hombre más increíblemente magnífico de ese lado del Atlántico. De ninguna manera. No iba a hacerlo.

—Abre la boca— la instó él.

Ella dijo tercamente:

—No tengo hambre.

—Eres demasiado terca.

—No lo soy.

—Me lo agradecerás en la mañana— dijo él, con una sonrisa débil jugando al borde de sus labios sensuales.

Chloe entrecerró sus ojos.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Una vez, hace mucho tiempo, en Escocia, un hombre seleccionaba lo más fino de su plato y alimentaba a su mujer—. Su brillante mirada dorada se unió a la de ella—. Sólo después de que hubiera saciado los deseos de su mujer por completo, él podría saciar los suyos.

*Whuh.* Ese comentario fue directamente a su vientre, llenándolo de mariposas. Prosiguió directo a unas pocas otras partes también, partes en las que era preferible no pensar. No sólo era un mujeriego, era un seductor. Rígidamente, ella apretó los dientes.

—No estamos en la antigua Escocia, no soy tu mujer, y además apostarí que ella no

estaría atada.

Él sonrió y ella comprendió por fin qué era lo que la molestaba de su sonrisa: aunque él había sonreído varias veces, su diversión nunca parecía alcanzar sus ojos. Como si el hombre nunca realmente bajara la guardia, sin relajarse nunca por completo. Conservaba alguna parte de sí mismo apartada, guardada bajo llave. Ladrón, secuestrador y seductor de mujeres: ¿qué otros secretos escondía detrás de esos ojos fríos?

—¿Por qué te opones a mí? ¿Piensas que te podría asesinar con mi tenedor?— dijo con poca seriedad.

—Yo...

Salmón en su boca. Ladrón tramposo. Y estaba bueno. Cocinaba a la perfección. Ella tragó apresuradamente.

—Eso no fue justo.

—¿Pero estaba bueno?

Ella lo miró furiosamente, en un silencio decidido.

—La vida no es siempre justa, muchacha, pero eso no significa que a pesar de todo no pueda ser dulce.

Desconcertada por su profunda reflexión, Chloe decidió que sería más sabio simplemente rendirse. Sólo Dios sabía lo que él podría hacer si ella se negara, y además, tenía hambre. Sospechaba que podría reñir con él hasta que se le pusiera la cara azul, y no llegarían a ninguna parte. El hombre iba a alimentarla y eso era todo.

Y francamente, cuando él estaba sentado allí en la cama, tan pecadoramente espléndido y juguetón y fingiendo flirtear... era un poco difícil de resistir, si bien ella sabía que era simplemente alguna clase de juego para él. Cuando tuviera setenta años (asumiendo que sobreviviera ilesa), sentándose en su mecedora con sus nietos crecidos en torno a ella, podría reflexionar en el recuerdo de la noche extraña en que el irresistible *Fantasma Gaulish* la había alimentado a bocados de platos escoceses y sorbos de vino fino en su *penthouse* en Manhattan.

El ligero roce de peligro en el aire, la sensualidad increíble del hombre, lo bizarro de su situación se combinaba para hacerla sentirse un poco imprudente.

No sabía que pudiera ser así.

Se sentía... bueno... más bien intrépida.

Horas más tarde, Chloe yacía a oscuras, observando el fuego crepitar y chispear, su mente corriendo a toda velocidad acerca de los acontecimientos del día, sin alcanzar ninguna conclusión satisfactoria.

Había sido, por mucho, el día más extraño de su vida.

Si alguien le hubiera dicho esa mañana, cuando se había metido en sus *pantys* y su traje, cómo se desarrollaría ese miércoles ordinario, frío y húmedo por la llovizna de marzo, se habría reído tomándolo como puros disparates.

Si alguien le hubiera dicho que terminaría el día amarrada a una cama suntuosa en un *penthouse* lujoso bajo la custodia del *Fantasma Gaulish*, observando el fuego

consumirse hasta las ascuas, bien alimentada y somnolienta, habría escoltado a esa persona al distrito psiquiátrico más próximo.

Estaba asustada. Oh, ¿a quién trataba de engañar? Aunque estuviera avergonzada de admitirlo, estaba tan fascinada como asustada.

La vida había tomado un giro decididamente alocado y ella no estaba tan alterada como sospechaba que probablemente debería estar. Era un poco difícil obligarse a uno mismo a sentir un ataque satisfactorio de temor por su vida, cuando el secuestrador era un hombre tan intrigante y seductor. Un hombre que cocinaba una comida escocesa completa para su prisionera, encendía fuego para ella, y tocaba música clásica. Un hombre inteligente, bien educado.

Un hombre pecadoramente sexy.

Cuando no sólo uno no había sido dañado, sino que había sido muy tentadoramente besado.

Y aunque no tenía idea de lo que el mañana traería, estaba curiosa por enterarse. ¿Qué podría estar buscando él? ¿Era posible que solamente fuera lo que había dicho, un hombre rico que necesitaba cierta información por alguna razón, que al no poder obtener de manera legítima los textos que precisaba los robaba, con la intención de devolverlos?

—Claro. Tómame por estúpida—. Chloe puso sus ojos en blanco.

A pesar de todo, si lo pensaba bien, arruinando sus ideas de etiquetarlo pulcramente como un ladrón, estaba el hecho de que él había donado valiosos artefactos autenticados a cambio del tercer *Libro de Manannan*.

¿Por qué haría el *Fantasma Gaulish* algo así? El hecho simplemente no tenía sentido para el perfil de un mercenario de sangre fría. Estallaba de curiosidad. Por mucho tiempo había sospechado que esa misma curiosidad un día podría ser su perdición y, ciertamente, la había hecho aterrizar en un buen aprieto.

Después de la cena, él la había desatado y la había escoltado al cuarto de baño contiguo a la suite principal (guiándola un poco demasiado cerca para su comodidad, haciéndola dolorosamente consciente de las doscientas libras de ventaja de sólido músculo varonil tras ella). Unos pocos minutos y un golpe más tarde, él le había informado que había colocado una camisa y un pantalón fuera de la puerta (él los había llamado *trews*).

Ella había pasado treinta minutos en el cuarto de baño cerrado, primero fisgoneando por un ducto de calefacción que tuviera el tamaño conveniente para que entrara una persona, del mismo tipo que frecuentemente se veía en el cine pero nunca se encontraba en la vida real, luego deliberando sobre si escribir un mensaje de S.O.S. con lápiz de labios en la ventana podría lograr algo. Aparte de que él lo encontrara y se irritara. Finalmente no había tomado ninguna decisión. No aún, de cualquier manera. No había ninguna necesidad de alertarlo de sus intenciones de escapar a la primera oportunidad.

No se había sentido lo suficientemente valiente como para arriesgarse a desnudarse y darse una ducha, incluso con la puerta cerrada, así que se había lavado un poquito, luego

se había demaquillado, cepillado los dientes con el cepillo de dientes de su anfitrión, porque no había manera de que se acostara sin hacerlo. Se había sentido extraña usándolo. Nunca había usado el cepillo de dientes de un hombre antes. Pero después de todo, había racionalizado, habían comido del mismo tenedor. Y casi había tenido su lengua en su boca. Honestamente, le habría *gustado* tener su lengua en su boca, siempre que tuviera la seguridad de que terminaría allí. (No iba a convertirse en el siguiente par de bragas bajo su cama, ni aunque hubiera tenido algunas que dejar.)

Se ahogó en las ropas que él le había dejado, pero al menos cuando la había reatado a la cama, no había tenido que preocuparse de que su falda se subiera. El cordel en la cintura de los pantalones era lo único que la había salvado de caer rodado alrededor de diez veces, con la camisa hasta las rodillas. No tener puestas las bragas era un poco desconcertante.

Él la había arropado bajo la colcha. Había probado los lazos. Los había prolongado ligeramente para que ella pudiera dormir con más comodidad.

Luego se había levantado al borde de la cama un momento, contemplándola con una expresión insondable en sus exóticos ojos dorados. Crispada, ella había roto el contacto visual primero y había comenzado a rodar en la medida en que fue capaz sobre su costado, alejándose de él.

*Jesús*, pensó, con los párpados pesados y somnolientos. Olía como él. Su olor la rodeaba.

Empezó a quedarse dormida. Se caía de sueño. No podía creerlo: en condiciones tan atroces y llenas de tensión, se caía de sueño.

Pues bien, se dijo a sí misma, necesitaba su sueño para que su ingenio se hallara afilado la mañana siguiente. Mañana escaparía.

Él no había tratado de besarla otra vez, fue su pensamiento final, ligeramente triste, y completamente ridículo antes de que flotara suavemente hacia el sueño.

Varias horas más tarde, demasiado alterado para dormir, Dageus estaba en la sala de estar, escuchando la lluvia golpeteando contra las ventanas y tratando de concentrarse en el *Midhe Codex*, una colección de, en su mayor parte, mitos absurdos y profecías vagas (“un desorden masivo de misceláneas medievales” un renombrado estudioso lo había llamado, y Dageus empezaba a estar de acuerdo), cuando el teléfono sonó. Él lo recorrió con la mirada prevenidamente, pero no se levantó para contestar.

Una pausa larga, un *pip*, luego:

—Dageus, soy Drustan.

Silencio.

—Sabes cómo odio hablar con las máquinas. ¿Dageus?

Un largo silencio, un suspiro pesado.

Dageus convirtió en puños sus manos, las desempuñó, luego dio masaje a sus sienes con los talones de sus palmas.

—Gwen está en el hospital...

La cabeza de Dageus se irguió en dirección al contestador automático, medio se levantó, pero se detuvo.

—Tuvo contracciones prematuras.

La preocupación en la voz de su hermano gemelo acuchilló el corazón de Dageus. Gwen estaba embarazada de seis meses y medio y esperaba gemelos. Contuvo el aliento, escuchando. No se había sacrificado tanto para reunir a su hermano y su esposa en el siglo veintiuno, sólo para que algo le ocurriera a Gwen ahora.

—Pero ahora se encuentra bien.

Dageus respiró de alivio y se hundió de nuevo en el sofá.

—Los doctores dijeron que algunas veces ocurre en el último trimestre, y siempre que ella no tenga más contracciones, considerarán darle el alta en la mañana.

Un momento lleno de silencio, excepto el sonido débil de la respiración de su hermano.

—...Och, hermano, vuelve a casa—. Pausa. Suavemente—: Por Favor.  
Clic.

## Capítulo 5

Dageus se sentía peligrosamente cerca de perder el control.

—Eso quiere decir *‘puente’*, no *‘pasadizo contiguo’*— estaba diciendo ella, mirando con atención sobre su hombro y señalando lo que él recientemente había garabateado en las notas que estaba tomando. Una parte del cabello de la muchacha caía sobre su hombro y se derramaba en el pecho masculino. Era todo lo que él podía hacer para no resbalar su mano en ella y jalar sus labios hacia los de él.

Nunca debería haberla desatado ese amanecer. Pero ella no podía escapar de él, y bordeaba lo bárbaro mantenerla atada a la cama. Además, el mero pensamiento de ella atada a la cama obsesionaba la parte más oscura de su mente. A pesar de todo, no era mejor tenerla moviéndose erráticamente, examinándolo todo, hostigándolo con comentarios y preguntas incesantes.

Cada vez que la miraba, un gruñido silencioso se levantaba en su garganta, el hambre apenas reprimido, la necesidad de tocarla y saborearla y...

—No mires sobre mi hombro, muchacha—. Su perfume estaba llenando sus fosas nasales, incitando un sopor lujurioso. Perfume de mujer sensual e inocencia. Cristo, ¿no sospechaba que él era peligroso? Quizá no abiertamente, ¿pero sí en la forma en que un

ratón miraba a un gato y se mantenía sabiamente en las esquinas más oscuras de un cuarto? Aparentemente no, pues ella hablaba hasta por los codos.

—Soy curiosa— dijo malhumoradamente—. Y lo estás traduciendo incorrectamente. Eso dice, *‘Cuando el hombre de las montañas, a gran altura donde las águilas amarillas se remontan, toma el... er pequeño, camino o viaje... en el puente que burla la muerte’...* qué curioso, ¿el puente que burla la muerte?.. *‘los Draghar volverán’*. ¿Quiénes son los Draghar? Nunca he escuchado acerca de ellos. ¿Qué es eso? ¿El *Midhe Codex*? Nunca he escuchado acerca de eso tampoco. ¿Puedo verlo? ¿Dónde lo obtuviste?

Dageus negó con la cabeza. Ella era incontenible.

—Siéntate muchacha, o te ataré otra vez.

Ella lo miró con furia.

—Sólo trato de ser de ayuda...

—¿Y por qué? Soy un ladrón, ¿recuerdas? Un visigodo bárbaro, como dijiste.

Ella frunció el ceño.

—Estás en lo correcto. No sé lo que me sucede—. Una pausa larga. Después, ella le lanzó una mirada abrasadoramente escéptica—. Es que simplemente pensé que si realmente piensas devolverlos, mientras más pronto acabaras con ellos, más pronto lo harías. Así que te ayudaría por una buena causa—. Asintió con la cabeza impertinentemente, pareciendo excesivamente contenta con su racionalización.

Él bufó y le indicó que se sentara. Era evidente que la muchacha estaba obsesionada con las antigüedades y era tan curiosa como largo era el día. Sus dedos, de hecho, se ensortijaban distraídamente cada vez que miraba el *Codex*, como si ansiara tocarlo.

Le gustaría verla deseando tocarlo a él de esa manera. Las mujeres más sofisticadas casi lo empujaban a la cama, pero nunca había seducido a una virgen antes. Presintió que ella se resistiría a... El pensamiento al mismo tiempo lo divirtió y lo estimuló.

De mal talante, ella se dejó caer pesadamente en el sofá frente a él, cruzó sus brazos y le clavó los ojos a través de las pilas de textos y cuadernos de apuntes en la mesita de café de mármol entre ellos. Los labios exuberantes fruncidos, un pie taconeando.

Un pie pequeño, desnudo y delicado, con uñas sonrosadas como el nácar, y los tobillos delgados asomándose desde sus pantalones de correr enrollados. Vestida con una de sus camisas de lino, las mangas levantadas hasta los codos, que desde sus hombros se dejaba caer sobre su cuerpo delicado, su pelo desordenado alrededor su cara, era una visión. El sol inconstante de marzo había decidido brillar por el momento, quizá, pensó él, simplemente para poder derramarse en la pared de ventanas tras ella, y besar sus rizadas trenzas cobrizas.

Trenzas que a él le gustaría sentir derramándose sobre sus propios muslos. Mientras esos labios rosados exuberantes...

—Come tu desayuno— gruñó, volviendo al texto.

Ella entrecerró sus ojos.

—Ya lo hice. Voy a perder el empleo, ¿sabes?

—¿Qué?

—Mi trabajo. Me van a despedir si no me presento al trabajo. ¿Y entonces cómo viviré? Quiero decir, asumiendo realmente que dices en serio eso acerca de dejarme ir.

Ella le dirigió otra mirada furiosa y altiva, luego echó una mirada hacia la puerta por doceava vez, y él supo que estaba preguntándose si podría hacerlo antes de que él la detuviera. Eso no lo preocupaba. Incluso si lograra atravesar la puerta, nunca llegaría al elevador a tiempo. Sabía también que más temprano había estado parada detrás de él, su mirada flotando entre una lámpara pesada y el dorso de su cráneo. Pero no había tratado de asestarle un golpe con esa arma, muchacha sabia.

Quizá había visto su tensa posición, quizá había decidido que su cráneo era demasiado duro.

Inspiró profundamente y soltó el aire con lentitud. Si no la sacaba del cuarto pronto, iba a brincar la mesa entre ellos, inmovilizarla en el sofá, y salirse con la suya. Y aunque estaba absolutamente dispuesto a hacerlo, necesitaba terminar el *Midhe Codex* primero. La disciplina era una parte crucial para controlar la maldad en su interior. La primera parte del día era para trabajar, la noche para la seducción, las horas de la madrugada para más trabajo. Había estado viviendo de ese modo por muchas lunas.

Era imperativo que conservara las cosas pulcramente divididas en secciones, pues con demasiada facilidad podría perderse si se permitía ceder a cualquier necesidad o un antojo momentáneo. Sólo mantener rígidamente sus rutinas, sin nunca desviarse, le probaba que tenía seguras las riendas.

*Los Draghar*, caviló. Ésa era la tercera mención de ellos que había encontrado. La fraseología peculiar parecía referirse a sus propias acciones. *El hombre de las montañas... el puente que burla la muerte*. ¿Pero quiénes o qué eran los Draghar? ¿Eran quizá algún bando de los legendarios *Tuatha de Danaan*? ¿Regresarían de sus míticos lugares ocultos para perseguirlo ahora que había roto su voto y había violado El Pacto?

Mientras más profundo escarbaba en los tomos a los que ni él ni Drustan previamente habían dedicado un solo pensamiento, más entendía que su clan había olvidado, incluso abandonado, mucha de su historia antigua. La biblioteca Keltar era vasta, y en sus treinta y tres años apenas había estudiado una parte de ella. Había textos que los Keltar no habían tocado en mucho tiempo, durante centurias o quizá milenios. Había también muchas tradiciones que un hombre debía absorber en una sola vida, y verdaderamente, no habían tenido necesidad de hacerlo. Durante eones, se habían hecho descuidados y negligentes, mirando sólo hacia el futuro. Supuso que era la forma que los hombres tenían de renunciar al pasado: vivir en el *ahora*, a menos que repentinamente el pasado se volviese crucial. Si no hubieran olvidado tantas cosas, nunca habría entrado en el círculo de piedras, asegurándose a sí mismo que no había nada malo acechándolo allí por usar las piedras por motivos personales. Nunca se habría medio convencido a sí mismo de que los *Tuatha de Danaan*, una raza incierta de la que le habían hablado en términos aún más inciertos, era sólo un mito, un cuento de hadas tejido para disuadir a un Keltar de hacer mal uso de su poder. Ni tampoco había creído que estaba abusando de sus poderes. No había pensado en sus acciones como “usarlos

*por motivos personales*”. Bueno, no del todo, pero, ¿no era el amor el mayor y más noble propósito de todos?

Ella parloteaba otra vez. ¿Qué tendría que hacerle para que le diera un momento de paz?

Una sonrisa depredadora curvó sus labios.

Él miró hacia arriba. Levantó sus ojos del texto y la miró, dejando deliberadamente que lo que pensaba hacerle —o sea, todo— se mostrara en su rostro y resplandeciera en su mirada.

Ella aspiró un aliento suave.

Con la cabeza inclinada hacia abajo, él la miró desde debajo de sus cejas. Era la clase de mirada que un guerrero podría asestar a otro en un desafío, o la clase de mirada que un hombre daba a una mujer que tenía la intención, a fondo, de arrasar. Lentamente, con sensualidad perezosa, él se humedeció el labio inferior. Dejó caer su mirada de la de ella, hacia sus labios y de regreso otra vez.

Los ojos de la muchacha se ampliaron, imposiblemente redondos, y tragó.

Él atrapó su propio labio inferior con sus dientes y lentamente lo soltó, luego sonrió. No era una sonrisa destinada a reconfortar. Era una sonrisa que prometía fantasías oscuras. Las quisiera ella o no.

—Estaré en el estudio— ella dijo débilmente, brincando enérgicamente del sofá y prácticamente corriendo del cuarto.

Sólo después de que ella hubiera salido él hizo ese ruido. Un gruñido largo y bajo de anticipación.

El corazón de Chloe martillaba furiosamente y no veía una maldita cosa mientras fingía mirar fijamente los títulos de los libros en los estantes en su estudio.

¡Cielos, esa mirada! ¡Dios Bendito!

Había estado allí sentado, frente a ella, luciendo impresionantemente espléndido de negro de pies a cabeza, su magnífico cabello de medianoche tirado hacia atrás de su cara divina, esencialmente ignorándola, pero luego había levantado sus ojos pero no su cabeza del texto y le había dirigido una mirada que era la quintaesencia del ardor sexual.

Nadie jamás había mirado a Chloe Zanders de esa manera. Como si ella fuera algún tipo de postre succulento y él acabara de salir de un ayuno de una semana a pan y agua.

Y su labio... Dios, cuando había atrapado y soltado ese labio inferior perversamente lleno con sus dientes, hacía que una chica simplemente quisiera tomarse un bocado también. Por horas.

*Creo que el hombre podría planear seducirme*, pensó con duda. Sí, sabía que era un mujeriego, y sí, la noche pasada había parecido coquetear, pero no lo había tomado en serio. Ella no era exactamente la clase de mujer que los hombres como él se peleaban

por conseguir. Chloe era bastante realista acerca de su aspecto general; no era alta, de piernas largas, y desde luego no era material para una modelo, eso seguro.

Incluso los tipos de Seguridad habían dicho que ella no era su tipo.

Pero esa mirada...

—Sólo lo hizo para obligarte a salir, Zanders— masculló para sí misma—. Y funcionó. Cobarde gallina miedosa.

Estuvo a punto de entrar en estampida de regreso y gritarle por su fanfarronada; en verdad, se había movido hacia la puerta y estaba a punto de salir, cuando él hizo un sonido.

Un sonido que la hizo temblar y cerrar la puerta otra vez.

Y cerrar con llave.

Un sonido animal y hambriento.

Apoyándose contra la puerta, Chloe hizo inhalaciones lentas y profundas.

Había algo malo en su cabeza. Se trataba de algo relacionado con ser la rehén de un criminal, tal vez con fantasear acerca de besos. Era una cosa enteramente distinta ser seducida por él. El hombre vil era al mismo tiempo un ladrón y un secuestrador, y no debía olvidar eso.

Tenía que escapar antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que inventara razones, no solamente para ser cómplice de un criminal, sino para ofrecerle su virginidad en bandeja de plata.

Cuando Chloe avanzó a rastras al estudio media hora más tarde, el arrogante tipo realmente la dejó atravesar la puerta antes de que se tomara la molestia de moverse. Luego se levantó lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y lanzó una mirada de decepción y amonestación cortés.

Como si ella estuviera haciendo algo malo.

Con rebeldía, Chloe blandió la pequeña espada que había robado de la colección de la pared, habiendo decidido que era la más adecuada para su tamaño, dieciocho pulgadas de acero filoso.

—Te dije que no le diré nada a nadie y no lo haré. Pero no puedo quedarme aquí.

—Baja la cuchilla, muchacha.

Chloe retorció el picaporte.

En el momento preciso en que empezó a abrir, él se abalanzó sobre ella, y cuando la puerta no se abrió, la joven se quedó estupefacta, pues no había estado cerrada con llave al principio. Frenéticamente, se volvió para luchar, pero la palma del hombre golpeó la puerta por encima de su cabeza y él la apretó contra su cuerpo. Instintivamente, ella levantó la espada y él se tensó, mientras la punta se detenía finalmente sobre su corazón.

Clavaron los ojos el uno en el otro por un largo momento. Débilmente, ella se percató de que el aliento de Dageus era tan superficial como el suyo.

—Hazlo, muchacha— él dijo serenamente.

—¿Qué?

—Mátame. Soy un ladrón. La evidencia está aquí. Necesitarás llamar a la policía,

pero demostrarás que soy (o fui) el *Fantasma Gaulish*, que te tuve secuestrada. Nadie te culpará por matarme para escapar. Eso es lo que cualquier muchacha honesta haría.

Ella se quedó con la boca abierta. ¿Matarlo? No le gustó oírlo hablar de sí mismo en pasado. Hizo brotar un nudo frío y horrible en su estómago.

—Hazlo— insistió él.

—No quiero *matarte*. Solamente quiero *irme*.

—¿Porque te he tratado muy mal?

—¡Porque me tienes secuestrada!

—Y tiene que ser horrible, ¿no es verdad?— se burló él ligeramente.

—Simplemente da un paso atrás— siseó la muchacha. Cuando él deliberadamente presionó su cuerpo hacia adelante contra la punta de la espada y ella sintió su piel tocar la cuchilla, se quedó sin aliento. Los labios masculinos se curvaron en una sonrisa fría.

Y ella supo que si retirara la hoja filosa, brillaría roja con su sangre. El nudo horrible se unió a la náusea.

—Mátame o pon en el suelo la espada— dijo él con intensidad mortífera—. Esas son tus opciones. Tus únicas opciones.

Chloe exploró sus ojos, esos ojos dorados y brillantes. Parecieron remolinear con las sombras, cambiando de color, perdiendo su intensidad de ámbar derretido hacia el cobre fundido, pero eso no era posible. El momento era tenso de peligro, y ella tuvo el repentino y extraño sentimiento de que algo... *distinto*... estaba en el *penthouse* con ellos. Algo antiguo y muy, muy frío.

¿O era simplemente el frío de esos ojos? Se sacudió a sí misma, dispersando sus pensamientos absurdos.

Él estaba serio. Le decía que debía matarlo para salir de allí.

Y ella no podría hacerlo.

No era incluso ni remotamente posible. No quería a Dageus MacKeltar muerto. *Jamás* lo querría muerto. Incluso si eso significara que él estuviera suelto allí afuera, un granuja y un ladrón, bello como un ángel caído, violando leyes y robando antigüedades.

Cuando ella dejó caer la espada, la mano masculina se movió en un borrón de movimiento veloz como el rayo. La joven gritó, dejando caer la espada mientras el destello de plata de una cuchilla formaba un arco hacia su cara.

Se hundió en la puerta al lado de su oreja.

—Mira eso, muchacha— ordenó él.

—¿Q-qué?

—La daga. Éste es un *skean dhu* del siglo catorce.

Ella giró la cabeza cautelosamente y miró fijamente la cuchilla sobresaliendo de la puerta, luego dirigió la mirada de regreso a él. Estaba emparedada absolutamente por seis pies de músculo y hombre, las palmas masculinas a cada lado de su cabeza. *Y un cuchillo cerca de su oreja*. Él lo había tenido en alguna parte de su cuerpo todo el tiempo. Podría haberlo usado contra ella en cualquier momento. Pero no lo había hecho.

—Te gustan tus antigüedades, ¿verdad, muchacha?

Ella asintió con la cabeza.

—Tómalo.

Chloe parpadeó.

Él dejó caer sus manos repentinamente y dio un paso atrás.

—Vamos, adelante, tómalo.

Mirándolo con cautela, Chloe sacó la cuchilla de la puerta con un pequeño gruñido. Requirió ambas manos liberarlo.

—Oh— suspiró. La empuñadura, tachonada con esmeraldas y rubíes, era exquisita. La hoja más fina que había visto en toda su vida—. ¡Esto debe valer una fortuna! Está en óptimas condiciones. ¡No hay ni siquiera la muesca más diminuta en la hoja! Tom daría cualquier cosa por esto.

O, se temía, podría hacerlo ella.

—Esto es mío. En la empuñadura puedes ver la montaña Keltar. Ahora es tuyo. Para cuando te marches. Por si pierdes tu empleo.

Él dio media vuelta y regresó con paso impetuoso al sofá.

Cuando se sentó y reanudó su trabajo en el texto, Chloe permaneció en un silencio atontado, su mirada flotando desde él al *skean dhu* y de regreso otra vez. Varias veces abrió su boca para hablar, luego la cerró.

Sus acciones simplemente habían demostrado, más persuasivamente que cualquier palabra, lo que quería decir acerca de que no la lastimaría. ¿Qué palabras había usado la noche anterior? *No haré nada que no desees que haga.*

No encontró eso tan reconfortante como hubiera querido, especialmente teniendo en cuenta sus propios deseos, algo menos que puros.

Él simplemente había puesto un antiguo artefacto celta en sus manos y le había dicho que era para ella.

Sus dedos se ensortijaron posesivamente alrededor de la empuñadura de la daga. Debería objetar enérgicamente. O al menos, protestar simbólicamente. E iba a hacerlo, en cualquier momento a partir de ese instante.

Esperó. En cualquier momento a partir de ese instante.

Suspirando de manera lúgubre, admitió que algunas cosas simplemente no eran humanamente posibles —incluso hasta Martha Stewart<sup>16</sup> quizá no doblaba las sábanas adecuadamente algunas veces.

*Oh, abuelo, ¿por qué no me dijiste nunca que los escoceses eran tan fascinantes? Él simplemente sabe cómo llegar a mí.*

Casi creyó oír la risa suave de Evan MacGregor, como si le hubiera contestado de alguna parte más allá de las estrellas, *Tú no estarías satisfecha con menos, Chloe. Tienes tu propia cuota de sangre salvaje también.*

---

<sup>16</sup> Martha Stewart: famosa decoradora de interiores de USA (N. de la T.)

¿De verdad? ¿Era por eso que, últimamente, había estado despertándose en la mitad de la noche, llena de energía que desesperadamente necesitaba liberar? ¿Y por eso que, a pesar de lo bien que desempeñaba su trabajo (sabía que iba a ser ascendida pronto), había estado poniéndose progresivamente más inquieta? Desde hacía meses, una voz pequeña pero insistente dentro de sí había estado quejándose ‘*¿Es esto todo lo que hay en mi vida?*’

El *Fantasma Gaulish* le ofrecía un soborno, una retribución de cierto tipo. Ser una “buena muchacha” y salir con un premio. Su artefacto celta ciento por ciento propio.

A cambio de su silencio y su cooperación.

Chloe mantenía una crisis ética.

Afortunadamente, fue breve.

Se encorvó para recoger la espada olvidada y regresarla al estudio.

—Podría usar algunas ropas que me *quedaran* mejor— se quejó mientras pasaba detrás de él.

Si no le hubiera dado la espalda, habría visto la sonrisa que curvó los labios varoniles, y habría temblado de pies a cabeza.

—*Dageus, cariño, te extraño, te necesito. Me estoy muriendo sin ti—. Pausa—. Llámame. Es Katherine.*

El contestador automático hizo clic.

Un momento más tarde Dageus apareció. Sus miradas colisionaron mientras él reducía el volumen en el contestador automático.

—Dageus, cariño— imitó Chloe, sintiéndose inexplicablemente colérica. Allí había estado, repasando delicadamente las páginas del *Midhe Codex* y sintiéndose extrañamente contenta mientras él traqueteaba domésticamente en la cocina, cocinando para ella, cuando Katherine había interrumpido.

Él le dirigió una sonrisa absolutamente devastadora y se encogió de hombros.

—Soy un hombre, muchacha—. Luego volvió a la cocina, dejando a Chloe refunfuñando. Por qué le importaba eso a ella, no tenía ni idea. Pero la irritaba.

—¿Naciste en Escocia?— preguntó Chloe más tarde, empujando hacia atrás su plato con un suspiro. Otra cena fabulosa: bistec Aberdeen Angus con hongos en salsa de vino, jóvenes papas rojas con cebollinos, ensalada y pan untado con mantequilla y miel. Y vino, aunque él sorbía *Macallan*, la singular y fina malta escocesa.

—Sí. Las Highlands. Cerca de Inverness. ¿Y tú?

—Indianápolis. Pero mis padres murieron cuando tenía cuatro años de edad, así es que fui a vivir a Kansas con mi abuelo.

—Eso debió haber sido difícil.

Había sido horrendo. Se habían rehusado dejarla ver los cuerpos de sus padres, lo

cual, aunque lo comprendía ahora, en ese momento no lo había hecho. Había pensado que alguien los había robado y no los devolvería. No había creído que ellos simplemente no podrían *estar* más. Pero eventualmente había sanado. Supo que ese suceso la había marcado de una manera que las personas con padres nunca entenderían, pero había tenido suerte. Había tenido a alguien que la había rescatado, y Chloe creía que uno siempre debía contar sus bendiciones.

—¿De dónde heredaste la sangre escocesa, muchacha?

—Mi abuelo. Evan MacGregor. ¿Tienes familia?

Una sombra oscura se movió rápidamente a través de sus ojos, un destello breve de angustia, pero se fue tan rápidamente que no estaba segura de no haberlo imaginado.

—Mi madre y mi *pa* están muertos. Tengo un hermano—. Él se levantó abruptamente, recogiendo platos y llevándoselos a la cocina, dejándola para ponderar lo que creía haber vislumbrado. Estaba decidida a perseguirlo, pero cuando él regresó, la distrajo colocándole un vaso de brillante licor rojo como la sangre en una mano y un cigarro puro en el otro.

Chloe parpadeó.

—¿Qué es esto?

—El cigarro más fino que el dinero puede comprar y un vaso de oporto igualmente finísimo.

—¿Y simplemente qué piensas que voy a hacer con eso?

—Disfrutar—. Él le dirigió una sonrisa encantadora.

Chloe miró el cigarro con curiosidad, comenzando a rodarlo entre sus dedos. Nunca había fumado. Nada. Ni había querido. Pero si alguna vez un momento era el apropiado para probar innovaciones, era allí y ahora, con un hombre que ciertamente no se sentaría a juzgarla, no importaba lo que ella pudiera hacer. Se sentía extrañamente liberada, comprendió, cerca de un hombre como él.

—No te preocupes, no necesitas inspirar. Se trata de mezclar la combinación sutil del oporto y el humo acre en tu lengua. Haz un intento. Si no te gusta, al menos lo sabrás la próxima vez que alguien te ofrezca uno.

Él le mostró cómo, preparando el cigarro puro, instándola para aspirar bocanadas al encenderlo.

—Siento que estoy haciendo algo mal— tosió Chloe.

Och, ella no tenía idea de cuán mal estaba haciendo, pensó él. Era una tontería que aceptara fumar un cigarro y beber oporto. A las muchachas les gustaba coquetear con el peligro, con cosas que nunca habían probado antes, no importaba cuán buenas parecieran. A menudo *porque* eran tan buenas. Y un sabor diminuto de lo prohibido, a menudo trasladaba el hambre por otra fruta. *Ten hambre, pequeña Chloe*, deseó silenciosamente. *Saciaré cualquier deseo que tengas*. Casi podía saborear su inocencia en su lengua. Ciertamente, lo haría muy pronto.

—Has estado haciendo algo mal desde el momento que me conociste, muchacha— ronroneó, refiriéndose a sí mismo, pero cuando ella lo miró de reojo, la provocó—:

figoneando en mi dormitorio.

—Sólo curioseé en tu dormitorio porque había antigüedades robadas allí dentro.

—¿Y por qué estabas en mi dormitorio en primer lugar?— preguntó él sedosamente. Ella se sonrojó.

—Porque estaba, eh... porque traje, hmmm...— balbuceó ella.

—Y debo confesar, he estado preguntándome simplemente lo que estabas haciendo poco más o menos en mi cama para encontrar esos libros. Has debido estar casi sobre ella. ¿Sentías curiosidad acerca de mí? ¿Acerca de mi cama? ¿Quizá acerca de mí sobre ella?

Su sonrojo se hizo más hondo.

—Simplemente asomaba mis narices, ¿okay? Pero si había tenido alguna idea de qué iba a encontrar, no lo habría hecho.

Él sonrió, una sonrisa incitadora y lenta, y Chloe contuvo el aliento.

—Toma un sorbo de oporto y déjalo yacer en tu lengua un momento.

Chloe bebió un sorbo.

—Ahora el cigarro.

Ella jadeó ligeramente. Dulce y humoso, una combinación fascinante. Otro sorbo, otra bocanada. Rió. Se sentía tonta echando bocanadas al gordo cigarro. Se sentía caliente y viva. Volteó su cabeza para decirle qué pensaba, pero él se había dejado caer a su lado en el sofá y ella se encontró con sus labios.

Besó sonoramente esa boca decadente, llena, pecaminosa, y al minuto que establecieron contacto, Chloe *se incendió*. El calor la atravesó de pies a cabeza; una clase de calor salvaje que nunca había sentido antes. Un calor que instintivamente entendió que podría quemarla más allá del reconocimiento. Él no había fumado su cigarro, y tenía sabor a Malta; luego su lengua caliente resbaló dentro de su boca y su mundo entero se puso del revés. Ella apenas percibió cuando él hábilmente deslizó el puro y el vaso de sus manos, depositándolos en otro sitio. Los podría haber dejado caer al piso en lo que a ella concernía.

—Chloe, pequeña. Necesito saborearte. Ábrete más. Dame más.

Él enterró sus manos en su pelo, besándola, y repentinamente fue completamente insignificante que robara antigüedades, que la hubiera secuestrado, que viviera al margen de la ley. A ella sólo le importaba que su lengua estuviera en su boca, y cómo la hacía sentir. El mundo dejó de existir más allá de eso.

Los besos lentos, profundos, los mordiscos eróticos con sus dientes, su boca deslizándose, resbalándose y rodando sobre la de ella. Él atrapó su labio inferior y tiró perezosamente, regresó a atraparlo otra vez, luego inclinó su boca firmemente sobre la de ella, saqueando. Mordisqueó, chupó, consumió. El hombre no la besó simplemente, le hizo el amor a la boca de la mujer, la hizo sentirse ardiente e hinchada y dolorida. La hizo emitir unos ruidos curiosos y sentirte temblorosa en todas partes. La hizo tener la impresión de que podría...

*Me estoy muriendo sin ti. Llámame. Es Katherine.*

...perderse completamente y enamorarse de él como las incontables mujeres que indudablemente lo habían hecho. Como una mujer a la que no había regresado la llamada. Y a diferencia de lo que había oído en el ronroneo sofisticado de la voz de Katherine, Chloe no poseía la suficiente sofisticación, las defensas necesarias. Si fuera lo suficientemente tonta como para permitírselo, el hombre la usaría y la descartaría. Y no habría nadie a quien culpar excepto a sí misma. No era como si no supiera, de entrada, qué clase de hombre era. Definitivamente el tipo de ‘ámalas y déjalas’. ¿Y cómo sentiría ella, sabiendo había sido simplemente otra muesca en su cama? *Usada*.

—A-alto— jadeó.

Él no lo hizo. Sus manos cayeron de su cabello hacia sus pechos, moviéndose posesivamente sobre ellos, acariciando y masajeando. Sus pulgares navegaron sobre sus pezones, y éstos se endurecieron instantáneamente. Ella sintió como si se ahogara. El hombre era demasiado abrumadoramente masculino y sexual, y Chloe sabía que debía detenerlo, porque en unos cuantos momentos más, no podría recordar por qué debería hacerlo.

—Por favor— sollozó—. ¡Alto!

Él mantuvo de rehén su labio inferior por un momento largo y erótico, y luego, con un gruñido derrotado, rompió el beso. Apoyó su frente contra la de ella, su respiración superficial y rápida. ¿Cuándo se había puesto tan frío el cuarto?, se preguntó ella débilmente. Debía haber una ventana abierta en alguna parte, dejando entrar una brisa *helada*. Tembló. Su piel se sentía caliente, sonrojada de pasión, pero el fino vello de su cuerpo se había erizado en carne de gallina.

—No te lastimaré— dijo él, su voz baja y urgente.

*Tal vez no físicamente*, pensó ella, *pero hay otras clases de dolor*. En veinticuatro horas se había encaprichado desesperadamente de un ladrón, fascinada por un desconocido que exudaba secretos criminales y... y algo prohibido.

Negó con la cabeza, esforzándose en apartarse de él. Aceptar un soborno era una cosa, perderse a sí misma era otra. Y no tenía ninguna duda de que podría perderse por un hombre así. Simplemente no estaban en la misma liga.

Sus manos regresaron hasta su cabello y él la sujetó con fuerza, bajando la cabeza, y por un momento ella pensó que se rehusaría a dejarla ir. Luego él levantó el cuello y la miró, su mirada oscura e intensa.

—Te deseo, muchacha.

—Ni siquiera me conoces— replicó ella temblorosamente. Sospechó que cuando Dageus MacKeltar le decía a una mujer que la deseaba con una voz así, él no oiría a menudo muchos ‘no’, por no decir nunca.

—Te deseé desde el momento que te vi en la calle.

—¿En la calle?— ¿Él la había visto en la calle? ¿Cuándo? ¿Dónde? El pensamiento que él la hubiera notado antes de que se conocieran en su dormitorio la hizo sentirse jadeante.

—Tú llegabas cuando yo me marchaba. Estaba en el taxi detrás de ti. Te vi y yo...—

él se interrumpió abruptamente.

—¿Qué?

Él sonrió cruelmente y trazó con la yema de su pulgar su labio inferior, todavía hinchado y húmedo por sus besos.

—Y me dije que una muchacha como tú no era para mí.

—¿Por qué?

El deseo en sus ojos cedió, reemplazado por una expresión tan remota y vacía que ella la sintió como una bofetada. La había dejado afuera. Completamente. Podía sentirlo, y no le gustaba ni una pizca. Se sintió... despojada.

Él se levantó abruptamente.

—Ven, muchacha, vamos a acomodarte para dormir— sonrió burlonamente, otra de esas sonrisas que no alcanzaban sus ojos—. Sola, si insistes.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué pensarías eso?—. Era terriblemente importante para ella oír su respuesta.

Él no contestó. Sencillamente la escoltó al cuarto de baño, ofreció sus toallas para una ducha si lo deseaba —lo cual ella estaba definitivamente demasiado incómoda para hacer— y ella se rehusó, pero se lavó y se cepilló los dientes otra vez; luego le indicó la cama para que pudiera atarla.

—¿Debes hacer esto?— protestó ella mientras él anudaba la primera pañoleta.

—No si estuviera durmiendo contigo— fue su fría respuesta.

Ella ofreció la segunda muñeca.

—Sé que estás intacta, si eso es lo que te preocupa.

—Y ambos sabemos *que tú no*— masculló ella, irritada. *Señor-Múltiples-Magnums-Bajo-La-Cama. ¿Cómo sabía que era virgen? ¿Estaba grabado en su frente? ¿Habían sido sus besos tan torpes?*

—Esto no ha sido sino práctica para demostrarte que podría complacerte.

Ella tembló. Caramba, caramba.

—Si no me atas, prometo que no trataré de escapar.

—Sí, lo harías.

—Te doy mi palabra.

Con un golpecito gracioso de su mano, él lanzó una de las almohadas de la cama.

Chloe no tuvo que mirar hacia abajo para saber lo que él acababa de revelar: el *skean dhu* que había enrollado antes en un suave pedazo de *plaid* que había encontrado, y luego había remetido bajo la almohada para poder cortar sus ligaduras más adelante.

—Estaba guardándolo para mantenerlo seguro. No sabía dónde más ponerlo— dijo, agitando las pestañas.

—Ninguna promesa o incluso el deseo atan a una mujer. Sólo las cuerdas la atan—. Él recogió rápidamente la cuchilla y la manta escocesa, cruzó el cuarto y los metió en un cajón.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Quién te enseñó eso? ¿Las mujeres? Me suena como que tal vez escoges las

equivocadas. ¿Cuáles son tus criterios? ¿*Tienes* algún criterio?

Él le disparó una mirada oscura.

—Sí. Que me poseerán.

Parpadeando, ella lo dejó atarla. El hombre podría poseer a cualquier mujer que quisiera.

Hubo un momento muy peligroso cuando él le sujetó la segunda muñeca. Una pausa bastante embarazosa donde simplemente clavaron los ojos el uno en el otro. Ella lo deseaba, lo ansiaba, y la intensidad de ese sentimiento la aterrorizaba. Apenas conocía al hombre, y lo que sabía de él era cualquier cosa excepto reconfortante.

Mientras él cerraba la puerta dijo sobre su hombro:

—Porque eres una buena muchacha—. Un suspiro pesado—. Y yo no soy un buen hombre.

Le tomó un momento entender acerca de qué hablaba. Luego se percató que finalmente le había contestado la pregunta de por qué ella no era para él.

## Capítulo 6

*No soy un buen hombre.*

Esa era la única advertencia real que ella alguna vez tendría de él en su dulce e inevitable caída.

Dageus sorbió su whisky y clavó los ojos en la mujer. Ese beso, aquel mero sorbo de un beso, todavía yacía en su lengua, dulce como la miel, y ninguna cantidad de whisky podría borrarlo. Apenas había empezado a saborearla cuando ella lo había detenido.

Y detenerse había estado malditamente cerca de matarlo. Con su lengua en la boca de la joven, sus manos en su pelo, por un momento breve, él se había llenado de furia helada, pura y negra, algo que se rehusaba a ser negado. Los Antiguos se habían enardecido, exigiéndole que saciara su hambre. *Fuérzala*, una voz oscura había ronroneado. *Puedes hacer que te desee*.

Había emprendido una terrible batalla contra ellos, por lo que se había apartado con cuidado. Esa negrura no era él. No podía ser él. No lo permitiría. Con demasiada facilidad podría consumirlo.

Sabía que no debería estar en el dormitorio en esos momentos. No estaba en el mejor de los ánimos por muchas razones, la mínima de ellas, que había usado magia más temprano, primero en una visita breve a los de Seguridad antes de que ella despertara, para hacerles recordar que ellos habían visto a Chloe Zanders salir la noche anterior, y más tarde, cuando ella había tratado de escapar, en una acción reflexiva, sin pensarlo. El cerrojo interior no había estado con llave para variar, y ella lo había abierto, pero él lo

había atascado con una palabra murmurada antes de que ella pudiera abrir.

Luego, presionado contra ella, con las armas entre ellos y un poquito de sangre en su piel y la oscuridad levantándose, él había dejado claro el costo de su escape: su propia vida, apostando que ella se echaría atrás velozmente.

Una parte perversa de él la desafió a acabar su deshonor con el extremo de su propia espada.

Cualquiera fuera el resultado, él tendría más paz.

Ella había bajado su arma y se había quedado. No había comprendido el importante significado de esa acción. Cuando un Druida ofrecía su arma predilecta, su *Selvar*, la única que él llevaba sobre su piel, a una mujer, ofrecía su protección. Su tutela. Para siempre.

Y ella lo había tomado.

Chloe estaba durmiendo sobre su espalda, en la única forma que podría hacerlo, con sus muñecas atadas, aunque él había dejado considerable espacio en los lazos. Sus preciosos pechos se levantaban y caían con los alientos suaves y lentos del sueño profundo.

Debería dejarla ir.

Pero sabía que no iba a hacerlo. Deseaba a Chloe Zanders en formas que nunca había deseado a una muchacha antes. Ella lo hacía sentirse como un muchacho, queriendo impresionarla con sus proezas masculinas, protegerla, saciar cada uno de sus deseos, ser el foco de su corazón claro y radiante, tan lleno de inocencia. Como si ella en cierta forma pudiera hacerlo limpio otra vez.

Ella era curiosidad y admiración; él era cinismo y desesperación. Ella estallaba de sueños; él estaba esculpido por fuera y hueco por dentro. Su corazón era joven y verdadero; el de él estaba helado de desilusión, apenas palpitando lo suficiente como para mantenerlo vivo.

Ella era todo lo que había soñado una vez, hacía mucho tiempo. La clase de muchacha por quien habría ofrecido los votos vinculantes druidas, ofrendando su vida para siempre. Era inteligente —hablaba cuatro idiomas de los que él conocía—, tenaz, decidida, lógica en una forma tortuosa, real, crédula. Protectora de las antiguas costumbres, como era evidente cada vez que lo observaba dar vuelta una página. Le había dado dos veces un papel *tissue* con el que hacerlo cuando él se había olvidado, para que no marcara con el sudor de su piel las preciosas páginas.

Y podía sentir en ella a una mujer que quería escapar. Una mujer que había vivido una vida pacífica, una vida respetable, pero estaba sedienta de más. Podía sentir, con los instintos infalibles de un depredador sexual, que Chloe era lujuriosa en lo más profundo de su ser. Que al hombre a quien escogiera tomarse libertades, le serían concedidas incondicionalmente. Sexualmente agresivo, dominante hasta los huesos, él reconocía en ella a su compañera de cama perfecta.

Él era un hombre que no podía ofrecer promesas ni seguridad. Un hombre con una oscuridad terrible creciendo dentro de él. Y todo lo que él podría pensar era...

... cuando la tomara, despojando la ropa de su cuerpo, dejando al descubierto cada pulgada a su hambre inmensa.

Se estiraba encima de ella, los antebrazos sobre la cama a cada lado de su cabeza, inmovilizando su cabello largo bajo su peso. Él la besaba...

*Él la besaba y ella se ahogaba en el calor y sensualidad del hombre. Sus manos atadas a los postes de la cama, su cuerpo desnudo, yacía en su cama, ardiendo porque él la tomara.*

*Él no besaba simplemente: reclamaba una propiedad. Tomaba su boca con urgencia, como si su vida dependiera de ello. Lamía y mordía y saboreaba, succionando su labio inferior, atrapándolo con sus dientes. Sus manos estaban sobre sus pechos y su piel dolía de necesidad donde él la tocaba. La besó larga y profundamente, despacio, y después la besó duro, castigador y rápido...*

... como si fuera porcelana, delicada porcelana china, luego la castigaba con besos duros por ser tan perfecta, por ser todo lo que él no merecía. Por la admiración que ella todavía tenía, la admiración que recordaba haber sentido alguna vez también.

Siendo un hombre, sabía lo que ella necesitaba. Así que besaba cada pulgada de su piel sedosa, arrastrando su lengua sobre los picos de sus pezones. Raspándolos con su mandíbula sin afeitar, hasta que florecieran duros y apretados para él, sus dientes mordiéndolos; luego, movería esos besos al dulce calor femenino entre sus piernas, donde saborearía ese brote tenso de dolor. Los golpes largos y lentos de su lengua... algunas veces delicados mordiscos... Luego golpes más fuertes, más y más rápido hasta que ella se contorsionara bajo él.

Pero aún así, ella no estaría lo suficientemente salvaje para él.

Así que deslizaría su dedo dentro de ella. Encontraría ese lugar, uno de varios especiales, que volvía loca a una mujer. La sentiría cerrarse hermética y convulsivamente alrededor de él, hambrienta. Luego se retiraría y la saborearía con la lengua otra vez. Lamiendo. Lamiendo... Ahogándose en su sabor dulce.

Luego dos dedos. Luego su lengua. Hasta que ella...

*—¡Por favor!— sollozó Chloe, arqueándose hacia atrás, arriba y arriba, implorando su contacto.*

*Dageus surgió amenazadoramente por encima de ella, su duro cuerpo dorado por luz del fuego, un brillo de sudor refulgiendo en su piel.*

—¿Qué quieres, Chloe?— la desafió con su mirada brillante, retándola a desearlo, desafiándola a decir esas cosas que nunca había dicho en voz alta. Las fantasías secretas que abrigaba en su corazón de mujer. Las fantasías que ella sabía él estaría igualmente deseoso de cumplir a cabalidad; todas y cada una.

—¡Por favor!— gritó, sin saber cómo expresarlo con palabras—. ¡Todo!

Las ventanas de su nariz se dilataron y él inspiró agudamente, y ella repentinamente se preguntó si había dicho algo mucho más peligroso de lo que pensaba.

—¿Todo?— ronroneó—. ¿Todo lo que deseo? ¿Todo lo que he soñado en hacerte? ¿Quieres decir regalarme tu inocencia sin condiciones?

Un latido pasó, luego dos...

... dijera que lo necesitaba. Estaba dispuesto a renunciar a todo. Cambiaría sus años de práctica —todos esos años en los que había hecho el amor ardorosamente con un corazón frío a mujeres que no habían querido nada de él excepto su cuerpo— por las curvas exuberantes de Chloe, el dorso de sus rodillas, el interior de sus muslos, recorriéndolos en todas formas con su lengua. La desataría, haciéndola rodar sobre su estómago. Estiraría sus manos por encima de su cabeza, atrapándolas en una de las suyas, mordiendo su nuca. Arrastraría su lengua por su columna vertebral, prodigando atención a su lugar favorito, el arco delgado y delicado donde la espalda de una mujer encontraba su trasero, y luego besaría cada pulgada de sus dulces nalgas.

Arrodillándose por encima de ella, sobrepasándola, se aproximaría a sus curvas suaves con su pene duro. La sentiría corcovear hacia arriba y hacia atrás para encontrarlo...

—¡Dageus!— gritó Chloe. Él estaba detrás de ella, ardiente y sedoso y duro contra su trasero, y ella se sentía tan vacía por dentro que dolía.

—¿Qué, muchacha?

—Hazme el amor— jadeó.

—¿Por qué?— Él se desperezó completamente encima de ella, piel a piel, desde la cabeza a los pies, sus palmas contra el dorso de sus manos, presionándolas contra la cama, dejándola sentir su peso completo, haciéndole difícil respirar. Él empujó sus muslos para apartarlos con su rodilla. Impulsó sus caderas, empujando contra ella, pero no dentro de ella. Tentándola deliberadamente.

—Te deseo.

—Desear no es suficiente. Debes sentir que no puedes respirar si no estoy dentro de ti. ¿Me necesitas? ¿No importa el costo? ¿Aunque te he advertido que no soy un buen hombre?

—*¡Sí! ¡Dios mío, sí!*

—*Dilo.*

—*¡Te necesito!*

—*Di mi nombre.*

—*¡Dageus!*

Chloe se irguió, despierta, con un violento sacudón, sudando y respirando duro, y tan intensamente estimulada que le dolía todo el cuerpo.

—Q-qué...— pero se interrumpió, recordando el sueño. *Oh, Dios mío*, pensó, consternada. Negando con la cabeza, repentinamente se percató de que no estaba sola.

*Él* estaba en el cuarto con ella.

Sentado a menos de un metro, en una silla al lado de la cama, la observaba con esos brillantes ojos de tigre.

Sus miradas colisionaron.

Y ella tuvo el presentimiento más horrible, de que él en cierta forma lo sabía, sabía lo que había estado soñando. En su mirada al rojo vivo había una satisfacción extraña.

Un rubor caliente la recorrió de pies a cabeza. Bajó la mirada frenéticamente. A Dios gracias, estaba todavía completamente vestida. Había sido solamente un sueño.

Él *seguramente* no podría saberlo.

Chloe subió los cobertores hasta la barbilla. El aire del cuarto era positivamente frío.

—Sonabas inquieta— ronroneó él, su voz tan oscura como el cuarto en sombras—. Vine a comprobar que todo estuviera bien y pensé en sentarme cerca hasta que te calmaras.

—Estoy tranquila ahora— mintió abiertamente la muchacha. Su corazón martillaba y giró para no dejar traslucir nada con sus ojos.

Le echó un vistazo rápido. El hombre era hermoso. Sentado, medio dorado por la luz del moribundo fuego. Un lado de su cara dorada, el otro en sombras. Ella casi jadeó. Se mordió el labio para tranquilizarse.

—¿Entonces debería irme?

—Deberías irte, sí.

—¿No... *necesitas*... nada, pequeña Chloe?

—Simplemente que me dejes marcharme— dijo la joven rígidamente.

*Nunca*, pensó Dageus, cerrando la puerta con firmeza.

Cuando ella había despertado, había quedado aturdido al percatarse de que en cierta forma sus pensamientos, la seducción dolorosamente intensa que había estado

imaginando, había avanzado a rastras en los sueños de la muchacha.

El poder. Había poder dentro de él y no debía arriesgarse a olvidarlo. En cierta forma ese poder la había hecho compartir su fantasía.

Algo peligroso.

Aparentemente, había usado magia otra vez, sin incluso darse cuenta.

Un músculo brincó en su mandíbula. Lo que demostraba malditamente claro que se difuminaba el límite de dónde nacían los Antiguos y él moría.

Tenía aún un trabajo que hacer esa noche, se recordó, sacudiéndose agudamente, resistiendo la oscuridad que se desperezaba y flexionaba dentro de sí. La oscuridad que había intentado convencerlo de que era un dios, y que todo lo que deseaba era merecido.

Calzando con firmeza sus botas y vistiendo su abrigo, dirigió una última mirada en dirección al dormitorio antes de salir del *penthouse*. Ella estaba bien atada, nunca sabría que él se había marchado. Lo haría apenas por unas pocas horas.

Antes de salir, subió el termostato. Hacía frío en el *penthouse*.

## Capítulo 7

Tuvo que volver a usar magia, el *feth fiada*, el hechizo druida que lo hacía invisible a los ojos humanos, y cuando regresó al *penthouse*, estaba demasiado tenso para dormir. No había sabido que semejante hechizo existía antes de que los Oscuros lo hubieran reclamado esa noche desafortunada. Ahora la sabiduría de ellos era también la suya, y aunque trataba de fingir que estaba ajeno a la extensión completa del poder dentro de sí, algunas veces, cuando estaba haciendo algo, repentinamente pensaba en un hechizo para facilitarlo, como si lo hubiera sabido toda la vida.

Algunos de los hechizos que él ahora “simplemente sabía” eran horribles. Los Antiguos dentro de él habían sido jueces, jurado y ejecutores en muchos casos.

Se hacía cada vez más peligroso, se estaba haciendo cada vez más desapasionado. Encaramado al borde del abismo, el abismo lo miraba a su vez con ojos fieros y rojizos.

Necesitaba el cuerpo de una mujer, el toque tierno de una mujer. El deseo de una mujer para hacerlo sentirse como un hombre y no una bestia.

Podría acudir a Katherine; no importaba la hora. Ella le daría la bienvenida con los brazos abiertos y él podría perderse en ella, apartar de un empujón sus tobillos por encima de su cabeza, e impulsarse dentro de ella hasta que se sintiera humano otra vez.

Pero no deseaba a Katherine. Deseaba a la mujer escaleras arriba, en su cama.

Con demasiada facilidad podría verse subiendo los escalones de tres en tres, desnudándose a medida que lo hacía, desperezándose encima de su cuerpo indefenso,

atado, tentándola hasta que ella se convirtiera en un animal lleno de necesidad, hasta que le rogara que la tomara. Sabía que podría hacer que lo deseara. Och, quizá ella no estaría dispuesta al principio, pero él conocía formas de tocar que podrían volver loca a una mujer.

Su respiración era entrecortada. Se dirigía a las escaleras, tirando de su suéter sobre su cabeza cuando se detuvo.

*Respira profundamente. Concéntrate, Keltar.*

Si acudiese a ella ahora, la lastimaría. Se sentía demasiado salvaje, demasiado hambriento. Apretando los dientes, jaló bruscamente el suéter de regreso a su lugar y dio media vuelta, quedándose con la mirada perdida fuera de la ventana por un tiempo.

Dos veces más se contuvo de dirigirse hacia arriba de las escaleras. Dos veces más se esforzó en contenerse. Se dejó caer al piso e hizo lagartijas hasta que su cuerpo goteaba de sudor. Luego una crisis, y más flexiones. Recitó pedazos de historia, contó atrás en latín, después en griego, luego en los lenguajes más oscuros y difíciles.

Eventualmente, recobró la compostura. O tanto control como iba a alcanzar sin sexo.

Ella iba a darse una ducha ese día, decidió, repentinamente irritado por su falta de fe en él, aunque tuviera que encerrarla en el cuarto de baño todo el día. ¡Como si él pudiera asaltarla cuando estuviera en la ducha!

Acababa de demostrar que tenía dominio. Verdaderamente, estaba en completo control en lo que a ella concernía. Si ella tuviera alguna idea de contra qué luchaba, cuán difícil había sido alejarse, y lo que él había vencido, se daría una maldita ducha.

*Ja. Si lo supiera, a lo mejor, se arrojaría de mi terraza cuarenta y tres pisos simplemente para escapar mí,* pensó, levantándose y sosteniendo una de las puertas de la terraza ligeramente entreabiertas.

Se quedó con la mirada fija sobre la ciudad quieta, con toda la quietud que Manhattan alguna vez tendría, aún zumbante, incluso a las cuatro de la mañana. En los días inconstantes de marzo, el clima había estado fluctuando, elevándose y bajando sus temperaturas hasta quince grados en unas pocas horas. Ahora estaba templado otra vez, pero la lluvia ligera bien podría convertirse en nieve a media mañana. La primavera intentaba ganar al invierno y perdía, reflejando su propio y desolado paisaje interior.

Lanzando un suspiro borrascoso, se sentó para sumergirse en el Tercer *Libro de Manannan*. Ese era el tomo final, y luego se iría. No en la mañana, pero sí al día siguiente. Había hecho todo lo que podía allí. Dudaba que lo que buscaba estuviera en el tomo de cualquier manera. Una vez había habido cinco Libros de Manannan, pero sólo tres existían ahora. Ya había leído los primeros dos; se habían ocupado de las leyendas de los dioses de Irlanda antes de la llegada de la *Tuatha de Danaan*. El tercer volumen continuaba las historias de los dioses, y sus encuentros con la primera ola de colonizadores invadiendo Irlanda.

Juzgando la lentitud con la que la línea cronológica avanzaba, Dageus sospechaba que la llegada de la raza de criaturas en la que estaba interesado no aparecería sino hasta el quinto volumen. Que ya no existía, excepto quizá en un lugar: la biblioteca Keltar.

Tanto si le gustaba como si no, iba a tener que regresar a casa y enfrentarse a su hermano para poder registrar la colección Keltar. Había desaprovechado muchos meses tratando de encontrar una solución a su modo, y el tiempo se acababa. Si esperaba mucho más... bien, no se atrevía a esperar.

*¿Y qué hay de la muchacha?*, su honor provocó.

Estaba demasiado cansado para molestar en mentir.

*Es mía.*

Él pondría empeño en seducirla con sus propios deseos primero, hacerlo más fácil para ella, pero si se resistía, de una u otra manera, iba a irse con él.

Chloe permaneció bajo el chorro caliente de siete cabezales de la ducha —tres a cada lado, uno arriba— suspirando de placer. Había estado sintiéndose como el niño del póster para las personas sin hogar. La puerta estaba cerrada con llave y la silla que Dageus le había llevado para sostener el picaporte estaba en el lugar asignado.

Después de soñar con él y despertar en mitad de la noche para encontrarlo observándola con, virtualmente, la misma mirada que había tenido en su sueño, apenas había podido sostenerle la mirada cuando la había desatado esa mañana. Simplemente pensar en el sueño la hacía sentirse excitada y temblorosa.

*No soy un buen hombre*, le había dicho él. Y estaba en lo correcto. No lo era. Era un hombre que vivía de acuerdo a sus propias reglas. Robaba propiedad privada aunque insistía que eran “*préstamos*” y, de una manera extraña, regalaba artículos más valiosos. La mantenía cautiva aunque cocinaba comidas deliciosas y, francamente, ella había estado de acuerdo en cooperar a cambio de un soborno. Criminal en el peor de los casos, en el mejor de los casos existía en los márgenes de la sociedad civilizada.

No obstante, desde que había aceptado su soborno, suponía que ella misma estaba en esos mismos márgenes también.

A pesar de todo, meditó, un hombre verdaderamente malo no se tomaría la molestia de advertirle a una mujer que no era un buen hombre. Un hombre verdaderamente malo no dejaría de besar a una mujer cuando ella le dijera que se detuviera.

¡Qué enigma era, y tan extrañamente anacrónico! Aunque su *penthouse* era moderno, su conducta era claramente del viejo mundo. Su lenguaje también era moderno, pero él cometía el desliz, a veces, de caer en una formalidad infrecuente, curiosa, llena de viejos coloquialismos gaélicos. Había algo más acerca de él que ella percibía. Lo podía sentir bailando al borde de su comprensión, pero no importaba cuánto se esforzara, no podía descifrarlo. Y había definitivamente algo acerca de sus ojos...

Podía no ser tan mundana como las mujeres de Nueva York, pero no era completamente ingenua; podía sentir el peligro en él que una mujer tendría que estar

muerta para no sentir. Goteaba de él tan generosamente como la testosterona se trazumaba de sus poros. Aun así, él lo moderaba con disciplina y control. La tenía a su completa merced, y no se había aprovechado de ello.

Negó con la cabeza. Tal vez, pensó, las mujeres se enamoraban tan fácilmente de él, que era la persecución lo que disfrutaba más.

Pues bien, pensó, encrespándose, él podría perseguirla todo lo que quisiera. Ella podría estar en los márgenes de la ley, pero eso no quería decir que simplemente iba a levantarse y caer en la cama con él, por más que ella en secreto pudiera desear ser iniciada en el club exótico, erótico, misterioso de Dageus MacKeltar. La palabra sobresaliente allí era “club”, con *montones* de miembros.

Con eso resuelto, llenó de shampoo su pelo dos veces y se mantuvo de pie debajo los pulsantes chorros de agua hasta que se sintió chirriar de limpia (nunca había estado sin tomar una ducha durante dos días seguidos antes). Y luego un poco más. Esos masajeantes cabezales de la ducha eran para morir.

Envolviéndose en una toalla lujosa, desplazó la silla y abrió la puerta.

Cuando la abrió, se quedó con la boca abierta. La mitad su armario estaba amontonado pulcramente en la cama. Parpadeó. Sip, allí estaba, en pilas ordenadas. Bragas (uh-hmm, y *esas* le ajustaban el trasero), sostenes, vestidos, suéteres, pantalones vaqueros, un pequeño camión de encaje, calcetines, botas y zapatos estaban apilados en pilas según la vestimenta, notó, atontada. Él no había simplemente agarrado una pila de ropa, sino que había puesto las prendas en combinación como si la hubiera visualizado con ellas puestas.

Incluso le había llevado una cierta cantidad de sus libros, notó, mirando por encima de la cama.

Tres *novelas románticas*, el hombre vil. Novelas románticas escocesas. ¿Qué había hecho? ¿Escarbado a través de todas sus cosas mientras estaba allí? Bien en la cima estaba *El Toque del Highlander*<sup>17</sup>, una de sus novelas favoritas acerca de un Highlander inmortal.

Bufó. El hombre era incorregible. Le llevaba cosas sensuales y sexualmente atractivas para leer, ¡como si necesitara cualquier ayuda para tener pensamientos húmedos y calientes sobre él!

Podía oírlo escaleras abajo, hablando quedamente por teléfono. Podía oler el perfume del café recién hecho.

Y aunque sabía que debería estar ofendida porque él hubiera forzado la entrada en su apartamento y hubiera registrado sus cajones, había sido cuidadoso en sus elecciones, y ella estaba extrañamente encantada.

Pero el hombre apenas le habló en todo el día. Estaba en un estado de ánimo concluyentemente amenazante, controlado y remoto. Perfectamente educado,

---

<sup>17</sup> *The Highlander's Touch*, el tercer libro de la misma autora. (N. de la T.)

perfectamente disciplinado, completamente reservado. Sus ojos eran... extraños otra vez, y se preguntó si tal vez cobraban matices diversos dependiendo de la iluminación, ya que el color avellana algunas veces se volvía de azul verdoso a verdoso castaño. No ámbar, sino la sombra desafilada del cobre poco antes de que ennegreciese.

Había estado sentada sobre el mueble de la cocina y lo había observado preparar arenques para el desayuno, *tatties*<sup>18</sup>, tostadas y gachas de avena con crema y arándanos, comiéndoselo con los ojos mientras le daba la espalda. Por primera vez notó su pelo. Había sabido que era largo, pero no se había percatado de su longitud porque él lo llevaba atado hacia atrás. Pero ahora que estaba detrás de él, podía ver que lo había plegado varias veces antes de amarrarlo con una tira de cuero.

Decidió que debía caer hasta su cintura cuando estaba suelto. El pensamiento de su pelo negro y liso barriendo su espalda musculosa y desnuda la volvió loca.

Se preguntó si alguna vez lo llevaba suelto. Parecía en sintonía con su carácter: era largo y salvaje, pero meticulosamente controlado a menos que él decidiera liberarlo.

Trató de iniciar una conversación trivial, pero él no se elevó a la altura de ningún cebo que lanzó. Pescando, haciendo un intento de poner en funcionamiento su cerebro, no obtuvo nada excepto gruñidos y murmullos incoherentes.

Se sentaron juntos en silencio durante horas esa tarde, con Chloe delicadamente volviendo las páginas del *Midhe Codex* con pañuelos de papel, y robando vistazos a Dageus mientras él trabajaba con el *Libro de Manannan*, garabateando notas mientras traducía.

A las cinco, ella se levantó y encendió el canal de las noticias, preguntándose si podría haber alguna pequeña mención de su desaparición. Como si fuera a suceder, pensó sardónicamente. ¿Una niñita perdida en la agusanada Gran Manzana? Tanto la policía como los locutores tenían mejores cosas que hacer.

Él la miró entonces, un indicio de autosuficiencia jugando en la comisura de sus labios.

Ella arqueó una ceja inquisitiva, pero el hombre no dijo nada. Chloe escuchó distraídamente mientras leía, pero repentinamente su atención fue atraída hacia la pantalla.

—*El Fantasma Gaulish golpeó otra vez anoche, o así lo cree la policía. Perplejidad podría ser la mejor manera de describir el estado de ánimo de los polis de Nueva York. En un momento aún a determinar, temprano esta mañana, todas las antigüedades previamente hurtadas por el Fantasma Gaulish fueron dejadas en la recepción de la estación de policía. Una vez más, nadie vio nada, lo que hace una maravilla que nuestra policía...*

Dijo algo más, pero Chloe no lo oyó. Miró el texto que sujetaba en sus manos en ese momento, luego a él.

---

<sup>18</sup> *Tatties*: papas, patatas en el idioma escocés. (N. de la T.)

—Ese libro lo intercambié, ¿recuerdas, muchacha?

—Realmente lo hiciste— musitó, negando con la cabeza—. Cuando fuiste a mi apartamento por mis cosas, devolviste todo. No puedo creerlo.

—Te dije que simplemente los había pedido prestados.

Ella clavó los ojos en él, completamente desconcertada. Lo había hecho. ¡Los había devuelto! Un pensamiento repentino se le ocurrió. Uno al que no le había prestado mucha atención hasta entonces.

—Eso quiere decir que te irás pronto, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza, con una expresión insondable.

—Oh.

Fingió una fascinación apresurada con sus cutículas para ocultar la decepción que la inundó.

Por lo que se perdió la curva fría y satisfecha de los labios masculinos, una pizca demasiado fiera para ser llamada sonrisa.

Afuera del *penthouse* de Dageus MacKeltar, en una acera llena de gente que se apresuraba a escapar de la ciudad al final de una larga semana laboral, un hombre se abrió paso trabajosamente a través del gentío y se unió a un segundo hombre.

Se hicieron discretamente a un lado, vagando en cercanías de un puesto de periódicos. Sin embargo, vestidos con trajes caros y oscuros, con el pelo corto y rasgos difíciles de describir, ambos se destacaban por unos tatuajes inusuales en sus cuellos. La parte superior de una serpiente alada se arqueaba por encima de las corbatas y cuellos almidonados.

—Él está allá arriba. Con una mujer— dijo Giles suavemente. Acababa de bajar de las habitaciones alquiladas en el edificio de la manzana opuesta, donde había estado observando a través de binoculares.

—¿El plan?— inquirió su compañero, Trevor, blandamente.

—Esperaremos hasta que él salga; con suerte, la dejará allí. Nuestras órdenes son obligarlo a empezar la transformación. Forzarlo a depender de la magia para sobrevivir. Simon quiere atraparlo al otro lado del mar.

—¿Cómo?

—Lo convertiremos en un fugitivo, un perseguido. La mujer hace las cosas más simples de lo que había esperado. Entraré sigilosamente, me encargaré de ella, alertaré a la policía, anónimamente por supuesto, y haré su *penthouse* el escenario de un asesinato horripilante. Pondré a todos los polizontes de la ciudad tras él, y se verá forzado a usar sus poderes para escapar. Simon cree que no permitirá que lo arresten. Aunque si eso sucediera, también podría funcionar a nuestro favor. No tengo duda que un tiempo en una prisión federal aceleraría la transformación.

Trevor asintió con la cabeza.

—¿Y yo?

—Esperarás aquí. Es demasiado riesgoso que los dos subamos. Él no sabe que existimos aún. Si algo sale mal, llama a Simon inmediatamente.

Trevor asintió otra vez, y se separaron para regresar a sus puestos y esperar. Eran hombres pacientes. Habían estado esperando ese momento toda su vida. Eran los afortunados, los nacidos en la hora de la fructificación de la Profecía.

A través de un hombre, verían a los Draghar vivir otra vez.

Un mensajero de una agencia de viajes llegó poco antes de que un pequeño grupo de personas entregara la cena de *Jean Georges*<sup>19</sup>.

Chloe no podía imaginar lo que algo como eso costaba —no creía que *Jean Georges* entregara a domicilio—, pero sospechaba que cuando se tenía tanto dinero como Dageus MacKeltar, virtualmente se podía comprar cualquier cosa.

Mientras comían ante el fuego en la sala de estar, él continuó trabajando en el libro que inicialmente la había hecho meterse en ese problema.

El sobre de la agencia de viajes yacía sin abrir sobre la mesa entre ellos, como un brillante recordatorio, irritándola. Más temprano, mientras él había estado en la cocina, no había sido lo suficientemente descarada como para abrir el sobre, pero en lugar de ello había fisionado en sus notas para comprobar lo que podía leer. Parecía que él estaba traduciendo y copiando cada referencia de los *Tuatha de Danaan*, la raza que supuestamente había llegado en una de las muchas olas de invasiones irlandesas. Había unas cuantas preguntas garrapatosas acerca de la identidad de los Draghar, y numerosas notas acerca de los Druidas. Entre su especialidad en civilizaciones antiguas y los cuentos de su abuelo, Chloe estaba bien versada en la mayor parte de ella. Con excepción de los misteriosos Draghar, no había nada acerca de lo que no hubiera leído antes.

A pesar de todo, una cierta cantidad de sus notas estaban escritas en lenguajes que ella no podía traducir. O incluso identificar, y eso la hizo experimentar una especie de sentimiento nauseabundo. Sabía mucho acerca de las lenguas antiguas, desde el sumerio hasta el presente, y usualmente podía apuntar, al menos, área y era aproximada. Pero mucho de lo que él había escrito —en unas elegantes minúsculas cursivas dignas de cualquier escrito iluminado— desafiaba su comprensión.

¿Qué demonios estaba buscando? Él ciertamente parecía un hombre con una misión, trabajando en su tarea con intensa concentración.

---

<sup>19</sup> Famoso cocinero neoyorkino, especialmente célebre por sus creaciones en chocolate. (N. de la T.)

Con cada nueva pizca de información que recogía acerca de él, se sentía más intrigada. No sólo era fuerte, magnífico y rico, sino que era indiscutiblemente brillante. Nunca había conocido a alguien como él antes.

—¿Por qué no me lo dices, simplemente?— preguntó de pronto, gesticulando hacia el libro.

Él levantó la mirada y ella sintió su intenso calor instantáneamente. Durante todo el día, cuando no había estado ignorándola completamente, en las pocas ocasiones en que la había mirado, había habido tal lujuria patente en su mirada que había evaporado cada pizca de sentido común que poseía.

La pura fuerza de su deseo sin tapujos era más atrayente que cualquier afrodisíaco. ¡No era extraño que tantas mujeres cayeran presa de su encanto! Tenía una forma de hacer sentir a una mujer, con una simple mirada, que era la criatura más deseable del mundo. ¿Cómo podía una mujer clavar la mirada en un rostro que mostrara semejante lujuria, y no sentir lujuria en respuesta?

Él se iba a marchar pronto.

Y no le podía haber dejado más claro que quería dormir con ella.

Esos dos pensamientos en una conjunción veloz eran patentemente un peligro.

—¿Bien?— presionó, irritada. Irritada consigo misma por ser tan débil y susceptible a él. Irritada con él por ser tan atractivo. Y el tipo, ni más ni menos, no había tenido mejor idea que ir y regresar esos textos, confundiendo sus sentimientos ya malditamente confusos acerca de él—. ¿Qué?

Él arqueó una ceja oscura, su mirada barriéndola en una forma que la hizo sentir como si una repentina y caliente brisa la hubiera acariciado.

—¿Qué ocurriría si te dijera, muchacha, que busco la forma de deshacer un maleficio antiguo y mortífero?

Ella sonrió con mofa. No podía hablar en serio. Los maleficios no eran reales. No más reales que los *Tuatha de Danaan*. Pero bien, se rectificó, nunca había llegado a una conclusión firme acerca de los *Tuatha de Danaan* o cualquiera de las “mitológicas” razas que se decían haber habitado una vez Irlanda. Los estudiosos tenían docenas de discusiones contra su supuesta existencia.

Aún así... el abuelo había creído.

Siendo profesor de mitología, él le había enseñado que cada mito o leyenda contenía algo de realidad y verdad, no importaba cuán deformado se hubiera vuelto después de siglos de repetición oral por bardos que habían adaptado sus recitaciones a los intereses exclusivos de su audiencia, o por los escribas que habían atendido los dictámenes de sus benefactores. El contenido original de innumerables escritos había sido corrompido por traducciones de mala calidad y adaptaciones diseñadas para reflejar el clima político y religioso del momento. Cualquiera que dedicara tiempo a un estudio de la historia eventualmente se daba cuenta de que los historiadores habían logrado recoger sólo un manojo de arena del desierto vasto, que no figuraba en el mapa del pasado, y era imposible describir el Sahara a partir de unos cuantos simples granos.

—¿Tú crees en estas cosas?— preguntó ella, ondeando una mano hacia la confusión de textos, curiosa por conocer su posición con respecto a la historia. Tan listo como era, estaba segura de que sería interesante.

—Mucho.

Ella entrecerró sus ojos.

—¿Crees que los *Tuatha de Danaan* realmente existieron?

Su sonrisa fue amarga.

—Och, sí, muchacha. Hubo un tiempo en que no lo hacía, pero lo hago ahora.

Chloe frunció el ceño. Él había sonado resignado, como un hombre que hubiera recibido una prueba incontrovertible.

—¿Qué te hizo creer?

Él se encogió de hombros y no respondió.

—Pues bien, entonces, ¿qué clase de maleficio?— presionó ella. Esas eran cosas fascinantes, de la clase que la habían influido para elegir su carrera. Era como hablar con su abuelo otra vez, debatiendo posibilidades, abriendo la mente a las nuevas.

Él apartó la vista, con la mirada fija en el fuego.

—¡Aw, vamos! Te irás pronto, ¿qué daño hay en que me lo digas? ¿A quién se lo diría?

—¿Qué ocurriría si te dijera que soy *yo* el maldecido?

Ella recorrió con la mirada su casa opulenta.

—Te diría que a un gran número de personas le gustaría ser maldecida como tú.

—Nunca creerías la verdad—. Él le dirigió otra de esas sonrisas burlonas que no alcanzaban sus ojos. Ella se dio cuenta de que daría mucho por verlo sonreír, realmente sonreír y hacerlo con ganas.

—Pruébame.

Le tomó más tiempo responder esta vez, y cuando lo hizo, su mirada se llenó de diversión cínica.

—¿Qué ocurriría si dijera, muchacha, que soy un Druida de un tiempo muy antiguo?

Chloe le dirigió una mirada exasperada.

—Si no quieres decírmelo, todo lo que tienes que hacer es aclararlo. Pero no trates de callarme con tonterías.

Con una sonrisa apretada, él asintió una vez, como si se hubiera convencido de algo.

—¿Y si te dijera que cuando me besas, muchacha, no me siento maldecido? Que quizá tus besos podrían salvarme. ¿Lo harías?

Chloe contuvo el aliento. Era una cosa tan tonta para decir, casi tan tonto como su chiste acerca de ser un Druida... pero tan desesperadamente romántico. ¡Que sus besos podrían salvar a un hombre!

—Creo que no—. La mirada de Dageus descendió de regreso al texto, y su calor había sido tan intenso que se sintió congelada por su ausencia.

Frunció el ceño. Sintiendo como la mayor cobarde del mundo, sintiendo extrañamente desafiante, miró encolerizadamente el sobre infernal de la agencia de

viajes.

—¿Cuándo te irás?— preguntó irritada.

—Mañana por la noche— dijo él, sin mirarla.

Chloe jadeó. ¿Tan pronto? ¿Mañana su gran aventura habría terminado? A pesar de que el día anterior había tratado de escapar de él, se sintió extrañamente desinflada.

La libertad no parecía tan dulce cuando significaba no volver a verlo nunca. Ella sabía demasiado bien qué ocurriría: él desaparecería de su vida y ella regresaría a su trabajo en *Los Claustros* (Tom nunca la despediría por perder algunos días de trabajo para los que pensaría alguna excusa), y cada vez que mirara un artefacto medieval pensaría en él. A altas horas de la noche, cuando se despertara llena de esa inquietud terrible, se sentaría en la oscuridad, abrazando su *skean dhu*, haciéndose la peor pregunta de todas: ¿qué podría haber sido? Nunca más cenaría y bebería en un *penthouse* de lujo en la Quinta Avenida. Nunca más la miraría de esa manera. Su vida reanudaría su usual cadencia idiotizante. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que olvidara que una vez se había sentido intrépida? ¿Sintiéndose tan breve e intensamente viva?

—¿Regresarás a Manhattan?— preguntó con una voz pequeña.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

Un suspiro suave escapó ella. Jugueteó con una hebra rizada de su pelo, girándola en espiral alrededor de un dedo.

—¿Qué clase de maleficio?

—¿Tratarías de ayudarme si estuviera maldito?—. Él miró hacia arriba otra vez y ella sintió una tensión en él que no podía comprender. Como si su respuesta fuera en cierta forma crítica.

—Sí, probablemente lo haría— admitió. Y era cierto. Aunque no aprobaba los métodos de Dageus MacKeltar, aunque había mucho acerca de él que no entendía, si estaba sufriendo ella no podría negarse.

—¿A pesar de lo que te he hecho?

Ella se encogió de hombros.

—No me has lastimado exactamente—. Y le había dado un *skean dhu*. ¿Realmente le dejaría conservarlo?

Estaba a punto de preguntárselo cuando, con un movimiento veloz de su muñeca, el hombre le lanzó el sobre de la agencia de viajes.

—Entonces ven conmigo.

Chloe atrapó el sobre por un extremo, con su corazón saltándose un latido.

—¿Q-qué?—. Parpadeó, pensando que habría debido oír mal.

Él asintió.

—Ábrelo.

Frunciendo el ceño, Chloe abrió el sobre. Miró los documentos de identificación dudosamente. ¡Tickets para Escocia, para Dageus MacKeltar... y Chloe Zanders!

Simplemente la visión de su nombre impreso en el billete le hizo dar escalofríos. Para partir al día siguiente por la noche a las siete en punto desde el aeropuerto JFK. Una escala corta en Londres, y desde allí hacia Inverness. ¡En menos de cuarenta y ocho horas ella podría estar en Escocia!

Si se atrevía.

Abrió y cerró su boca varias veces. Finalmente, suspiró con incredulidad:

—Oh, ¿qué *eres* tú? ¿El diablo mismo, que vienes a tentarme?

—¿Lo hago, muchacha? ¿Te tiento?

*Sólo en todos los niveles*, pensó ella, pero se rehusó a darle la satisfacción de oír eso.

—No puedo simplemente levantarme y viajar a Escocia con un... un...— se interrumpió, balbuceando.

—¿Ladrón?— ofreció él perezosamente.

Ella bufó.

—Okay, así que devolviste esas cosas. ¿Qué más da? ¡Ni siquiera te conozco!

—¿Tienes el deseo de hacerlo? Me iré mañana. Esto es ahora o nunca, muchacha—. Él esperó, observándola—. Algunas oportunidades llegan solamente una vez, Chloe, y luego se van.

Chloe clavó los ojos en él en silencio, sintiéndose completamente dividida. Una parte suya resueltamente clavaba sus talones en el suelo, contando con los dedos unas mil razones por las que no podría hacer una cosa tan alocada e impulsiva. Otra parte... una parte que al mismo tiempo la horrorizaba y la intrigaba... daba saltos, gritando: “*¡Dí sí!*”. Tuvo el deseo repentino y extraño de levantarse e ir a mirarse en el espejo, para ver si se veía tan alterada por fuera como se sentía por dentro.

¿Se atrevería a hacer algo tan patentemente atrevido? ¿Tomar una oportunidad así? ¿Poner todo a un lado y comprobar hasta dónde llegaba?

Por otra parte, ¿se atrevería a regresar a su vida de la forma que era? ¿Regresar a vivir en su diminuto cuarto y su eficiente cuarto de baño del tamaño de una caja de cerillas, hacer su camino solitario para trabajar cada día, logrando estar en paz sólo jugando con antigüedades que nunca serían suyas?

Ella había saboreado más, y —maldito fuera ese hombre—, ahora quería más.

¿Qué era el peor que podría ocurrir? Si él tuviera alguna intención de dañarla físicamente, podría haberlo hecho hacía mucho tiempo. La única amenaza real que representaba era una que *ella* controlaba: si le permitiese o no seducirla. Si se arriesgaba a enamorarse de un hombre que era, sin lugar a dudas, un inveterado lobo solitario y un mal chico; un hombre que no pedía disculpas y no ofrecía mentiras de consuelo.

Si no se enamoraba de él, si fuera una chica lista y conservaba la sensatez, lo peor que podría ocurrir era que él pudiera dejarla abandonada en Escocia. Y eso no le resultó tan completamente desagradable.

Si lo hiciera, estaba confiada en que, con su experiencia de juventud en la universidad, podría obtener un puesto en una cantina en algún sitio. Podría quedarse por un tiempo, ver la tierra natal de su abuelo, con su viaje pagado. Sobreviviría. Haría

más que sobrevivir. Finalmente podría vivir.

¿Qué tenía ella allí? Su trabajo en *Los Claustros*. Ninguna vida social de la cual poder hablar. Ninguna familia. Había estado sola durante años, desde el momento en que el abuelo había muerto. De hecho, más sola de lo que le gustaría admitir. Una muchacha perdida y desarraigada, por lo que, sospechaba, su determinación de visitar el pueblo de su abuelo, tenía mucho que ver con la esperanza de poder encontrar algunas raíces allí.

Se le presentaba una excelente oportunidad, asociada con la promesa de una aventura que nunca olvidaría, junto a un hombre que, ya sabía, nunca podría olvidar.

*¡Oh, Dios mío, Zanders, pensó, incrédula, estás tratando de convencerte a ti misma de esto!*

*¿Y qué hubiera pasado si él se hubiera marchado al día siguiente y no te hubiera pedido que te fueras con él?, presionó una diminuta voz interior. ¿Qué hubiera ocurrido si él te hubiera dejado en claro que se marchaba, y nunca lo verías otra vez? ¿Qué harías en esta última noche con él?*

Chloe inspiró agudamente, horrorizada consigo misma.

Bajo esas condiciones hipotéticas —hipotéticamente, claro—, podría haber tomado un riesgo increíble con un hombre como él, y podría haberle permitido llevarla a su cama. Aprender lo que él tuviera que enseñarle, permitiéndose ansiosamente convertirse en el foco de toda esa promesa al rojo vivo de conocimiento sensual en sus ojos exóticos.

Visto de ese modo, ir a Escocia con él no parecía realmente tan loco.

Él la había estado observando fijamente, y cuando ella levantó su mirada de asombrados ojos, se levantó abruptamente del sofá y se movió hacia el lugar donde estaba la joven. Impacientemente, apartó a un lado la mesa de café y se deslizó hasta arrodillarse a sus pies, envolviendo sus manos alrededor de las pantorrillas femeninas. Ella sintió el calor de sus fuertes manos a través de los pantalones vaqueros. Su simple contacto la hizo temblar.

—Ven conmigo, muchacha—. Su voz era baja y urgente—. Piensa en tu sangre escocesa. ¿No deseas pisar la tierra de tus antepasados? ¿No sientes el deseo de ver los campos de brezo y los páramos? ¿Las montañas y los lagos? No soy un hombre que haga promesas a menudo, pero puedo prometerte esto— él calló súbitamente, riendo suavemente como si se tratara de algún chiste privado—: que puedo mostrarte una Escocia que ningún otro hombre jamás podría mostrarte.

—Pero mi trabajo...

—Al infierno con tu trabajo. Hablas los antiguos dialectos. Dos pueden traducir más rápido que uno. Te pagaré por ayudarme.

—¿De veras? ¿Cuánto?— barbotó Chloe, luego se sonrojó, horrorizada por lo rápidamente que había preguntado.

Él rió otra vez. Y ella supo que él sabía precisamente que la tenía en sus manos.

—Selecciona una pieza —cualquier pieza— de mi colección.

Sus dedos se ensortijaron codiciosamente. Él era el mismo diablo; ¡tenía que serlo!

Conocía su precio.

Su voz descendió a un ronroneo íntimo.

—Luego escoge dos más. Por un mes de tu tiempo.

Se le cayó la mandíbula. ¿Tres antigüedades y un viaje a Escocia, por un mes de su tiempo? ¡Estaba *bromeando*! Podría vender cualquiera de los artefactos a su regreso a Manhattan (hizo una nota mental para escoger uno del que pudiera soportar desprenderse), volver a la escuela, obtener su doctorado... ¡y trabajar en cualquier condenado museo que quisiera! Podría permitirse tomar unas vacaciones fabulosas, ver el mundo. ¡Ella —Chloe Zanders— podría llevar una vida glamorosa y excitante!

*Y todo lo que el diablo siempre quiere a cambio*, ronroneó cáusticamente una pequeña voz dentro de sí, *es un alma*.

Ella la ignoró.

—¿Más el *skean dhu*?— aclaró precipitadamente.

—Sí.

—¿Por qué Inverness?— preguntó sin aliento.

Una sombra se movió rápidamente a través de su hermoso rostro masculino.

—Es donde viven mi hermano, Drustan, y su esposa— vaciló un momento, luego agregó—; él también colecciona textos.

Y si ella había vacilado antes, eso lo remató. Su hermano y su esposa; se verían a menudo con su familia. ¿Qué tan peligroso podría ser un hombre si la llevaba junto a su familia? No sería como si fueran a estar solos y juntos todo el tiempo. Estarían con su familia. Si fuera lista, podría protegerse de su seducción. ¡Y pasar un mes con él! Llegar a conocerlo, comprender qué hacía palpar a un hombre semejante. ¿Quién sabía lo que podría ocurrir en un mes? *Y el príncipe se enamoró de la campesina...* martilló su corazón.

—Di que sí, muchacha. Quieres hacerlo, lo veo en tus ojos. Escoge tus piezas. Las dejaremos en tu casa antes de marcharnos.

—¡Nunca estarían seguras en mi apartamento!—. Incluso ella percibía qué débil era su protesta.

—Entonces en una de esas cajas... Una de esas...— él parpadeó.

—¿Las cajas de seguridad de un banco, quieres decir?

—Sí, eso es, muchacha.

—¿Y tendré la llave?— contraatacó de súbito.

Él asintió, con la luz de la victoria brillando intensamente en su mirada depredadora. En una película, el demonio tenía siempre esa mirada antes de decir: *Firma aquí*.

—¿Por qué estás haciendo esto?— susurró ella.

—Te lo dije. Te deseo.

Ella tembló otra vez.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Quizá sea la alquimia del alma. No lo sé. No me importa.

—No me acostaré contigo, MacKeltar— dijo la joven repentinamente. No quería que esperara eso, necesitaba dejarlo en claro muy cuidadosamente. Si, en algún momento, ella se decidía, sería algo por lo que estaría dispuesta a arriesgarse, algo completamente distinto. Pero él necesitaba saber que no era parte de su convenio. Cosas así no podían ser compradas—. Tus antigüedades compran sólo mi compañía como traductora. No sexo. Eso no es parte de nuestro trato.

—No deseo que sea parte de nuestro trato.

—Crees que puedes seducirme— lo acusó.

Él atrapó su propio labio inferior con sus dientes, lo soltó lentamente, y sonrió. Fue algo tan obvio ese gesto, pensó Chloe irritada, deliberadamente diseñado para que enfocara su atención en sus labios... Lo sabía perfectamente, pero eso no impedía que funcionara cada maldita vez que él lo hacía. De hacerla autoconsciente de estar humedeciendo sus propios labios. Diablos y doblemente diablos, pensó; el hombre era bueno.

*Ya estás seducida, pequeña Chloe*, pensó Dageus, observándola, *pero aceptarlo, es una simple cuestión de tiempo ahora*. Ella lo deseaba: no se trataba de una pasión unilateral. La que los unía era una atracción peligrosa que desafiaba la lógica o la razón. Ella estaba tan impotentemente fascinada por él como él lo estaba por ella. Cada cual sabía que *debería* alejarse del otro: él, porque no tenía derecho a corromperla; ella, porque en algún nivel subconsciente sospechaba que algo estaba mal con él. Pero ni el uno ni el otro podían resistirse a la atracción. El Diablo y el Ángel: él, seducido por su luminosidad; ella, tentada por su oscuridad. Cada uno atraído por aquello de lo que carecía.

—Pues bien, no tendrás éxito— ella dijo rígidamente, irritada por su arrogancia masculina.

—Confío en que perdonarás a un hombre por intentarlo, muchacha. ¿Un beso para sellarlo?

—Lo dije en serio— espetó ella—. No voy a ser simplemente otra de tus mujeres.

—No veo a ninguna otra mujer aquí, muchacha— él dijo serenamente—. ¿Tú sí? Chloe puso sus ojos en blanco.

—¿Le he pedido a alguna otra que me acompañe a Escocia?

—Dije de acuerdo, ¿está bien? Simplemente me aseguraba de que entiendas las condiciones.

—Och, entiendo las condiciones— dijo él con una voz peligrosamente suave.

Ella extendió su mano.

—Entonces chócala.

Cuando él la levantó, en cambio, hacia sus labios y la besó, Chloe se sintió repentinamente insensata.

El momento se sintió... bueno... ciertamente trascendental. Como si acabara de tomar una decisión que cambiaría su vida para siempre, en formas que incluso no podía comenzar a imaginar siquiera. Los griegos tenían una palabra para tal momento. Lo

llamaban *Kairos*, el momento del destino.

Mareada de excitación, se levantó y, con ojo experto y ninguna misericordia por la billetera del diablo, empezó a seleccionar sus tesoros.

## Capítulo 8

El hombre nunca había tratado de seducirla *realmente*, decidió Chloe la siguiente mañana cuando corría a toda prisa bajando los escalones y chocaba repentinamente contra él mientras salía del cuarto de baño del primer piso, al pie de las escaleras.

Una seducción era eso: verlo desnudo excepto por una toalla.

De altura imponente, doscientas libras de brillante piel dorada sobre músculo sólido, y una condenadamente pequeña toalla en torno a sus caderas, el torso esculpido, ondeadas abdominales, un pequeño corte estropeando su pecho musculoso, recuerdo de su escaramuza del día anterior, una estela sedosa y oscura de vello desapareciendo bajo la tela blanca y suave de la toalla...

Y mojado. Con diminutas gotas de agua brillando tenuemente en su piel, y el grueso pelo negro echado hacia atrás para apartarlo de su cara, cayendo en una maraña mojada hasta su cintura.

Y ella sabía que si decía una sola palabra, él cubriría con ese cuerpo increíble su propio cuerpo entero y...

Chloe lanzó un pequeño de resoplido, como si le hubieran extraído el aire de golpe.

—Buen día— pudo decir.

—*Madainn mhath*, muchacha—. Él ronroneó su respuesta en gaélico, sosteniéndola por los codos—. ¿Confío en que dormiste bien sin las ataduras?

Él podría no haberla atado, pero había dormido fuera de su puerta. Lo había oído ahí afuera, moviéndose de un lado a otro.

—Sí— respondió un poco jadeantemente. El hombre era simplemente demasiado hermoso para la tranquilidad de espíritu de cualquier mujer.

Él se quedó con la mirada fija en ella un largo momento.

—Tenemos mucho que hacer antes de marcharnos— dijo, soltando sus brazos—. Saldré apenas me vista.

La rodeó y subió las escaleras. La muchacha se volvió, aturdida, observándolo con los ojos muy abiertos. Ni siquiera había tratado de besarla, pensó, irritada con él porque no lo hubiera hecho, e irritada consigo misma por estar irritada. Córcholis, el hombre la llenaba de una dualidad imposible. Estaba resuelta a no ser seducida, pero disfrutaba su seducción. La hacía sentir completamente femenina y viva.

Cielo santo, pensó, observándolo. Con cada escalón que él ascendía, los músculos de

sus piernas se flexionaban. Pantorrillas perfectas, muslos duros como la roca. Trasero apretado. Una cintura esbelta, abocinándose hasta sus hombros musculosos. Con sus músculos trabajados, se veía poderoso en una forma magra y hambrienta. El tiempo parecía desaparecer como en un sueño mientras lo observaba.

—¡Oh!—. Ella se quedó sin aliento repentinamente, rígida por la conmoción.

¿El tipo *realmente* había hecho eso?

¡Dios santo! ¿Cómo lograría alguna vez borrar esa visión de él de su mente?

En lo alto de las escaleras el maldito hombre había dejado caer su toalla, mientras subía ese último peldaño, con las piernas ligeramente divididas... dándole un breve vislumbre de... ¡oh!

Todavía estaba tratando de respirar, sin tener demasiado éxito, cuando oyó una risa suave, ronca y *muuy* presumida.

¡Mujeriego desvergonzado!

Dageus se marchó del apartamento cuando Chloe entró en la ducha. La alternativa era salir o unirse a ella, y la joven no estaba aún en condiciones de permitir lo que él necesitaba. Era más sabio no imaginarse entrando en la ducha tras ella, tomando su cuerpo resbaladizo y mojado entre sus brazos y colocando sus manos en esos pechos desnudos y espléndidos. La llevaría a Escocia en poco tiempo, y allí, en su amada tierra, la reclamaría completamente.

Ella lo habría dejado besarla, lo había visto en la dilatación de sus ojos, en la exuberancia de esa boca suave como un pétalo.

Pero había mucho que hacer antes de partir, y un amante experto sabía que había momentos en que aumentar la anticipación de una mujer era mucho más seductor que satisfacerla. Entonces, con un provocativo distanciamiento, se había resistido a los besos que podría haber reclamado y le había mostrado, en cambio, qué se estaba negando a sí misma, lo que podría tener si solamente dijera una palabra. Todo él, su deseo insaciable, su necesidad, su energía, su determinación para darle placer como ningún otro hombre podría hacerlo. Ser el esclavo de cada uno de sus sensuales deseos. Sabía que ella había visto la pesadez de sus testículos en medio de sus piernas y la cabeza gruesa de su miembro debajo de ellos mientras había subido el último escalón.

Era mejor que ella se familiarizara con su cuerpo desde entonces, con lentitud.

Sonrió, mientras el taxi se paraba en seco en medio del tráfico, recordando su suave, pequeño y horrorizado jadeo. El conocimiento de que nunca había sido tocada por otro hombre lo inflamaba. Tragó, con la boca seca de anticipación.

Ella le había dado una lista de cosas que necesitaba, y le había dicho que su pasaporte estaba en su joyero. Ella *le había dicho que sí*: había prometido ir con él. No le había gustado el pensamiento de tener que obligarla.

Podría no haberla seducido para entrar en su cama, pero había logrado seducirla para entrar en su vida en otras incontables formas, cada manera, cada situación, un nudo, invisible y sedoso, que la amarraba a él a medida que la introducía más profundamente en su mundo.

Estaba obsesionado con ella, como nunca lo había estado con ninguna otra mujer. Quería contarle más de su propia historia. Había estado probando las aguas la noche anterior, sondándola, tratando de determinar cuánto podría llegar a comprender. Nunca había considerado contarle a una mujer algo sobre sí mismo, particularmente no a una con la que no se había acostado, pero la posibilidad de que una mujer como Chloe supiera lo que él era y escogiera ser su mujer de todos modos, hacía que su sangre se sintiera como fuego en sus venas. Una parte de él quería gritar su propia realidad, forzándola a aceptarlo, sin ofrecer excusas. Una parte más sabia, el hombre que había sido, lo había prevenido contra semejante crueldad.

Lentamente. Necesitaba utilizar cautela y cuidado extremo si esperaba lograr su objetivo.

Tarde la noche anterior, al observarla titubear sobre cuáles artefactos escoger, se había percatado con claridad sorprendente, de que no era solamente su cuerpo lo que quería en su cama: lo quería *todo* de ella, ofrecido sin reservas. La quería cerca tanto como quería ser libre del mal dentro de sí, como si los dos estuvieran en cierta forma entrelazados. Y el animal interior sintió su debilidad aniquiladora: Chloe era una muchacha que podría ser atrapada por el hombre que conquistase su corazón, para ganarlo y conservarlo durante toda la vida. Su estrategia ya no era una simple seducción: él luchaba por el corazón de la muchacha, su misma alma.

*¿Una mujer como ella te confiaría su corazón?*, se burló su honor. *¿Has perdido el juicio como también tus almas?*

—*Haud you wheesht*— gruñó suavemente.

El conductor del taxi le echó una mirada en el espejo retrovisor.

—¿Eh? ¿Qué?

—No le hablaba a usted.

*Y si de alguna manera logras conquistarla, ¿qué harás con ella?*, continuó su honor. *¿Prometerle un futuro?*

—No trates de robarme el presente— gruñó Dageus—. Es todo lo que poseo—. Y desde que ella había llegado a su vida, el presente albergaba más interés para él de lo que lo había hecho en un largo tiempo. Era un hombre que había logrado sobrevivir desde la noche que se había vuelto oscuro, sólo haciéndolo hora por hora.

Encogiéndose de hombros hacia taxista, que ahora lo observaba con ansiedad patente, revolió su bolsillo, haciendo una doble comprobación para estar seguro de que la lista y las llaves de Chloe estaban allí.

Las llaves no estaban. Recordando, se percató de que las había dejado en el mueble de la cocina.

Aunque nadie era más experto en el allanamiento de morada que él, lo hacía sólo

cuando era necesario. Y nunca a plena luz del día.

Miró el lento tráfico impacientemente. Para cuando el conductor del taxi pudiera sacarlos de esa maraña, a lo mejor, podría regresar al *penthouse* más rápido a pie.

Empujó el monto de la tarifa a través de la ranura y salió a la lluvia.

Chloe se depiló las piernas con una de las hojas de afeitar de Dageus (ignorando porfiadamente la pequeña voz descarada que ofrecía voluntariamente la opinión totalmente no solicitada de que una chica no necesitaba depilarse cuando hacía tanto frío afuera, a menos que planeara quitarse los pantalones por alguna razón), luego salió de la ducha y se embadurnó en loción.

Se dirigió al dormitorio, se puso las bragas y el sostén, y luego empacó algunas cosas en la maleta que él le había traído mientras la loción era absorbida por su piel.

Iba a ir a Escocia.

No podía creer de qué modo había cambiado su vida en sólo unos pocos días. Cuánto había cambiado *ella*. En cuatro días, para ser exactos. Cuatro días atrás, había entrado en el *penthouse*, y hoy se alistaba para volar a través del océano con él, sin tener idea de lo que podría suceder.

Negó con la cabeza, preguntándose si había perdido el juicio completamente. Se rehusó a considerar cuidadosamente ese pensamiento. Cuando pensaba en ello, todo parecía equivocado.

*Pero se sentía correcto.*

Se marcharía, y eso era todo. No estaba dispuesta a dejarlo salir de su vida esa tarde y para siempre. Se sentía atraída hacia él tan irresistiblemente como por las antigüedades. La lógica no tenía ninguna maldita cosa que hacer al respecto.

Su mente se concentró en los detalles de último momento y decidió que *tenía que* avisar a Tom. Él estaría, probablemente, enfermo de preocupación y si no escuchaba nada de ella por un mes, tendría al departamento de policía entero buscando su rastro. Pero no quería hablar con él por teléfono, porque le haría demasiadas preguntas, y las respuestas no eran completamente convincentes, incluso para ella.

¡El correo electrónico! Eso era. Le podría enviar una pequeña nota a través de la computadora del estudio.

Buscó con la mirada su reloj. Dageus debería estar ausente por lo menos una hora más. Se puso rápidamente sus pantalones vaqueros, se metió una camiseta por la cabeza, y se apresuró a bajar las escaleras, deseando quitarse esa obligación de encima de inmediato.

¿Qué diría? ¿Qué excusa podía darle?

*Conocí al Fantasma Gaulish y no es exactamente un criminal. Realmente, es el hombre más sexy, más intrigante, más listo que alguna vez he conocido y va a llevarme*

*a Escocia; me paga con artefactos antiguos por ayudarlo a traducir textos porque piensa que está, en cierta forma, maldito.*

Sí. Correcto. Eso viniendo de la mujer que interminablemente había recriminado a Tom por tener una ética menos blanca que un lirio. Pero incluso si le dijera la verdad, no la creería viniendo de su parte. *Ella* no la creería.

Entró en el estudio y se distrajo brevemente con las antigüedades esparcidas alrededor. Nunca se acostumbraría al modo casual de tratar reliquias sin precio. Recogiendo rápidamente un manojo de monedas, buscó desordenadamente en ellas. Dos tenían grabadas caballos. Depositando las demás sobre el escritorio, estudió las dos monedas con curiosidad. Los antiguos celtas continentales grababan caballos en sus monedas. Los caballos habían sido criaturas valiosas, que representaban la riqueza y la libertad, mereciendo su propia diosa, Epona, que había sido conmemorada en más estatuas e inscripciones supervivientes que cualquier otra diosa.

—Nah— dijo, bufando—. No hay forma de que sean tan antiguas—. Estaban en una condición tan óptima que parecían haber sido acuñadas sólo unos cuantos años atrás.

Pero también, meditó, todas sus propiedades lo parecían. Se veían nuevas, eso era. Imposiblemente nuevas. Tan nuevas que había contemplado la posibilidad de que pudieran ser falsificaciones brillantes. Muy pocos artefactos sobrevivían el paso de los siglos en una condición tan impecable. Sin la manera adecuada de autenticarlos, tenía que confiar en su propio juicio. Y su juicio decía —imposible, aunque cierto— que sus artefactos eran genuinos.

Una imagen repentina se dibujó en su mente: Dageus, vestido con un tartán escocés y la *regalia* completa, su melena salvaje, unas trenzas de guerra en sus sienes, meciendo el *claymore* que pendía por encima de la chimenea. El hombre evocaba la imagen del guerrero céltico, como si hubiera sido trasplantado en el tiempo.

—Eres una soñadora, Zanders— se regañó a sí misma. Negando con la cabeza para dispersar sus pensamientos caprichosos, devolvió las monedas a su montón, y volvió su atención a la tarea entre manos. Encendió la computadora, y taconeó con el pie con impaciencia, esperando que se cargara. Mientras zumbaba y zumbaba, salió del *living room* y miró el contestador automático, girando en espiral un rizo de pelo mojado alrededor de un dedo. El teléfono había timbrado muchas veces desde que él había bajado el volumen.

Ella lo miró fijamente. Había nueve mensajes.

Su mano gravitó sobre el botón de *play* por varios instantes, indecisa. No se enorgullecía de su propensión a fisgonear, pero por muy malo que fuera su pecado, no estaba cincelado en piedra con los Diez Mandamientos. Después de todo, una chica tenía derecho a armarse a sí misma con todo el conocimiento que pudiera obtener, ¿verdad?

Sería ingenuo y tonto no hacerlo

Su dedo bajó poco a poco hacia el botón *play*. Vaciló, y avanzó lentamente otra vez. Justo cuando estaba a punto de presionarlo, el teléfono timbró ruidosamente,

sobresaltándola y haciéndola lanzar un pequeño chillido. Con el corazón martillando, se dirigió rápidamente de vuelta al estudio sintiéndose extrañamente atrapada y culpable.

Luego, con un bufido exasperado, regresó corriendo y elevó el volumen

Katherine otra vez. Con su voz ardiente y ronroneante. Ugh.

Con el ceño fruncido, Chloe bajó el volumen de nuevo, decidiendo que había oído suficiente. No necesitaba más recordatorios de que ella era una de tantas.

Unos pocos minutos más tarde, accedía a Internet, introducía la contraseña de su cuenta de *Yahoo!* y mecanografiaba velozmente:

*Tom, mi tía Irene (que Dios la perdonara, no tenía ninguna tía Irene) fue llevada repentinamente al hospital y tuve que irme inmediatamente a Kansas. Lamento mucho no haberme comunicado contigo antes, pero ella está en condición crítica y he estado quedándome en el hospital. No estoy segura de cuándo regresaré. Puede ser en algunas semanas o más tiempo. Trataré de llamarte pronto. Chloe.*

Qué elegantemente mentía, pensó con curiosidad. Estaba fumando cigarros, aceptando sobornos y mintiendo. ¿Qué le había ocurrido?

Dageus MacKeltar, eso era lo que le había ocurrido.

Releyó varias veces el *e-mail* antes de teclear el botón de enviar. Todavía estaba clavando los ojos en la notificación —*tu mensaje ha sido enviado*—, sintiéndose un poco aturdida por lo que acababa de hacer, que parecía ser un paso absolutamente definitivo, cuando oyó la puerta abrirse y cerrarse.

¡Él ya estaba de regreso!

Tecleó el botón de apagado, rezando para que también desconectara Internet. Aunque no tenía nada de qué sentirse culpable, prefería eludir una disputa potencial. Especialmente después de casi escuchar sus mensajes. ¡Dios, él podría haber entrado y la habría atrapado haciéndolo! ¡Qué humillante habría sido!

Aspirando profundamente, empastó una expresión inocente en su cara.

—¿Qué estás haciendo de regreso ya?— gritó mientras salía del estudio.

Luego se quedó sin aliento, alarmada, y se paró en seco cerca del portal de la cocina.

Un hombre, ataviado con un traje oscuro, estaba de pie en la sala de estar, examinando rápidamente los libros en la mesa de café. De altura común, constitución alta y delgada, con el pelo castaño corto, estaba bien vestido y tenía un aire culto.

Aparentemente, ella no era la única que se paseaba a voluntad en el *penthouse* que Dageus nunca cerraba con llave. Realmente debería comenzar a hacerlo, pensó ella. ¿Qué hubiera ocurrido si todavía hubiera estado en la ducha, o hubiera bajado las escaleras sólo con una toalla para encontrar a un desconocido allí? Se habría pegado un susto de los mil demonios.

El hombre se dio vuelta al oír su jadeo.

—Lamento haberla sobresaltado, señora— se disculpó él amablemente—. ¿Se encuentra Dageus MacKeltar?

Acento británico, notó la joven. Y un tatuaje curioso en el cuello. No parecía realmente adecuado para él. No parecía del tipo que se hacen tatuajes.

—No lo oí golpear la puerta— respondió Chloe. No creía que lo hubiera hecho. Tal vez los amigos de Dageus no lo hacían—. ¿Es amigo suyo?

—Sí. Soy Giles Jones— dijo el hombre—. ¿Está él aquí?

—No por el momento, pero estaré encantada de decirle que usted pasó de visita—. Ella lo miró fijamente, su curiosidad nunca inactiva. Allí estaba uno de los amigos de Dageus. ¿Qué podría contarle de él?—. ¿Es un *amigo íntimo*?— preguntó.

—Sí—. Él sonrió—. ¿Y quién puede ser usted? No puedo creer que no me haya mencionado a una mujer tan hermosa.

—Chloe Zanders.

—Ah, él tiene un gusto exquisito— dijo Giles suavemente.

Ella se sonrojó.

—Gracias.

—¿Dónde ha ido Dageus? ¿Regresará pronto? ¿Puedo esperarlo?

—Probablemente tardará una hora más o menos. ¿Puedo darle un mensaje de su parte?

—¿Una hora?— repitió él—. ¿Está segura? Quizá podría esperarlo; él podría estar de regreso más pronto—. La miró inquisitivamente.

Chloe negó con la cabeza.

—Me temo que no, señor Jones. Fue a conseguir algunas cosas para mí; partiremos con destino a Escocia más tarde y...

Ella dejó de hablar a medida que la conducta del hombre cambiaba abruptamente.

Se había ido la sonrisa encantadora. Había desaparecido la mirada apreciativa, reemplazada por una expresión fría y calculadora. Y —su cerebro pareció resistirse a tramitar ese hecho— repentinamente, sobrecogedoramente, había un cuchillo en su mano.

Ella negó con la cabeza con fuerza, incapaz de comprender el giro bizarro de los acontecimientos.

Con una sonrisa amenazadora, él se movió hacia ella.

Todavía tratando de lograr una especie de oscura comprensión de la situación, ella dijo estúpidamente.

—Usted n-no es su a-amigo—. Oh, *córcholis*, ¿acaso no tiene un cuchillo, Zanders?, se increpó silenciosamente. *Consigue un escudo. Encuentra una maldita arma.*

Retrocedió lentamente hacia la cocina, asustada de hacer un movimiento repentino.

—Todavía no— fue la extraña respuesta del hombre mientras él se acercaba a pasos lentos.

—¿Qué quiere? Si es dinero, él tiene mucho dinero. Toneladas de dinero. Y se lo dará con todo gusto. Y hay antigüedades— balbuceó. Estaba en la recta final. Seguramente habría un cuchillo descansando sobre el mueble en alguna parte—. Valen una fortuna. Lo ayudaré a empacarlas. Hay montones de cosas aquí que puede tomar. No interferiré en su camino para nada. Lo prometo, simplemente...

—No es dinero lo que busco.

*Oh, Dios Santo.* Una docena de escenarios horribles, cada uno peor que el anterior, relampagueó a través de su mente. Él la había embaucado para que admitiera por propia voluntad que estaba sola durante una hora, fingiendo conocer a Dageus. ¡Qué ingenua había sido! *Puedes sacar a la chica de Kansas, pero no puedes sacar Kansas de la chica,* pensó, la histeria burbujeando en su interior.

—¡Oh, mire eso! ¡He equivocado el tiempo! Él debe estar por llegar de un momento a otro.

Un ladrido bien definido de risa.

—Buen intento.

Cuando él se abalanzó para atraparla, ella retrocedió, con la adrenalina inundándola. Frenéticamente, con manos torpes por el miedo, aferró cosas del mueble y las arrojó hacia él. La cafetera termal rebotó de lado contra su hombro, arrojando café en todas direcciones; la tabla de picar carne lo golpeó directamente en el pecho. Volcándolo todo tras de sí, agarró una copa Baccarat después de otra del fregadero y las arrojó a su cabeza. Él se agachó rápidamente y las esquivó, y vaso tras vaso estalló contra la pared detrás de él, cayendo como lluvia de vidrio en el piso.

Él siseó de furia y siguió avanzando.

Abriendo la boca para respirar, peligrosamente cerca de hiperventilar, Chloe buscó a tientas más arsenal. Una cazuela, un colador, algunas llaves, un cronómetro, una sartén, frascos de especias, más vasos. ¡Necesitaba una condenada arma! ¡En medio de ese maldito museo, seguramente podría poner sus manos en un jodido cuchillo! Pero sus pies desnudos continuaban resbalándose en el café mientras trataba de evitar al mismo tiempo a su asaltante y los vidrios rotos.

Asustada de apartar la vista de él, tanteó un cajón tras de sí y lo manoseó frenéticamente: toallas.

El siguiente cajón: bolsas de basura y envolturas *Reynolds*. Le tiró ambos cajones.

Con los vidrios crujendo bajo sus zapatos, él avanzó, acorralándola contra el mueble.

Una botella de vino. Llena. *Gracias, Dios mío.* La mantuvo detrás de su espalda y se quedó inmóvil.

Él hizo exactamente lo que ella había esperado. Se abalanzó sobre ella silenciosamente, y la joven estrelló la botella en su cabeza con todas sus fuerzas, empapándolos a ambos con vino y astillas de vidrio.

Él la agarró por la cintura mientras caía, arrastrándola consigo. Ella no era rival para la fuerza del hombre mientras él forcejeaba contra ella, tendida sobre su espalda, bajo él.

Chloe divisó un destello de plata peligrosamente cerca de su cara. Se quedó floja por un momento, sólo lo suficiente como para sorprenderlo, luego se retorció y levantó la rodilla contra su ingle y le clavó los pulgares en los ojos, murmurando un agradecimiento silencioso a Jon Stanton en Kansas, que le había enseñado *los diez trucos sucios* cuando habían salido en la escuela secundaria.

—¡Ay, maldita perra!— Cuando él se agitó violentamente de manera refleja, Chloe

lo golpeó con los puños, intentando desesperadamente salir de debajo de él.

La mano del hombre se cerró en su tobillo. Ella agarró un pedazo de vidrio, sin prestar atención a sus numerosos cortes y se volvió contra él, siseando y escupiendo como un gato.

Y cuando acuchilló con el vidrio la mano que sujetaba su tobillo, un triunfo agudo la llenó. Podía estar en el piso, ensangrentada y llorando, pero no iba a morir sin una maldita pelea.

Dageus entró en la antecámara, preguntándose si Chloe todavía podría estar en la ducha. Imaginó una breve visión de ella, gloriosamente desnuda y mojada con todo ese cabello precioso cayendo sobre su espalda. Con la mano en el picaporte de la puerta, sonrió, y luego se sobresaltó cuando oyó un choque, seguido por una maldición.

Empujando la puerta para abrirla, se quedó con la boca abierta, la incredulidad y la conmoción paralizándolo por un precioso momento.

Chloe, chorreando un líquido rojo que su mente *se negó a aceptar* que pudiera ser sangre, estaba parada en la sala de estar, mirando hacia la cocina, dándole la espalda, agarrando firmemente el *claymore* de arriba de la chimenea con ambas manos, llorando e hipando violentamente.

Un hombre salió de la cocina, su mirada asesina fija en Chloe, con un cuchillo en la mano.

Ninguno de los dos había notado aún su presencia.

—Chloe, pequeña, retrocede— siseó Dageus. Instintivamente, usó la Voz de Poder, enlazando la orden con un hechizo de compulsión druida, por si ella estaba demasiado asustada para moverse por su propia voluntad.

El hombre se sobresaltó y lo vio entonces, su cara registrando conmoción y... algo más, algo que Dageus realmente no pudo definir. Una expresión que tenía poco sentido para él. ¿Reconocimiento? ¿Temor? La mirada del intruso pasó de la puerta tras Dageus, hasta las puertas abiertas que conducían a la terraza mojada por la lluvia.

Gruñendo, Dageus empezó a avanzar, como un felino al acecho. No tenía necesidad de apresurarse, ya que el hombre no tenía ningún lugar a dónde ir. Chloe había respondido a su orden y había retrocedido hacia la chimenea, donde estaba parada agarrando firmemente el *claymore*, blanca como un fantasma.

Estaba todavía de pie. Esa era una buena señal. Seguramente todas las manchas rojas no podrían ser de sangre.

—¿Estás bien, muchacha?—. Dageus mantuvo la mirada fija en el intruso. El poder se agitaba dentro de él. El poder antiguo, el poder que no era el suyo, el poder que era poco fiable y estaba sediento de sangre, incitándolo a destruir al hombre usando maleficios arcaicos, prohibidos. Para hacerlo morir una muerte lenta y horrificca por

atreverse a tocar a su mujer.

Convirtiendo en puños sus manos, Dageus luchó por cerrar su mente a ese poder. Él era un hombre, no un mal antiguo. Lo suficientemente hombre para manejar eso por sí mismo. Sabía, aunque no entendía cómo, que usar el poder oscuro dentro de sí para matar sellaría su condena.

Hipo.

—Ajá, creo que sí—. Más sollozos.

—Hijo de puta. Lastimaste a mi mujer— gruñó Dageus, avanzando inexorablemente, acorralando al hombre hacia la terraza, cuarenta y tres pisos por encima de la calle.

El intruso miró por encima de su hombro la baja pared de piedra que rodeaba la terraza, como midiendo la distancia, luego miró a Dageus otra vez.

Lo que hizo después fue tan extraño e inesperado que Dageus no pudo reaccionar a tiempo para detenerlo.

Con los ojos resplandeciendo de celo fanático, el hombre inclinó de modo respetuoso su cabeza.

—Puede que sirva a los Draghar con mi muerte, como fallé con mi vida.

Dageus todavía trataba de procesar el hecho de que él había dicho *“los Draghar”* cuando el hombre giró, se encaramó encima de la pared, y dio un salto de cisne de cuarenta y tres pisos hacia la nada.

## Capítulo 9

—¿Qué es esa cosa?— preguntó Chloe, sobresaltándose.

—Cálmate, muchacha. Es sólo un bálsamo que acelerará la cicatrización—. Dageus lo esparció sobre sus innumerables cortes, murmurando hechizos cicatrizantes en una lengua antigua que ella no conocía. Un idioma tanto tiempo muerto que los estudiosos de su siglo no tenían nombre para él. El rojo pegajoso de su ropa había sido vino y no sangre. Ella había resultado notablemente ilesa, considerándolo todo, con cortes en sus manos y pies, unos pocos arañazos en sus brazos, pero ninguna lesión debilitante.

—Eso se siente mejor— exclamó.

Él la recorrió con la mirada, obligándose a mirar sus ojos, no las curvas exuberantes y deliciosas apenas ocultas por su delicado sostén de encaje y sus bragas. Después de que el hombre hubiera saltado, Dageus había desnudado a Chloe más rudamente de lo que había pretendido, frenético por constatar la extensión de sus heridas. Ahora ella estaba sentada a su lado en el sofá, de cara a él, sus pies pequeñitos en su regazo mientras él los atendía.

—Aquí, muchacha—. Él tomó una manta de cachemira desde detrás del sofá y la

envolvió alrededor de sus hombros, acomodándola para que la cubriera desde el cuello a los tobillos. Ella parpadeó lentamente, como si apenas empezara a darse cuenta de su estado de casi desnudez, y él supo que su mente estaba todavía entumecida por la dura experiencia.

Forzó su atención de regreso a sus pies. Los hechizos cicatrizantes lo empujaban siempre más cerca de los límites de su control. Se había excedido en el uso de la magia en los pasados pocos días. Necesitaba un largo período de tiempo sin hechizos para recuperarse.

Y ella también.

El mayor período de tiempo que había pasado sin una mujer, desde el día en que se había vuelto oscuro, era una semana. Al final de la cual, había subido sobre la pared de la terraza también, agarrando firmemente una botella de whisky y bailando un *reel* escocés sobre las piedras resbaladizas en medio de una tormenta de lluvia helada, dejando que el destino escogiera de qué lado caería primero.

—Me mintió— dijo ella, apartando su pelo, todavía húmedo de la ducha, de su cara con una mano vendada—. Él dijo era tu amigo y le dije que no regresarías por una hora—. Sus ojos se hicieron enormes—. ¿Por qué regresaste?

—Olvidé la llave, muchacha.

—Oh, Dios mío— musitó ella, pareciendo aterrorizada una vez más—. ¿Qué hubiera pasado si no lo hubieras hecho?

—Pero lo hice. Estás a salvo ahora—. *Nunca permitiré que peligro te toque de nuevo.*

—No lo conocías, ¿verdad? Digo, él simplemente dijo eso para enterarse de cuánto tiempo te habías ido, ¿correcto?

—No, muchacha, nunca había visto a ese hombre antes—. Eso al menos era cierto—. Es como dices, él mintió para saber cuándo regresaría, cuánto tiempo estarías sola. Pudo haber obtenido mi nombre de cualquier sitio. De los carteles del correo, de la guía telefónica—. Él no figuraba en la lista de ninguno de esos lugares. Pero ella no necesitaba saberlo.

—¿Por qué lo dejaría subir la Seguridad?

Dageus se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que no lo hicieron. Hay formas de evadir a Seguridad— musitó, observando el daño producido durante la pelea. Necesitaba poner en orden la cocina antes de que la policía inevitablemente llegara para interrogar a los ocupantes de su lado del edificio. Afortunadamente, había veintiocho terrazas debajo de la suya, desde el piso catorce, y la policía, lo sabía, ya que los más ricos eran mejor considerados en cualquier siglo, dejaría el nivel del *penthouse* para lo último.

Su mente corrió a velocidad sobre los detalles: erradicar todo signo de altercado, recoger para empacar los dos últimos tomos, hacer una escala en casa de Chloe para buscar su pasaporte, llevar sus antigüedades al banco, ir al aeropuerto. Se alegró de que se marcharan ese mismo día. La había metido sin razón en algo que ni siquiera él

comprendía, y sólo él podía protegerla.

Y lo haría. Ella era la guardiana de su *Selvar*. La vida de Dageus era ahora su escudo. *Puede que sirva a los Draghar...* había dicho el hombre.

Tenía poco sentido para él. Se había sentido tan sobresaltado al oír esas palabras en los labios del hombre que se lo había quedado mirando sin reaccionar. Estaba furioso consigo mismo porque, si se hubiera movido o hablado más rápido, podría haber forzado unas cuantas respuestas del hombre. Aparentemente, alguien sabía más acerca de su problema de lo que él mismo lo hacía. ¿Cómo? ¿Quién *posiblemente* podría saber en lo que se había convertido? ¡Ni siquiera Drustan lo sabía con toda seguridad! ¿Quiénes en el maldito infierno eran los Draghar? ¿Y de qué manera el hombre había estado sirviéndolos?

Si fueran, como había considerado al principio, una parte de los *Tuatha de Danaan*, y si ciertamente habían decidido capturarlo, ¿por qué dañar a una mujer inocente? Y si eran una raza supuestamente inmortal, ¿por qué enviar a un mortal para cumplir con sus órdenes? No había duda de que el hombre había sido mortal. Dageus lo había visto. Había aterrizado en un coche, o mejor dicho, se había fusionado con el coche.

Mientras había limpiado las heridas de Chloe, la había interrogado a fondo acerca del intruso, en parte para mantenerla hablando para que no entrara en *shock*. El hombre se había identificado como Giles Jones, aunque Dageus no se engañaba con que ése fuera su nombre real. El hombre lo había reconocido de alguna manera. Podría no haber conocido a Giles Jones, pero Giles Jones lo había reconocido a él. ¿Cuánto tiempo había estado vigilándolo ese hombre, espiándolo, en espera de un momento para atacar?

Un miedo repentino por su hermano y Gwen lo atenazó. Si él estaba siendo vigilado, ¿Drustan también? ¿Qué clase de maleficio había hecho caer sobre sí mismo y su clan?

Negó con la cabeza, haciéndose desordenadamente docenas de preguntas para las cuales no tenía ninguna respuesta. Pensar no servía para nada. Era necesario actuar ahora. Necesitaba poner en orden las cosas, sacar a Chloe del país, y luego podría concentrarse en descubrir quiénes eran los Draghar.

Acabó con el último corte y la miró a la cara. Ella lo observaba en silencio, sus ojos enormes, aunque el color lentamente regresaba a su cara.

—Perdóname, muchacha. Debería haber estado aquí para protegerte— se disculpó gravemente—. Esto nunca ocurrirá otra vez.

—No fue tu culpa—. Ella dirigió una pequeña sonrisa temblorosa—. No puedes responsabilizarte por todos los criminales de la ciudad. Es obvio que ese hombre no estaba en su sano juicio. Quiero decir... Dios mío, *él saltó*. Se suicidó—. Ella negó con la cabeza, todavía incapaz de comprenderlo—. ¿Dijo algo antes de saltar? Me dio la impresión de que lo hizo.

La joven había estado demasiado lejos para oírlo.

—Una especie de jerigonza sin sentido. Estoy seguro de que tienes razón acerca de eso. A lo mejor él estaba chiflado o...— Dageus se encogió de hombros.

—Drogado— dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Sus ojos eran extraños, como si

fuese algún tipo de fanático. Realmente pensé que iba a matarme—. Una pausa, luego dijo—: Contraataqué. No me derrumbé.

Se veía al mismo tiempo horrorizada y orgullosa de ese hecho, y bien que debería estarlo, pensó él. Qué difícil debía haber sido para ella, tan diminuta como era, enfrentarse a un hombre muchísimo mayor, que además había estado esgrimiendo un arma con la intención de matarla. Una cosa era intentarlo contra un hombre de su tamaño y contextura, sin mencionar su entrenamiento en la batalla, ¿pero ella? La muchacha tenía valor.

—Lo hiciste bien, Chloe. Eres una mujer extraordinaria—. Dageus remetió un rizo vagabundo y húmedo detrás de su oreja. Comenzaba a perder la lucha para evitar que su mirada ávidamente deambulara sobre su cuerpo, sabiendo que ella estaba casi desnuda bajo la suave manta. Un peculiar calor helado inundaba sus venas, oscuro y exigente. Una necesidad a la que no le importaba que ella estuviera traumatizada, una necesidad que se empeñaba en convencerlo de que el sexo la haría sentirse mejor.

Los andrajos de su honor no estuvieron de acuerdo. Pero eran sólo andrajos, y él necesitaba apartarla de sí. Rápido.

—¿Están mejor tus pies?

Ella los deslizó de su regazo hasta el piso, luego se levantó, probándolos.

Él dirigió la mirada fuera de la ventana precipitadamente, convirtiendo en puños sus manos para evitar abrazarla. Sabía que si la tocara ahora, la dejaría caer, la abriría y se empujaría dentro de ella. Sus patrones de pensamiento empezaban a alterarse, de la forma que lo hacían cuando había pasado demasiado tiempo. Se hacían primitivos, animales.

—Sí— dijo ella, sonando sorprendida—. Lo que sea ese bálsamo, es asombroso.

—¿Por qué no vuelves arriba y terminas de empacar tus cosas?—. Su voz sonó densa y gutural, incluso para sus propios oídos. Se levantó velozmente y se movió hacia la cocina.

—Pero, ¿qué hay acerca de la policía? ¿No deberíamos llamar a la policía?

Él hizo una pausa, pero mantuvo su espalda hacia ella.

—Ya están allí afuera, muchacha—. *Vete*, deseó silenciosa, desesperadamente.

—¿Pero no deberíamos hablar con ellos?

—Me encargaré de todo, Chloe—. Él usó un ligero toque de compulsión esa vez, indicándole que se olvidara de la policía, usando una cantidad suficiente de magia para aliviar su mente, para ayudarla a confiar en que él manejaría las cosas, para no darle qué pensar más tarde acerca de por qué no había sido interrogada. Hasta entonces, en lo que a la policía concernía, el hombre no había caído de *su* terraza, pero ella no necesitaba saberlo.

Él acababa de entrar en la cocina cuando ella lo siguió y puso la mano encima de su hombro.

—¿Dageus?

Él se tensó y cerró los ojos. No se dio la vuelta. *Cristo, muchacha, por favor. No*

*quiero violarte.*

—Hey, date la vuelta— dijo ella, sonando suavemente irritada.

Con los dientes apretados, él se volvió.

—Aunque no lo hiciste a propósito, te agradezco que olvidaras las llaves— dijo, luego tomó su cara con sus manos pequeñas, se puso en puntas de pie y lo hizo inclinar hacia abajo para plantar un beso suave en sus labios—. Probablemente salvaste mi vida.

Él podía sentir sus músculos brincando en su mandíbula. Brincando en su cuerpo entero. Tuvo que aflojar los dientes para lograr decir roncamente:

—¿Probablemente?

—Estaba dando una buena pelea— apuntó ella—. Y había llegado al *claymore*.

Una sonrisa macilenta pero descarada, luego, dichosamente, ella se movió hacia las escaleras.

Al pie de ellas, ella miró hacia atrás.

—Sé que probablemente no te importa, porque nos marchamos, pero deberías decir al gerente del edificio que este *penthouse* tiene algunos problemas serios de calefacción. ¿Podrías subir la temperatura un poquito?— se restregó los brazos a través de la colcha y, sin esperar una respuesta, se apresuró a subir las escaleras.

Cinco minutos más tarde, él todavía permanecía apoyado contra la pared, estremeciéndose por la batalla que casi había perdido cuando ella tan inocentemente había tocado sus labios con los suyos. Lo había besado como si él fuera honorable, controlado. Seguro.

Como si no fuera el hombre que había estado a punto de tomar su virginidad por la fuerza. Como si no fuera oscuro y peligroso. En una ocasión, había acudido a Katherine cuando había pasado por una condición tan mala. Había visto el miedo mezclado con la excitación en los ojos de la mujer cuando la había tomado bruscamente, sin decir una palabra, en la cocina donde la había encontrado. Había sabido que ella había sentido en él la oscuridad. Había sabido que la había encendido.

Pero Chloe no. Ella lo había besado delicadamente. Bestia y todo.

Trevor observó a Dageus MacKeltar y su acompañante desde lejos mientras salían del edificio sobre la Quinta Avenida. La policía había estado demorándose por todo el lugar durante horas, quitando el cuerpo de Giles e interrogando a los testigos, pero cerca de la media tarde se habían marchado, dejando dos detectives entrecanos y gruñones tras de sí.

No sintió pena por Giles; su muerte había sido veloz, y la muerte no era algo que temieran, ya que, como la secta de los Druidas, los Draghar creían en la trasmigración del alma. Giles viviría otra vez en algún otro cuerpo, en algún otro momento.

Como los Draghar vivirían otra vez en el cuerpo del escocés, una vez que hubieran tomado posesión completa de él.

Trevor estaba impresionado por que el hombre se las hubiera ingeniado hasta entonces para esquivar la transformación. Tan poderoso como eran los Draghar, Dageus MacKeltar debía ser desacostumbradamente poderoso por derecho propio.

Pero Trevor no tenía duda de que la Profecía llegaría a cumplirse como había sido prometido. Nadie podía contener tal poder y no usarlo. Día a día, se colaría en él hasta que ya no supiera que se estaba transformando. Simplemente necesitaban provocarlo, incitarlo y acorralarlo. El uso de la magia oscura para propósitos oscuros lo haría descender rápidamente a un abismo del que no había escapatoria.

Entonces, los Draghar caminarían sobre la Tierra otra vez. Entonces, todo el poder, todo el conocimiento que los *Tuatha de Danaan* les habían robado hacía miles de años sería recuperado. Los Draghar les enseñarían la Voz de Poder que provocaba la muerte con una sola palabra, y las formas secretas de moverse a través del tiempo. Cuando sus números fueran muchos y fuertes, cazarían a los *Tuatha de Danaan* y tomarían lo que debería haber sido suyo hacía mucho tiempo. Eso que los *Tuatha de Danaan* siempre habían negado a los Draghar: el secreto de la inmortalidad. La vida eterna, sin necesidad de ningún arriesgado renacimiento.

Serían dioses.

Trevor estudió a la mujer fijamente. Era diminuta, y él se preguntó cómo había terminado Giles pasando sobre esa terraza. ¿Hubo sido a propósito? ¿Lo había arrojado Dageus MacKeltar? Seguramente la pequeña muchacha no lo había hecho. No valía demasiado. Apenas superaba los cinco pies.

El escocés era altísimo junto a ella. Los Draghar habían recibido un recipiente poderoso, su figura fuerte, como la de un guerrero. Los hombres responderían bien a su autoridad innata. Al mismo tiempo que Trevor pensaba eso, notó cómo el gentío se dividía para él, apartándose instintivamente fuera de su camino, y que el Keltar caminaba a grandes pasos, como si supiera que lo harían. No había ninguna vacilación en el hombre, ninguna en absoluto. Incluso desde su distancia segura, pudo sentir el poder que emanaba de él.

Cuando el escocés recorrió con la mirada a la mujer, los ojos de Trevor se estrecharon.

Había posesividad en su mirada. Protección en la forma de escudarla con su cuerpo del roce de los transeúntes, su mirada atenta, constantemente escudriñando sus alrededores. A Simon no le gustaría.

Antes de que Trevor hubiera encontrado su llamado a la Orden, había defendido a presidiarios, muy exitosamente, y la regla cardinal de tal negocio se aplicaba allí: *aísla el sujeto, la presa cae más rápido a solas*.

Él caminó tras ellos, a una distancia segura.

Hicieron una pausa fuera de un banco y Trevor se deslizó más cerca, dejó caer unas pocas monedas y se inclinó para recogerlas rápidamente, escuchando, para ver si podía alcanzar a oír alguna conversación.

Y finalmente oyó lo que necesitaba; planeaban volar a Escocia en algún momento de esa tarde.

Se mezcló de vuelta en un grupo pequeño de peatones y sacó un teléfono celular. Sería un asunto simple que uno de sus hermanos expertos en computadoras encontrara desde qué aeropuerto y cuándo, y registrarlo en el vuelo también.

Hablando velozmente, informó a Simon.

Y las instrucciones de Simon fueron precisamente las que esperaba.

Horas más tarde, Trevor se deslizaba en un asiento una docena de filas detrás de ellos. Habría preferido sentarse más cerca, pero el vuelo no estaba completo, y lo preocupaba que el escocés pudiera detectarlo.

Los había seguido en secreto toda la tarde y ni siquiera una vez había tenido la oportunidad de atacar. Los cuchillos eran las armas preferidas de su secta, cada derramamiento de sangre un ritual en y por sí mismo, pero había tenido que abandonar sus armas antes de abordar. Su corbata habría prestado un buen servicio para estrangularla, si sólo hubiera podido tener un momento con ella a solas.

Deseaba saber qué había sucedido en el *penthouse*. Algo había puesto en guardia a Dageus MacKeltar para otro ataque. Supuso que estando Giles atrapado, lo haría parecer un robo, o el trabajo de un sociópata, cualquier cosa que se ajustara mejor al momento. Pero era evidente que el escocés anticipaba otro intento. No había dejado el lado de la mujer ni un momento. Cuando dos veces ella había ido al cuarto de baño en el aeropuerto, él la había seguido de cerca hasta allí, había esperado en el portal, y la había escoltado de regreso. Cuando demasiada gente para su comodidad se había sentado cerca de ellos en el área de espera, él la había instado a dar un paseo.

El condenado hombre era un escudo andante.

Trevor se masajeó el cuello, suspirando.

Volverían a planear las cosas en Escocia, se procuraría armas, y eventualmente la defensa del hombre mermaría. Aunque fuera sólo por unos pocos momentos. Unos pocos momentos era todo lo que él necesitaría.

## Capítulo 10

El vuelo desde el aeropuerto JFK a Londres estaba sólo medio lleno, con las luces oscurecidas para la comodidad de los viajeros nocturnos y los asientos tan cómodos

(tenían una fila toda para ellos y habían levantado los apoyabrazos), que Chloe se quedó dormida poco después del despegue.

Ahora, moviéndose somnolientamente, mantuvo los ojos cerrados, cavilando sobre los acontecimientos del día. Había pasado con velocidad increíble, desde el ataque, hasta empacar, ir a su casa a buscar su pasaporte, obtener una caja de seguridad en el banco para sus antigüedades (*¡sus antigüedades!*), pasando por un apresurado almuerzo retrasado/cena temprana, y finalmente el viaje al aeropuerto.

No le extrañaba que se hubiera quedado dormida. No había dormido mucho la noche anterior, nerviosa y excitada por la decisión que había tomado de acompañar a Dageus a Escocia. Además, el día había sido ocupado, y la conmoción del ataque, de por sí, casi había agotado su energía. Todavía no podía creer lo que había ocurrido; parecía irreal, como si lo hubiera observado en la TV o le hubiera ocurrido a alguien más. Había estado viviendo en Nueva York, en uno de los distritos más peligrosos por casi un año, y nada malo le había ocurrido jamás. Nunca había sido golpeada, nunca había sido acosada en el metro: de hecho, no había encontrado ninguna adversidad, así que supuso que tal vez le había llegado el turno. A menos que, claro, la policía determinara alguna otra cosa.

Ese pensamiento no permaneció mucho tiempo y abruptamente desapareció de su mente.

Aunque le molestaba que su asaltante se hubiera suicidado (y si eso no demostraba cuán loco había estado, no sabía qué podría hacerlo), sabía que él había tenido la intención de hierirla gravemente, si no de matarla. El pragmatismo endureció sus emociones. El hecho simple era que estaba agradecida de haber sobrevivido. Apenada por el hombre que había estado tan loco que la había atacado y luego había dado un salto desde la terraza, pero contenta de estar viva de todos modos. Era sorprendente cómo sentir la vida de uno en peligro lo reducía todo a los temas más importantes.

Si Dageus no hubiera vuelto —el pensamiento la hizo estremecerse— habría luchado a muerte. Estaba descubriendo toda clase de niveles de su propia personalidad que no había sabido que existían. Siempre le había preocupado que si alguien la atacara, solamente se encogiera, o se congelara con impotencia. Siempre se había preguntado si era en el fondo una cobarde.

A Dios gracias no lo era. Y gracias a Dios, Dageus había olvidado la llave.

Había sido tan ingenua. Giles-Jones<sup>20</sup>, cómo no. Qué advertencia oportuna debería haber sido. Pero no le había brindado un segundo pensamiento porque el hombre había parecido y había actuado tan malditamente normal al principio. No obstante, había leído en alguna parte que la mayoría de los asesinos en serie se parecían al vecino de al lado.

Cuando Dageus había entrado, el hombre había tenido una mirada de lo más extraña

---

<sup>20</sup> Giles Jones: famoso pirata inglés del siglo XVIII. (N. de la T.)

en su cara. Realmente no podía retener el pensamiento lo suficiente como para...

Mentalmente se encogió de hombros y apartó con fuerza sus sombrías especulaciones. Había sido horrible; nunca había estado tan asustada en su vida, pero había terminado, y miraría hacia delante, no hacia atrás. Detenerse en ello la haría sentirse aterrorizada una vez más. Algo monstruoso le había ocurrido justo antes de que hubiera dejado Nueva York, pero no permitiría que marcara el tiempo que había pasado en esa ciudad, ni que produjera un efecto deprimente en su futuro. Él estaba muerto; no le concedería al hombre el éxito de hacerla sentirse aterrada. En veinticuatro años, había sido víctima de un ataque una sola vez. Podría vivir con esas probabilidades. *Estaba viviendo* con ellas, así que no permitiría que la asustaran en el futuro. ¿La harían más cuidadosa? Absolutamente. ¿Temerosa? Ni pensarlo.

Estaba camino a Escocia, con un hombre que la hacía sentir más viva de lo que jamás se había sentido. Y estaba decidida a gozar hasta el último minuto de ello.

Se preguntó qué habría pensado el abuelo sobre Dageus.

Chloe Zanders... Chloe MacKeltar.

*¿Zanders*, se regañó a sí misma instantáneamente, *deja de pensar en esas cosas!* No iba a romantizarlo todo. Se lo había prometido a sí misma más temprano, al estar sentada en el aeropuerto con él, esperando que su vuelo saliera. Él había estado tan atento, guiándola al baño, llevándole un bocadillo, sin dejar nunca su lado, pero con ese aplomo eterno, esa reserva indignante, esa contención apremiante. No era extraño que las mujeres se encapricharan tan profundamente de él; esa reserva desafiaba a una mujer, la hacía querer ser quien penetrara en Dageus MacKeltar. Pero Chloe no iba a cometer ese error. Hasta donde podía ver, era la mujer del momento, nada más. Estaba decidida a actuar inteligentemente, ver el viaje como una aventura, tomar las cosas literalmente y no leer más en ellas de lo que había.

A pesar de todo, al abuelo le hubiera gustado... Sus pensamientos regresaron otra vez para meditar superficialmente sobre esa misma mañana, pero en una parte menos perturbadora. Después de que el hombre hubiera saltado, Dageus la había desnudado rápida y frenéticamente, la mirada de su rostro lo suficientemente intensa como para silenciar cualquier protesta. La furia apenas contenida emanaba de él, haciéndola pensar que a su asaltante le podría haber sido concedida una muerte menos dolorosa saltando. Sus manos siempre firmes habían estado temblando cuando había empezado a cuidarla. Nunca había visto a alguien tan lleno de furia comportarse tan amablemente. Había enjugado con una esponja el vino que la manchaba, limpiado y vendado sus heridas, todo el tiempo ignorando resueltamente su desnudez.

Parecía que mientras más profundas eran sus emociones, más rígidamente él se controlaba. Esa era una hipótesis que estaba ansiosa por examinar con más profundidad. ¿Pero por qué la furia?, se preguntó. ¿Porque alguien se había atrevido a entrar por la fuerza a su propiedad? ¿Porque había ensuciado su casa? Una mujer inclinada a romantizar las cosas podría haber leído alguna emoción para esa actitud para con ella, pero Chloe no iba a ser tan tonta.

Con un suspiro suave, abrió sus ojos lentamente para encontrarlo clavando directamente los ojos en ella. Él no habló, simplemente la miró. En las sombras, su cara cincelada era impresionante, salvajemente masculina.

Y sus ojos...

Se perdió en ellos por un largo momento, preguntándose cómo podría haber pensado alguna vez que eran los ojos dorados de un tigre. Eran del color del whisky oscuro. Y estaban llenos de alguna clase de emoción. Ella se quedó mirándolo. Algo como... ¿Desesperación?

Profundamente, bajo el aplomo y la mofa, oculto bajo la seducción implacable, ¿era posible que Dageus MacKeltar estuviera sufriendo?

*No leas más en las cosas de lo que hay, se recordó a sí misma. Lo que cuenta su cara es que el hombre parece querer besarte, no darte sus bebés, Zanders.*

*Dios mío, pero sin embargo, él haría unos bebés hermosos,* ronroneó una parte primitiva y femenina en su interior. Esa parte de ella que aún albergaba la huella biológica de las mujeres de las cavernas, y se inclinaba infaliblemente hacia el guerrero más capaz y protector.

Con los ojos brillando intensamente, él inclinó su cabeza oscura hacia la de ella. *Oh, él definitivamente quería besarla.* Supo que debería rechazarlo, llamándose tonta en cada idioma que conocía, pero eso no ayudó. Las luces estaban casi apagadas, la mayoría de los pasajeros estaban durmiendo, la atmósfera era acogedora e íntima, y ella quería ser besada. ¿Qué daño habría en un pequeño beso? Además, estaban en un avión, por el bien del cielo, ¿qué tan lejos podría llegar?

Si hubiera sabido la respuesta por adelantado, habría salido corriendo a través del pasillo y habría sellado su boca con cinta adhesiva. De amianto. Varias vueltas. Tal vez pegaría juntos sus muslos con la misma cinta por añadidura.

En el momento en que sus labios tocaron los de ella, una tormenta caliente la azotó de arriba abajo, y sintió el relámpago de calor. Él restregó sus labios sensuales sobre los suyos, tomándolos despacio, haciéndola sentirse necesitada e imprudente.

Lentitud no era lo que ella quería. Se había permitido un beso y, por Dios, tenía la intención de obtenerlo. Uno real, con todos los adornos. Labios y lenguas y dientes y montones de suspiros suaves. Con un pequeño sonido de impaciencia, tocó con su lengua la de él. Su respuesta fue instantánea y electrizante, transformando su tormenta interior en una tempestad de calor y deseo. Con un gruñido bajo e intenso, él enterró las manos en su pelo, y tiró bruscamente su cabeza hacia atrás contra el asiento, su lengua penetrando profundamente. Ella no podía respirar.

El beso que él le dio significaba *seducción*, significaba *quiero tu alma*, y estaba funcionando. Era dominante como el hombre mismo, hambriento, exigente. Cautivaba a la Chloe secreta que sentía un hambre igual de profunda que la suya. Él era una sombra oscura y seductora rodeándola, y ella se ahogaba en él. En el picante aroma del hombre vestido de cuero, en el húmedo y liso aleteo de su lengua, en las manos firmes enterradas en su pelo. Y ella no se atrevía a hacer ese sonido que temblaba en su

interior. Era insoportablemente erótico verse forzada a recibir un beso así en absoluto silencio.

Su lengua ardiente empujó y se retiró en una evidente representación del sexo, y ella se sintió mojarse desesperadamente sólo por su beso. El hombre hacía que una mujer como ella se sintiese como si estuviera siendo devorada, cenada, sorbida por los deliciosos lametones.

Cuando él se detuvo y trazó con la yema de su pulgar sus labios hinchados, jadeó suavemente, con la mirada fija, incapaz de decir una sola palabra. Él contempló su cara, eróticamente complacido de lo que vio en sus ojos vidriosos, en la prueba de que su mente sentía el efecto entumecedor que tenían sus besos. Con una risa baja y satisfecha, él presionó su pulgar contra sus dientes inferiores y forzó su boca a abrirse más, sujetado su cara con las manos, tomándola en un profundo beso con la boca abierta, de lengua, robándole el aliento de los pulmones, luego devolviéndolo. Haciéndole el amor a su boca, dejándole saber cómo le haría el amor en toda clase de otros lugares.

Cuando ella lloriqueaba contra sus labios, él se echó hacia atrás, su mirada ardiendo a fuego lento. Levantando sus piernas cubiertas por los vaqueros, él las jaló sobre las suyas, situándola de tal manera que quedara apoyada contra la ventana, dándole un mejor acceso.

—Si deseas que me detenga, muchacha, dilo ahora. No te lo preguntaré otra vez.

Alguna otra mujer negó con la cabeza, porque Chloe *sabía* que ella no había sido. Y ciertamente fue alguna otra mujer quien resbaló su mano desde la nuca masculina, bajo su suave chaqueta de cuero negro y entre sus cabellos. Y fue *definitivamente* alguna otra mujer quien las deslizó ávidamente hacia abajo de su pecho durísimo.

Él las atrapó en una de las suyas y las apartó a un lado.

—No me toques, muchacha. No ahora.

Él hizo callar sus protestas empujando uno de sus dedos entre sus labios. Tocó su lengua, luego trazó su contorno. Lentamente, arrastró ese dedo húmedo hacia abajo, por su cuello, a lo largo del borde de su suéter de cuello en V, deteniéndose en el valle entre sus pechos. Ella lo observó, fascinada. Él era tan increíblemente bello, allí en las sombras, sus labios sensuales entreabiertos, sus ojos aguzados de deseo. Su aliento era cálido contra el camino húmedo que había dejado, tentando sus terminales nerviosas a surgir fogosamente a la vida.

Cuando su mirada oscura se concentró en sus pechos, sus pezones se endurecieron en picos duros y sintió los senos hinchados y pesados. ¡Dios, el hombre era intoxicante! Incluso su mirada era potente, haciendo arder su piel, haciéndola sentir frenética por más. El simple pensamiento de su boca caliente, mojada y ávida en sus pezones la hizo sentirse débil de deseo.

Con una mirada tan repleta de promesa sexual que le quitó el aliento, él jaló la manta que descansaba en la cintura femenina, para subirla hasta su cuello. Luego deslizó sus manos bajo la manta, y la cabeza de Chloe se dejó caer débilmente contra la ventana, con los ojos cerrados.

Debería detenerlo. Y lo haría. Pronto. Realmente pronto.

—Abre tus ojos, pequeña. Quiero verte observarme cuando te toco—. Era una orden suave, pero una orden no obstante.

Sus párpados se alzaron indolentemente. Ella sintió como si él estuviera desvaneciendo su voluntad con su contacto, dejándola floja y completamente vulnerable a sus demandas.

Él resbaló las manos bajo su suéter, impacientemente desenganchó su sostén y desnudó sus pechos, ahuecándolos en la palma de sus manos con urgencia. *Oh, sí*, pensó ella. Eso era lo que había estado deseando desde el momento en que lo había visto. Estar desnuda con él, sentir sus manos ardientes y grandes recorriendo su piel desnuda. Se estaba transformando en un charco de calor suave y femenino en las manos de un maestro, y no podía reunir la suficiente voluntad para que le importara. Él ahuecó sus pechos, amasando y dejándolos caer pesadamente, jalando sus pezones entre sus dedos. Con su aliento caliente contra su piel, él dirigió la punta de su lengua hacia su cuello, luego deslizó su boca sobre su barbilla, hasta sus labios, tomándola en un beso contundente, y los dedos cerrados en sus pezones, apretando con ligereza. Continuó la andanada implacable contra sus sentidos hasta que ella impotentemente arqueó sus caderas separándolas del asiento.

Repentinamente él interrumpió el beso y se apartó, sus ojos cerrados, su mandíbula apretadamente tensa. Un suspiro siseó de entre sus dientes apretados. La visión de él luchando por el autocontrol, la prueba del efecto que ella tenía sobre él, envió una emoción primitiva y erótica a través del cuerpo femenino. La visión de él tan excitado que sentía dolor era más que incitante. Tuvo el mismo efecto en su deseo por él que echar gasolina a las llamas.

Debería detenerlo. Estaba indefensa para detenerlo.

Luego él abrió sus ojos, sus miradas se encontraron y Chloe comprendió que él sabía exactamente cómo se sentía: perdida, pendiendo al borde, dolorida por la necesidad terrible. Él inclinó su boca sobre la de ella, succionando su lengua profundamente dentro de su propia boca.

Un diminuto espasmo comenzó a temblar dentro de ella, y con él, le llegó el oscuro recuerdo de dónde estaba: ¡en un avión, con casi cien personas alrededor!

Dios santo, ¿qué ocurriría si llegara al clímax?

Dios santo, ¿qué ocurriría si gritaba cuando llegara?

—D-detente— jadeó contra sus labios.

—Demasiado tarde, pequeña.

Él la ahuecó íntimamente entre sus piernas, a través sus pantalones vaqueros, presionando el duro talón de su palma contra la V entre sus muslos, y ella casi gritó ante el placer exquisito de sentir su contacto *allí*, donde estaba tan vacía y le dolía tan desesperadamente. Con la respiración jadeante, él movió su mano en un ritmo perfecto, encontrando expertamente su clítoris a través de la tela de sus pantalones vaqueros, usando las costuras para crear una fricción perfecta contra él. ¡Oh, el hombre sabía cómo

tocar a una mujer!

—Déjate ir, muchacha. Dámelo *ahora*.

Su gruñido ronco empujó a Chloe impotentemente por el borde.

El ruido que podría haber escapado de ella entonces, que él detuvo aplastando su boca duramente contra la suya, la habría hecho avergonzar por toda la eternidad. Podría haber despertado al maldito avión entero. Imaginó que podría haber causado incluso una turbulencia.

Con sus gritos amortiguados, Chloe explotó. Sin posibilidad de defensa, sin recato, perdida, una de las grandes manos masculinas en sus pechos, la otra entre sus piernas, ella tuvo la completa fusión de un reactor nuclear, estremeciéndose contra él, manteniendo sus piernas apretadas alrededor de su mano.

Él tomó sus gritos con su lengua profundamente enterrada en su boca, silenciándola, excepto por un diminuto gimoteo.

El placer era devastador, bordeó la cúspide y convirtió su interior en mil pedazos trémulos. Su cuerpo entero se estremeció y bien podría haber hecho el ruido que temía, y haber gritado.

Pero él tomó todos esos sonidos, su lengua ardiente devorándola, empujando profundo, robándole el aliento. Él sabía exactamente cómo tocarla para continuar el placer, su mano implacable entre sus piernas sin detenerse ni un segundo y, a medida que su primer orgasmo empezaba a desvanecerse en una especie de palpar, se convirtió en un segundo que la regresó directamente a la explosión de sus sentidos.

Él la besó mientras los temblores secundarios la estremecían, con besos exigentes al principio, hasta hacerlos más suaves y lentos a medida que sus pequeños temblores disminuían. Ella se pegó a él, incapaz de moverse. Y aunque acababa de experimentar un doble orgasmo simplemente espléndido, se sentía dolorida, ardiente y mojada. Había sido saciada, pero no saciada por completo, y se sentía totalmente excitada, irrevocablemente excitada. *Oh, Dios mío, ¿qué he hecho? ¡Él es adictivo!* Se quedaron por un largo momento frente contra frente, respirando de manera desigual. Luego, con una caricia firme, él retiró su mano.

Se quedó inmóvil unos pocos momentos, luego ella oyó una afilada inspiración y un gemido dolorido cuando él bajó la mano a su propio regazo y se acomodó dentro de sus pantalones.

Ella apretó sus manos y cerró los ojos, haciendo un intento para no pensar en esa parte de él que se acababa de tocar. Esa parte que había visto momentáneamente cuando había dejado caer su toalla, simplemente lo suficiente como para alimentar su curiosidad insaciable.

No era extraño que Katherine hubiera dicho que se estaba muriendo sin él.

No había manera de que pudiera dejar que algo así ocurriera de nuevo. Si lo dejara darle incluso un beso más ese día, terminaría en su cama. Él era demasiado sexy; ella ya estaba demasiado infatuada con él, y una vez en su cama, sus defensas se derrumbarían estrepitosamente y estaría perdida.

*¿Por qué sencillamente no lanzas tu corazón por la ventana del avión, Zanders?,* se burló una pequeña voz interior. *Tendrás casi las mismas probabilidades de lograr un aterrizaje seguro.*

Dageus MacKeltar era más hombre de lo que podía manejar. Ella apenas pertenecía a una pequeña liga, agarrando firmemente un guante de béisbol infestado de ratas, de segunda mano, tratando de jugar a la pelota con los profesionales. Fácilmente una pelota bien bateada la haría caer sobre su trasero. Y el juego seguía adelante sin ella.

Ninguno de los dos dijo una palabra, sólo sentados en las sombras oscuras del avión, tratando de retomar el control.

Chloe temió repentinamente que ella *nunca* pudiera retomar lo estando cerca de él.

Ella dormitaba otra vez, y Dageus leía el tercer *Libro de Manannan*.

O trataba de hacerlo.

Se concentraba tanto como podría esperarse de cualquier hombre en una intensa agonía sexual.

Nada en absoluto.

Continuaba viendo la cara ruborizada de Chloe: sus labios hinchados por sus besos, la piel alrededor de su boca irritada por la rozadura de la sombra de su barba, sus ojos somnolientos y eróticos de deseo mientras alcanzaba su clímax de mujer y se estremecía contra él. Dos veces. Aferrada a él como si lo hubiera necesitado. Él había sujetado sus pechos pesados en sus manos, la había tocado entre sus muslos...

La había necesitado tan desesperadamente que casi había lanzado un hechizo druida para nublar la mente de los pasajeros, y empujarla por completo hasta donde pudieran llegar. Había contemplado llevarla al cuarto de baño con él, pero sólo su virginidad lo había detenido. No derramaría la sangre virgen de Chloe como un bárbaro, en una habitación de dos por cuatro con paredes de cartón.

Ella habría ido más allá si la hubiera presionado. Lo podría haber dejado meter la mano dentro de sus pantalones, pero si hubiera llegado hasta allí no habría podido detenerse. Así que había dejado su mano fuera de los pantalones de ella y se había conformado con liberar al menos a uno de los dos.

Nunca había sentido tanta lujuria antes. A pesar de que acostarse con una mujer lo alejaba del borde, estaba acostumbrado a sentirse después extrañamente incompleto. Tocar a Chloe lo hizo pensar que podría encontrar una satisfacción imprevista que nunca antes había logrado.

Mientras tanto, estaba duro como una piedra y muy dolorido.

A pesar de todo, caviló, suponía que era un intercambio justo, ya que aunque estaba en una agonía de necesidad sexual, su intimidad había dulcificado la furia en su interior. Aunque más temprano, en el *penthouse*, había temido lo que pudiera hacer, sus besos le

habían dado una medida de control. Poco, pero el suficiente como para trabajar con ello.

En el pasado, siempre había necesitado completar el acto sexual para ganar un momento de alivio de la oscuridad, pero no con Chloe. Simplemente besándola, tocándola, dándole placer, lo había calmado, había aclarado su mente un poco. No pretendía entender el cómo o el por qué de eso. Simplemente había funcionado.

Aceptaría eso, que Chloe lo ataría de alguna manera, pero a cambio conservaría alguna medida de su cordura. Con el don de sus besos pisaría terreno escocés.

Och, la mujer tenía algo que necesitaba. Sus instintos habían sido acertados cuando habían dicho “mía”.

Y eso echó a andar un tren enteramente nuevo de pensamientos posesivos. Pensamientos con los que no podía hacer nada en ese momento, así que calmó su respiración con exhalaciones profundas y forzando sus pensamientos a concentrarse en temas más apremiantes.

Lo que estaba por llegar precisaba de todo su ingenio y voluntad. Una vez que estuviera en Escocia, sabía que los cambios se acelerarían otra vez. Cambios que no había encontrado la manera de detener. Y para hacerlo, tenía que enfrentar a su hermano.

—*Drustan, soy yo, Dageus, y siento haberte mentado, pero soy oscuro y necesito usar la biblioteca.*

Sí, eso estaría bien.

—*Drustan, te fallé. Rompí mi juramento y deberías matarme.*

No, no eso, todavía no.

—*Och, hermano, ayúdame.*

¿Lo haría?

—*¿Con mil demonios, deberías haberlo dejado morir!*— había gritado su *pa* cuando, en el siglo dieciséis, Dageus había reunido el coraje para confiarle lo que había hecho.

—*¿Cómo? ¿Cómo podía hacerlo?*— había respondido Dageus a gritos.

—*¿Salvarlo te ha condenado! ¡Ahora he perdido a mis dos hijos, uno por el futuro, otro por las artes negras!*

—*Aún no*— había protestado Dageus.

Pero la mirada en los ojos de su *pa*... le había dicho sin palabras que no había esperanza. Dageus, horrorizado, había escapado a través de las piedras, decidido a encontrar la manera de salvarse.

Y ahora había completado el círculo, regresando a pedirle ayuda a su clan. Lo odiaba. Nunca había solicitado ayuda, ni siquiera una vez en su vida. Ese no era su estilo.

Suspirando profundamente, aceptó el escocés que había pedido a la azafata, y lo bebió de un solo trago. A medida que el calor del whisky estallaba dentro de él, el nudo en su pecho primero se intensificó, después amainó. ¿Qué podía decir? ¿Cómo comenzar? ¿Con Gwen, quizá? Ella podría ejercer sus milagros femeninos con su hermano. Dios sabía que ella misma había sido un milagro para Drustan.

Consideró cuidadosamente diversas formas de acercarse a él, pero eran más de lo que

podía soportar pensar, así que devolvió su atención al texto, necesitando algo tangible para trabajar.

Una hora más tarde, poco antes de aterrizar, hizo una pausa, con una mano suspendida encima de su cuaderno de apuntes. Finalmente había encontrado algo importante. La única mención que había encontrado acerca de la guerra desafortunada que había ocurrido después de que los *Tuatha de Danaan* se hubieran marchado. Nada más que un párrafo breve, hablaba de Trece Druidas proscritos (¡la misma cantidad que estaba en su interior!) y de algún castigo atroz que habían sufrido. Aunque no continuaba más allá, bajo ese párrafo había una notación que se refería al quinto *Libro de Manannan*, como había sospechado.

Y si la memoria no le fallaba, el quinto volumen estaba en la biblioteca Keltar.

Chloe murmuró suavemente en su sueño, atrayendo su mirada otra vez.

Recordándole que alguien había tratado de matarla debido a él.

Recorrió con la mirada su mano vendada y un feroz sentido de protección lo inundó. No permitiría que nada la dañara otra vez.

Necesitaba respuestas, y las necesitaba rápido.

## Capítulo 11

Por segunda vez en otros tantos días, Chloe tuvo la experiencia extraña e inmensamente irritante de caminar por una calle abarrotada con Dageus MacKeltar. La primera vez había sido en Manhattan el día anterior, y lo mismo estaba ocurriendo allí.

Los hombres se apartaban de su camino.

No porque él fuera mal educado o irrumpiese rudamente en la acera. Al contrario, se movía con la gracia lustrosa de un tigre. Con pasos firmes, quizá un poco agresivo. Y los hombres instintivamente se apartaban, saliendo de su camino para darle amplia disponibilidad de espacio.

Las mujeres eran un asunto diferente. Eran la parte irritante. Habían reaccionado en la misma forma en Nueva York, pero el día anterior no la había molestado demasiado. Se hacían a un lado, pero *apenas*, como si fueran incapaces de resistir rozarse contra él, sus cabezas girando en su dirección dos, tres veces. Una mujer desvergonzadamente había apretado sus pechos contra su brazo al pasar. En varias ocasiones, Chloe dirigió miradas indignadas sobre su hombro, sólo para atrapar a varias de ellas mirando sin disimulo el trasero masculino. ¡Podría ser pequeña, pero maldita sea, no era *invisible*, caminando a su lado, con el brazo de él alrededor de ella, su mano descansando sobre su hombro!

Él no parecía notar todas esas cabezas volviéndose descaradamente para verlo, y

parecía inconsciente de su efecto en las mujeres. Probablemente estaba tan acostumbrado a ello que ya no le importaba.

Ella anhelaba tal inconsciencia, porque ver a tantas mujeres mirarlo de arriba a abajo ávidamente la ponía de mal humor. Lanzó más que unas cuantas miradas enojadas tras ellos.

La intensa intimidad en el avión había avivado peligrosamente unos sentimientos posesivos en su interior.

*Afróntalo, Zanders, no eres la clase de chica que puede intimar físicamente con un hombre sin involucrarte emocionalmente. Simplemente no estás hecha de esa manera.*

*No me digas*, pensó sombríamente. Tenía sentimientos territoriales. Sentimientos que no podía permitirse, pues él no había, ciertamente, evidenciado cualquier sentimiento territorial acerca de ella. Afortunadamente, a medida que observaba a las mujeres clavar los ojos en él, la irritación disminuía abruptamente las emociones más agradables. Saboreó la cólera, prefiriéndola a las emociones inciertas. La cólera era refrescantemente tangible.

En el momento que habían bajado del avión en Inverness, él se había puesto frío otra vez, preocupado y serio al recoger su equipaje y caminar enérgicamente hacia la agencia de autos de alquiler. Ella había tenido que repetir tres veces que se detuviera en Inverness para tomar un café que necesitaba desesperadamente después de viajar por quince horas. No estaba dispuesta a conocer a su familia en medio de una crisis de abstinencia de cafeína.

Después de perder tan completamente el control de sí misma en el avión, el desapego de Dageus le dolió. Él la había besado hasta el éxtasis, le había dado su primer clímax, y luego se había apartado en cada forma posible. Debería haberlo sabido, pensó. *¿Qué esperabas, Zanders? ¿Una declaración de intimidad simplemente porque lo dejaste tocar?*

Maldita sea, *tenía mejor criterio* que eso. Las dos cosas no iban necesariamente de la mano en lo que a los hombres concernía.

Cuando entraron en *Gilly's Coffee House*, permaneció de pie junto a él en el mostrador mientras hacía el pedido, mirando a hurtadillas su perfil. Se preguntó qué estaría pensando, qué habría cambiado su humor tan completamente. El hombre era un grifo de agua caliente y fría al mismo tiempo. *Es una buena comparación*, pensó, *aunque él me bañe con agua hirviendo o me congele; de cualquier forma dolerá.*

Pues bien, ella no iba a hacer el primer movimiento. Si él quería pasarse todo el día reservado y profesional, ella podría hacerlo también. Después de todo, él no había dicho “*Ven conmigo a Escocia y conozcámonos mejor*”. Había dicho, “*Ven conmigo a Escocia a ayudarme a traducir textos. Oh, y trataré de seducirte también*”.

¿Cuántas veces lo había llamado Katherine? ¿Todos esos nueve mensajes habían sido de ella? Ese pensamiento la sacudió de regreso a la realidad: odiaría ser esa clase de mujer, deseando con vehemencia a un hombre que no podía tener.

Se cruzó de brazos. Clavó directamente los ojos en el menú detrás del mostrador.

—Siempre te deseo, pequeña Chloe— murmuró él repentinamente, en voz baja, sólo para sus oídos—. No hay ningún momento en que no lo haga.

Chloe lo miró con el ceño fruncido. ¿Qué era él, un adivinador de pensamientos? ¡Condenado fuera! Arqueando una ceja, ella inclinó su cabeza hacia atrás, estrechó sus ojos y le dirigió una mirada helada.

—¿Quién dijo que pensaba nada siquiera remotamente parecido a eso? ¿Piensas que no tengo nada mejor que hacer que pensar en ti?

—No, claro que no. Simplemente pensé en asegurarte que aunque mi mente puede parecer distante, si deseas mis atenciones, no tienes más que decirlo.

—Estoy bien. Solamente quiero un poco de café.

—Quizá preferirías pasar esta noche conmigo en una posada, antes que ir directamente a casa de mi hermano— sugirió él con una sonrisa seductora.

El ceño de Chloe se hizo más hondo.

—¿Una noche no es bastante?— bromeó Dageus, aunque sus ojos permanecieron impassibles—. Muchacha codiciosa, ¿deseabas una semana?

—Eres un arrogante, MacKeltar— masculló ella—. Aunque las mujeres allí afuera parecen creer que sí— agitó una mano hacia la calle—, odio darte la noticia de que el mundo no gira alrededor de ti.

Las ventanas de nariz de Dageus se dilataron y él inspiró agudamente mientras reconocía esa emoción. Celos. Había estado observando las miradas que otras mujeres le dirigían (sí, las había notado, de una manera periférica) y eso la irritaba. Que su deseo por él fuera lo suficientemente intenso como para hacerla sentir celos, lo hizo sentir a él salvajemente posesivo. Su seducción estaba funcionando. Se estaba encariñando con él. Abruptamente, la puso frente a él en el mostrador, y envolvió ambos brazos alrededor de su cintura. La abrazó mientras completaban su orden, hambriento por sentir su cuerpo pequeñito contra el suyo. Ella permaneció rígida al principio, pero lentamente la tensión abandonó la pequeña y exuberantemente curvilínea figura.

Cuando ella se inclinó hacia adelante para llevar su café con leche y sus bollos, él se presionó contra ella desde atrás, deliberadamente rozando su dura excitación contra su trasero, para dejarla saber exactamente cuánto pensaba siempre en ella.

Él sonrió cuando ella casi dejó caer su café.

—Te hubiese comprado otro— dijo con indiferencia, cuando ella lo miró por encima de su hombro, sonrojándose furiosamente mientras fruncía el ceño. A lo mejor, le compraría a ella el restaurante entero si indicara el deseo más leve por él.

—Eres incorregible— siseó—. Para tu información, lo que sucedió en el avión no va a ocurrir de nuevo— advirtió, antes de volverse y marcharse majestuosamente hacia el auto de alquiler.

Los ojos masculinos ardieron en una peligrosa llamarada. ¿La muchacha creía que podía compartir esa intimidad con él y luego volver atrás?

Och, no, Dageus MacKeltar nunca volvía hacia atrás. Ella lo sabría rápidamente.

A medida que se acercaban a su destino, Dageus se ponía progresivamente más introspectivo. Después de una larga deliberación, había decidido que lo mejor era simplemente aparecer en el umbral de Drustan sin anunciarse, que Gwen abriera la puerta, y luego esperar lo mejor.

Miró a Chloe, admitiendo que no habría hecho ese viaje si hubiera ido solo. Incluso con ella a su lado, había considerado dar media vuelta una docena de veces. Si hubiera estado solo, lo habría intentado primero en los museos, postergándolo indefinidamente, diciéndose todo tipo de mentiras cuando la simple verdad era que no quería confrontar a Drustan. Pero en cierta forma, con ella a su lado, no parecía ya tan imposible.

La anterior irritación de la muchacha parecía haber desaparecido, o, tan pequeña como era, simplemente no había suficiente espacio en su interior para contener al mismo tiempo la irritación y su exacerbada curiosidad. Sorbía su café, con la mirada fija fuera de la ventanilla, apuntando y haciendo interminables preguntas. ¿Qué era esa ruina? ¿Cuándo empezaba el verano? ¿Cuándo florecía el brezo? ¿Realmente había allí martas salvajes, y podría ver alguna? ¿Podían ser domesticadas? ¿Mordían? ¿Podían ir a los museos mientras estaban allí? ¿Cuán cerca estaban de Glengarry? ¿Cuánto faltaba?

Él había estado respondiendo distraídamente, pero ella estaba tan enamorada del paisaje que no había parecido notar su indiferencia. No tenía dudas de que ella se enamoraría de su país. Su entusiasmo lo hizo recordar un tiempo cuando él, también, había mirado el mundo con admiración, lo que parecía toda una vida atrás.

Alejó su mirada de ella, y sus pensamientos regresaron a la cercana confrontación.

No había visto a Drustan en... vaya... cuatro años, un mes y doce días. Desde la noche en que Drustan había sido colocado en un sueño encantado, para dormir por cinco siglos. Habían pasado ese día final juntos, tratando de reunir toda una vida en él.

Los hermanos gemelos y los mejores amigos desde su primer aliento, con unos meros tres minutos de diferencia, se habían dicho adiós esa noche. Para siempre. Drustan se había ido a dormir en la torre, la torre por la que Dageus tenía que pasar una docena de veces al día. Al principio, había saludado a su hermano con un sardónico *“Buenos días”* cada amanecer, pero eso se había convertido rápidamente en algo demasiado doloroso.

Antes de que Drustan entrara en la torre, habían trabajado juntos diligentemente en planes para un castillo nuevo que sería la casa de Drustan y Gwen en el futuro. Después de que Drustan empezara a dormir, Dageus se había metido de lleno a supervisar su construcción, dirigiendo centenares de trabajadores, asegurándose de que todo era perfecto, trabajando junto a los hombres.

Y mientras más se involucraba con la construcción del edificio, había percibido una vaciedad en continuo aumento, una inquietud dentro de él.

El castillo había comenzado a consumirlo. Era imposible para un hombre trabajar diariamente por tres largos años y no perder una parte de sí mismo no meramente en el

acto de crear, sino en la creación misma. Los cuartos vacíos, esperando, eran la promesa de familia y amor. La promesa de un futuro que nunca había podido concebir para sí mismo.

Cuando Drustan había muerto, había permanecido fuera de las paredes por incalculables horas, clavando los ojos en la silueta oscura y silenciosa del castillo de Drustan recortada por el crepúsculo.

Había imaginado a Gwen en el futuro, esperando, sin que Drustan llegara. Viviría sola. Nell le había dicho que estaba embarazada, aunque ni siquiera la misma Gwen se había dado cuenta aún, lo que quería decir que criaría a su bebé sola.

Imaginó que las velas nunca titilarían al otro lado de esas ventanas. Ningún niño andaría suavemente de arriba abajo por esas escaleras.

Todos los lugares vacíos dentro de él finalmente se habían llenado, no con cosas buenas, sino con angustia, furia y desafío. Había levantado su puño a los cielos, se había enfurecido y maldecido. Había cuestionado todo lo que había sido educado para creer.

Y hacia el amanecer brumoso, bajo la luz rojiza, había sabido solamente una cosa: que el castillo que él había construido *sería* llenado por su hermano y su familia.

Cualquier otra alternativa era simplemente inaceptable. Y si las leyendas fueran ciertas, si el costo fuera su propia oportunidad en la vida, había estimado que valía la pena. Poco tenía que perder.

—Oye, ¿estás bien?— preguntó Chloe.

Dageus arrancó, percatándose que debía haberse detenido en la señal de alto por varios minutos. Sacudió la cabeza, dispersando los recuerdos sombríos.

—Sí—. Hizo una pausa, pesando sus siguientes palabras—. Muchacha, no he visto a Drustan durante algún tiempo.

No tenía idea de cómo reaccionaría Drustan. Se preguntó si sabría, simplemente con mirarlo, que era oscuro. El lazo entre ellos, al ser gemelos, era fuerte.

—*Sí, usé las piedras, pero las leyendas estaban equivocadas. No había ninguna fuerza oscura en ellas. Estoy bien. Pero este siglo es una maravilla y he estado explorándolo un poco. Iré a casa pronto.*

Esa era la mentira que había estado diciéndole a su hermano desde el día que había cometido el error de llamarlo, incapaz de resistirse a oír la voz de Drustan, para asegurarse a sí mismo que estaba vivo y sano en el siglo veintiuno.

—*Dageus, puedes decirme cualquier cosa*— había dicho Drustan.

—*No hay nada para contar. Era todo un mito.*

Mentira sobre mentira.

Luego habían empezado las llamadas regulares de Drustan para preguntarle cuándo iría a casa. Había dejado de levantar el teléfono hacía meses.

—Entonces, ¿ésta es una reunión?

—Algo así—. Si Drustan lo rechazara, se llevaría a Chloe a los museos. Encontraría otra forma. Estaba honradamente seguro de que su hermano no lo atacaría. Si no hubiera vuelto a casa, si hubiera hecho que Drustan saliera a darle caza, bien podría

haber ocurrido. Pero esperaba que Drustan entendiera su regreso por lo que era: una petición de ayuda.

Ella lo miró fijamente. Podía sentir su mirada, aunque mantuvo su perfil a ella.

—¿Tú y tu hermano han sufrido un distanciamiento?— dijo quedo.

—Algo así—. Él soltó el freno y reanudó su viaje, dirigiéndole una mirada fría para que abandonara el tema.

Unos pocos momentos más tarde, ella deslizó su pequeña mano en la de él.

Él se tensó, sobresaltado por el gesto. Estaba acostumbrado a que las mujeres tocaran muchas partes de su cuerpo, ninguna de ellas su mano. La miró, pero ella permaneció con la mirada fija al frente. Pero su mano continuó dentro de la suya.

Él cerró sus dedos alrededor de los de ella antes de que pudiera quitársela. Su diminuta mano casi fue tragada por la de él. Significaba más para Dageus que los besos. Más incluso que los juegos de cama. Cuando las mujeres lo buscaban para el sexo, era para su mutuo placer.

Pero la mano pequeña de Chloe había sido dada sin pedir nada a cambio.

Adam Black observó el automóvil serpentear en las carreteras que llevaban a las montañas Keltar. Aunque su reina hacía mucho tiempo había lanzado un edicto prohibiendo que cualquier *Tuatha de Danaan* se acercara a menos de mil leguas de un Keltar, Adam había decidido que desde que El Pacto había sido violado del lado Keltar, los viejos edictos no eran aplicables.

Sabía por qué ella había aprobado el edicto. Para que los Keltar, habiendo comprometido sus vidas y sus generaciones futuras para defender El Pacto, fueran libres de cualquier interferencia de los *Tuatha de Danaan*, porque su reina había sabido, incluso entonces, que había muchos entre su raza a los que no les había gustado El Pacto. Quienes no habían querido dejar el reino de los mortales, habían luchado por conquistar a la raza humana y podrían haber tratado de incitar a un Keltar a romperlo.

Así que desde el día en que El Pacto había sido sellado, ningún Keltar había visto siquiera de lejos a uno de sus antiguos benefactores.

Adam sospechaba que ese podría haber sido un error. Ya que, aunque los Keltar habían cumplido fielmente sus deberes, después de cuatro mil años habían olvidado su propósito. Incluso ni siquiera creían en los *Tuatha de Danaan*, ni recordaban los detalles de la batalla desafortunada que los había puesto en su camino. Su historia antigua se había transformado en una especie de vagos mitos para ellos.

Aunque en Yule, Beltane, Samhain, y Lughnassadh los Keltar todavía realizaban los ritos que conservaban las paredes sólidas entre sus mundos, ya no recordaban cuáles eran los propósitos de esos ritos. Posiblemente una generación había descuidado la herencia total de la tradición oral para la siguiente, quizá algún anciano había muerto

antes de que hubiera podido dar a conocer todos los secretos, posiblemente los textos antiguos no habían sido fielmente duplicados antes de que el tiempo los hubiera desintegrado, ¿quién podía saberlo? Lo único que Adam sabía era que los mortales parecían olvidar siempre su propia historia. Esos días que eran tan sagrados para El Pacto ahora se veían como poco más que días festivos.

Bufó, observando el coche bordear la cúspide de la colina. Los humanos incluso no podían ordenar su propia historia religiosa, aunque habían pasado unos escasos dos milenios. No era de extrañar que la historia que los unía a su raza se hubiera vuelto tan oscura por el pasaje del tiempo.

—*Entonces*— pensó, observando desde su sitio en un alto peñasco—, *el Druida más oscuro ha vuelto a casa, llevando consigo todo el mal resucitado de los Draghar. Fascinante.*

Se preguntó qué haría su reina si lo supiera, pero no tenía planes de decírselo.

Después de todo, en opinión de Adam, era culpa de la reina que hubieran estado allí para ser resucitados, en primer lugar. Incluso en ese momento ella estaba refugiada con su concejo, donde deliberaban para determinar el destino del mortal.

Poco más de cuatro mil años atrás, su gente se había retirado a lugares escondidos para que los mortales y los *Fae* no se destruyeran mutuamente. Poco tiempo después, los Draghar, con sus artes negras, casi habían destruido ambos mundos.

Su reina *nunca* permitiría que eso ocurriera.

Suspiró. El tiempo del mortal se acababa.

## Capítulo 12

Gwen MacKeltar, antes preeminente teórica en Física y ahora esposa y mujer encinta, suspiró ensoñadoramente, reclinándose en la bañera contra el pecho duro de su marido. Estaba entre sus muslos musculosos, con sus fuertes brazos alrededor de ella, remojándose en burbujeante agua caliente y delirantemente feliz.

Pobre hombre, pensó, sonriendo. En su segundo trimestre de embarazo, casi le había dado puñetazos si él hubiera tratado de tocarla. Ahora, en el tercero, tenía tendencia a darle puñetazos si él *no la tocaba*. Con la frecuencia y la exactitud que ella quería. Sus hormonas estaban todas aplicadas a una sola cosa y las malditas simplemente no funcionaban de acuerdo a ninguna ecuación que hubiera podido computar.

Pero Drustan parecía haberla perdonado por los últimos meses, después de las sesiones maratónicas que habían estado teniendo. Y no sólo no parecía importarle que ella estuviera desesperadamente gorda, sino que felizmente se había aplicado a encontrar formas nuevas e inusuales de hacer el amor que compensaba sus cambios

físicos. La bañera era una de las favoritas de Gwen.

Consecuentemente, allí estaba ella, a las siete de la tarde, con docenas de velas esparcidas en torno al cuarto de baño, y con los brazos fuertes de su marido alrededor de ella, cuando el timbre de la puerta repicó escaleras abajo.

Drustan dejó caer un beso en su nuca.

—¿Estamos esperando a alguien?— preguntó, convirtiendo el pequeño beso en deliciosas mordiditas.

—*Mmm*. No que yo sepa.

Farley atendería la puerta.

Farley, llamado realmente Ian Llewelyn McFarley, era su mayordomo, y cada vez que Gwen pensaba en él su corazón se ablandaba. El hombre debía tener ochenta años de edad, con canas como espinos y un cuerpo alto y curvado. Mentía acerca de su edad, y todo lo demás, y ella lo adoraba.

Lo que hacía que su corazón se ablandara *realmente* era que Drustan también sentía debilidad por el anciano. Tenía una paciencia interminable y escuchaba sus historias por las noches ante el fuego, mientras mayordomo y *laird* compartían una copa.

Ella sabía que, a pesar de cuán bien su marido se había adaptado a ese siglo, una parte de él siempre sería un *laird* feudal de siglo dieciséis. Cuando se habían mudado a su casa nueva, en lugar de hacer lo que una persona normal del siglo veintiuno habría hecho, y sacado un anuncio en el periódico solicitando una plantilla de empleados o contactado a una agencia de empleos, Drustan había acudido a Alborath y había dejado una nota en la tienda de comestibles local y en la peluquería.

En un plazo de dos horas, Farley había comparecido en su umbral arguyendo haber trabajado en algunas de las casas más finas de Inglaterra (el hombre nunca había estado fuera Escocia), y además afirmando que podía organizar al personal entero de su castillo.

Desde entonces habían sido invadidos por McFarleys. Había McFarleys en la cocina, McFarleys en los establos, McFarleys haciendo el lavado y el planchado y quitando el polvo. Por lo que Gwen había podido contar, había empleado a la familia entera del hombre, compuesto de nueve mujeres (y sus esposos) y catorce nietos, y sospechaba que había algunos más por llegar.

Y aunque pronto había sido evidente que ninguno de ellos tenía experiencia en sus respectivos puestos, Drustan los había declarado a todos satisfactorios, porque había oído en el pueblo que los empleos eran difíciles de encontrar. En la época moderna, la economía en Alborath no era buena. El trabajo *era* difícil de encontrar. Y el lord feudal había salido a la superficie, haciéndose responsable de los McFarleys. Ella adoraba ese rasgo de su marido.

Un seco golpe en la puerta del cuarto de baño la sacó de sus pensamientos.

—¿Milord?— preguntó Farley cautelosamente. Gwen soltó una risita y Drustan suspiró. Farley se rehusaba a usar cualquier otro título, no importaba cuán persistentemente Drustan lo corrigiera.

—Señor MacKeltar— masculló Drustan—. ¿Por qué es tan difícil para él decirlo?

Estaba decidido a adoptar las modernas costumbres del siglo veintiuno. Desafortunadamente, Farley estaba igual de decidido a preservar las viejas y había resuelto que como Drustan era el heredero del castillo, era un lord. Y punto.

—¿Sí?— contestó Drustan en voz más alta.

—Siento molestarlo a usted y milady, pero hay un hombre aquí que quiere verlo, y sé que no es asunto mío, pero creo que debería hacerle saber que parece un poco peligroso, aunque es lo suficientemente educado. Ahora, la muchacha con él, och, a mi parecer es una simpática chica, pequeña y correcta, pero él... pues bien, hay un aire extraño en él, ¿sabe? Creo que no es correcto de mi parte decirlo, siendo que se ve tan parecido a usted, y sin embargo no del todo. *Ejem*.

Farley despejó su garganta, y Gwen sintió a Drustan tensarse tras ella. Ella misma se había puesto rígida también.

—Milord, él dice que es su hermano, pero como usted nunca ha mencionado ningún hermano, a pesar del parecido...

Gwen no oyó otra palabra porque Drustan se disparó de la bañera tan rápidamente que ella se hundió y sus oídos se llenaron de agua. Cuando logró salir a la superficie, Drustan se había ido.

Dageus había tenido el descuido de no mencionar que su hermano vivía en un castillo. *Jesús*, pensó Chloe, negando con la cabeza, *debería haberlo esperado*. ¿De dónde si no vendría un hombre semejante? Del viejo mundo, sin ninguna duda.

Era un castillo elegante, con una gran muralla de piedra y una barbacana auténtica, con torrecillas redondas y torres cuadradas y probablemente cien habitaciones o más.

Chloe giró sobre sí misma, tratando de verlo todo al mismo tiempo. No había pronunciado una palabra desde que habían entrado en el sendero sombreado de árboles y habían empezado a acercarse. Había estado demasiado atontada. ¡Estaba en Escocia, e iban a permanecer en un castillo!

El interior del gran *hall* era enorme, con corredores disparándose en todas direcciones. Una balaustrada intrincadamente tallada rodeaba el gran *hall* en el segundo piso, y una elegante escalera doble se levantaba desde lados contrarios, se reunía en la mitad, y descendía en una serie ancha de escalones. Un vitral precioso estaba encastrado por encima de las puertas dobles de la entrada. Los tapices brillantes adornaban las paredes, y los pisos estaban cubiertos de alfombras. Había dos chimeneas en el gran *hall*, ambas lo suficientemente altas para que una persona se pusiera de pie dentro, ¡más grande de lo que su funcional cuarto de baño había sido! Sus dedos se ensortijaron mientras se preguntaba cuántos artefactos podría examinar.

—¿Te gusta, muchacha?— preguntó Dageus, observándola fijamente.

—¡Es magnífico! Es... es...— ella dejó de hablar, balbuceando—. Oh, gracias—

exclamó—. ¿Tienes alguna idea de cuán emocionante es para mí estar en un castillo medieval auténtico? *He soñado con* este momento.

Él sonrió débilmente.

—Sí, el castillo es magnífico, ¿verdad?

No podría haber sonado más orgulloso si lo hubiera construido él mismo, pensó Chloe.

—¿Creciste aquí?

—Algo así.

—Podría cansarme rápidamente de recibir esa respuesta— dijo ella, con ojos entrecerrados—. No es exactamente doloroso hablar conmigo. Deberías intentarlo—. Desde que le había dicho que él y su hermano habían tenido alguna clase de distanciamiento, entendía mejor su actitud reticente. Pero si él pensaba que eso le evitaría responder algunas preguntas, estaba equivocado.

—Siempre una muchacha curiosa, ¿no es verdad?

—Si esperara a que me ofrezcas información, nunca sabría nada. Hablando de eso, necesitamos hablar de esta cosa del maleficio también. No puedo ayudarte si no sé exactamente lo que buscamos.

La cautela titiló a través de sus ojos.

—Sí, lo sé. Después, muchacha. Por ahora, veamos si sobrevivo a la furia de mi her...

Él calló súbitamente, su mirada volando hacia las escaleras.

La mirada de Chloe la siguió, y contuvo el aliento bruscamente. Un hombre que se veía *exactamente* como Dageus estaba de pie allí, a medias bajando las escaleras, mirando a Dageus. Ella los miró a los dos con rapidez, incrédula.

—Oh, Dios mío, son *gemelos*— dijo débilmente. Muy débilmente, porque el hombre en lo alto de las escaleras traía puesta sólo una toalla alrededor de su cintura.

—¡Quédate allí mismo!— resolló con furia el hombre en las escaleras—. Ya bajaré en cuanto me ponga mis *trews*. Mis disculpas, muchacha. Tenía que verlo con mis propios ojos—. Dio la vuelta y subió enérgicamente las escaleras, saltando los escalones de tres en tres.

Dageus masculló algo que sonó a “*si él deja caer su toalla lo mataré*”, pero Chloe decidió que lo había imaginado.

El hombre patinó al detenerse en la parte superior y dirigió una mirada ácida directamente a Chloe.

—No lo dejes salir, muchacha— le rugió.

—Wow— fue todo lo que ella pudo decir.

A su lado, sintió a Dageus tensarse. Por un momento, pareció que el gran *hall* se hacía notablemente más frío.

—Las muchachas a menudo han dicho que soy más apuesto— dijo fríamente—. Y un mejor amante.

Chloe pestañeó al mirarlo, perpleja.

—Entonces no lo mires tan fijamente. Es casado, muchacha.

—No lo miraba fijamente— protestó ella, sabiendo perfectamente que había estado mirándolo sin disimulo—. Y si lo hice, es únicamente porque tú no me avisaste que eran gemelos.

Él le dirigió una sombría mirada.

—Además, él sólo llevaba puesta una toalla— se justificó ella.

—No me importa si él no llevaba puesto encima nada excepto su piel. No es educado mirar fijamente al marido de otra mujer.

Chloe contuvo el aliento. La expresión de Dageus era furiosa y se veía... celoso. ¿Por ella? ¿Por mirar a su hermano? Lo miró fijamente, apenas atreviéndose a creerlo.

Abruptamente, desvió la mirada otra vez, concentrándose en lo alto de las escaleras, y la de ella la siguió nuevamente. Recorrió con la mirada a Drustan y Dageus y de regreso otra vez.

Y se preguntó cómo podría haberse preocupado Dageus siquiera por un momento de que Drustan no le diera la bienvenida a su casa. La expresión en la cara de su hermano quitaba el aliento. El amor resplandecía en sus ojos y, aunque no podría afirmarlo desde esa distancia, se veía como si refulgieran con lágrimas.

—Drustan— dijo Dageus con un frío saludo con la cabeza. Los ojos de Drustan perdieron intensidad y su boca se tensó.

—¿*Drustan?*— estalló—. ¿Eso es todo? ¿Solamente Drustan? ¿No “Buenos días, hermano. Estoy arrepentido de haber sido tan tonto y no regresar a casa”?—. Su voz aumentaba de volumen con cada palabra y empezó a bajar como una tromba las escaleras.

Dios Santo, incluso se movían de la misma forma, se maravilló Chloe, como grandes gatos sinuosos, toda fuerza lustrosa y músculos lisamente esculpidos. Sin embargo, aunque Drustan se había puesto unos “*trews*”, como él los llamaba, no había perdido el tiempo en ponerse una camisa y su pelo estaba mojado, corriendo a través de su pecho. Los músculos en su refulgente torso ondearon con cada movimiento. Habría debido estar en la ducha, se percató ella.

—¿...es así como me saludarás?—. Drustan todavía hablaba, pero ella había perdido parte de su andanada verbal, aparentemente ensordecida por el recargo visual—. Ven aquí y saludame correctamente— resolló de furia.

Chloe arrancó su mirada de Drustan y miró a Dageus. Y se quedó estupefacta. Aunque se veía tan remoto e impasible como siempre, sus ojos definitivamente ardían de emoción. Estaba tan quieto como una de las muchas piedras estáticas que habían pasado en el camino, pareciendo cada milímetro igual de antiguo y obstinado. Si uno no notaba las manos hechas puño a los costados. Y esos ojos.

¡Oh, había más en Dageus MacKeltar de lo que él permitía traslucir! Y su hipótesis era correcta. Cuando sentía más profundamente las emociones era cuando exhibía la mayor reserva.

De manera que esa era la forma en que el hombre demostraba el amor, se percató.

Calladamente. No era un hombre expresivo, un hombre que se pusiera a reír o llorar o bailar. Un hombre que llevaba el pelo largo hasta la cintura, pero nunca lo dejaba suelto. ¿Nunca lo haría?

*Apuesto que lo hace en la cama.* Permaneció completamente aturdida por el pensamiento de todos esos músculos disciplinados perdiendo la compostura en la cama. Dios Santísimo, simplemente podía saborearlo...

Tembló, estudiando a los dos hombres.

Eran gemelos, pero no eran completamente idénticos. Había diferencias diminutas. El pelo de Drustan no era tan largo, apenas más abajo de sus hombros, y sus ojos eran plateados. Más alto, y probablemente pesaba más. Drustan estaba atestado de músculos, el cuerpo de Dageus era más delgado, más fibroso, pero sin embargo con los mismos rasgos bellos y cincelados. Incluso la misma sombra de barba oscura en mandíbulas prominentes. Los miró con más atención. La boca de Dageus era más... llena e impaciente. La boca de un seductor nato.

Estaba tan absorta que ni siquiera notó el acercamiento de la mujer hasta que ella habló a media voz.

—Magníficos, ¿verdad?

Chloe giró, sobresaltada. La mujer que había hablado era tan bajita como ella, y muy embarazada, con el pelo rubio plateado y un etéreo flequillo desflecado. Su pelo estaba retorcido hacia arriba en un nudo y ligeramente húmedo, y Chloe sonrojó un poco, comprendiendo que obviamente *ambos* dueños de casa habían estado en la ducha, y encontraba altamente dudoso que hubiera sido en duchas separadas. Era bella, encendida con el brillo único de una mujer encinta que estaba completamente entusiasmada por la maternidad inminente, o... el brillo de una mujer recién sometida a los especiales talentos seductores de un MacKeltar en la ducha, pensó Chloe con envidia. El mero pensamiento de tomar una ducha con Dageus hizo a Chloe sentirse bastante resplandeciente ella misma.

—Mucho. No tenía idea de que fueran gemelos. Dageus no me lo dijo.

—Drustan no me dijo a mí tampoco. Lo lamentó más tarde, cuando besé a Dageus porque creía que era Drustan. A Drustan no le importó nada, aunque son posesivos acerca de sus mujeres, estoy segura de que ya lo sabes. Soy Gwen, a propósito, la esposa de Drustan.

—Hola. Es un gusto conocerte. Soy Chloe Zanders—. Chloe se mordió el labio, incierta, y sintió necesario aclarar—. Pero no soy su... er, su mujer. Nos conocimos recientemente y estoy aquí para ayudarlo con las traducciones.

Gwen se veía sumamente divertida.

—Si tú lo dices. ¿Cómo se conocieron?

*¿Si tú lo dices? ¿Qué quería decir eso? ¿Y cómo contestar a la pregunta acerca de cómo se habían conocido? Chloe abrió la boca y la cerró otra vez. Seguramente no, “fisgoneé en su penthouse y él me amarró a su cama. Y luego comencé a convertirme en una persona que apenas reconozco”.*

—Esa es una larga historia— dijo cuidadosamente.

—¡Esas son las de mejor clase, no puedo esperar a oírla! Tengo unas cuantas de mi propia colección— Gwen enlazó su brazo a través del de Chloe y la guió hacia la escalera—. ¿Farley?— llamó por sobre su hombro al mayordomo canoso—, ¿Enviarías té y café al solar? Y algunos bocadillos. Me muero de hambre.

—De inmediato, milady—. Con una mirada de adoración a Gwen, el mayordomo se fue corriendo.

—¿Por qué no vamos a conocernos mientras ellos se ponen al día?— preguntó Gwen, volviendo a Chloe—. No se han visto en algún tiempo.

Chloe dirigió otra vez la mirada hacia Dageus. Él y Drustan estaban todavía de pie en mitad del enorme *hall*, hablando intensamente. Justo entonces, como si él sintiera su mirada, Dageus la miró, tensó, y comenzó a caminar hacia ella.

Sorprendida por su preocupación por ella en un momento seguramente difícil para él, Chloe negó con la cabeza, asegurándole calladamente que estaba bien.

Después de vacilar un momento, él se volvió hacia Drustan.

Chloe le sonrió a Gwen.

—Me gustaría.

## Capítulo 13

Cuando las muchachas se marcharon apresuradamente al solar, Drustan y Dageus dejaron en suspenso su conversación hasta llegar a la privacidad de la biblioteca. Un cuarto espacioso y masculino, con estantes para libros de madera de cerezo contra las paredes revestidas de paneles, con otomanas y sillas confortables, una chimenea de mármol rosa oscuro y altas ventanas salientes, la biblioteca era el santuario de Drustan, al igual que el solar con vista a los jardines era el de Gwen.

Drustan no podía apartar la vista de su hermano gemelo. Casi había desistido de esperar que Dageus volviera a casa. Había temido lo que pudiera tener que hacer si su hermano no lo hiciera. Pero él estaba allí ahora, y el puño apretado que atenazaba firmemente su corazón desde el día que había leído y, en un ataque de furia, quemado la carta que su *pa* le había dejado, finalmente, dichosamente, se aflojaba un poco.

Dageus se dejó caer en una silla cerca de la chimenea, estiró sus piernas, y sostuvo los pies en un taburete.

—¿Qué piensas del castillo, Drustan? Parece haber resistido los siglos adecuadamente.

Sí, lo había hecho. El castillo había sobrepasado todas las expectativas de Drustan. Si alguna vez un hombre había recibido la prueba del amor de su hermano, había sido en el regalo de su casa. Luego Dageus había coronado incluso ese magnífico regalo

sacrificándose a sí mismo para asegurar que Drustan sobreviviera para vivir en él. Pero Dageus siempre había sido así: aunque no era un hombre que expresara fácilmente sus emociones, cuando amaba, amaba hasta un punto peligroso. *“Esa es al mismo tiempo su debilidad y su máxima fuerza”*, había comentado Silvan a menudo, y nunca habían sido pronunciadas palabras más verdaderas. Tenía el corazón salvaje y auténtico de un niño en el cuerpo de un hombre cínico, intensamente protegido a menos que escogiera darlo, pero una vez dado, era dado completamente. Sin pensar en su propia supervivencia.

—Es aún más espléndido de lo que había supuesto cuando trabajamos en los planos— dijo Drustan—. No puedo agradecértelo lo suficiente, Dageus. No por esto. Ni por nada más—. ¿Cómo se agradecía a un hermano por sacrificar su propia alma por la felicidad de uno? *Mi vida por la tuya*, había escogido su hermano. Las gracias no eran posibles.

Dageus se encogió de hombros.

—Tú dibujaste los bocetos.

*Ah, entonces fingiré que me refería sólo al castillo y evadiré asuntos más profundos*, pensó Drustan.

—Tú lo construiste. Gwen lo adora también. Y estamos cerca de terminar de instalar la electricidad y la plomería.

Había tanto de lo que necesitaban hablar, y nada de ello sería fácil de decir. Después de vacilar un momento, Drustan decidió enfrentarlo directamente, pues sospechaba que Dageus hablaría en círculos alrededor de ello.

Dirigiéndose a la licorera, Drustan vertió Macallan en dos vasos, y le dio uno a Dageus. El singular whisky escocés de treinta y cinco años de añejamiento, sólo lo más fino para el regreso de su hermano.

—Entonces, ¿qué tan malo es?— preguntó directamente.

Dageus se sobresaltó, una pequeña reacción precipitadamente contenida, pero que estaba allí. Luego tomó la bebida de un trago y le dio el vaso para una nueva medida. Drustan accedió, esperando.

Su hermano sorbió más lentamente el segundo.

—Peor ahora que estoy de regreso en tierra escocesa— dijo finalmente.

—¿Cuándo cambiaron tus ojos?—. No eran sólo sus ojos los que habían cambiado; Dageus se movía de modo diferente. Sus gestos más menudos eran cuidadosamente ejecutados, como si pudiera contener lo que estaba en su interior sólo por la constante vigilancia.

Un músculo diminuto brincó en la mandíbula de Dageus.

—¿Qué tan oscuros son?

—Ya no son del color del oro. Un color extraño, casi como tu bebida.

—Cambian cuando comienza a ponerse peor. Cuando me he excedido en el uso de la magia.

—¿Para qué estás usando la magia?— preguntó Drustan cuidadosamente.

Dageus vació el resto de su bebida, se levantó, y se puso de pie ante el fuego.

—La estaba usando para obtener los textos que necesitaba ver para comprobar si había alguna forma de deshacerse de ellos.

—¿Cómo se siente?

Dageus se restregó la mandíbula, suspirando.

—Es como si tuviera una bestia dentro de mí, Drustan. Es un poder absoluto y me encuentro usándolo incluso sin pensarlo. ¿Cuándo lo supiste?— preguntó, con una sonrisa débil y amarga.

Sus ojos eran fríos, pensó Drustan. No siempre habían sido así. Una vez habían sido de oro caliente, risueños y llenos de risa fácil.

—Lo he sabido desde el principio, hermano.

Un silencio largo. Entonces Dageus bufó y negó con la cabeza.

—Deberías haberme dejado morir, Dageus— dijo Drustan suavemente—. Maldito seas por no dejarme morir.

*Gracias por no dejarme morir*, agregó silenciosamente, desgarrado por la emoción. Era una mezcla terrible de pena, culpabilidad y agradecimiento. De no ser por el sacrificio de su hermano, nunca habría visto a su esposa otra vez. Gwen habría criado a sus bebés en el siglo veintiuno, sola. El día que había leído la carta de Silvan, y descubierto el precio que su gemelo había pagado para asegurar su futuro, casi se había vuelto loco, odiándolo por sacrificar su propia vida, amándolo por hacerlo.

—No— dijo Dageus—. Debería haber velado por ti más cuidadosamente y haber evitado que ocurriera el incendio.

—Eso no fue tu culpa...

—Och, sí, lo fue. ¿Sabes dónde estaba esa noche? En las Lowlands, en la cama de una muchacha cuyo nombre ni siquiera puedo recordar— se interrumpió abruptamente—. ¿Cómo lo supiste? ¿Pa te lo advirtió?

—Sí. Dejó una carta para nosotros explicando lo que había sucedido, notificando que habías desaparecido. Nuestro descendiente, Christopher, y su esposa, Maggie, que conocerás pronto, me lo dieron poco después de que hubiera despertado. No llamaste mucho después de eso.

—Pero fingiste aceptar mis mentiras. ¿Por qué?

Drustan se encogió de hombros.

—Christopher fue a Manhattan dos veces y te observó. No estabas haciendo nada que pareciera necesitar ser detenido.

Sus razones para no haber ido a América a rescatar a su hermano eran complicadas. No sólo estaba reacio a abandonar el lado de Gwen mientras estaba embarazada, sino que había tenido cuidado de no forzar un enfrentamiento. Después de hablar con él por teléfono, había sabido que Dageus era con seguridad oscuro, pero que se mantenía entero en cierta forma. Había sospechado que si Dageus fuera una décima parte de lo poderoso que Silvan creía que era, tratar de obligar a Dageus a regresar no habría logrado nada. Si hubiera tenido que hacerlo a la fuerza, uno de ellos habría muerto. Ahora que Dageus estaba allí en el cuarto con él, Drustan supo que quien habría muerto

habría sido él. El poder en Dageus era inmenso, y se preguntó cómo había resistido tanto tiempo.

Cautelosamente, cuando Dageus le dio la espalda y se ocupaba en abrir una botella nueva de whisky, Drustan lo tocó con sus sentidos druidas, curioso por saber más acerca de aquello con lo que trataban.

Casi se dobló sobre sí mismo. El whisky que había bebido cuajó en sus intestinos e hizo un intento para encontrar su camino de regreso hacia arriba.

Se replegó instantáneamente, frenéticamente, violentamente. Por Amergin, ¿cómo lo soportaba Dageus? Una bestia monstruosa, helada y salvaje pulsaba bajo su piel, reptando a través de él, enroscado, pero apenas bajo la superficie. Tenía un hambre aguda. Era enorme, retorcido y sofocante. ¿Cómo podía *respirar* él?

Dageus giró, una ceja arqueada, su mirada helada.

—Nunca hagas eso de nuevo— advirtió suavemente. Sin molestarse en preguntar, vertió otra medida de whisky para Drustan.

Drustan la arrebató de su mano y la vació velozmente. Sólo después de que calor hubiera estallado en su pecho, encontró la confianza para hablar. No había mantenido sus sentidos abiertos lo suficiente como para explorar la cosa. Con la garganta constreñida por el whisky y la conmoción, dijo roncamente:

—¿Cómo supiste que lo estaba haciendo? Ni siquiera llegué a...

—Te sentí. Así también lo hicieron ellos. No querrás sentirlos tú. Déjalos en paz.

—Sí— dijo Drustan con voz áspera. No había necesitado la advertencia; no tenía la intención de abrir sus sentidos alrededor de su hermano otra vez—. ¿Son personalidades diferentes, Dageus?— se forzó a decir.

—No. No tienen un estado de separación, ni voz—. *Hasta ahora*, pensó Dageus sombríamente. Sospechaba que llegaría el día en que encontraran una voz. En el momento en que Drustan se había acercado, ellos se habían movido, sintiendo el poder, y por un momento había tenido la sospecha terrible de que lo que estaba en él podría agotar a Drustan, succionándolo hasta drenarlo en cierta forma.

—Entonces, ¿no es como si realmente pudieras oírlos?

—Es... och, ¿cómo puedo explicarlo?— Dageus permaneció silencioso un momento, luego dijo—: Los siento dentro de mí, y su conocimiento es el mío, su hambre es la mía propia. Intensifican mi deseo incluso por cosas simples como la comida y la bebida, por no decir nada de las mujeres. Es una constante tentación usar su magia y mientras más la uso, más frío siento. Mientras más frío siento, más razonable me parece usarla, y más fuertes son mis deseos. Sospecho que hay una línea que, si la cruzo, ya no seré yo mismo. Esta cosa dentro se apoderará de mí. No sé lo que me ocurrirá entonces. Creo que lo que *soy yo* desaparecería.

Drustan inspiró agudamente. Podía imaginar a un hombre siendo devorado por esa cosa.

—Mis patrones de pensamiento se alteran. Se hacen primitivos. Nada tiene importancia excepto lo que quiero.

—Pero lo has controlado mucho tiempo—. *¿Cómo?*, se maravilló Drustan. *¿Cómo sobreviviría un hombre con algo así dentro de él?*

—Esto es más difícil aquí. Es por eso por lo que me marché en primer lugar. ¿Qué te dijo *pa* que hicieras, Drustan?

—Él me dijo que te salvara. Y lo haremos—. Deliberadamente omitió la última línea de la carta de su padre. *Y si no puedes salvarlo, entonces debes matarlo*. Ahora sabía por qué.

Dageus lo exploró con la mirada intensamente, como si no estuviera convencido de que eso fuera todo lo que Silvan había dicho. Drustan sabía que estaba a punto de presionarlo, así que emprendió una ofensiva propia.

—¿Qué hay de la muchacha que trajiste? ¿Cuánto sabe?—. Aunque le maravillaba que Dageus todavía pudiera sentir algo con lo que estaba dentro de él, no se había perdido la posesividad en la mirada de Dageus, o la renuencia con la cual la había dejado al cuidado de Gwen.

—Chloe me conoce como nada más que un hombre.

—¿Ella no lo siente en ti?—. *Muchacha afortunada*, pensó Drustan.

—Siente algo. Me observa extrañamente a veces, como si estuviera perpleja.

—¿Y cuánto tiempo piensas que podrás seguir fingiendo?

—Cristo, Drustan, dale a un hombre un momento para recuperar aliento, ¿de acuerdo?

—¿*Tienes* la intención de decírselo?

—¿Cómo?— preguntó Dageus rotundamente—. *¿"Och, muchacha, soy un Druida del siglo dieciséis y violé un juramento y ahora estoy poseído por las almas de unos Druidas malignos de cuatro mil años, y si no encuentro la manera de deshacerme de ellos me convertiré en el azote de la tierra y la única cosa que me conserva cuerdo es hacer el amor"*?

—¿Qué?— Drustan parpadeó—. ¿De qué se trata eso de hacer el amor?

—Hace que la oscuridad disminuya. Cuando comienzo a sentirme frío y desapegado, por alguna razón, compartir la cama con una chica me hace sentirse humano otra vez. Nada excepto eso parece funcionar.

—Ah, por eso es que la trajiste.

Dageus le dirigió una mirada oscura.

—Ella se resiste.

Drustan se atragantó con un trago de whisky. ¿Dageus necesitaba follar para mantener a raya esa bestia atroz, pero había llevado a una mujer que se rehusaba a compartir la cama con él?

—¿Por qué no la has seducido?— exclamó.

—Estoy trabajando en ello— gruñó Dageus.

Drustan lo miró boquiabierto. Dageus podía seducir a cualquier mujer. En caso de que no con gentileza, entonces con un galanteo rudo y salvaje que nunca fallaba. No se había perdido la manera en que la pequeña muchacha había mirado a su hermano. No

necesitaba más que un firme empujón. ¿Entonces por qué condenados infiernos Dageus no había dado ese empujón? Un pensamiento repentino se le ocurrió.

—Por Amergin, ella es la única, ¿verdad?— jadeó.

—¿Qué “única”?—. Dageus se dirigió hacia una ventana alta, apartó a un lado las cortinas y se quedó con la mirada fija en la noche. Abrió la ventana y respiró profundamente, codiciosamente, el aire dulce y helado de sus Highlands.

—En el momento que vi a Gwen, una parte de mí simplemente dijo “mía”. Y desde ese momento, aunque no lo entendí, supe que era algo que siempre debía conservar. Así es como el Druida en nosotros reconoce a nuestra compañera instantáneamente, aquella con quien podríamos intercambiar los votos de unión. ¿Es Chloe?

La cabeza de Dageus se volvió y la mirada indefensa y alarmada en su cara fue suficiente respuesta para Drustan. Su hermano había oído la misma voz. Drustan repentinamente sintió una oleada de esperanza, a pesar de lo que había sentido dentro de su hermano. Sabía por propia experiencia que a menudo el amor podía lograr milagros cuando todo lo demás parecía destinado a fallar. Dageus podría ser oscuro, pero por algún milagro, no se había perdido aún.

Y cuando uno trataba con el mal, el amor, sospechaba Drustan, podía ser el arma más potente de todas.

Cuando Gwen se les unió en la biblioteca un corto tiempo más tarde, sin Chloe, Dageus se tensó. Todavía no le había dicho a Drustan acerca del atentado contra la vida de Chloe, y acerca de los Draghar, fueran lo que fueran.

*¿Es la única?*, había preguntado Drustan.

Och, sí, ella era la única para él. Ahora que Drustan lo había mencionado, Dageus entendía qué había sentido la primera vez, al pensar: *“la clase que un hombre conservaba”*. No era extraño que se hubiera rehusado a usar un hechizo de memoria en ella, y sacarla de en medio. Era incapaz de dejarla ir. Tampoco era extraño que él no hubiera estado satisfecho simplemente con tratar de compartir la cama con ella.

En esa, su hora más oscura, el destino lo había dotado con su compañera. La ironía era enriquecedora. ¿Cómo debía un hombre cortejar a una mujer en esas circunstancias? No sabía nada acerca de cortejar, sólo conocía de seducción, de conquista. La ternura del corazón, las palabras suaves y las promesas, habían desaparecido de él mucho tiempo atrás. Hijo menor sin ninguna consecuencia noble, pagano hasta las botas, había cometido muchas de sus locuras juveniles tratando de tentar a su propio hermano a cometerlas también. Una vez había sugerido tímidamente un juego de alcoba de tres y *no* con dos mujeres. No, siempre con su propio gemelo.

Cuatro veces había visto a Drustan intentar obtener una esposa y fallar.

Él había aprendido pronto que poseía algo que las mujeres deseaban, por lo que había perfeccionado sus habilidades y se había consolado con el pensamiento de que mientras que las mujeres podían evitar la intimidad con él, nunca lo rechazaban en sus camas. Siempre era bienvenido allí. Incluso cuando el marido de la mujer en cuestión estaba en el cuarto contiguo, un hecho que sólo hacía más hondo su cinismo en los así

llamados asuntos del corazón.

Excepto con Chloe. Ella era la única mujer que había tratado de seducir y lo había rechazado.

Pero que permanecía a su lado.

*Sí, pero, ¿cuánto tiempo se quedará cuando descubra qué eres?*

No tenía respuestas para eso, sólo una determinación implacable de obtener todo lo que pudiera de ella. Y si esa determinación era más semejante a la desesperación de un hombre que se ahoga que a uno valiente, que así fuera. La noche que había tentado a la muerte y bailado en la pared resbaladiza de la terraza por encima de la ciudad nevada de Manhattan y caído en el lado seguro, se había hecho una promesa a sí mismo: que no se dejaría vencer por la desesperación otra vez. Lucharía contra ellos de cualquier forma que pudiera, con cualquier arma que encontrara, hasta el amargo fin.

—¿Dónde está ella?— siseó, levantándose.

Gwen parpadeó.

—Es maravilloso verte también, Dageus— dijo dulcemente—. Es agradable de tu parte que nos hagas una visita. Sólo hemos estado esperando desde siempre.

—¿Dónde?

—Relájate. Está arriba tomando una larga ducha. La pobre chica viajó un día entero y, aunque dijo que durmió un poco en el avión, está claramente exhausta. ¿Qué demonios has estado haciéndole? La adoro, a propósito— agregó Gwen, sonriendo—. Es una persona estafalaria y sesuda como yo. Ahora, ¿puedo tener mi abrazo?

La tensión de Dageus cedió lentamente, ayudado por el conocimiento de que si Chloe estaba segura en algún lugar, era dentro de esas paredes.

Él había tramado en persona los hechizos de protección en las piedras angulares cuando el castillo se había construido. Siempre que ella permaneciera en su interior, no sufriría ningún daño.

Él rodeó el sofá y abrió sus brazos para Gwen, la mujer que una vez le había salvado la vida. La mujer que había prometido proteger.

—Es bueno verte otra vez, muchacha, y te ves preciosa como siempre—. Inclínó su cabeza para besarla.

—Nada de labios— advirtió Drustan—. A menos que desees que yo bese a Chloe.

Dageus desvió la cara velozmente.

—¿Cómo están los pequeñitos, muchacha?— preguntó, con una mirada en su barriga redondeada. Gwen resplandeció y parloteó acerca de su última visita al doctor. Cuando finalmente hizo una pausa para recobrar el aliento, lo miró fijamente.

—¿Drustan no te ha contado aún nuestra idea?

Dageus negó con la cabeza. Todavía se sentía mal al comprender que Drustan había sabido que era oscuro todo ese tiempo. Un tiempo difícil en que hubiera podido estar en casa, en que su hermano le hubiera dado la bienvenida. Que lo había, de hecho, estado esperando.

—Eres mi hermano— dijo Drustan quedamente, y Dageus supo que había leído sus

sentimientos en esa forma extraña que su gemelo tenía de hacerlo—. Nunca te volvería la espalda. Me hiere que pensaras que lo haría.

—Pensaba arreglarlo por mí mismo, Drustan.

—Te molesta pedir ayuda. Siempre ha sido así. Tomas más parte de la carga que la que te corresponde. No hiciste bien en sacrificarte por mí...

—No comiences a...

—No te pedí que...

—¡Och!, ¿prefieres estar muerto?

—¡Basta!— estalló Gwen—. Deténganse, ambos. Podríamos sentarnos aquí por horas discutiendo acerca de quién debería hacer qué o no debería haberlo hecho. ¿Y qué lograría eso? Nada. Tenemos un problema. Lo arreglaremos.

Dageus enganchó una silla con el pie, la dio vuelta y se dejó caer en ella, estirando las piernas y apoyando sus antebrazos en el respaldo. Sentía un placer perverso al ver a su hermano mayor reprendido. Drustan estaba bien controlado por su diminuta y brillante esposa. El lazo entre ellos era algo precioso.

—Hemos pensado mucho en esto— dijo Gwen—, y creemos que podríamos enviar a alguien de regreso a advertirte, antes de que la torre se incendie, que va a producirse el fuego. Quizás puedas impedir el incendio, lo cual salvaría a Drustan, y te protegería de volverte oscuro.

Dageus negó con la cabeza.

—No, muchacha. No funcionaría.

—¿Qué quieres decir? Es una solución brillante— protestó Drustan.

—No sólo no tenemos a nadie a quien podríamos enviar, sino que esa persona podría quedar atrapada en el pasado para siempre, y no creo que me cambiaría.

—No, Drustan y yo pensamos en eso— insistió Gwen—. Si la persona fuera alguien que hubieras conocido como resultado de volverte oscuro, entonces... oh, oye, córcholis, ¡Chloe! Lo mismo que me ocurrió debería ocurrirle a ella, y sería enviada de regreso a su tiempo en el momento en que lograra cambiar tu futuro.

—Chloe no va a ninguna parte sin mí. Y ella no sabe nada. ¿Tú le dijiste algo?—. La tensión regresó otra vez. Había estado tan extático al ver a su hermano otra vez, tan aliviado por ser aceptado, que había olvidado advertirle a Gwen que no le dijera nada a Chloe de su problema.

—No dije nada— se apresuró a asegurarle Gwen—. Era obvio que ella sabía poco, así que mantuve la conversación ligera. Hablamos de la universidad y del trabajo en su mayor parte. ¿Quién más has conocido en este siglo a quien podríamos enviar?

—Nadie. No funcionaría de cualquier manera. Hay cosas que no sabes.

—¿Cómo cuáles?— interrogó Drustan.

—Ya no soy el mismo hombre. Sospecho que incluso cuando alguien regresara al pasado y advirtiera al “yo” de esa época, y el pasado “yo” no rompiera su voto, que en lo que me he convertido todavía existiría en el aquí y ahora.

—Eso es imposible— declaró Gwen, con la convicción firme de un físico que

hubiera juzgado sus pruebas al mismo tiempo válidas y verdaderas.

—No lo es. Probé algo muy similar. Poco después de que rompiera mi juramento, me remonté a un tiempo antes del incendio, esperando anularme a mí mismo. Para ver si el pasado “yo” podía causar que la oscuridad dejara de existir.

—De la forma en que ocurrieron las cosas cuando envié a Gwen al pasado— dijo Drustan observadoramente—. El futuro “yo” dejó de existir porque dos egos idénticos no podían coexistir al mismo tiempo y en el mismo lugar.

—Sí. Incluso logré enviarme una nota a mí mismo a través de las piedras, así el pasado “yo” sabría que debía sacarte de la torre. Pero para que se produzca la anulación, debe haber dos egos *idénticos*.

—¿Qué estás diciendo?— demandó Drustan, con las manos agarrando con fuerza los brazos de su silla.

—Cuando regresé, no sólo no hice que el futuro “yo” dejara de existir, *ninguno de los dos* “yo” lo hizo. Me observé a mí mismo a través de una ventana por horas antes de escapar otra vez. Él nunca desapareció. Podría haber entrado y haberme presentado.

—Fue sabio que no lo hicieras. Debemos ser siempre cautelosos acerca de las paradojas que se crean— dijo Drustan ansiosamente.

Gwen se quedó con la boca abierta.

—Eso no es posible. De acuerdo con las leyes de la física, uno de los dos tendría que haber desaparecido.

—Cualquiera pensaría que después de todo lo que ella experimentó conmigo, no se mostraría tan apresurada para etiquetar las cosas como posibles o imposibles— dijo Drustan secamente.

—¿Cómo pudo ser posible?— demandó Gwen.

—Porque ya no soy el mismo hombre. Soy lo suficientemente diferente ahora con estos seres antiguos dentro de mí, en algún nivel elemental, que mi ego pasado no estuvo en conflicto con quién o qué me había convertido.

—Oh, Dios mío— jadeó Gwen—. Así que incluso si enviáramos a alguien al pasado, y cambiara los sucesos...

—Dudo que tendría cualquier efecto en mí. Lo que soy ahora parece existir más allá del orden natural de las cosas. Incluso es posible que pueda causar algún efecto negativo que ni siquiera podemos imaginar. Hay demasiadas cosas que no entendemos. Temo que crear múltiples momentos en el tiempo no tenga buenos resultados. No, mi única esperanza es la tradición antigua.

Drustan y Gwen intercambiaron una mirada inquieta.

—Era una idea brillante— los reconfortó Dageus—. Comprendo por qué la consideraron. Pero he pensado en este asunto de manera interminable y mi única esperanza es descubrir cómo fueron aprisionados en primer lugar, y reencarcelarlos. Por eso vine. Necesito usar la biblioteca Keltar. Necesito examinar los textos antiguos que tratan de los *Tuatha de Danaan*.

Drustan suspiró pesadamente y se pasó una mano a través del pelo.

—¿Qué?—. Los ojos de Dageus se estrecharon.

—Es simplemente que estábamos tan seguros de que nuestra idea funcionaría— dijo Gwen miserablemente.

—¿Y?— presionó Dageus con cautela.

Drustan se levantó y empezó a caminar con pasos largos y despaciosos.

—Dageus, nosotros ya no tenemos esos textos— dijo en voz baja.

Dageus se levantó tan velozmente que la silla traqueteó cayendo al piso. ¡No, no podía ser cierto!

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Cómo podemos no tenerlos?— resolló con furia.

—No lo sabemos. Pero no están aquí. Después de leer la carta de *pa*, decidí indagar sobre los *Tuatha de Danaan* para descubrir algo acerca de la raza mítica, con la esperanza de encontrar una forma de expulsarlos. Así es como Christopher y yo encontramos que nos falta una gran cantidad de tomos.

—Pero seguramente *algunos* de los volúmenes que necesito están aquí—. Él empezó a nombrar sólo los que buscaba específicamente, pero con cada nombre, Drustan negaba con la cabeza.

—¡Eso es inconcebible, Drustan!

—Sí, y parece deliberado. Christopher y yo sospechamos que alguien intencionalmente los quitó, aunque no podemos concebir cómo podrían haberlo hecho.

—¡Necesito esos textos, con mil diablos!— gritó descargando de un golpe su puño contra la pared.

Hubo un momento de silencio, luego Drustan dijo lentamente:

—Hay un lugar, o mejor dicho, un tiempo donde pueden ser encontrados. Un tiempo en que ambos sabemos que la biblioteca de nuestro clan existía completa.

Dageus sonrió cruelmente. Correcto. ¿Y simplemente cómo iba a explicarle *eso* a Chloe? ¿*Ejem, muchacha, los tomos que necesitaba no están aquí, así que vamos a tener que ir de regreso en el tiempo y conseguirlos?* Resopló. ¿Nada podía ser simple? Parecía que ella aprendería más acerca de él, estuviera listo para decírselo o no.

—Podría ir en tu lugar— ofreció Drustan—. Simplemente lo suficiente como para obtener lo que necesitamos.

—Entonces yo voy también— dijo Gwen instantáneamente.

—¡No!— estallaron Drustan y Dageus al mismo tiempo.

Gwen los miró encolerizadamente.

—No me quedaré atrás.

—*Ninguno de ustedes irá*—. Dageus detuvo esa discusión antes de que estallaran los fuegos artificiales—. No tenemos la garantía de que los *Tuatha de Danaan* no hayan sembrado otros peligros en el pasaje. Cualquier Keltar que abra un puente por razones personales corre riesgos. Ningún Keltar excepto yo abrirá puentes a otro tiempo. Ya soy oscuro. Además, lo que uno lleva a través de las piedras de un lado no siempre aparece en el otro. Perdí varias reliquias de familia cuando pasé la última vez.

Gwen asintió lentamente.

—Eso es cierto. Perdí mi mochila. Desapareció subiendo vertiginosamente en la espuma cuántica a alguna parte. No podemos arriesgarnos a tratar de traer los libros aquí.

—¿Puedes abrir las piedras con toda seguridad? ¿Qué te hará el uso de la magia?— preguntó Drustan cautelosamente. Para Gwen, que no había estado al tanto de su anterior conversación, explicó—: Cuando él usa magia, hace a... er, los Antiguos más fuertes.

—Entonces tal vez no deberías ir— se preocupó Gwen.

Dageus exhaló de manera lúgubre. Todas sus esperanzas estaban prendidas con un alfiler en esos textos Keltar, y había desaprovechado demasiado tiempo.

—Si lo que dices es cierto y los tomos no están aquí, no tengo opción. Por lo que respecta a la magia, estoy más preocupado acerca de lo que *pa* podría hacerme. Me ocuparé de la oscuridad de alguna manera.

—Somos un clan, Dageus— dijo Drustan suavemente—. Nuestro *pa* nunca te volvería la espalda. Y el tiempo no podría ser más conveniente. El equinoccio de primavera está a sólo unos pocos días, por lo que...

—Eso no es necesario— lo interrumpió Dageus—. Puedo abrir las piedras cualquier día, a cualquier hora.

—¿Qué?— exclamaron Drustan y Gwen a la vez.

—Parece que nuestros estimados benefactores retuvieron porciones significativas de conocimiento. Las piedras pueden ser abiertas a cualquier hora. Sólo requiere un conjunto diferente de fórmulas.

—¿Y tú conoces esas fórmulas?— presionó Drustan.

—Sí. Porque los que están dentro de mí lo hacen. Su conocimiento es mío ahora.

—¿Por qué nos habrían ocultado semejante conocimiento?

—Sospecho que pretendían que fuera un impedimento para que los Keltar abrieran puentes compulsivamente y de manera imprudente. A alguno se le podría ocurrir, si su hermano muriera, por ejemplo, pasar a través de las piedras el mismo día y deshacerlo. Pero si uno se viera forzado a esperar hasta el siguiente solsticio o equinoccio, podría haber pasado lo peor del dolor para entonces, y decidir no hacerlo—. La voz de Dageus rezumaba autodesprecio.

—¿Cuánto tiempo esperaste tú?— preguntó Drustan quedamente.

—Tres meses, cuatro días y once horas.

Nadie dijo nada por un tiempo después de eso. Finalmente, Gwen se sacudió, y se levantó.

—Mientras los dos intercambian opiniones acerca de esto, iré a preparar un cuarto para Chloe.

—Ella duerme conmigo— dijo Dageus en un gruñido bajo.

—Ella dijo que no estaban durmiendo juntos— dijo Gwen ecuanimemente.

—Cristo, Gwen, ¿qué hiciste? ¿*Preguntárselo?*

—Por supuesto que lo hice— contestó Gwen, como si no pudiera creer que él

hiciera una pregunta tan absurda—. Pero además de admitir eso, no fue exactamente extrovertida. Entonces, ¿qué es ella para ti?

—Su compañera— dijo Drustan suavemente.

—¿De verdad?— Gwen resplandeció—. ¡Oh!— palmeó las manos con gran deleite—. ¡Soy tan feliz por ti, Dageus!

Dageus la inmovilizó con una mirada adusta.

—Och, muchacha, ¿eres tonta? Este no es un momento para celebrar. Chloe no sabe lo que soy y...

—No la menosprecies, Dageus. Nosotras las mujeres no somos tan frágiles como a ustedes los hombres les gusta creer.

—Entonces ponla en mi cuarto— él dijo sin entonación.

—No— dijo Gwen en el mismo tono uniforme.

—*La pondrás en mi cuarto.*

Gwen empinó su barbilla y empuñó las manos en su cintura, haciéndole bajar los ojos. Por un momento, Dageus recordó a Chloe blandiendo una de sus espadas contra él, y se preguntó cómo podían mujeres tan pequeñas no temer a hombres como él y su hermano. Porque eran notables, por eso.

—No, no lo haré, señor Grande, Malo y Oscuro— dijo ella—. No me asustas. Y no nos intimidarás a mí, ni a ella, a hacer algo que no queramos.

—Simplemente no deberías ocuparte de preguntar a la gente si están durmiendo juntos— siseó él.

—¿De qué otra forma iba a saber dónde ponerla?

—Preguntándome—. Él la miró encolerizadamente, pero ella no dio señales de moverse, así que recurrió a Drustan en busca de apoyo.

Drustan se encogió de hombros.

—Mi esposa es la señora del castillo. No me mires a mí.

—Ella está segura aquí, Dageus— dijo Gwen quedamente—. Los pondré a los dos uno frente al otro. Ella puede compartir tu cuarto si *escoge* hacerlo.

Mientras Gwen se escapaba de la biblioteca, echó una última mirada por sobre su hombro a los dos espléndidos Highlanders. Estaba eufórica y profundamente preocupada; eufórica porque Dageus había vuelto a casa, preocupada por lo que faltaba por venir. Drustan y ella habían estado tan seguros de que su idea funcionaría, que no habían pensado más allá.

Ahora Dageus iba a tener que regresar al pasado, abrir un puente a través del tiempo y buscar las viejas tradiciones. No quería dejarlo ir, y sabía que Drustan tampoco. Pero no había mucha elección. Tenía la intención de tratar de convencerlo en esperar algunos días, pero albergaba pocas esperanzas de lograrlo.

Incluso sin la ayuda de los sentidos druida de su marido, podía sentir que Dageus era diferente. Había algo violento en él. Algo apenas contenido, a punto de estallar.

Arqueó una ceja, pensando que, aunque *nunca* se lo diría a su marido, Dageus oscuro era incluso más sexy de lo que había sido antes. Parecía rudo y primitivo, y algo en él hacía que las terminales nerviosas de una mujer se mantuvieran de punta.

Sus pensamientos fueron a la mujer de arriba. Si Chloe tuviera algo de sentido común, meditó, compartiría su cuarto esa noche, y todas las noches futuras que pudieran tener.

No solamente rechazaba la cama de un varón Keltar, una cosa difícil de hacer, sino que era un derroche criminal de tiempo para una mujer, en opinión de Gwen. Drustan era un amante extraordinario, y con todo el calor sexual que Dageus derramaba, no tenía duda de que él lo sería también.

Hacía mucho tiempo, en otro siglo, había observado a Dageus permanecer sentado en los escalones delanteros del castillo MacKeltar un atardecer, clavando los ojos en el cielo nocturno. Había reconocido su soledad porque ella había estado sola también, y se había hecho la promesa de ayudar a encontrarle una compañera. Parecía que él la había encontrado por sí mismo. Lo mínimo que podía hacer era ayudarlo a conquistarla. La deuda que tenía con Dageus MacKeltar era enorme.

Remetió su flequillo detrás de su oreja, sonriendo débilmente.

Tendría que deslizar unos pocos comentarios a Chloe acerca de la pericia y la resistencia física de los Keltar. Así como también impartir algunos otros añicos de sabiduría, ganada con esfuerzo, cuando el momento fuera adecuado.

Horas más tarde, Dageus siguió a Drustan escaleras arriba. Habían hablado bastante esa noche y pronto amanecería.

Después de que Gwen se hubiera marchado, le había contado a Drustan sobre el atentado a la vida de Chloe, y las palabras que su extraño asaltante había dicho, y luego le había informado sobre las pocas referencias que había encontrado acerca de los Draghar. Desafortunadamente, Drustan había estado tan perplejo como él. Habían esgrimido posibilidades, pero Dageus estaba condenadamente cansado de las posibilidades. Necesitaba respuestas.

—¿Cuándo te irás?— dijo Drustan mientras llegaban al fin del corredor norte y se disponían a partir a sus respectivas cámaras.

Dageus miró a Drustan, saboreando la visión de su hermano vivo, despierto y feliz. Aunque le gustaría pasar más tiempo con Drustan y Gwen, ahora que estaba en tierra escocesa otra vez, no podía permitirse más retrasos. Chloe estaba en peligro, y su tiempo se hacía más y más corto. Podía sentirlo. Sabía sin dudas que otro ataque llegaría, y no sabía si los Draghar, o quienquiera que fueran, podrían seguirlos a través del tiempo. Si

pertenecían a los *Tuatha de Danaan*, los podrían seguir dondequiera.

—En la mañana.

—¿Debes irte tan pronto?

—Sí. No sé cuánto tiempo tengo.

—¿Y la muchacha?— preguntó Drustan cuidadosamente.

La sonrisa de Dageus era helada.

—Ella va donde yo voy.

—Dageus...

—No digas más. Si ella no va, yo no voy.

—La protegería por ti.

—Ella va donde yo voy.

—¿Y si ella no quiere hacerlo?

—Lo hará.

## Capítulo 14

—*Éste es el momento, pequeña Chloe— dijo Dageus.*

—*¿Q-qué quieres decir?— preguntó Chloe con precaución—. ¿Momento para qué?*

—*Se me ocurre que quizá no he hecho claras mis intenciones— dijo Dageus con suave amenaza, andando con paso impetuoso hacia ella.*

—*¿Qué intenciones?—. Aunque Chloe quería mantenerse firme, sus pies cobardes tenían otros planes. Los tontos y traicioneros, daban un paso atrás por cada paso que él daba hacia adelante.*

—*Mis intenciones acerca de ti.*

—*Oh, sí, lo has hecho— le aseguró Chloe precipitadamente—. Quieres seducirme. Lo has dejado claro como el cristal. Un poco más claro y precisaría una clasificación X. No voy a ser simplemente otra de tus mujeres. No estoy hecha para eso. No puedo dejar mis bragas bajo la cama de un hombre para ser barridas con la basura. Por eso soy todavía virgen, porque significa algo para mí y no voy a lanzar mi virginidad a tus pies encantadores solamente porque eres el hombre más espléndido y fascinante que jamás he conocido y sucede que me gusta tu apellido. Esas no son razones lo bastantes buenas—. Ella afirmó con la cabeza para enfatizar la ráfaga de palabras, pero luego pareció horrorizada por lo que había admitido.*

—*¿El hombre más espléndido y fascinante que jamás has conocido?— dijo él, sus ojos oscuros brillando intensamente.*

—*Hay montones de hombres espléndidos alrededor. Y los textos polvorientos, aburridos y antiguos son fascinantes también— masculló ella—. Aléjate de mí. No voy a*

*caer en tu seducción.*

*—¿Ni siquiera deseas conocer mis intenciones?— ronroneó él.*

*—No. Absolutamente no. Fuera—. Su espalda chocó con la pared y se tambaleó, luego cruzó sus brazos sobre el pecho y lo miró con el ceño fruncido.*

*—No voy a alejarme. Y voy a decírtelo—. Él descansó sus palmas contra la pared a cada lado de su cabeza, emparedándola con su cuerpo poderoso.*

*—Estoy conteniendo el aliento—. Ella fingió un bostezo delicado y examinó sus cutículas.*

*—Pequeña Chloe, voy a conservarte.*

*—Conservarme, y un demonio— estalló ella—. No estoy de acuerdo en ser “conservada”.*

*—Para siempre— dijo él, con una sonrisa helada—. Y lo estarás.*

*—¡Argh! ¿No puedo simplemente no soñar con ese hombre enloquecedor siquiera una noche?— gimió Chloe, dándose vuelta en la cama y jalando la almohada sobre su cabeza.*

Estaba en su mente incesantemente cuando estaba despierta. No creía que no fuera demasiado pedir escapar de él en sus sueños. ¡Incluso había soñado con él cuando había dormitado en el avión! Y todos los sueños habían sido tan intensamente detallados que habían parecido casi reales. En éste, había podido oler la esencia especiada del hombre, sentir su aliento caliente abanicando su cara cuando le había informado que iba a conservarla.

*¡Como si pudiera!*

¿Qué pensaba el Dageus de su sueño?, se preguntó, irritada. ¿Que una declaración tan barbárica y completamente implacable la derretiría hasta los dedos de los pies?

*Espera un momento*, pensó, volviendo hacia atrás mentalmente, había sido *su* sueño, lo que quería decir que no era lo que él pensaba, sino aparentemente lo que *ella* pensaba inconscientemente.

*Oh, Zanders, no eres tan políticamente correcta*, pensó deprimida.

*La había derretido.* Le gustaría oír esas palabras. Una pequeña declaración de ese tipo y estarían pegada a él como supergoma.

Se incorporó y arrojó la almohada a través del cuarto con frustración. El *Fantasma Gaulish* en Nueva York había sido lo suficientemente fascinante, pero el destello de emoción que había visto la noche anterior cuando él se había reunido con su hermano, lo había hecho aún más peligrosamente intrigante.

Una cosa había sido pensar en él como en un mujeriego, un hombre incapaz de amar.

Pero ya no podía pensar más eso, porque había visto el amor en sus ojos. Un amor que quería conocer más de cerca. Había percibido profundidades en él que se había convencido a sí misma que no tenía. ¿Qué había ocurrido entre los dos hermanos para distanciarlos tanto? ¿Qué le había ocurrido a Dageus MacKeltar para hacer que contuviera tan apretadamente sus emociones?

Lo estaba haciendo, querer ser la mujer que penetrara en él. Una necesidad peligrosa, esa.

Se abrazó las rodillas y descansó la barbilla sobre ellas, cavilando.

Una significativa parte de culpa por su sueño, pensó malhumoradamente, podría ser atribuida a Gwen. La noche anterior, después de que Chloe hubiera terminado su baño, Gwen le había llevado una bandeja con la cena a su cuarto. Se había quedado mientras Chloe comía, y la conversación había cambiado de dirección, como era costumbre cuando las mujeres se reunían, hacia los hombres.

Específicamente hacia los hombres Keltar.

Los hechos que Chloe había sabido acerca de Dageus antes de la pequeña visita de Gwen: que era irresistiblemente seductor; que tenía que un cuerpo fabuloso que había visto cuando había dejado caer su toalla; que usaba condones para “el hombre Extragrande”.

Y ahora, gracias a Gwen MacKeltar, sabía que era un hombre de energía y apetitos inmensos, y había sabido pasar un buen número de horas, durante días, *en la cama* con una mujer. Oh, Gwen realmente no había dicho esas cosas directamente, pero había hecho claro su punto dejando caer palabras y frases al azar mientras hablaba.

¿Días en la cama? Ni siquiera podía comenzar a imaginar cómo sería eso.

*Oh, sí que puedes*, atizó una pequeña voz sarcástica, *soñaste con ello unas pocas noches atrás, con un detalle chocante para ser virgen.*

Con el ceño fruncido, apartó sus rizos de su cara y meció sus piernas sobre un lado de la cama maciza, antigua y cubierta con mantas peludas. Los dedos le colgaron un pie por encima del piso y tuvo que brincar para bajarse.

Negando con la cabeza, agarró sus ropas y se dirigió a la ducha. Realmente no la necesitaba, habiéndose dado una la noche anterior, pero esa mañana sospechaba que le vendría bien darse una bien fría.

Cuando salió al corredor una media hora más tarde, se paró bruscamente, erizándose. Se había tomado una ducha helada, forzándose a pensar en las reliquias que podría examinar, y qué le gustaría explorar primero. Le había tomado casi media hora entera sacarlo de su mente, y en ese momento volvía de inmediato a ella.

—¿Qué estás haciendo?— preguntó gruñonamente, sintiendo la maldita oleada instantánea de atracción presentarse dolorosamente (¡y de manera incesante!). *¿No montarías de un salto sobre él y al infierno con las consecuencias?* El hombre de sus sueños —literalmente— estaba sentado en el piso, apoyándose contra la puerta al otro lado del corredor, frente a la suya, sus piernas largas extendidas, sus brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba puestos unos pantalones negros y un suéter de lana de cuello de cisne color carbón que se estiraba sobre su torso potente, delineando su físico perfecto. Se había afeitado, y la piel de su rostro se veía tersa y suave como el terciopelo. Los ojos cobrizos encontraron los suyos.

Él se levantó, elevándose sobre ella, su masculinidad pura haciéndola sentirse pequeña y femenina.

—Te estaba esperando. Buenos días, pequeña. ¿Tuviste sueños agradables?—  
inquirió sedosamente.

Chloe mantuvo una expresión serena. Él se veía inmensamente contento consigo mismo esa mañana, y bajo ninguna circunstancia le dejaría saber que había tenido siquiera un solo pensamiento nocturno sobre él.

—No puedo recordarlo— dijo, parpadeando inocentemente—. De hecho, dormí tan profundamente que no creo haber soñado.

—Por supuesto— murmuró él. Cuando se adelantó, ella casi saltó fuera de su piel, pero él simplemente se inclinó detrás de ella y cerró la puerta de su dormitorio.

Luego la atrapó contra ella.

—¡Hey!— exclamó la joven.

—Sólo pretendía darte un beso de buenos días, muchacha. Es una costumbre escocesa.

Ella estiró el cuello, mirándolo con el ceño fruncido, y le dirigió una mirada que decía *“Sí, claro, buen intento”*.

—*Uno* pequeñito. Nada de lengua. Lo prometo— dijo él, curvando sus labios débilmente.

—Nunca cedes, ¿verdad?

—Nunca lo haré, dulzura. ¿No lo sabes a estas alturas?

Oooh, eso comenzaba a parecerse a su sueño. Y la había llamado “dulzura”, una pequeña palabra cariñosa. Pero mantuvo la boca bien cerrada y negó con la cabeza.

Él subió la mano hasta su cara y trazó ligeramente con sus dedos la curva de su mejilla. Un contacto suave, nada abiertamente seductor. La mansedumbre de esa caricia la sobresaltó y la calmó al mismo tiempo. Él movió su mano desde su cara hasta sus rizos suaves, enroscándolos en sus dedos.

—¿Te he dicho, pequeña Chloe, que eres hermosa?— dijo suavemente.

Ella entrecerró sus ojos. Si pensaba que un cumplido tan manido le compraría un beso, estaba tristemente equivocado.

—Och, sí, tan adorable como es posible serlo— acarició su mejilla con el dorso de sus nudillos—. Y sin huella de artificio. Estaba sentado en mi taxi y clavé los ojos en ti, el día que te vi por primera vez. Vi a otros hombres mirándote y deseé que fueran ciegos. Te inclinaste dentro del coche para decirle algo a tu conductor. Llevabas puesta una chaqueta y una falda negra con un suéter del color del brezo, y tu pelo caía sobre tus ojos y te lo echaste para atrás. Lloviznaba un poco, y las medias en tus piernas refulgían con gotitas de lluvia. Pero no prestaste atención a la lluvia, sin embargo. Por un momento, inclinaste la cabeza hacia atrás, de cara a ella. Me quitó el aliento.

El comentario cáustico que se enroscaba en la punta de la lengua femenina murió.

Él la miró un momento largo, luego dejó caer sus manos.

—Vamos, muchacha— dijo, ofreciéndole su mano—. Vamos a buscar el desayuno, luego me gustaría llevarte a un sitio.

Chloe se afanó por recobrar la compostura. El hombre tenía una forma de

desequilibrarla como nadie que hubiera conocido. Cuando ya pensaba conocerlo, él hacía algo inesperado. ¿De dónde había venido eso? Recordaba exactamente lo que ella había llevado puesto el día que se habían conocido, y *había estado lloviznando* esa mañana. Y ella, brevemente, había volteado la cara hacia el cielo; siempre le había gustado la lluvia. Se aclaró la voz.

—Entonces, ¿cuando empiezo a ver los textos?— dijo precipitadamente, desviando la conversación a un área más segura.

—Pronto. Muy pronto.

*Vi a otros hombres mirándote y deseé que fueran ciegos.* Ella negó con la cabeza, tratando de disipar esas palabras de su mente, incapaz de determinar cómo evaluarlas.

—¿Tu hermano tiene antigüedades también?— inició con ligereza.

—Sí. Verás muchas cosas antes de que el día llegue a su final.

—¿De veras? ¿Como cuáles?

Él sonrió débilmente al ver su ansia y atrapó sus manos en las de él.

—¿Sabes cómo sé cuando te entusiasma algo?

Chloe negó con la cabeza.

—Tus dedos comienzan a ensortijarse, como si estuvieras imaginando tocar aquello en lo que estás pensando.

Ella se sonrojó. No había sabido que fuera tan transparente.

—Och, muchacha, esto es encantador. ¿Recuerdas que dije que podría mostrarte una Escocia que ningún otro hombre podría?

Ella asintió.

—Pues bien— dijo Dageus con una nota extrañamente torcida en su voz—, esta tarde, muchacha, cumpliré esa promesa.

A alguna distancia del castillo en el cual Chloe y Dageus desayunaban, un hombre se apoyó contra el costado de un auto de alquiler difícil de describir, hablando quedamente por teléfono.

—No he tenido ninguna oportunidad de acercarme— decía Trevor a Simon—. Pero es sólo una cuestión de tiempo.

—Tú, se supone, debiste haberte encargado de ella antes de que dejaran Londres—. La voz de Simon era débil en el teléfono celular, pero aún así timbraba con implacable autoridad.

—No pude acercarme a ella. El hombre está constantemente en guardia.

—¿Qué te hace pensar que puedes llegar a acercártele en tierra Keltar?

—Él bajará la guardia eventualmente, aunque sea sólo por unos pocos minutos. Simplemente dame unos cuantos días más.

—Es demasiado riesgoso.

—Es demasiado riesgoso no hacerlo. Él tiene una unión emocional con ella. Necesitamos que sus lazos desaparezcan. Lo dijiste tú mismo, Simon.

—Cuarenta y ocho horas. Llámame cada seis. Luego te quiero fuera de allí. No estoy dispuesto a correr el riesgo de que alguien de nuestra Orden sea tomado vivo. Él no debe saber nada de la Profecía.

Con un murmullo suave de asentimiento, Trevor colgó el teléfono.

## Capítulo 15

El día había sido soleado y sorprendentemente templado para ser marzo en las Highlands: mediaban los quince grados, corría una pequeña brisa, el cielo estaba salpicado por unas pocas nubes gordas, mullidas y blancas.

Había sido uno de los días más estimulantes de la vida de Chloe.

Después del desayuno, Dageus, Drustan, Gwen y ella habían conducido hacia el norte, siguiendo las carreteras sinuosas hasta la parte superior de una pequeña montaña, por encima de la ciudad colorida y animada de Alborath, donde había conocido a los primos de Dageus, Christopher y Maggie MacKeltar, y sus niños.

Había pasado el día con Gwen y Maggie, recorriendo el *segundo* castillo MacKeltar (éste mucho mayor que el de Gwen). Había visto reliquias por las que Tom alegremente habría cometido los mayores delitos para adquirir: textos antiguos sellados en fundas protectoras, armas y armaduras de demasiados siglos diferentes para contarlos, piedras de runas diseminadas fortuitamente alrededor de los huertos. ¡Había recorrido una galería de retratos alineados en el gran vestíbulo, una historia pintada de siglos del clan MacKeltar, maravillada por conocer esas raíces! Había acariciado con la punta de sus dedos tapices que deberían estar en museos, y un mobiliario que debería estar en un sitio mucho más seguro que lo que había podido ver en esas tierras. Aunque había preguntado ansiosamente —y bastante vehementemente— acerca de su sistema antirrobo (que parecía criminalmente inexistente), no había conseguido más que sonrisas tranquilizadoras que la llevaron a la conclusión de que ninguno de los Keltars se molestaba en echar llave a las cosas.

El castillo mismo era una reliquia, meticulosamente conservado y protegido de la erosión suave del tiempo. Había vagado todo el día en una especie de ensueño estupefacto.

En ese momento estaba de pie sobre los escalones de la parte delantera del castillo, con Gwen, bajo la luz rosada de la tarde. El sol descansaba sobre el horizonte y las guedejas de niebla empezaban a levantarse de la tierra. Podía ver a millas de distancia desde su sitio en las anchas escaleras de piedra, tras una fuente de muchas gradas

brillantes, sobre el valle donde las luces de Alborath empujaban hacia atrás las sombras del crepúsculo. Podía imaginar cuán gloriosas estarían las Highlands en primavera, o mejor aún, llenas de flores al final del verano. Se preguntó si podría encontrar alguna forma de estar allí todavía para entonces. Tal vez después de su mes con Dageus, meditó, permanecería en Escocia indefinidamente.

Su mirada rozó el césped delantero hasta descansar sobre el hombre magnífico y oscuro que había vuelto su mundo tan completamente cabeza abajo en solamente una semana. Estaba de pie a alguna distancia del castillo, dentro de un círculo de piedras macizas, antiguas, hablando con Drustan. Gwen le había dicho que los hermanos no se habían visto en años, aunque no había ofrecido ninguna explicación para su distanciamiento. Curiosa como usualmente era, para variar, Chloe se había resistido a curiosear. Simplemente no había parecido estar bien.

—Es tan bello esto— dijo, suspirando tristemente. Vivir allí, pertenecer a semejante lugar. El entusiasmo revoltoso de los seis niños de Maggie y Christopher, desde adolescentes a niños, era diferente a cualquier cosa que Chloe hubiera experimentado. El castillo estaba lleno hasta rebalsar de familia y raíces, el aire timbraba con los sonidos de los niños jugando y alguna riña ocasional. Como hija única criada por un abuelo ya anciano, Chloe nunca había visto algo como eso antes.

—Lo es— estuvo de acuerdo Gwen—. Lllaman a esas piedras *Ban Drochaid*— le dijo a Chloe, gesticulando hacia el círculo—. Quiere decir “el puente blanco”.

—”El puente blanco”— repitió Chloe—. Es un nombre extraño para un grupo de piedras.

Gwen se encogió de hombros, con una sonrisa misteriosa jugando al borde de sus labios.

—Hay montones de leyendas en Escocia acerca de esas piedras—. Hizo una pausa—. Algunas personas dicen que son portales a otros tiempos.

—Leí una novela romántica como esa una vez.

—¿Lees novelas románticas?— exclamó Gwen, complacida.

Los siguientes minutos se llenaron con una comparación apresurada de títulos favoritos, lazos femeninos y recomendaciones.

—*Sabía* que me gustabas— resplandeció Gwen—. Cuando hablabas más temprano de la historia de todas esas antigüedades, temí que pudieras ser del tipo que lee literatura tediosa. No tengo nada contra las novelas literarias— agregó precipitadamente—, pero si yo quisiera ponerme realista y deprimida, escogería una pelea con mi marido o mirar la CNN—. Guardó silencio un momento, su mano descansando ligeramente sobre su barriga redondeada—. Escocia no es como ningún otro país del mundo, Chloe. Casi puedes sentir la magia en el aire, ¿verdad?

Chloe irguió su cabeza y estudió los megalitos de altura imponente. Las piedras eran de miles de años de antigüedad y su propósito, por mucho tiempo, había sido acaloradamente discutido por estudiosos, arqueoastrónomos, antropólogos, e incluso matemáticos. Eran para el hombre moderno un misterio que nunca se había podido

desentrañar.

Y sí, sentía un ligero roce de magia alrededor de ellos, la sensación de secretos antiguos, y repentinamente percibió qué adecuado se veía Dageus de pie en medio de ellos. Como un hechicero primitivo, salvaje y adusto, un guardián de secretos arcanos y profanos. Puso sus ojos en blanco ante su antojo absurdo.

—¿Qué está haciendo Dageus, Gwen?— preguntó, entrecerrando los ojos. Gwen se encogió de hombros pero no contestó. Parecía como si él escribiera algo en la cara interior de cada piedra. Había Trece, encumbrándose alrededor de una losa central modelada sobre dos soportes de piedra, y una laja grande colocada encima de ella con la forma de un dolmen inclinado.

Mientras Chloe observaba, Dageus se dirigió a la siguiente piedra, su mano moviéndose con enérgica seguridad sobre su cara interior. Él *estaba escribiendo en ella*, se percató. Qué extraño. Entrecerró sus ojos. Dios, el hombre era hermoso. Se había cambiado después de desayuno, y los suaves pantalones vaqueros descoloridos abrazaban sus muslos potentes y su trasero musculoso. Un suéter grueso de lana y botas de excursionismo completaban su ruda apariencia de hombre de campo. Su pelo caía en una única trenza hasta su cintura.

*Voy a conservarte para siempre*, el Dageus de su sueño había dicho. *Estás mal, Zanders*, reconoció a regañadientes con un pequeño suspiro.

—Sientes algo por él— murmuró Gwen, sacándola de su ensimismamiento.

Chloe palideció.

—¿Es tan obvio?

—Sólo para alguien que sabe qué buscar. Nunca lo he visto mirar a una mujer de la forma que él te mira a ti, Chloe.

—Si él me mira de manera diferente a las otras, es únicamente porque la mayoría de las mujeres caen en la cama con él al minuto que lo conocen— dijo Chloe, soplando una hebra rizada de pelo de su cara—. Soy simplemente la que ha escapado—. *Hasta ahora*, fue el pensamiento seco que lo acompañó.

—Sí, y eso es *todo* lo que hacen.

Eso atrajo su atención.

—¿Acaso no es eso todo lo que él quiere?

—No. Pero la mayoría de las mujeres nunca logran ir más allá de ese cuerpo y esa cara bella, hasta su fuerza y su reserva. Nunca, nunca confían en él con sus corazones.

Chloe movió hacia atrás su pelo largo, retorciéndolo en un nudo flojo, y se mantuvo en silencio, esperando que Gwen pudiera continuar ofreciendo voluntariamente información. No tenía ninguna prisa en admitir su patético romanticismo, que sólo había ido empeorando durante todo el día. Un día en el que había sido testigo de la relación increíble entre Gwen y su marido. Había observado, con anhelo desvergonzado, la forma en que Drustan trataba a su esposa. Estaban tan descaradamente enamorados el uno del otro...

Como se veía tan parecido a Dageus, las comparaciones habían sido inevitables.

Drustan se había aparecido de pronto montones de veces, llevando una chaquetilla ligera para Gwen, o una taza de té, o para averiguar si la espalda le dolía, si necesitaba un masaje, si necesitaba descansar, si le gustaría que llegara de un salto al cielo y echara abajo el maldito sol.

Haciendo que Chloe tuviera pensamientos ridículos acerca de su hermano.

Oh, sí, sentía algo por él. Pequeños sentimientos traidores y engañosos.

—Chloe, Dageus no busca el amor de una mujer, porque nunca ha tenido ninguna razón para hacerlo.

Los ojos de Chloe se ampliaron y negó con la cabeza incrédulamente.

—Eso es imposible, Gwen. Un hombre como él...

—Aterroriza a la mayoría de las mujeres. Así que toman lo que él ofrece, pero encuentran a algún otro hombre a quien amar. Un hombre más seguro. Un hombre con quien ellas se sientan más en control. ¿Está haciendo lo mismo contigo? Creí que eras más lista que eso.

Chloe se sacudió con fuerza, preguntándose cómo se había puesto la conversación tan personal así de rápido.

Pero Gwen no había terminado aún.

—Algunas veces —y confía en mí, conozco esto por experiencia personal— una chica tiene que dar un salto de fe. Si no haces un intento, nunca sabrás lo que podría haber sido. ¿Es así como quieres vivir?

Chloe tanteó una respuesta, pero no pudo encontrarla, porque profundamente esa fastidiosa voz interior que tan persistentemente había empezado a preguntar recientemente “¿Esto es todo lo que hay?”, asentía sabiamente, de acuerdo con las palabras de Gwen. *Si no arriesgas nada, no ganas nada*, siempre había dicho el abuelo. ¿Cuándo había olvidado eso?, se preguntó Chloe, clavando los ojos en las piedras antiguas. ¿Cuándo tenía diecinueve años y el abuelo había muerto, dejándola sola en el mundo?

Mientras permanecía de pie, sobre la montaña MacKeltar en el crepúsculo que caía, Chloe se encontró repentinamente de regreso en Kansas otra vez, en el cementerio silencioso, después de que todos sus amigos se hubieran ido, llorando al pie de su tumba. Insegura, al borde de la edad adulta, sin alguien para ayudarla a tomar decisiones y escoger su camino. Había sufrido la falsa ilusión reconfortante de que él viviría para siempre, que no moriría apenas a los setenta y tres de un ataque al corazón. Se había ido a la universidad, sin imaginar nunca que él no siempre estaría allí, en casa, vagabundeando alrededor de su huerto, esperándola.

La llamada telefónica había llegado en la semana de las finales deportivas su segundo año de universidad. Simplemente había hablado por teléfono con él algunos días antes. Un día él estaba allí, al día siguiente se había ido. Ella incluso no había podido decirle adiós. Igual que sus padres. ¿No podían morir una muerte lenta, por alguna enfermedad, se había encontrado gimiendo (sin dolor, claro, ella no desearía una muerte dolorosa a nadie), y darle una maldita sensación de cierre? ¿Tenían que irse solamente? Un

momento sonrientes y vivos, al siguiente, quietos y silenciosos y perdidos para siempre. Había tantas cosas que no había podido decirle antes de que se marchara. Había parecido tan frágil en su ataúd; su escocés robusto, temperamental, que siempre le había parecido invencible.

¿Había sido entonces cuando había empezado a jugar a cosas seguras? ¿Porque se había sentido como una tortuga sin caparazón, frágil y expuesta, renuente a amar y perder otra vez? Oh, no había decidido eso conscientemente, pero había vuelto a la universidad y se había sepultado en una doble especialización, luego en un master. Sin siquiera pensarlo, se había mantenido a sí misma demasiado ocupada para involucrarse.

Parpadeó. La pena estaba todavía en carne viva, como si nunca la hubiera encarado, sino que sólo la hubiera empujado a una esquina oscura, bloqueándola. Se le ocurrió que tal vez una persona no podía desapegarse de una emoción, algo como la pena por ejemplo, sin perder contacto con todas las demás. Dejando fuera el dolor, rehusándose a confrontarlo, ¿había perdido oportunidades innumerables para amar?

Chloe recorrió con la mirada a Gwen, escudriñadoramente.

—Suenas como si me estuvieras animando.

—Lo hago. Él va a pedirte algo. El solo hecho que vaya a preguntártelo dice más que cualquier palabra cómo se siente él con respecto a ti.

—¿Qué va a pedirme?

—Lo sabrás lo suficientemente pronto—. Gwen hizo una pausa y suspiró pesadamente, como si estuviera teniendo un acalorado debate interno consigo misma. Luego dijo—: Chloe, Drustan y Dageus provienen de un mundo que es difícil de entender para chicas como nosotras. Un mundo que aunque inicialmente puede parecer imposible, está firmemente encallado en la realidad. Solamente porque la ciencia no puede explicar algo, no lo hace menos real. Soy científica y sé de lo que hablo. He visto cosas que desafían mi comprensión de la física. Son buenos hombres. Los mejores. Mantén el corazón y la mente abiertos, porque te puedo decir una cosa con seguridad: cuando estos Keltars aman, aman completamente y para siempre.

—Me estás enloqueciendo— dijo Chloe ansiosamente.

—Aún no has comenzado a enloquecer. Una pregunta, sólo entre las dos, y no me mientas: ¿lo quieres?

Ella clavó los ojos en Gwen en silencio, por un momento largo.

—¿Es *realmente* sólo entre las dos?

Gwen asintió.

—Desde el momento que lo conocí— admitió simplemente—. Y no tiene ni un poco de sentido para mí. Soy muy posesiva con respecto a él, y no tengo derecho a serlo. Es una locura. Nunca he sentido nada como esto antes. Incluso no puedo razonarlo— dijo, la frustración subrayando sus palabras.

La sonrisa de Gwen era radiante.

—Oh, Chloe, la única vez que la razón falla es cuando tratamos de convencer a nuestras mentes de algo que nuestro corazón sabe que no es cierto. Deja de intentarlo.

Escucha con tu corazón.

—No me gusta esto— gruñó Drustan a Dageus.

—¿Tú le diste a Gwen alguna elección?— discutió Dageus, mientras terminaba de grabar la segunda y última fórmula en la losa central. Necesitaba sólo grabar la definitiva para abrir el puente a través del tiempo. Drustan y él habían quedado en que debería regresar a seis meses después de haber estado allí la última vez, para evitar su personalidad pasada, y con la esperanza de que Silvan pudiera haber averiguado algo útil en el ínterin—. Chloe es una muchacha fuerte, Drustan. Sujetó la punta de mi espada en mi pecho. Peleó contra su asaltante valientemente. *Escogió* venir a Escocia conmigo. Aunque algunas veces vacila, no le teme a nada. Y es lista, habla muchos idiomas, conoce los antiguos mitos, y ama las antigüedades. Estoy a punto de llevarla hasta ellas. Si no es por otra cosa, me perdonará por eso, al menos— agregó secamente.

Och, sí, ella lo haría. Él podría poner textos en sus manos que la harían llorar con la alegría de un verdadero bibliófilo y guardián de reliquias. Compartían eso: la profesión que la joven había elegido era conservar las antiguas tradiciones, y no había estado satisfecha con solamente conservar, sino que lo había estudiado todo, tanto como él lo había hecho en su papel de Druida Keltar.

—Gwen sabía lo que yo era.

—Pero no te creyó— le recordó Dageus—. Ella pensó que estabas loco.

—Sí, pero...

—Ningún pero. Si *haud yer wheesht*<sup>21</sup> un momento, sabrías que tengo la intención de darle una elección.

—¿Lo harás?

—No soy tan insensible— fue su respuesta burlona.

—¿Vas a decírselo?

Dageus se encogió de hombros.

—Dije que le daría una elección.

—Lo más honorable sería decirle...

La cabeza de Dageus se irguió y sus ojos brillaron peligrosamente.

—¡No tengo tiempo para decírselo!— siseó—. ¡No tengo tiempo para intentar convencerla, o ayudarla a entender!

La mirada plateada guerreó con la de cobre.

—¿Te das cuenta de que una vez que la lleves a través del puente, ella va a saber que eres un Druida, Dageus? Ya no podrás fingir que eres simplemente un hombre.

---

<sup>21</sup> Guardar silencio, en gaélico. Esta frase nunca falla en los libros de KMM. (N. de la T.)

—Ya me encargaré de eso. Ella sabe que hay algo que no está del todo bien conmigo.

—¿Pero qué sucederá si ella...?— Drustan se interrumpió completamente, pero Dageus sabía que había estado a punto de expresar el miedo que se había visto forzado a confrontar él mismo cuando se había llevado a Gwen.

—¿Qué ocurrirá si ella huye de mí? ¿Si grita “brujo pagano” y me odia?— dijo Dageus con una fría sonrisa—. Eso debe preocuparme a mí, no a ti.

—Dageus...

—Drustan, la necesito. *La necesito.*

Drustan se quedó con la mirada fija en la desesperación apenas oculta en los ojos de su hermano, y tuvo un destello repentino de comprensión: Dageus caminaba por el borde de un abismo, y lo sabía. Sabía que no tenía derecho de llevarse a Chloe, y que no había hecho bien al haberla llevado hasta allí siquiera. Pero si Dageus perdiera las esperanzas, si aceptara eso, que era oscuro, si no tuviera la promesa de un futuro, ningún derecho verdadero a esperar algo, no tendría nada por lo que valiera la pena vivir. No habría nada por lo cual continuar batallando otro día.

¿Y quién ganaría entonces? ¿El honor? ¿O la seducción del poder absoluto?

Cristo, pensó Drustan, con un escalofrío filtrándose a través de sus venas, el día en que su hermano dejara de desear, el día que dejara de creer que había esperanza, tendría que afrontar el hecho de que sus únicas elecciones eran inclinarse completamente al mal... o...

Drustan no podía obligarse a terminar ese pensamiento. Y en la mirada torturada de Dageus, pudo ver que su gemelo había sabido todo eso desde hacía mucho tiempo, y había peleado de la única forma que había podido. Si el deseo de Dageus por Chloe fuera el único obstáculo que se interponía entre él y las puertas del infierno, Drustan en persona encadenaría a la muchacha a su hermano.

Una sonrisa amarga curvó los labios de Dageus, como si supiera los pensamientos de Drustan.

—Además— dijo Dageus con ligera mofa—, por lo menos sé que puedo regresarla. Gwen no tenía esa garantía, pero tú la llevaste igual. Si algo sale mal conmigo, prometo devolver a Chloe, de una u otra manera—. Quería decir si estuviera muriendo, pues esa era la única forma en que él la habría dejado ir. Aun así, ella podría tener que ser arrancada de sus dedos mientras la vida abandonaba su cuerpo.

—Bien—. Drustan inclinó la cabeza lentamente—. ¿Cuándo regresarás?

—Ven por nosotros en tres días a partir de hoy. Eso es el mínimo tiempo en que puedo trasladarme.

Se observaron uno a otro en silencio, con tantas cosas sin decir entre ellos. Luego no hubo más oportunidad, pues Chloe y Gwen se les unieron en el círculo de piedras.

—¿Qué estás haciendo?— preguntó Chloe con curiosidad, mirándolos fijamente—. ¿Por qué estás escribiendo sobre esas piedras, Dageus?

Dageus la miró un momento largo, bebiendo su imagen codiciosamente.

Och, era hermosa, tan inconsciente de su propia belleza, allí de pie con sus finos

trews azules, suéter y botas de excursionismo, su cabello un alboroto de rizos atados en un nudo flojo que ya estaba deshaciéndose. Los ojos enormes, anchos y llenos de alegría inocente. Le sentaba bien Escocia, dándole rubor a sus mejillas y un destello a sus ojos.

Ojos que, quizá pronto, podrían mirarlo con miedo y odio, como las muchachas en su propio siglo habían hecho siempre, cuando él les revelaba la extensión de su poder druida. *¿Y si algo así sucede?*, lo aguijoneó su honor.

*Haré lo necesario para seducirla de nuevo*, pensó, encogiéndose de hombros, *usando cada truco bajo la manga que tengo*. Se rendiría sólo cuando estuviera muerto.

Si había alguien que podía aceptarlo, era ella. Las mujeres modernas eran diferentes a las muchachas de su tiempo. Mientras que las muchachas del siglo dieciséis se apresuraban a ver “magias” en las cosas inexplicables, las del siglo veintiuno buscaban explicaciones científicas, y pensaban en las leyes naturales y físicas más allá de su comprensión cuando no las conocían. Él sospechaba que eso se debía al rápido progreso científico hecho en el siglo anterior, explicando cosas antes inexplicables y descubriendo un reino completo de misterio.

Chloe era una muchacha fuerte, curiosa, flexible. Aunque no era una física como Gwen, era lista y tenía conocimientos tanto del Viejo Mundo como del nuevo. Una ventaja añadida era su curiosidad insaciable, lo cual ya la había guiado a lugares en los que la mayoría no se habría aventurado. Tenía todos los ingredientes correctos para estar capacitada para aceptar lo que pronto experimentaría.

Y él estaría allí para ayudarla a entender. Si conocía a Chloe la mitad de bien que pensaba, una vez que ella se recobrara de la conmoción, estaría absolutamente mareada de excitación.

Evitando la mirada inquisitiva de Chloe, él recorrió con la mirada a Gwen.

—Que estés bien, muchacha— dijo. La abrazó, luego Drustan, y se apartó.

—¿Qué pasa?— preguntó Chloe—. ¿Por qué estás diciendo adiós a Gwen y Drustan? ¿No vamos a quedarnos aquí a trabajar en sus libros?—. Cuando Dageus no contestó, ella miró a Gwen, pero Gwen y Drustan se habían vuelto y salían del círculo.

Ella volvió la vista de regreso a Dageus.

Él extendió su mano hacia ella.

—Tengo que irme, pequeña Chloe.

—¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?—. No había ningún coche cerca. ¿Irse cómo? ¿A dónde? ¿Sin ella? Él no había dicho “*Tenemos* que irnos”. Sintió el pecho repentinamente constreñido.

—¿Vendrás conmigo?

La estrechez se alivió un poco, pero la confusión todavía no.

—No entiendo— balbuceó Chloe—. ¿A dónde?

—No puedo decirte dónde. Tengo que mostrártelo.

—Esa es la cosa más ridícula que nunca he oído— protestó ella.

—Och, no, muchacha. Dame un poco más de tiempo y no pensarás eso— dijo él con ligereza. Pero sus ojos no eran ligeros. Eran intensos y...

*Escucha con tu corazón*, le había dicho Gwen. Chloe respiró profundamente y exhaló con lentitud. Se forzó a empujar sus ideas preconcebidas a un lado, e intentó *mirar* con su corazón...

...y lo vio. Allí en sus ojos. El dolor que había vislumbrado en el avión, pero que se había dicho a sí misma que realmente no estaba allí.

Pero era más que dolor. Era una desesperación brutal, incesante.

Él esperaba, con una firme mano extendida. Ella no tenía idea de qué iba a hacer, o a dónde pensaba ir. Le estaba pidiendo que dijera “sí” sin saber. Le pedía el salto de fe que Gwen le había advertido. Por segunda vez en menos de cuarenta y ocho horas, el hombre le estaba pidiendo que dejara de lado toda cautela y brincara con él, confiando en que no la dejaría caer.

*Hazlo*, dijo repentinamente la voz de Evan MacGregor en su corazón. *Puedes no tener nueve vidas, gata Chloe, pero no temas vivir la única que tienes.*

Los escalofríos estremecieron su columna vertebral, erizando el fino vello de su piel. Miró alrededor, a las trece piedras que los rodeaban, con símbolos curiosos que parecían fórmulas grabadas en sus caras interiores. Y más símbolos en la losa central.

¿Estaba a punto de descubrir para qué se utilizaban esas piedras estáticas? El concepto era demasiado fantástico para retenerlo en el cerebro más de un segundo.

¿Qué demonios creía él que iba a ocurrir?

La lógica insistió en que *nada* iba a ocurrir en esas piedras. Su curiosidad declaraba, muy persuasivamente, que si *algo* sucedía, tendría que ser una completa tonta para perderselo.

Exhaló un tormentoso suspiro. ¿Qué era un salto más, de todos modos?, pensó con un encogimiento de hombros mental. Ya había estado tan completamente descarrilada del camino normal de su vida, que no podía ponerse demasiado nerviosa ante el prospecto de otra vuelta alocada. Y francamente, el paseo nunca había sido tan fascinante. Irguiéndose hasta su altura completa, cuadrando sus hombros y su determinación, se volvió hacia Dageus y deslizó su mano en la de él. Levantando su barbilla, encontró su mirada y dijo:

—Muy bien. Vamos, entonces.

Se enorgulleció de sí misma por lo firme e indiferente que había sonado.

Los ojos masculinos ardieron.

—¿Vendrás? ¿Sin saber dónde te llevo?

—Si crees que he venido hasta aquí para después quedarme en el camino, no me conoces muy bien, MacKeltar— dijo ella con ligereza, buscando fuerza en la levedad. El momento era simplemente demasiado tenso—. Soy la mujer que fisgoneó bajo tu cama, ¿recuerdas? Soy esclava de mi curiosidad. Si vas a alguna parte, yo lo haré también. No vas a librarte de mí todavía

*Dios santo, ¿realmente había dicho eso?*

—Eso suena como si dijeras que tienes la intención de conservarme, muchacha—. Sus ojos se estrecharon y él se quedó muy quieto.

Chloe contuvo el aliento. ¡Era tan parecido a su sueño!

Él sonrió entonces, una sonrisa lenta que hizo nacer líneas diminutas en la comisura de sus ojos, y por un momento, algo bailó en las profundidades cobrizas. Algo pequeño y... libre, e impresionantemente bello.

—Soy tuyo para lo que pidas, dulzura.

Ella se olvidó de cómo respirar por un momento.

Entonces sus ojos se volvieron fríos otra vez y abruptamente, él se volvió hacia la losa central y escribió una serie de símbolos.

—Sujeta mi mano y no la sueltes.

—Mantenlo a salvo, Chloe— gritó Gwen, mientras un viento repentino y feroz se alzaba a través de las piedras, dispersando hojas secas en remolinos de niebla.

*¿A salvo de qué?*, se preguntó Chloe.

Y luego no se lo preguntó otra vez, porque repentinamente las piedras empezaron a dar vueltas en círculos alrededor de ella... ¡pero eso no era posible! E incluso mientras discutía consigo misma sobre lo que era y no era posible, perdió la sensación de la tierra bajo sus pies y estaba cabeza abajo, o algo parecido, y luego perdió la noción del cielo también. La hierba y el crepúsculo se arremolinaron juntos, manchados por una ráfaga loca de estrellas. El viento se elevó hasta convertirse en un aullido ensordecedor, y repentinamente ella fue... *diferente* en cierta forma. Miró salvajemente hacia Drustan y Gwen, pero se habían ido, y no podía ver absolutamente nada, ni siquiera a Dageus. Una gravedad terrible pareció tirar de ella, succionándola y estirándola, doblándola en formas imposibles. Pensó haber oído un estampido supersónico, y repentinamente hubo un destello de color blanco tan enceguecedor, que perdió todo sentido de la vista y el sonido.

Ya no pudo sentir la mano de Dageus.

*¡Ya no podía sentir su propia mano!*

Trató de abrir su boca y gritar, pero no tenía boca para abrir. El blanco se hizo aún más intenso y, sin embargo, aunque no había ninguna sensación de movimiento, sintió un vértigo nauseabundo. No había sonido, pero el silencio mismo parecía tener una sustancia aplastante.

Cuando estaba segura de que no podría resistirlo un instante más, el blanco se fue tan abruptamente que la negrura se estrelló contra ella con toda la fuerza de un camión Mack.

Luego sintió su cuerpo otra vez, pero no se emocionó por tenerlo de regreso. Su boca estaba seca como un desierto, su cabeza se sentía hinchada y demasiado grande, y estaba completamente segura de que estaba a punto de vomitar.

*Oh, Zanders, se regañó débilmente, creo que esto fue un poco más que simplemente otra vuelta alocada.*

Chloe tropezó y se derrumbó en la tierra cubierta de hielo.

*Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo.*

— **LA PROFETISA EIRU**, siglo VI antes de Cristo

*Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo.*

— **MIDHE CODEX**, siglo VII de la era cristiana

*Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo.*

— **GEORGE SANTAYANA**, siglo XX de la era cristiana.

## Capítulo 16

*24 de julio de 1522*

Había voces dentro de su cabeza. Trece distintas: doce hombres y los tonos brillantes y perlinos de una mujer de voz ardiente, hablando en un lenguaje que no podía entender.

Las voces eran apenas unos susurros, un murmullo sibilante. No más que un viento frío murmurando a través de los robles, pero como un viento, sopló misteriosamente a través de él, desnudándolo de su humanidad como una frágil hoja de otoño que ya no estuviera anclada a su rama. Era el viento del invierno y de la muerte, que no aceptaba límites y no soportaría juicios.

Sólo sentía hambre. El hambre de trece almas confinadas por cuatro mil años en un lugar que no era un lugar, en un tiempo que no era un tiempo. Encerrados por cuatro mil años. Encerrados por ciento cuarenta seis millones de días, por tres *billones* y medio de horas... y si esa no era la eternidad, ¿entonces qué era?

Encarcelados.

Perdidos en la nada.

Vivos en esa oscuridad atroz. Eternamente conscientes. Hambrientos, sin boca que alimentar. Deseando, sin cuerpo para aliviarse. Ardiendo, sin dedos para rascarse.

Odiando, odiando, odiando.

Una masa hirviente de poder crudo, no saciado por milenios.

Y como se sentían ellos, así se sintió Dageus también, perdido en la oscuridad.

La tormenta era la naturaleza en su máxima expresión de salvajismo. Chloe nunca había visto algo igual antes. La lluvia se mezclaba con trozos dentados de granizo que

caían desde el cielo, magullándola, golpeando su piel, incluso a través del espesor de su chaqueta y su suéter.

—¡Ay!— gritó Chloe—. ¡Ay!

Un trozo grande de hielo la golpeó en la sien, otro en la parte inferior de su espalda. Maldiciendo, se arrebujó en una bola para protegerse sobre la tierra cubierta de granizo y envolviendo sus brazos alrededor de su cabeza.

El viento se elevó a un tono ensordecedor, lamentándose y aullando. Ella gritó, pronunciando el nombre de Dageus, pero ni siquiera podía oír su propia voz por encima del estrépito. La tierra era sacudida y ramas de los árboles chocaban contra el suelo. Un relámpago brilló intermitentemente y un trueno resonó, siguiéndolo. El viento ululante batió su pelo hasta convertirlo en un enredo empapado. Se encorvó en una pelota sin esperanza para resistirlo, y rezando para que no empeorara.

Entonces, repentinamente, tan abruptamente como la tormenta feroz se había levantado, se desvaneció.

Simplemente se desvaneció. El granizo se detuvo. El diluvio cesó. El viento murió. La noche quedó quieta y silenciosa, excepto por un silbido suave.

Durante algunos instantes, Chloe llevó mentalmente la cuenta de sus magulladuras, rehusándose a moverse. Moverse significaría admitir que estaba viva. Admitir que estaba viva querría decir que tendría que mirar alrededor. Y francamente, no estaba segura de querer hacerlo.

*Nunca.*

Los pensamientos colisionaban en su cabeza, todos ellos imposibles.

*Vamos, Zanders, esfuérzate*, le dijo la voz de la razón valientemente, para ayudarla. *Te vas a sentir absolutamente tonta cuando mires hacia arriba y veas a Gwen y Drustan allí de pie. Cuando ellos digan “Córcholis, ¿no lo odias también cuando una tormenta llega tan rápido? Pero así sucede en las Highlands”.*

Ni ella se lo creía. No estaba muy segura de nada por el momento, pero estaba malditamente convencida de que las tormentas como esa no ocurrían repentinamente, ni en las Highlands o ni en cualquier otra parte; era más, no tenía mucha esperanza que Gwen y Drustan estuvieran en algún lugar cercano siquiera. Algo había ocurrido en medio de esas piedras. Simplemente qué, no podría decirlo, excepto algo... épico. Algo que olía a una secreta semilla de verdad en los mitos antiguos.

Después de algunos momentos más, retiró sus brazos y se asomó cautelosamente. La lluvia se derramaba de su pelo, goteando sobre su cara. Apoyó sus palmas sobre la tierra y repentinamente entendió a qué se debía ese ruido siseante.

La tierra estaba caliente, como *si* hubiera recibido el calor solar todo el día, y las partículas de granizo humeaban sobre ella. ¿Cómo podía estar caliente la tierra?, se preguntó, desconcertada. Era marzo, por el bien de cielo, y un clima de quince grados no calentaba el suelo. Al mismo tiempo que pensaba eso, se percató de que el *aire* era caliente, ahora que los cielos habían dejado de echar una pequeña inundación helada. Era húmedo y completamente veraniego.

Cautelosamente, se levantó unas pocas pulgadas y recorrió con la mirada su alrededor, sólo para descubrir que estaba envuelta en una nube. Mientras se había arrebujado en el suelo, una espesa y gruesa niebla la había rodeado. Estaba completamente encerrada dentro de esa blancura. Hizo que la situación ya extraña se hiciera aún más escalofriante.

—¿D-Dageus?—. Su voz tembló un poco. Se despejó la garganta e hizo otro intento.

Si estaba todavía en el círculo de piedras —y comenzaba a pensar que podría ser un muy gran *SI*— ya no podía verlo. La niebla lo consumía todo. Era como estar ciega. Tembló, sintiéndose horrendamente sola. Los pasados pocos minutos habían sido tan bizarros que comenzaba a preguntarse si ella no habría... bien, no estaba segura de lo que comenzaba a preguntarse, y mejor no se lo preguntaría.

*Algunas personas dicen que son portales*

Ahucó la niebla en su mano. La condensación perló su palma. Eran gotas gruesas y densas. Sopló en el aire blanco frente a ella. No se movió.

—¿H-hola?— gritó, sintiéndose frenética.

Un remolino oscuro de movimiento titiló en la blancura. Allí. No, pensó, cambiando de dirección, allí. Inexplicablemente, la temperatura descendió otra vez y sus dientes comenzaron a castañetear. El granizo dejó de humear en la tierra.

Se sentó sobre sus rodillas, empapada hasta los huesos, temblando y esperando nerviosamente, medio aguardando que algo horrible brincara sobre ella.

Cuando sus nervios deshilachados estaban a punto de estallar, Dageus se deslizó fuera de la niebla, o mejor dicho, en un momento no estaba allí y al siguiente se materializó frente a ella.

—Oh, a Dios gracias— jadeó Chloe, el alivio inundándola—. Q-qué...— *ocurrió*, era lo que trataba de decir, pero las palabras murieron en su garganta mientras él se acercaba.

Era Dageus, pero en cierta forma... no lo era. Mientras se movía, la niebla se arremolinó alrededor de él como en una espeluznante película de ciencia ficción. Contra la blancura, él era una figura grande, gigantesca y oscura. La expresión en sus rasgos cincelados era tan fría como el hielo en el cual ella se arrodillaba.

Ella negó con la cabeza, una vez, dos veces, tratando de deshacerse de la ilusión idiota. Parpadeó varias veces.

*Él es casi inhumanamente bello*, pensó, con la mirada fija en él. La tormenta había liberado su cabello de la correa y caía hasta su cintura en un enredo húmedo, batido por el viento. Se veía salvaje e indómito. Animal. Agresivo.

Incluso se movía con una fuerza animal, elocuente y segura.

*Y todo lo que el diablo quiere siempre a cambio*, dijo una voz pequeña como advertencia, *es un alma*.

*Oh, por favor*, se reprendió Chloe severamente. *Es un hombre, nada más. Un hombre grande, hermoso, algunas veces aterrador, pero eso es todo*.

Gallardo como un tigre al acecho, el hombre grande, hermoso y espeluznante se dejó

caer en la tierra ante ella, sus ojos oscuros destellando en la noche aún más oscura. Permanecieron arrodillados, apenas apartados por unas pulgadas. Cuando él habló, sus palabras estaban cuidadosamente articuladas, como si hablar fuera un esfuerzo inmenso. Sus palabras eran escrupulosamente espaciadas, apremiantes, fragmentadas con pausas intermedias.

—Te daré... cada... reliquia que poseo... si me besas... y no haces... preguntas.

—¿Eh?— jadeó Chloe.

—Nada de preguntas— siseó él, negando con la cabeza violentamente, como tratando de deshacerse de algo.

La boca de Chloe se cerró de golpe.

Estaba demasiado oscuro para ver sus ojos claramente, los planos afilados de su cara en sombras. En la penumbra brumosa, sus exóticos ojos cobrizos se veían negros como la medianoche.

Ella lo miró fijamente. Él estaba perfectamente quieto, inmóvil como un tigre antes de la estocada aniquiladora. La muchacha trató de alcanzar sus manos y las encontró, convertidas en puños apretados. *Es más reservado cuando siente más profundamente*, se recordó a sí misma. Cerró sus manos sobre las de él.

El cuerpo masculino estaba atormentado por estremecimientos repentinos. Él cerró sus ojos brevemente y cuando los reabrió, ella pudo haber jurado que vio... *cosas* oscuras moviéndose tras ellos, y tuvo esa corazonada que había tenido una vez antes, en su *penthouse*, como si hubiera otra presencia con ellos, antigua y fría.

Entonces sus ojos se despejaron, revelando tal desolación absoluta que su pecho se congestionó y ella casi no pudo respirar.

Él sufría. Y ella quería borrar ese sufrimiento. Nada más tenía importancia realmente. Ni siquiera quería sus estúpidas reliquias a cambio; sólo quería borrar esa mirada horrida y terrible de sus ojos de cualquier forma que pudiera.

Se humedeció los labios y ese fue todo el ánimo que él pareció necesitar.

La aplastó en sus brazos, la levantó y, en unas cuantas zancadas poderosas, la echó hacia atrás rudamente contra una de las piedras estáticas.

*Ah, entonces las piedras están todavía aquí*, ella pensó débilmente. *O yo estoy todavía aquí. O algo por el estilo.*

Entonces la boca de él fue caliente y hambrienta sobre la de ella y ya no le pudo haber importado menos dónde estaba o no. Podría haberse apoyado contra un enorme y sucio oso hambriento después del invierno por lo que le importaba, porque Dageus la besaba como si su vida dependiera de su enredo de lenguas y el calor entre ellos.

Él selló su boca apretadamente sobre la de ella, su lengua aterciopelada buscando, reclamando. Metió sus manos a la fuerza en sus rizos mojados, envolviendo puñados de cabello alrededor de sus puños, sujetando su cabeza en sus manos grandes y poderosas, su lengua ardiente zambulléndose profundamente en su boca.

La besaba como nadie que hubiera conocido en su vida. Había algo en él, una crudeza, una sensualidad carnal que rayaba lo bárbaro, algo que nunca podría explicar

a alguien más. Una mujer tenía que ser besada por Dageus MacKeltar para entender completamente cuán devastador era. Cómo podía hacer a una mujer caer de rodillas.

Por un momento incluso no pudo moverse. Sólo podía tomar su beso, sin fuerzas para devolverlo. Se sentía como si estuviese siendo consumida, y supo que el sexo con él sería igual de lascivo y plenamente salvaje. Nada de inhibiciones. Había estado atada a su cama con pañuelos de seda; sabía qué clase de hombre era. Aturdida, *mareada*, se arrebujó contra él, arqueándose, celebrando la sensación de sus manos grandes navegando sobre su cuerpo, deslizándose impacientemente bajo su sostén para cerrarse bruscamente sobre sus pechos, tentando sus pezones, la otra ahuecando su trasero y levantándola contra él. Febrilmente, ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas poderosas.

Se sentía tan excitada que latía, dolorida y vacía. Lloriqueó en su boca cuando él cambió de posición apenas, calzándolos tan perfectamente juntos que la cordillera dura de él se acunó en su calor flexible. *¡Oh, finalmente!* Después de negarlo, de rehusarse incluso a permitirse *pensar* en eso, él estaba allí, atrapado cómodamente en la V de sus muslos, enorme y ardiente. La empujó hacia atrás, contra la piedra, otra vez, moviéndose contra ella, conduciéndola a un frenesí erótico.

Enredando sus dedos en su grueso y sedoso pelo, ella se movió contra él, arqueándose a su vez cada vez que él empujaba, encontrándolo. Sus labios estaban herméticamente unidos a los de ella, su lengua profundamente en su boca. Ella estaba frenética de necesidad. Sus defensas no habían simplemente bajado, habían perdido el equilibrio, y ahora quería desvergonzadamente, todo, *todo* con lo que él la había estado tentando por tanto tiempo.

Como si hubiera leído sus pensamientos, él capturó una de las manos femeninas en la de él y la guió entre ellos, presionando su palma contra la protuberancia dura en sus pantalones vaqueros, y ella se quedó sin aliento cuando *se percató* de cuán grande era. Sólo lo había visto momentáneamente cuando él había dejado caer su toalla, pero se había preguntado acerca de eso desde que había encontrado esos condones incriminadores. No iba a ser fácil tomarlo, pensó, con un oscuro temblor erótico. *Todo* de él era demasiado hombre, y la regocijó, la sedujo para admitir finalmente sus fantasías más privadas. Por su pura naturaleza, él era la respuesta a todas ellas. Un hombre oscuro, autoritario, peligroso.

Ella lo tocó frenéticamente, tratando de moldear sus dedos sobre él a través de sus pantalones, pero la maldita cosa era demasiado estrecha, estirada por su turgencia pesada. Emitió un pequeño quejido de frustración y, gruñendo salvajemente, él la cambió de posición, la apoyó contra las piedras sujetándola con un brazo, mientras desabrochaba sus pantalones vaqueros.

Chloe jadeó, sus ojos enormemente abiertos, observando su hermoso rostro oscuro, tenso de lujuria mientras él se liberaba. Ella lo quería, lo necesitaba, estaba más allá de las consecuencias. La intensidad de la atracción entre ellos la obnubilaba. Luego él empujó su dureza caliente y gruesa en su mano.

Ella no podía cerrar su mano alrededor. El aliento se le atoró en la garganta y dejó caer la cabeza hacia delante, contra su pecho. No había manera.

—Puedes tomarme, muchacha—. Él acunó su mandíbula con su palma y sostuvo su cara hacia arriba para besos más urgentes y calientes. Cerró su mano sobre la mano femenina, moviéndola a lo largo de su erección gruesa. Ella lloriqueó, deseando que sus propios pantalones simplemente desaparecieran para poder tomarlo en su interior.

—¿Me necesitas, Chloe?— demandó él.

—Diría que lo hace, pero creo que no es el momento ni el lugar— cortó enérgicamente una seca voz a través de la noche.

Dageus se tensó contra ella con un juramento salvaje.

Chloe hizo un sonido que fue medio sorpresa, medio sollozo. *¡No, no, no!*, quiso gritar. *¡No puedo detenerme ahora!*

Nunca en su vida había querido algo tan desesperadamente. Esperó que quienquiera que hubiera hablado simplemente desapareciera. No quería regresar a la realidad, no quería pensar en las repercusiones de lo que iba a hacer. No quería regresar a las preguntas innumerables que tendría que encarar: acerca de Dageus, acerca de su paradero, acerca de sí misma.

Se congelaron en ese momento íntimo por lo que pareció una miserable eternidad, luego Dageus se estremeció y con una mano bajo su trasero, la recostó contra la piedra y se apartó de la mano de la joven. Ella estaba teniendo dificultades para soltarlo por sí misma, y dieron comienzo a una batalla corta, silenciosa y absurda que él ganó, ya que con desgana ella concedió que probablemente sólo era justo porque era una parte del cuerpo de él. Dageus permaneció inmóvil, inspirando calculadamente, luego la bajó al suelo.

Le tomó varios minutos volver a abrocharse sus pantalones vaqueros.

Dejando caer su cabeza oscura hacia adelante, sus labios en el oído de la joven, él dijo, con su acento enronquecido por el deseo:

—Aquí ya no hay retorno, muchacha. Ni siquiera se te ocurra decirme más tarde que no me tendrás. *Me tendrás*—. Entonces abruptamente, envolviendo un brazo firme alrededor de su cintura, los volvió a ambos para saludar al intruso.

Todavía mareada y jadeante de deseo, le llevó a Chloe algunos momentos enfocar. Cuando lo hizo, se sintió alarmada al descubrir que la niebla había desaparecido tan completamente como la tormenta, desembocando en una noche bañada en una luminiscencia perlina por una luna pingüe que colgaba más allá de los robles poderosos que se encumbraban alrededor del círculo de piedras. Se rehusó a hacer hincapié en el hecho que poco antes no había habido robles alrededor del círculo de piedras, sólo un espacio vasto de césped bien cortado. Si pensaba en eso demasiado tiempo, podría comenzar a sentirse enferma otra vez.

Así que se concentró, en lugar de eso, en el hombre alto, envejecido, con pelo blanco hasta los hombros, vestido con largas ropas azules, que estaba de pie a una docena de pasos de distancia, su espalda estrecha vuelta hacia ellos.

—Puedes dar la vuelta ahora— le ladró Dageus.

—Estaba concediéndote toda la privacidad que podía— el hombre masculló defensivamente, su postura rígida.

—Si hubieras deseado concederme privacidad, te habrías dirigido de vuelta al castillo, viejo.

—¿Así podrías desaparecer otra vez?— siseó el hombre a su vez—. Creo que no. Te perdí una vez. No lo haré de nuevo.

Con eso, el anciano dio la vuelta para confrontarlos y los ojos de Chloe se dilataron de asombro. ¡Lo había visto en alguna parte antes! ¿Pero dónde?

*Oh, no.* Tan rápidamente como se le ocurrió, lo negó, meneando la cabeza. Más temprano ese mismo día, en la galería de retratos del castillo de Maggie MacKeltar, había visto varios retratos de él exhibidos en una división donde la mitad de las pinturas alrededor de él habían sido removidas, dejando grandes lugares oscuros en la pared. Esa había sido una de las razones por las que la había atraído. Maggie le había dicho que los demás retratos de ese siglo en particular —el siglo XVI—, habían sido quitados y enviados fuera para ser restaurados.

La cara de ese hombre había permanecido mucho tiempo en su mente, porque había sido cautivada por su extraño parecido con Einstein. Con su pelo nevado, los sustanciosos ojos color café bordeados por líneas finas, y los surcos profundos enmarcando su boca, el hombre se parecía alarmantemente al genial físico teórico, si bien con un toque ligeramente hechiceril. Incluso Gwen había estado de acuerdo, con una sonrisa alegre, cuando Chloe había hecho una observación sobre eso.

—¿Q-quié es é-él?— tartamudeó Chloe dirigiéndose a Dageus.

Cuando Dageus no contestó, el hombre mayor se pasó ambas manos a través de los penachos de su cabello blanco y los miró con ceño.

—Soy su *pa*, mi querida. Silvan. Eso me hace pensar, creo, que él no te dijo más de lo que Drustan le dijo a Gwen antes de traerla aquí. ¿Es así? ¿O le dijiste a ella menos aún?— le disparó una mirada acusadora a Dageus.

Dageus permanecía quieto como una piedra al lado de ella. Chloe lo contempló, pero él no la miró.

—Dijiste que tu padre estaba muerto— dijo ella ansiosamente.

—Lo estoy— estuvo de acuerdo Silvan—, en el siglo veintiuno. Pero no en el siglo dieciséis, mi querida.

—¿Eh?—. Chloe parpadeó.

—Más bien extraño cuando uno lo pondera— concedió él con una expresión pensativa—. Como si fuera inmortal en mi propia parte del tiempo. Le da a un hombre pensante escalofríos.

—¿S-siglo d-dieciséis?—. Ella tiró fuertemente de la manga de Dageus, en una súplica que le indicaba que debía meterse de un salto y aclarar las cosas. Ahora.

Él no lo hizo.

—Sí, mi querida— contestó Silvan.

—Como en... quiere decir que como estoy viéndolo —lo que significa que está vivo o estoy soñando o he enloquecido—, que si no estoy soñando y no he perdido el juicio, debo estar, er... ¿donde no está muerto?— preguntó Chloe cautelosamente, asegurándose de no decirlo más claramente, porque entonces tendría que contemplarlo como un pensamiento válido.

—Una deducción brillante, mi querida— dijo Silvan con aprobación—. Aunque un poco evasiva. A pesar de eso, tienes la mirada de una muchacha lista.

—Oh, no— dijo Chloe firmemente, negando con la cabeza—. Esto no está ocurriendo. No estoy en el siglo dieciséis. Eso no es posible—. Contempló a Dageus otra vez, pero él todavía se rehusaba a mirarla.

Trozos desarticulados de conversación emergieron a través de su mente: portales en el tiempo y maleficios antiguos y razas míticas.

Chloe clavó los ojos en el perfil cincelado de Dageus, buscando desordenadamente en hechos que repentinamente tenían un significado terrible: él conocía más lenguajes que nadie que hubiera conocido, idiomas por mucho tiempo muertos; tenía antigüedades en perfecto estado; investigaba libros que giraban en torno a la historia de la antigua Irlanda y Escocia. Se había levantado en el centro de un círculo de piedras antiguas y le había pedido ir a un sitio con él sobre el que no podía contarle, pero que podía mostrarle, como si sólo viéndolo pudiera creerlo. Y en ese círculo de piedras, una tormenta poderosa se había levantado y ella se había sentido como si estuviera siendo desgarrada en trozos. Había habido un cambio repentino de clima, el paisaje incluía ahora árboles adultos y seculares que no habían estado allí antes, y había un anciano afirmando ser del siglo dieciséis.

Y mientras estaban en ese tema... si cualquier parte de sus condiciones actuales eran de hecho reales, ¿entonces qué estaba haciendo el padre de Dageus en el *siglo dieciséis*, por el bien del cielo? Se pegó a esa patente y preciosa pieza de información ilógica como la prueba de que estaba soñando. A menos que...

*¿Qué ocurriría si te dijera, muchacha, que soy un druida de tiempos antiguos?*

—¿Qué?— gruñó ella, mirándolo intensamente, con ojos furiosos—. ¿Debo supuestamente creer que *eres* del siglo dieciséis también?

Él finalmente la miró, y dijo rígidamente:

—Nací en mil cuatrocientos ochenta y dos, Chloe.

Ella se tambaleó como si él la hubiera golpeado. Luego comenzó a reír, e incluso ella oyó la nota de histeria en su voz.

—Bien— dijo alegremente—. Y soy el Hada de los Dientes.

—Sabes que sentías algo extraño acerca de mí— él presionó cruelmente—. Sé que lo hiciste. Lo podía ver en la forma en que me observabas algunas veces.

Dios santo, era cierto. Repetidamente. Había considerado que él era extrañamente anacrónico, con una sensación bizarra de... antigüedad.

—Eres fuerte, pequeña Chloe. Puedes aceptar esto. Sé que puedes. Te ayudaré. Te lo puedo explicar, y ya verás que esto no es... *magia*, sino alguna suerte de física que los

hombres modernos todavía no pueden...

—Oh, no— lo cortó ella, negando con la cabeza con vehemencia. Un hipo terminó su risa abruptamente—. Es imposible— insistió, rechazándolo todo con un grandioso movimiento—. Todo esto es imposible—. Hipo—. Estoy soñando, o... algo. No sé qué, pero no voy a —*hipo*— pensar más en esto. Así que incluso no te tomes la molestia de tratar de conven...

Ella calló súbitamente, de pronto demasiado aturdida para continuar. El trauma de la tormenta, la absurdidad de la conversación, fueron demasiado. Sentía que sus rodillas podrían doblarse bajo ella. *Realmente*, pensó con debilidad, *había sólo un límite que podía esperarse que una chica pudiera manejar, y druidas viajando en el tiempo simplemente no eran parte de ello*. Más de esa risa indefensa burbujeó en su interior.

Como desde una distancia lejana, oyó a Silvan decir bruscamente:

—Es bueno verte otra vez, muchacho. Nellie y yo hemos estado muy preocupados por ti. Och, la muchachita va a caerse, hijo. Podrías sostenerla ahora.

Cuando los brazos fuertes de Dageus se deslizaron alrededor de ella, Chloe desechó las voces y se abrazó a la misericordia del olvido, porque sabía que cuando despertara otra vez, todo estaría bien. Estaría en la cama, en el castillo de Gwen y Drustan, después de tener uno de esos sueños extrañamente intensos acerca de Dageus.

*Me gustan más los sueños sexuales*, fue su malhumorado pensamiento final, a medida que sus rodillas cedían y su mente se volvía un espacio vacío.

Adam Black estaba dormitando —no durmiendo, pues los *Tuatha de Danaan* no dormían, sino que flotaban suavemente en el recuerdo y el tiempo— cuando los nueve miembros del concejo comparecieron detrás del estrado de su reina.

Él se incorporó abruptamente.

Uno de ellos habló en el oído de la reina. Ella inclinó la cabeza y les dio permiso para regresar a dondequiera que el elusivo concejo tenía su hogar.

Entonces Aoibheal, reina de los *Tuatha de Danaan*, levantó sus manos al cielo y dijo:

—El concejo ha hablado. Será una prueba por sangre.

Adam se tensó para levantarse, pero se contuvo, y se forzó a hundirse de nuevo en su *chaise* acolchado. Esperó, midiendo las reacciones de los demás, congregados en la enramada del bosque en la isla de Morar, donde la reina solía tener su tribunal. Adormeciéndose bajo las canopias sedosas, los demás se movieron lánguidamente, sus voces melódicas zumbando suavemente.

No oyó protestas. *Tontos*, pensó, *es una maravilla que hayamos sobrevivido tanto tiempo*. Aunque inmortales, podían ser destruidos.

Cuando Adam habló, su voz fue desapasionada, bordeando el aburrimiento, como era apropiado entre los de su clase.

—Mi reina, quiero hablar, si me lo permites.

Aoibheal echó una mirada su dirección. Hubo una tenue luz de aprecio en su mirada mientras lo contemplaba. Él llevaba su aspecto favorito, el de un herrero alto, de pelo oscuro, con músculos ondulantes. Un hombre hermoso, de otro mundo, que solía acechar a los viajeros humanos, particularmente a las mujeres. Un herrero que se los llevaba a lugares y les hacía cosas que más tarde recordaban como un oscuro soñar de placer interminable.

—Tienes mi oído—. Ella inclinó su cabeza regiamente.

Y pocas veces, Adam pensó, también otras partes suyas cuando ella así lo honraba. Aoibheal tenía un cierto cariño por él, y contaba con eso ahora. Él era diferente a cualquier otro de su raza, en maneras que los desconcertaban, tanto a él como a ellos. Pero la reina parecía disfrutar de esas diferencias. De todos sus súbditos, Adam sospechaba que él era el único que todavía lograba asombrarla. Y la sorpresa era néctar de los dioses para aquellos que vivían para siempre, para aquellos que habían perdido el asombro y el temor hacía una eternidad. Para aquellos que espiaban los sueños de los mortales porque no poseían sus propios sueños.

—Mi reina— dijo él, hundiendo una rodilla ante ella—, sé que el Keltar rompió su afidávit. Pero si uno examina a esos Keltar, se encuentra con que ellos, por miles de años, se han comportado de manera ejemplar.

La reina lo contempló un momento bastante fríamente, luego encogió un hombro delicado.

—¿Entonces?

—Considera al hermano del hombre, mi reina. Cuando Drustan fue encantado por un adivino y forzado a dormitar por cinco siglos, la línea Keltar quedó destruida. Cuando fue despertado en el siglo veintiuno por una mujer, él cruzó distancias extraordinarias para regresar a su tiempo e impedir que la catástrofe ocurriera, para que su linaje permaneciera intacto, siempre protegiendo la tradición.

—Me doy cuenta de eso. Desafortunadamente su hermano no se pareció más a él.

—Creo que lo hace. Dageus rompió su afidávit solamente para salvar la vida de Drustan.

—Ese es un motivo personal. El linaje no estaba amenazado. Tenían expresamente prohibido usar las piedras para provecho personal.

—¿Cómo podría considerarse provecho personal?— rebatió Adam—. ¿Qué ganó Dageus al hacerlo? Aunque salvó la vida de Drustan, Drustan continuó en el sueño profundo. Él no recuperó a su hermano. No obtuvo nada.

—Entonces más tonto él.

—Es tan honorable como su hermano. No hay nada de malo en lo que hizo.

—La cuestión no es si fue malo, sino si rompió su juramento, y así fue. Las condiciones del Pacto estaban claramente definidas.

Adam respiró cuidadosamente.

—Somos quienes les dieron el poder de viajar por el tiempo. Si nosotros no lo

hubiéramos hecho, la tentación nunca habría existido.

—Ah, ¿ahora es nuestra culpa?

—Sencillamente digo que él no usó las piedras para ganar riqueza o poder político. Lo hizo por amor.

—Suenas como un humano.

Era el más infame insulto entre los de su clase.

Adam guardó sabiamente silencio. Había hundido sus proverbiales alas por su reina antes.

—A pesar de por qué lo hizo, Adam, él ahora alberga a nuestro antiguo enemigo dentro de sí.

—Pero todavía no es oscuro, mi reina. Han pasado muchos meses mortales desde que lo tomaron. ¿Cuántos mortales conoces que podrían resistir a esos trece Druidas sólo por la voluntad? Los conociste bien. Conoces su poder. ¿Pero lo someterías a la prueba de sangre que el concejo ha demandado? ¿Matarías a cada persona que este hombre ama para probarlo? Si destruyes su linaje entero para esto, ¿quien renegociará El Pacto?

—Quizá viviremos sin él— ella dijo ligeramente, pero él vio un tenue indicio de ansiedad en sus ojos preciosos e inhumanos.

—¿Te arriesgarías a eso? ¿Que nuestros mundos colisionen? ¿Que cohabiten los mortales y los *Tuatha de Danaan* otra vez? El Keltar ha violado su juramento, pero nosotros aún no hemos violado el nuestro. En el momento que lo hagamos, El Pacto será nulo y las paredes entre nuestros reinos se desmoronarán. La prueba de sangre nos forzará a compartir la tierra, mi reina. ¿Es eso lo que quieres?

—Él está en lo correcto—. El consorte de la reina hizo el esfuerzo de decir—. ¿El concejo consideró eso?

Si Adam conocía al concejo la mitad de bien de lo que pensaba, entonces lo habían hecho, sí. Había algunos en el alto concejo que extrañaban las viejas costumbres, aquellos que prosperaban en el caos y las maquinaciones mezquinas. Afortunadamente, no incluían a su reina. Con excepción de sus pasatiempos caprichosos, ella desdeñaba a la humanidad y tenía pocas ganas de verlos caminando en su mundo otra vez.

El silencio cubrió al tribunal.

Aoibheal dobló sus dedos delgados y descansó su barbilla delicada en ellos.

—Interésame. ¿Estás sugiriendo una alternativa?

—Una orden de Druidas en Gran Bretaña, descendientes de aquellos que dispersaste milenios atrás, ha estado aguardando el regreso de los Draghar; abrigan planes de forzar la transformación del Keltar. Si tienen éxito, entonces haz lo que desees con él. Deja que esa sea su prueba.

—¿Estás presentando una súplica formal por su vida, Amadan?— ronroneó Aoibheal, su mirada iridiscente brillando tenuemente, con intensidad repentina.

Ella había dicho parte de su nombre verdadero. Una advertencia sutil. Adam se quedó con la mirada fija en la distancia por tiempo incalculable. Dageus MacKeltar no significaba nada para él. Pero sentía una fascinación implacable por los mortales, y

ciertamente, pasaba la mayor parte de su tiempo entre ellos de alguna forma, hasta cierto punto. Sí, su raza tenía poder, pero los mortales tenían otra clase de poder, uno enteramente imprevisible: el amor. Y una vez, bastante tiempo atrás —algo casi no oído entre los de su clase— con una mujer mortal, él lo había sentido.

Había engendrado un hijo medio mortal.

Aunque lo había intentado por mucho tiempo, no había olvidado esos años breves con Morganna. Morganna, que había rehusado su oferta de inmortalidad.

Él recorrió con la mirada a su reina. Ella exigiría un precio a cambio si él presentaba una súplica formal por la vida de un mortal.

Sería un precio atroz.

No obstante, pensó, con un encogimiento de hombros de tedio inmortal, la eternidad había sido demasiado plácida últimamente.

—Sí, mi reina— dijo, echándose hacia atrás el pelo y sonriendo con serenidad cuando el tribunal se quedó sin aliento colectivamente—. Lo hago.

La sonrisa de la reina fue tan aterradora como bella.

—Mencionaré tu precio cuando la prueba del Keltar haya terminado

—Y aguardaré tu ley, pidiendo este don: si el Keltar supera a la secta de los Draghar, los trece serán reclamados y destruidos.

—¿Harías un trato conmigo?—. Una nota débil de incredulidad impregnó su voz.

—Haría un trato por la paz de nuestras razas. Entiérralos en el olvido. Cuatro mil años fueron lo suficientemente largos.

Lo que sólo podría ser llamado una sonrisa afectada, muy humana, cruzó los delicados rasgos de la reina.

—Querían la inmortalidad. Sencillamente se las di—. Ella irguió su cabeza—. ¿Haremos una apuesta sobre el resultado?

—Sí, apuesto que él perderá— dijo Adam rápidamente. Allí estaba, lo que había estado esperando. La reina era la criatura más poderosa de su raza.

Y odiaba perder. Aunque no levantaría una mano para ayudar a Dageus, al menos ahora, no levantaría su mano para dañarlo.

—Oh, tú pagarás, Amadan. Por esto, pagarás muy caro.

De eso no tenía ninguna duda.

## Capítulo 17

—Deja de *mirarme fijamente*— siseó Dageus.

—¿Qué?— Silvan se encrespó—. ¿No tengo permiso de mirar a mi propio hijo?

—Me miras como si esperaras que me salieran alas, una cola bífida y pezuñas

hendiditas—. Sin importar que él se sintiera como si pudiera suceder. Desde el momento en que había pasado a través de las piedras, desde el momento en que los trece habían encontrado sus voces, había sabido que la batalla se había desplazado a una palestra nueva y mucho más peligrosa. Los Antiguos dentro de él habían sido alimentados por el poder puro cuando había abierto el puente hasta el final del tiempo.

Con un esfuerzo inmenso de voluntad, se cerró, se tensó y proyectó la pretensión de que todo estaba bien. Usar magia para encubrir su oscuridad sería un gran error y lo sabía, alimentando precisamente aquello que se empeñaba en esconder, pero tenía que hacerlo. No se atrevía a dejar que Silvan lo observara por el momento. Necesitaba registrar la biblioteca Keltar y si Silvan lo sentía ahora, sólo Dios sabía lo que haría. Con seguridad, no sería precisamente invitarlo con una reverencia al santuario interior de la tradición Keltar.

Silvan se veía alarmado.

—¿Es el cambio de formas una de sus artes?— inquirió, evidenciando una fascinación absoluta.

Típico de Silvan, pensó Dageus sombríamente, que su curiosidad traspasara los límites de la cautela. Se había preocupado una o dos veces de que Silvan pudiera un día sentirse tentado a meterse a la ligera en las artes negras, nada más que impulsado por la curiosidad. Su padre y Chloe compartían eso, una necesidad insaciable por saber.

—No. Y todavía estás haciéndolo— dijo Dageus fríamente.

—Simplemente siento curiosidad acerca de la extensión de tu poder—. Silvan resopló por la nariz, asumiendo una expresión humilde. Con una inteligencia tan penetrante en su mirada, estaba muy lejos de ser convincente.

—Bien, no lo hagas. Y no escarbes en ellos—. Och, sí, los Antiguos en su interior se ponían más agresivos. Intuyendo el poder de Silvan, trataban de alcanzarlo a través de él. Silvan era pasto mucho más sustancioso que Drustan; siempre había tenido una concentración más fuerte que sus hijos.

Su padre era adicionalmente avezado en el arte del escuchar profundamente, arte que Dageus nunca había logrado perfeccionar, una consideración meditativa que desnudaba las mentiras, exponiendo los huesos desnudos de la verdad. Por eso la desesperación que había vislumbrado en la mirada de su *pa* la noche que había huido lo había aterrorizado tanto. Había temido que Silvan hubiera visto algo que él mismo no podía ver, y no quería saberlo.

Y era por lo que, en esos momentos, usaba toda su voluntad para mantener a los Antiguos a raya, y a su padre apartado al mismo tiempo.

—Lo sé, muchacho— dijo Silvan, sonando repentinamente rendido—. Has cambiado desde la última vez que te vi.

Dageus no dijo nada. Había logrado evitar directamente la mirada de su padre desde el momento en que Chloe había desfallecido, dirigiéndole sólo miradas superficiales. Entre la conciencia intensificada de los trece y la tormenta sexual, que permanecía rugiente, caliente y no saciada en su interior, no podía verlo a los ojos.

Cuando había llevado a Chloe escaleras arriba hacia su propio dormitorio, la había metido en la cama y susurrado un hechizo suave de sueño para que durmiera tranquila toda la noche, Silvan lo había seguido y Dageus había sentido su mirada evaluativa martillando en el dorso de su cráneo.

Apenas había podido soltarla. Y aunque no miró a su padre, había estado agradecido por su presencia, por frenar los pensamientos oscuros que había estado teniendo acerca de despertarla a medias y...

—Mírame, hijo— dijo Silvan, su voz baja e implacable.

Dageus giró lentamente, atento para no encontrar su mirada. Respiró lentamente en alientos medidos, uno tras otro.

Su padre estaba de pie delante de la chimenea, sus manos enterradas en los pliegues de su túnica de color cobalto. A la luz suave de docenas de velas y globos de aceite, su cabello blanco era un halo alrededor de su cara arrugada. Dageus conocía el origen de cada línea. Los surcos en sus mejillas habían aparecido poco después de que su madre hubiera muerto, cuando Drustan y él habían sido muchachos de quince. Las arrugas anchas en su frente habían sido marcadas en su piel por un constante alzamiento de sus cejas mientras consideraba cuidadosamente los misterios del mundo y las estrellas más allá de él. Las líneas que englobaban su boca eran de sonreír o fruncir el ceño, nunca de llorar. *Bastardo estoico*, pensó Dageus repentinamente. Nadie lloraba en el Castillo Keltar. Nadie sabía cómo. Excepto quizá la segunda esposa de Silvan y *siguiente madre* de Dageus, Nell.

Los ojos café profundo de Silvan, rodeados de líneas que se alzaban hacia arriba en los bordes exteriores, eran de entrecerrarse en la luz baja mientras trabajaba diligentemente en su tarea. Silvan era un escriba fino, y poseía una mano envidiablemente estable, y se había dedicado a pasar en limpio, con páginas exquisitamente embellecidas, los tomos más viejos cuya tinta se había desvanecido con el paso del tiempo.

Cuando había sido un muchacho, Dageus había pensado que su *pa* tenía los ojos más sabios que él alguna vez había visto, llenos de un conocimiento especial, secreto. Se percató de que todavía pensaba eso. Su *pa* nunca había sido derribado de su pedestal.

Sus entrañas se tensaron. Quizá Silvan nunca había caído, pero *él* ciertamente lo había hecho.

—Vamos, *pa*— dijo él ásperamente—. Rúgeme. Dime cómo te fallé. Dime cómo no he sido nada excepto una decepción. Recuérdame mis juramentos. Arrójame fuera si estás dispuesto, porque no tengo tiempo que perder.

La cabeza de Silvan se sacudió con fuerza, en una negación brusca.

—Dímelo, *pa*. Dime cómo Drustan jamás habría hecho algo así. Dime cómo...

—¿Verdaderamente deseas que te diga que tu hermano es menos hombre que tú?— lo interrumpió Silvan, su voz baja y cuidadosamente medida—. ¿Necesitas oírme decir eso?

Dageus dejó de hablar, su boca entreabierta.

—¿Qué?— siseó—. Mi hermano no es menos hom...

—Tú diste tu vida por tu hermano, Dageus. ¿Y le pides a tu padre que te condene por eso?—. La voz de Silvan se quebró al pronunciar las palabras.

Muy para el horror de Dageus, su *pa* se encogió. Sus hombros se encorvaron y su figura magra se sacudió con fuerza. Repentinamente sus ojos refulgían de lágrimas.

*Och, Cristo.* Dageus maldijo silenciosamente, conteniéndose duramente. No se atrevería a llorar. Ninguna grieta. Las grietas podían convertirse en hendeduras y las hendeduras en cañones. Cañones en los que un hombre podía perderse.

—Pensé que nunca te vería otra vez—. Las palabras de Silvan hicieron eco rigurosamente en el vestíbulo de piedra.

—*Pa*— dijo Dageus a duras penas—, repúdame. Ríñeme. Por el amor de Cristo, *grítame*.

—No puedo—. Las mejillas arrugadas de Silvan estaban mojadas de lágrimas. Rodeó la mesa y lo agarró, abrazándolo ferozmente, golpeándolo en la espalda.

Y llorando.

Aunque Dageus viviera para tener cien años, nunca querría ver a su padre llorar otra vez.

Algo de tiempo más tarde, después de que Nell hubiera aparecido y el asunto enteramente horrible de las lágrimas había sido repetido, después de ella hubiera trajinado preparando una comida ligera y se hubiera retirado otra vez a inspeccionar a sus hermanos pequeños, la conversación derivó al propósito sombrío de por qué había regresado.

Hablando en tonos enérgicos, abstraídos, Dageus puso a Silvan al tanto de todo lo que había acontecido desde la última vez que se habían visto. Le dijo cómo había ido a América, y había buscado los textos, sólo para admitir finalmente que iba a tener que solicitar ayuda a Drustan. Le dio cuenta del ataque extraño a Chloe, y de los Draghar. Le dijo que habían descubierto que los textos acerca de los *Tuatha de Danaan* habían desaparecido, y que parecía intencional.

Silvan miró lo ceñudamente.

—Dime, muchacho, ¿hiciste que Drustan revisara bajo la losa?

—¿Bajo la losa de la torre? ¿Esa en la cual dormitó?

—Sí— dijo Silvan—. Aunque hasta la fecha he depositado solamente dos textos allí, he estado planeando encontrar algo que pudiera ser de ayuda y guardarlo bajo ella. En previsión de eso, dejé instrucciones claras de que Drustan debía mirar allí.

Dageus cerró sus ojos y negó con la cabeza. ¿Había sido ese viaje innecesario? ¿Podría haber evitado todo? Probablemente. En algunos años más, era muy probable que Silvan hubiera recogido cada tomo que él había estado buscando y los guardara bajo

la losa. Habían estado allí, en el siglo veintiuno, todo el tiempo.

—¿Dónde estaban las instrucciones? ¿En la carta que le dejaste?

—Sí.

—¿La misma carta en la cual le dijiste lo que yo había hecho?

Silvan asintió con la cabeza otra vez.

—¿Lo dijiste expresamente, o lo hiciste enigmáticamente, *pa?*—. Conociendo a su padre, había sido seguramente algo críptico.

Silvan lo miró con ceño.

—Dije “dejé algunas cosas para ti bajo la losa”— contestó malhumoradamente—. ¿Cuánto más claro debe ser un hombre?

—Mucho más, porque aparentemente Drustan nunca miró. Mi suposición es que él estaba tan perturbado por las noticias que contenía tu misiva, que rompió la carta o la tiró. Por la forma que lo expresaste, a lo mejor pensó que habías dejado recuerdos o una cierta cantidad de bagatelas.

Silvan se veía tímido.

—No había pensado en eso.

—Dijiste que has estado registrando los tomos. ¿Has descubierto algo?

Una expresión cautelosa titiló a través de los rasgos de su padre.

—Sí, he estado investigando, pero es un trabajo lento. Los textos más antiguos son los más difíciles de leer. No hay uniformidad de ortografía, y frecuentemente tienen poco uso del alfabeto.

—Pero, ¿qué hay sobre...?

—Suficiente acerca de los textos por ahora— lo interrumpió Silvan—. Habrá tiempo bastante en la mañana. Háblame de tu muchacha, hijo. Debo confesar que me sorprendió ver que habías traído a una mujercita contigo.

Los latidos del corazón de Dageus se aligeraron y sus venas se llenaron de ese calor helado peculiar. *Su muchacha. Suyá.*

—Aunque pareció pasarla mal comprendiendo tu uso de las piedras como un puente entre los siglos, sentí una voluntad fuerte y una mente fogosa. Sospecho que volverá en sí sin demasiada bulla— meditó Silvan.

—Yo también lo pienso.

—No le has dicho qué te pasa, ¿verdad?

—No. Y no se lo digas tú. Yo se lo diré en el momento adecuado.

“Adecuado”... como si alguna vez hubiera un momento así. El tiempo era su enemigo ahora como nunca antes.

Un silencio cayó entonces. Un silencio embarazoso, gravitante, lleno de preguntas pero demasiado pocas respuestas, inundado de preocupaciones tácitas.

—Och, hijo— dijo Silvan finalmente—, me estaba matando no saber qué había sido de ti. Estoy feliz de que hayas regresado. Encontraremos la manera. Lo prometo.

Más tarde, Silvan consideró cuidadosamente esa promesa con arrepentimiento. Caminó con pasos largos y despaciosos, refunfuñó, maldijo.

Sólo después de que Dageus se hubiera retirado escaleras arriba y las suaves horas del amanecer habían llenado sus huesos rendidos con desencanto —por Amergin, ya tenía sesenta y cinco, demasiado viejo para tales actividades—, admitió entonces que debía tener algo que mostrar de su trabajo. No había sido enteramente franco con Dageus.

Había estado devorando los textos antiguos desde la noche en que Dageus había confesado y había escapado. De una manera rara, aunque había estado condenadamente cerca de desbaratar el castillo, no había podido encontrar ningún documento con fecha anterior al primer siglo. Y *sabía* que una vez habían tenido muchos. Estaban referenciados en muchos de sus textos en la biblioteca de la torre.

¡Pero no había podido encontrar las condenadas cosas, y podía consentir que el castillo fuera enorme, pero cualquiera pensaría que uno podía seguir la pista a su propia biblioteca!

Según las leyendas, incluso tenían el Pacto original, sellado entre la raza de los hombres y las hadas, en algún lugar, sólo Dios sabía dónde. ¿Cómo podían ellos no saberlo?

*Porque, se contestó sardónicamente, cuando pasa tanto tiempo que un cuento se aleja de su origen, pierde mucho de su realidad.*

Aunque él había relatado a sus hijos las leyendas Keltar, privadamente había pensado que las historias de los pasados milenios *seguramente* habían sido embellecidas un poco, posiblemente una especie de mito de creación destinado a explicar las dotes inusuales de los Keltar. Aunque había obedecido sus juramentos, una parte de su mente nunca las había creído completamente. Sus propósitos diarios habían sido propósito suficiente: los rituales druidas marcando las estaciones, el cuidado de los aldeanos de Balanoch, la educación de sus hijos y sus propios estudios. No había necesitado creer en todo el resto.

La verdad amarga era, que ni siquiera *él había creído* realmente que hubiera algún mal antiguo en El Pacto.

*Cuánto hemos olvidado y hemos perdido*, caviló. Apenas había dedicado un pensamiento a la raza legendaria que supuestamente había colocado a los Keltar en su destino como clan. No hasta que su hijo se había ido y había roto su juramento, violando así un supuesto Pacto cuya existencia se había convertido más en un mito que en realidad.

*Pues bien*, caviló sombríamente, *ahora al menos sabemos que las leyendas antiguas son ciertas.*

Poco consuelo.

No, su búsqueda no había podido desenterrar incluso un ápice de información interesante. Ciertamente, había comenzado a temer que los Keltar hubieran descuidado

imperdonablemente su tutela de la tradición antigua, que el hecho de que Dageus hubiera quebrado el juramento fuera simplemente una falla más en una larga lista de fallas.

Sospechaba que habían dejado de creer siglos atrás, apartando el manto de un poder que exigía un precio demasiado alto. Por generaciones, los hombres Keltar habían estado poniéndose progresivamente más retraídos, cansados de proteger el secreto de las piedras, cansados de esconderse en las colinas y de ser mirados con miedo. Cansados de ser tan malditamente diferentes.

A medida que las épocas oscuras habían dado paso a las más luminosas, así, también, los Keltar parecieron abandonar la carga de su propio pasado.

Su hijo pensaba que había fallado, pero Silvan tenía mejor criterio. *Todos* habían fallado.

En la mañana se sentaría con las escrituras antiguas y buscaría nuevamente. Silvan no tenía corazón para decirle a su hijo que casi había terminado su búsqueda, y si hubiera alguna respuesta para ser encontrada en ellas, había sido demasiado torpe para percibirla.

Sus ojos se estrecharon, y sus pensamientos volvieron a la muchachita que su hijo se había llevado con él. Cuando la tormenta lo había despertado —una tormenta como pocas que hubiera oído antes—, se había apresurado a salir, rogando que fuera Dageus que regresaba.

Había llevado bastante tiempo para que la niebla se aclarara, y aunque había gritado, Dageus no había contestado. Cuando la niebla se había levantado, Silvan había entendido por qué.

En la estimación de Silvan, ésta era la muchacha que podría ser su mejor esperanza. Tanto tiempo como su hijo la amase —y lo hacía, aunque él mismo no estuviera seguro—... bueno, el mal no amaba. El mal intentaba seducir, poseer y conquistar, pero no tenía sentimientos por el objeto de su deseo. Siempre que el amor estuviera vivo en Dageus, tenían un punto de apoyo, por muy pequeño que fuera.

Och, la muchacha y él iban a hacerse muy amigos, decidió Silvan. Ella iba a conocer al Dageus joven que una vez había andado a lo largo de esas colinas llenas de brezos, nutriendo la tierra y cicatrizando a las bestezuelas pequeñas, el Dageus afable con un corazón salvaje. Nellie y él se encargarían de ello. Los dones de Dageus siempre se habían inclinado por las artes sanadoras, y ahora él necesitaba sanarse a sí mismo.

Si la muchacha no amaba ya a su hijo —no había tenido suficiente oportunidad para indagarla—, haría todo lo que estuviera en su poder para conquistarla para él.

*No escarbes en ellos*, le había advertido Dageus fríamente, hablando del mal antiguo dentro de él.

Pero Silvan había escarbado. Silvan *siempre* escarbaba. Y a pesar de las barreras que su hijo había erigido, conteniéndolos un poco, lo había hecho y Silvan estaba, simplemente, horrorizado por lo que crecía dentro de Dageus.

## Capítulo 18

—Sé que estoy soñando— anunció Chloe coloquialmente la mañana siguiente mientras descendía las escaleras hasta la gran *hall*. Se deslizó en una silla, uniéndose a Silvan, Dageus, y una mujer a quien aún no conocía que estaban —eh, bueno, ella *soñaba* que estaban— desayunando.

Tres pares de ojos la contemplaron con expectación y, alentada por su atención, ella continuó.

—Sé que no acabo de usar el equivalente de un pequeño retrete, arriba, en un armario—. Con paja como papel higiénico, nada menos—. Y sé que no estoy llevando un vestido, y que seguramente no estoy usando...— se miró con atención los pies... unas pequeñas zapatillas encintadas de satén—. Enderezándose en su silla, tomó una cucharada de mermelada de un plato—. Y sé que esta mermelada de fresa es simplemente una... ¿q-qué invención *es* ésta?—. Sus labios se arrugaron.

—Conserva de tomate, mi querida— contestó suavemente el hombre que se había identificado más temprano en el sueño como Silvan, con una sonrisa que trató de esconder.

*Esto no está bien*, pensó Chloe. En un sueño, el soñador controlaba qué sabor tenían las cosas. Había estado pensando en dulce mermelada de fresa y había obtenido una asquerosa legumbre sin azúcar. Más pruebas, pensó lúgubrementes, como si las hubiera necesitado. Recorrió la mirada alrededor de la mesa buscando algo de beber.

Dageus deslizó hacia ella una gran taza de leche cremosa a través de la mesa.

Ella bebió ávidamente, mirándolo a hurtadillas sobre el borde. Había tenido sueños eróticos con él toda la noche. Sueños aterradoramente intensos, en los cuales él la tomaba en cada forma que era posible que un hombre tomara a una mujer. Y ella había adorado cada minuto de ello, se había despertado sintiéndose toda suave y juguetona, casi ronroneando. El cabello negro de Dageus estaba apartado hacia atrás de su cara esculpida, en una trenza floja. Llevaba puesta una camisa de lino desenlazada que revelaba una pecaminosa extensión de pecho dorado y musculoso. Hombre grande y bello. Hombre sexy y temible.

Chloe no era estúpida. Sabía que no estaba soñando. Una parte suya lo había admitido la noche anterior, o no habría desfallecido. Eso, en una forma extraña, parecía una evidencia en sí misma: ¿una mente soñadora desfalleciendo en la “realidad” de su propio sueño? ¿Una mente ya inconsciente deslizándose en la inconsciencia? Podría enredarse en ese pensamiento si lo consideraba cuidadosamente demasiado tiempo.

Al despertarse esa mañana, había vagado por el piso alto, corriendo a toda prisa por los corredores, mirando a hurtadillas en las cámaras y fuera de las ventanas,

ensamblando trozos de información. Había tocado, había mirado con atención, había sacudido, incluso había roto algunas cosas menores que había estimado reemplazables como parte de su inspección.

Todo eso, las texturas y perfumes y sabores, eran simplemente demasiado tangibles para ser una invención de su mente inconsciente. Además, los sueños tenían enfoques estrechos; no llegaban completos con guardas en la periferia y sirvientes emprendiendo deberes que nunca hubiera imaginado, más allá de las ventanas.

Estaba en el castillo de Maggie MacKeltar... pero no completamente *ese* castillo. Había adiciones perdidas, un ala entera todavía sin construir. Mobiliario que no había estado allí el día anterior, más el mobiliario que faltaba ese día, ¡por no decir nada de todas esas personas nuevas! Para todas las apariencias —imposible de comprender— era el castillo de Maggie hacía casi cinco siglos.

—¿No vas a presentarme?— dijo mientras deslizaba la taza grande de regreso a Dageus y recorría curiosamente con la mirada a la mujer mayor, de unos cuarenta años. No podría ser su madre, meditó, a menos que lo hubiera tenido increíblemente joven, incluso para los tiempos medievales. Vestida con un traje color lapislázuli parecido al de ella, la preciosa mujer tenía una belleza delicadamente desvanecida pero eterna. Su pelo rubio ceniza estaba levantado hacia arriba en una trenza intrincada, con mechones desflecados alrededor de su cara, muy parecido a cómo lo usaba Gwen, pensó Chloe.

—Éste es tu sueño, muchacha. Ponle nombre por ti misma— dijo Dageus, observándola con una expresión burlona.

Él sabía que ella lo sabía. Maldito hombre.

—Oh, Dageus, ¿qué me hiciste?— suspiró Chloe, derrumbándose bruscamente en su silla—. Pensaba que eras simplemente un mujeriego rico y excéntrico. Pues bien, también pensaba que eras un ladrón durante algún tiempo...— murmuró—, y un secuestrador, pero no pensé que...

—¿Te gustaría ver la biblioteca, muchacha?— ofreció, sus ojos oscuros brillando intensamente.

Chloe entrecerró sus ojos.

—¿Piensas que va a ser tan fácil? ¿Muéstrale a la chica algunos libros impresionantes y ella pensará que está bien que en cierta forma la llevaras a través del tiempo?—. Tristemente, pensó, él podría estar en lo correcto, porque en el mismo momento en que había dicho “biblioteca”, su ritmo cardíaco se había acelerado. Un montón de preguntas se encaramaban en la punta de su lengua, pero no podía resignarse todavía a hablar de “realidad” como si fuera auténtica.

—Bien, entonces. Vamos a las piedras. Te devolveré ahora mismo—. Él se levantó y ella le echó la primer mirada más abajo de su cintura. El cómodo cuero negro de sus *trews* envolvía sus muslos y caderas poderosas. Dios Bendito. La boca se le quedó seca. Era imposible ignorar la protuberancia en ellos.

—Espera simplemente un...— comenzó Silvan, pero se detuvo bruscamente ante la mirada admonitoria de Dageus.

—Sabes que no estás soñando— dijo Dageus rotundamente.

Chloe se forzó a arrancar la mirada de la parte inferior de su cuerpo y frunció los labios.

—Entonces ven. Te devolveré— gesticuló Dageus impacientemente.

Chloe se quedó sentada. No iba a ir a ninguna parte.

—¿Estás diciendo que me podrías regresar cuando quieras?

—Sí, muchacha. Esto es no nada más que un poquito de física que tu siglo aún no ha descubierto—. Su tono era despegado, como si no estuviera discutiendo nada más significativo que un nuevo adelanto de la tecnología del siglo veintiuno—. Sin embargo— continuó—, por lo que leí mientras estaba en tu tiempo, apostarí que no tardará mucho más. Chloe, los druidas, por mucho tiempo, hemos poseído más conocimiento de arqueoastronomía y matemáticas sagradas que cualquier otro pueblo—. Cuando ella no respondió, él dijo—: ¿Verdaderamente creíste que la tuya era la civilización más adelantada que alguna vez haya existido? ¿Que ninguna llegó antes? Considera a los romanos y las subsiguientes Edades Oscuras. ¿Piensas que Roma debía ser la primera gran civilización en levantarse y caer? El conocimiento, repetidamente, ha sido ganado y perdido, para ser un día recobrado otra vez. Los druidas sencillamente han logrado mantener su tradición a través de las épocas oscuras.

*Una plausible, si bien abrumadora, posibilidad*, concedió ella silenciosamente. Ciertamente explicaba el propósito de todos esos monumentos misteriosos de piedra que dejaban perplejo al hombre moderno, muchos de ellos contruidos en épocas tan tempranas como el 3500 antes de Cristo. Los historiadores incluso no podían ponerse de acuerdo sobre *cómo* se habían contruido los monumentos antiguos. ¿Era concebible que miles de años atrás, una raza o tribu hubiera vivido y hubiera logrado una comprensión adelantada de la física, necesaria al mismo tiempo para contruir esos “dispositivos” y usarlos?

Sí, reconoció, impresionada. Era concebible.

Él había dicho “los druidas” como si *él* fuera uno también. Y ella, simplemente, no lo había creído.

Había estudiado a los druidas como parte de su trabajo en el programa para obtener su maestría. Había examinado cuidadosamente los hechos escasos y las ficciones más extrañas. ¿Qué era lo que César había escrito en el primer siglo de la era cristiana, durante las Guerras Gálicas? *Los druidas tienen mucho conocimiento de las estrellas y su movimiento, del tamaño de mundo y de la tierra, de filosofía natural, y de los poderes y las esferas de acción de los dioses inmortales.*

César mismo lo había dicho. ¿Quién era ella para discutirlo?

Plinio, Tácito, Lucan, y muchos otros escritores clásicos también habían escrito sobre los druidas. Los romanos habían perseguido a los druidas por siglos (mientras sus emperadores privadamente se valían de sus profetisas), obligándolos a esconderse. La Cristiandad los había forzado a adaptarse o desaparecer. ¿Había sido porque habían temido el poder que los druidas poseían? ¿Eran los druidas quizá como los templarios?

¿Escondidos a lo largo de los siglos, protegiendo secretos fabulosos?

Comenzaba a sentirse desequilibrada otra vez, mareada por la posibilidad de que todos esos mitos y leyendas cuidadosamente trazadas en la antigua Irlanda miles de años atrás fueran verdaderos. Cuando la verdad era tan fantástica, ¿por qué molestarse en esconderla? ¿Quién creería en ella? Nadie excepto una chica que había sido profundamente metida en ella. Una chica que se había parado en un círculo de piedras antiguas y sentido que una portilla o un portal o lo que fuere, se abría alrededor de ella.

—Ven, muchacha—. Dageus interrumpió sus pensamientos—. Te regresaré, y puedes olvidarte completamente de mí. Puedes conservar tus antigüedades. Te relevo de tus obligaciones. Vuelve a casa, a Nueva York. Ten una vida bonita— agregó serenamente.

—¡Oh!— contestó bruscamente Chloe, levantándose de un salto—. Eres *tan* frío. Y ciertamente lograste recoger tu parte de coloquialismos modernos, ¿verdad? “*Ten una vida bonita*”, mi trasero. ¿Piensas realmente que no estoy en esto hasta las orejas ahora? ¿Piensas realmente que si estoy en Escocia del siglo dieciséis dejaré que me despaches?

La sonrisa masculina fue horriblemente depredadora, carnal y posesiva.

—¿Piensas realmente que te traje hasta aquí para dejarte ir, pequeña Chloe?

Chloe tuvo el deseo repentino de abanicarse. Él *la conocía*, comprendió. Había aprendido un poco acerca de lo que la hacía latir. Si, cuando había bajado la escalera fingiendo que era un sueño, él la hubiera mimado, ella podría haber regresado arriba y había tratado de convencerse a sí misma que si volvía a dormir todo estaría bien.

En lugar de eso, la había empujado, amenazado con enviarla de vuelta, sabiendo que ella tenía una veta terca de una milla de largo, y pelearía para quedarse.

—¿*Realmente* estoy en el siglo dieciséis?

Tres personas dijeron “sí” con seguridad serena.

—¿Y no me he vuelto loca?

Tres firmes “nos”.

—¿Y realmente me podrías enviar de regreso tan fácilmente? ¿En cualquier momento que yo lo desee?

—Sí, muchacha. Eso es fácil. Aunque pondría empeño en hacerte cambiar de opinión.

Ella había llegado a conocer un poco, también, lo que lo hacía latir. Y por la mansedumbre engañosa de su voz y la mirada de su cara, sabía que la amarraría a la cama otra vez si ella tratara de irse, no intentar razonar. Lo miró intensamente. Él estaba quieto. Implacable, con las manos convertidas en puños en sus costados.

Ella le *importaba*. No tenía idea de cuánto se debía simplemente a esa atracción abrumadora entre ellos, pero era un principio. Y él obviamente tenía un buen concepto de ella, si había pensado que podría manejar esa situación. Se sintió sonrojarse de orgullo. No, ella no iría a ningún lado.

Sin embargo, él le debía algunas explicaciones *serias*.

*Oh, por el bien de cielo*, pensó con exasperación risible, *esto ciertamente explica*

*bastante. No es extraño que no haya podido sacar las manos del maldito hombre desde el día que lo conocí. ¡Él es una antigüedad! ¡Una celta, si vamos al caso!*

—Pues bien, esa es una forma de pensar sobre mí, muchacha— ronroneó Dageus, sus ojos oscuros brillando de satisfacción.

—¡Dime que no dije eso en voz alta!—. Chloe estaba horrorizada.

Silvan se aclaró la voz.

—Lo hiciste. Él es una antigüedad.

Chloe gimió, deseando que la tierra se abriera y se la tragara.

—Soy la esposa de Silvan, Nell, de paso— dijo la mujer cuarentona—. La *siguiente madre* de Dageus. ¿Te gustaría algunos arenques y *tatties*, muchacha?

Ella decidió que *siguiente madre* debía ser el equivalente medieval de *segunda esposa*.

—Es, eh, muy agradable conocerte. Y sí, me gustaría— tartamudeó Chloe, hundiéndose débilmente en su silla.

Sólo entonces Dageus volvió a sentarse. Clavaba los ojos en ella intensamente, su mirada llena de promesas sensuales. La joven tembló. Su expresión no podría haber dicho más claramente que Chloe Zanders había conservado su virginidad el tiempo suficiente.

—Te ves preciosa este amanecer, muchacha— dijo él sedosamente, mientras le pasaba primero una bandeja de papas y huevos, luego una de trozos grandes y gordos de jamón y arenques—. Te imaginaba con ese vestido.

Sus ojos agregaron que sabía que no había tenido nada para ponerse debajo cuando se había vestido, insinuando que él había sido quien había escogido su vestido y se lo había llevado a su cuarto mientras estaba dormida.

Su conciencia erótica del hombre —un once en una escala de uno al diez— subió vertiginosamente a veinte. Chloe tomó un aliento profundo, se ingenió para decir un “gracias” y volvió su atención hacia algo tangible para acometer: la comida.

La cara de Simon Barton-Drew era sombría mientras volvía a poner el teléfono en la horquilla.

Trevor no había telefonado en catorce horas. Simon había estado tratando de localizarlo en su habitación desde temprano esa mañana, sin éxito.

Y eso podría querer decir una única cosa.

Frunciendo el ceño, pateó una silla a través del cuarto. Trevor debía estar muerto, caviló.

Dirigiéndose con paso impetuoso a la puerta exterior de su oficina, la cerró velozmente. Antes de cerrar las persianas, recorrió con la mirada la calle resbalosa por la lluvia. Con excepción de un gato callejero sarnoso que ruidosamente forcejeaba en la

basura de un *Dumpster* cercano, el área estaba desierta, con el zumbido de los postes de alumbrado eléctrico mientras titilaban. Mientras más tiempo pasaba en el ruinoso Edificio Belthew, en Morgan Street, en un sector de mala fama en las afueras de Londres, Simon se sentía más en casa allí que en la elegante mansión de piedra arenisca donde su esposa había dejado de esperarlo a cenar veinte años atrás.

La tierra en la cual el Edificio Belthew se levantaba había sido poseída por la secta druida de los Draghar por siglos. Construida sobre antiguas criptas laberínticas, había servido de cuartel general por casi un milenio, en varias personificaciones. Una vez una farmacia, luego una librería especializada en libros raros, luego una carnicería, una vez incluso un burdel, ahora alojaba un pequeño negocio de serigrafía que sacaba anuncios pequeños, y no había huellas que la conectaran a la poderosa Corporación Triton.

Sus miembros eran de la élite, bien posicionados en la sociedad, muchos en el gobierno, más aún en los escalones superiores de grandes compañías. Eran hombres acaudalados, instruidos y con pedigrís impecables.

Y estarían furiosos al saber que él había perdido el contacto con Trevor. Aunque Simon era Maestro de la Orden, no obstante era el responsable. Altamente responsable, en ese momento crítico. Sus seguidores no habían vertido por un embudo tanto dinero y tiempo en la secta por algo menos que la promesa del poder absoluto. Todos ellos poseían un cierto grado de crueldad que saldría a relucir si pensaran que era incapaz de controlar a sus acólitos.

Apagando las luces, se movió de memoria a través de su oficina oscurecida. Quitó una pintura que colgaba en uno de los muchos paneles de madera diferidos de la pared e introdujo una secuencia de números. Volvió a poner la pintura y, a medida que los revestimientos se deslizaban atrás de su escritorio, abrió una segunda puerta y caminó a grandes pasos dentro de un vestíbulo estrecho.

Varios minutos y varias llaves maestras complicadas adicionales más tarde, entró en un pasillo que se inclinaba agudamente hacia abajo, donde encontraba un descenso abrupto de usados escalones de piedra. Cuando alcanzó el fondo, cambió de dirección y tomó la siguiente salida, luego una tercera, y se apresuró a caminar a través de un laberinto de túneles débilmente alumbrados y húmedos.

Tenía que enviar alguien a Inverness para descubrir si Trevor había sido capturado con vida. Y si era así, para poner las cosas en orden. Requeriría de los hombres más leales y comprometidos que tuviera. Hombres que nunca se dejarían capturar vivos. Hombres que morirían por él sin titubear. Los mejores hombres que tenía.

Sus hijos estaban donde casi siempre podían ser encontrados, en el corazón electrónico de su operación, monitoreando las innumerables facetas de su negocio. Y estaban, como siempre, ansiosos por prestar servicio.

Después del desayuno, Dageus le pidió a Nell que llevara a Chloe a buscar una capa ligera adecuada para montar. Chloe, con su mirada curiosa tratando de abarcarlo todo al mismo tiempo, permitió que se la llevaran del gran *hall*.

Después de que las mujeres se hubieran ido, Silvan arqueó una ceja inquisitiva.

—¿No deseas comenzar con los textos, muchacho?

Dageus negó con la cabeza.

—Necesito este día. Necesito mostrarle a Chloe mi mundo, *pa*. Como lo que era. Como lo que yo fui. Aunque sea sólo por un día—. Esa no era exactamente la verdad. La verdad era que la noche había sido infernal y el amanecer no lo había mejorado. No había podido dormir, tenso como la cuerda de un arco demasiado tirante. Había pasado el tiempo, hasta el amanecer, imaginando a Chloe y todas las formas en que la seduciría. Apenas había podido mantener su tensa fachada de calma en el desayuno. Y cuando Chloe había admitido qué duro había sido para ella mantener las manos alejadas de él, había sido todo lo que podía hacer para no lanzarla sobre su hombro y arrastrarla a su cama.

Se había estudiado en un pequeño espejo ese amanecer, mientras se afeitaba con una mano que temblaba más de lo que era seguro cuando un hombre tenía una cuchilla abierta en su cuello. Había visto en sus ojos una sombra más oscura de castaño. Había estado cerca de una semana sin una mujer. Mucho tiempo. *Demasiado* tiempo.

¿Cuánto tiempo, se preguntó casi ociosamente, pasaría hasta que sus ojos se volvieran completamente negros? ¿Otro día, quizá dos? ¿Y qué ocurriría entonces?, meditó, una parte de sí asustada, otra parte consciente de que no estaba tan asustado como debería.

Las voces del día anterior, en las piedras, lo habían tomado por sorpresa: era la primera vez que había oído a los seres de su interior hablar, la primera vez que los había percibido como entidades individuales. Y aunque sentirlos tan intensamente lo había horrorizado, haciéndolo sentir como si hubiera alguna cosa muerta atragantada en el fondo de su garganta y que no podía restregar, también había sido intrigante.

Una parte de él estaba curiosa por conocer su idioma, por oír lo que podrían decirle. ¡Tenía trece seres antiguos en su interior! ¿Qué podrían contarle sobre la historia antigua? ¿De los *Tuatha de Danaan*, y lo que el mundo había sido cuatro mil años atrás? Lo que se sentía abrazar tanto poder...

*Invitar a un diálogo con ellos sería tu primer paso hacia de las puertas del infierno,* siseó su honor.

Sí, lo sabía.

*¡No puedes confiar en nada que puedan decirte!*

Aun así...

*No hay ningún “aun así” acerca de esto,* aulló su honor. *No me importa a quién jodes hoy, simplemente hazlo.*

Eso lo sacudió un poco.

Sería Chloe.

Si él acudía a otra mujer —incluso sólo por deferencia a ella, para ahorrarle su necesidad brutal— y ella se enteraba, nunca la tendría. Y las cosas podrían ponerse muy mal, muy rápidamente. Pero también temía que si acudiera a ella y ella se negara, pudiera forzarla. No quería hacerle eso a Chloe. No quería lastimar a Chloe.

La antítesis de su honor se mofó: *¿Qué más da? Si no le gusta que le hagas algo, usa la Voz de Poder. Dile que olvide lo que no le gusta. Dile que te adora, te venera. No necesitas nada excepto decirle que le encanta hacerlo así. Es tan fácil. El mundo puede ser cualquier cosa que quieras...*

—*¡Dageus!*— gritó Silvan, cerrando de un golpe sus puños sobre la mesa delante de él.

Dageus se sacudió con fuerza y clavó los ojos en su padre.

—¿Dónde estabas?— exclamó Silvan, pareciendo al mismo tiempo asustado y furioso.

—Aquí mismo— dijo Dageus, negando con la cabeza. Un susurro suave, un susurro enardecido dentro de él... Las débiles voces murmuraban.

—Grité tu nombre tres veces, y ni siquiera parpadeaste, no moviste una pestaña— contestó Silvan bruscamente—. ¿Qué estabas haciendo?

—Yo... simplemente pensaba.

Silvan lo contempló intensamente por un momento tenso.

—Tenías una mirada de lo más extraña en tu cara, hijo— dijo finalmente.

Dageus no quería saber qué clase de mirada.

—Estoy bien, *pa*— dijo, levantándose de la mesa—. No sé cuán tarde volveremos. No nos esperes a comer.

La mirada penetrante de Silvan lo siguió mientras se marchaba dando media vuelta.

Nell colocó dos tazas grandes de cacao (una especialmente suplementado con hierbas para un hombre distraído que demasiado a menudo se olvidaba de comer) en una bandeja y fue en busca de su marido.

Su marido. Las palabras nunca dejaban de llevar una sonrisa a sus labios. Cuando Silvan la había encontrado yaciendo sobre el camino casi quince años atrás, a orillas de la muerte, la había llevado al Castillo Keltar y se había sentado a su lado en la cama, exigiéndole que luchara por su vida en un momento en ella no había querido nada más que morir.

Antes de que Silvan la hubiera encontrado, había sido amante de un *laird* casado al que había amado imprudente y profundamente, mereciendo la furia y los celos de su esposa estéril. Mientras él había vivido había estado allí para protegerla, pero cuando había resultado muerto en un accidente de caza, su esposa había robado los bebés de Nell, la había echado, la había mandado golpear y dejado por muerta.

Al recuperarse, durante los siguientes doce años había sido el ama de llaves de Silvan, cuidando de él y haciendo de madre de sus jóvenes hijos en lugar de los suyos. A pesar de su determinación firme de nunca más involucrarse con un *laird*—casado o no—, se había enamorado del hombre excéntrico, cortés y brillante. Verdaderamente, el día que ella había abierto sus ojos endurecidos de barro —y sangre—, para encontrarlo inclinado sobre ella en el camino, algo inexplicable se había iluminado dentro de ella. Se había contentado con amarlo desde lejos, escondiéndolo detrás de una conducta cáustica y palabras bruscas. Entonces, tres años y medio atrás, lo que había sucedido entre Gwen y Drustan los había reunido, avivando una pasión que había estado exaltada por descubrir y que Silvan había sabido esconder bien, y la vida había sido más dulce de lo que jamás había conocido. Aunque nada podría reemplazar a los bebés que había perdido hacía mucho tiempo, el destino la había dotado en sus años maduros con una segunda oportunidad, y sus gemelos estaban en ese momento durmiendo en la guardería infantil bajo la vigilia meticulosa de su niñera, Maeve.

Ella amaba a Silvan más que la vida misma, aunque raramente le dejaba saberlo. Había algo hincado en su estómago, una cosa que nunca la dejaba en paz. Silvan no le había dado a su primera esposa los votos druidas obligatorios de emparejamiento. Eso la había alentado cuando le había pedido que se casara con él, pero, en tres años y medio, no se los había ofrecido a ella tampoco. Y siempre que esa distancia estuviera entre ellos, nunca podría ofrecer completamente su corazón. Siempre se preguntaría por qué, siempre se preguntaría por qué él no la amaba lo suficiente. Una mujer odiaba saber que quería más profundamente a su hombre de lo que él la amaba a ella.

Silvan estaba, como había esperado, en su biblioteca de la torre, ciento tres escalones por encima del castillo.

Estaba también, como había esperado, definitivamente pensativo.

—Te traje tu cacao— anunció, colocando la bandeja en una mesa pequeña.

Él miró hacia arriba y le sonrió, aunque con un aire completamente distraído. Para variar, no había un libro en su regazo. Ni estaba sentado en su escritorio, trazando sus letras. No, estaba en una silla cerca de la ventana abierta y había estado mirando ciegamente fuera de ella.

—Es Dageus, ¿verdad?—. Nell llevó una silla cerca de él y sorbió su cacao. Silvan siempre había sido afecto a la costosa bebida de chocolate, y durante su embarazo, ella había desarrollado un gusto similar—. ¿Por qué no me cuentas, Silvan?— lo animó amablemente. Sabía lo que él pensaba, puesto que a ella la preocupaban las mismas cosas. Dageus siempre había sido su favorito de los muchachos Keltar, con su corazón apasionado y salvaje y sus dolores privados. A medida que lo había observado crecer, viendo al mundo endurecerlo, había rogado que una muchacha especial algún día pudiese llegar a él, como Gwen lo había hecho con Drustan. (Gwen, ¡que había obtenido los condenados juramentos de atadura de *su* marido!).

Los ojos café de Silvan se despejaron y se pasó una mano a través de su melena nevada.

—Och, Nellie, ¿qué debo hacer? Lo que sentí en él hace seis meses, antes de que él se fuera, no es nada comparado con lo que ahora siento.

—¿Y no hay nada en los tomos que has estado registrando que diga cómo reencarcelarlos?

Silvan negó con la cabeza y suspiró de manera lúgubre.

—Ni una condenada cosa.

—¿Has comprobado todos los tomos?— presionó. Desde el día en que Dageus los había dejado, Silvan había sido un hombre completamente obsesionado, trabajando de sol a sol en sus estudios, decidido a encontrar algo que poder pasar a Drustan, el lugar al que, ambos habían sospechado, Dageus había ido.

Silvan contestó que había registrado meticulosamente su biblioteca de la torre y el estudio escaleras abajo.

—¿No comprobaste la biblioteca de la cámara?— preguntó Nell, frunciendo el ceño.

—Te dije que comprobé el estudio.

—No hablo del estudio. Dije la biblioteca de la cámara.

—¿De qué estás hablando, Nellie?

—La que está bajo el estudio.

Silvan se quedó muy quieto.

—¿Cuál bajo el estudio?

—La que está detrás de la chimenea— dijo ella con impaciencia.

—¿Cuál detrás de la chimenea?— rugió Silvan, levantándose de un salto.

Los ojos de Nell se volvieron enormes.

—Och, por el bien de cielo, Silvan, ¿no lo sabes?

Silvan agarró su mano, sus ojos café relampagueando.

—*Muéstrame.*

## Capítulo 19

Chloe asió firmemente la melena del garañón mientras corrían a toda prisa a través de los campos cubiertos de brezos hacia un bosque exuberante y salvaje.

Desde que Dageus y ella habían dejado el castillo hacía media hora, había visto más pruebas de que estaba verdaderamente en el pasado. Una pared de altura imponente que no había estado allí el día anterior, patrullada por guardias, rodeaba el perímetro de la propiedad. Vestidos con un atuendo medieval auténtico y armadura, los guardias llevaban consigo armas que hicieron que sus dedos se ensortijaran. Apenas se había resistido a la tentación de arrancarlas de sus manos y guardarlas bajo llave en algún sitio seguro.

Cuando habían atravesado las portillas, había mirado con curiosidad en el valle, sin esperar realmente ver la ciudad de Alborath. Aun así, ver el valle vasto, que veinticuatro horas antes había estado lleno con miles de casas y tiendas, y en ese momento estaba ocupado por ovejas alegremente gordas, la había dejado sintiéndose completamente desequilibrada.

*Afróntalo, Zanders, de cualquier forma que lo hizo —física, druidismo, arqueoastronomía— él te llevó al pasado.*

Lo que quería decir que el hombre tras ella en el caballo, que no había pronunciado una palabra desde que habían montado, guiándolos a una velocidad vertiginosa a través de campos totalmente abiertos, era un hombre que poseía el conocimiento para dominar el tiempo mismo.

*Wow.* No era exactamente lo que había esperado el día que había entrado en su *penthouse* imaginando qué clase de hombre sería Dageus MacKeltar. Nop, ni siquiera una vez había pensado “*un druida viajando en el tiempo*”. ¡La hacía reevaluar su concepto entero de cuán poco sabían los historiadores realmente de la historia! Se sentía como si hubiera sido arrastrada en uno de los guiones de Joss Whedon<sup>22</sup>, en un mundo donde nada era lo que parecía. Donde las chicas descubrían que eran cazadoras de vampiros y se enamoraban de hombres que no tenían almas. Adicta a *Buffy* hasta los huesos, se preguntó a quién se parecía más Dageus: ¿Spike o Angel?

La respuesta llegó con certeza veloz: había algo acerca de él que era más de Spike que de Angel, una dualidad torturada, una oscuridad controlante, subyacente.

El brazo masculino ceñía su cintura casi dolorosamente, su cuerpo rígido detrás del suyo. El puro tamaño de él era atemorizante, siendo sujetada con fuerza entre sus muslos poderosos, sostenida apretadamente contra su pecho ancho, lo que la hacía sentirse delicada y abrumada. Él parecía diferente en su propio siglo, y ella se preguntó cómo se había hecho pasar alguna vez por un hombre del siglo veintiuno. Era, todo él, un guerrero imperioso y comandante. Era sangre céltica regia, caliente y apasionada. Era lo suficientemente hombre como para mecer los *claymors* macizos que decoraban las paredes de *Los Claustros*. Lo suficientemente hombre como para sobrevivir, incluso prosperar en una tierra tan escabrosa e indómita.

Apenas había advertido su silencio cuando habían montado a caballo y se habían marchado, demasiado fascinada por el paisaje, pero en ese momento lo sentía como un viento frío tras ella haciendo estremecer su piel.

—¿Por qué nos detenemos aquí?— preguntó nerviosamente cuando él fue refrenando al caballo a un trote apacible cerca de un bosquecillo de árboles de serbal.

Su respuesta fue una risa suave y mordaz mientras cambiaba de posición en la silla de montar para que su duro grosor rozara brevemente su trasero. A pesar de cuán nerviosa la ponía, la lujuria la llenó a un grado vertiginoso. Había preguntas, montones

---

<sup>22</sup> Joss Wheedon: creador de la serie *Buffy, la cazavampiros*. (N. de la T.)

de preguntas que debería hacerle, y repentinamente no podía recordar una sola. Su mente se había quedado en blanco alarmantemente cuando él se había rozado contra ella.

Él frenó al garañón, se dejó caer al suelo, y arrastró a la muchacha de su lomo. Fuera de balance, ella cayó en sus brazos y él aplastó su boca con un beso caliente y salvaje.

Luego la apartó de un empujón, dejándola jadeando en busca de aliento y tragando aire. Ella permaneció de pie, mirando con ojos enormes mientras él agarraba un *plaid* doblado desde atrás de la silla de montar. Sin decir palabra, lo dejó caer al suelo, extendiéndolo con la punta de su bota. Palmeó al garañón ligeramente en la grupa, ahuyentándolo.

—Creí que le dijiste a Silvan que me llevarías a ver un pueblo medieval. ¿Qué estás haciendo, Dageus?— consiguió decir ella. Sabía lo que estaba haciendo. Prácticamente podía oler en él el sexo y la lujuria y la determinación cruel.

Sin importar que estuviera lista para él, Chloe retrocedió unos pocos pasos. No podía evitarlo. Y después algunos más. Los jadeos diminutos se estrellaron unos contra otros, atropellándose en su garganta. Ese peligro que había sentido en él tantas veces antes, se había incrementado hasta un tono extremo.

Su mirada era burlona. Un destello extraño de genio e impaciencia batía a través de sus ojos.

—¿Envolviste tu mano alrededor de mi verga anoche, Chloe, y quieres saber qué estoy haciendo? ¿Qué piensas que estoy haciendo?— ronroneó con una exhibición de dientes que sólo un tonto llamaría sonrisa.

Las ventanas de su nariz se dilataron, y él se dirigió a ella, caminando con pasos largos y despaciosos en un círculo lento a su alrededor. Despojándose de la correa que sujetaba su pelo, pasó sus manos a través de la trenza, soltándola, dejándola caer en ondas de medianoche alrededor de su cuerpo. *La bestia está suelta*, pensó Chloe con una oleada de excitación que la estremeció hasta los huesos. Giró lentamente al mismo tiempo que él. Estaba demasiado nerviosa para permitirse darle la espalda.

Él tomó en un puño su camisa desde el cuello, la jaló bruscamente sobre su cabeza y la arrojó al suelo.

El aire dejó los pulmones de Chloe en un gran *whoosh* sin aliento. Vestido sólo con sus *trews* de cuero negro, el pelo cayendo alrededor de su cara salvaje, era excesivamente hermoso. Cuando se inclinó y se quitó las botas, los músculos de su espalda potente y sus hombros anchos se ondularon, recordándole que él era dos veces su tamaño, que sus brazos eran bandas de acero y su cuerpo una máquina meticulosamente afilada.

*Algo en él es diferente.*

Le tomó unos pocos momentos entender lo que era. Por primera vez, ella lo veía sin su reserva eterna y su control helado. Sus gestos ya no eran suavemente ejecutados. De pie allí, con piernas extendidas, él era pura agresión masculina, insolente y desencadenada.

Se sintió alarmada al percatarse que jadeaba suavemente. El hombre tan grande, durísimo y agresivo que se estaba desnudando iba a hacer el amor con ella.

Él hizo dos círculos silenciosos más alrededor de ella... *oh, sí, había un temerario contoneo masculino en él mientras caminaba, encerrándola*, su mano trabajando en los cordones de sus *trews*. Él la contemplaba con diversión burlona y posesiva, como si sintiera que ella estaba a punto de escapar, supiera que podría aventajarla, y sin embargo esperara que ella hiciera el intento.

A medida que su mano grande destejía los cordones, la mirada femenina fue atraída hacia allí, desde su musculoso estómago hasta la protuberancia en sus pantalones que era... muy grande. Y que pronto iba a estar dentro de ella.

—T-tal vez debiésemos hacer esto realmente despacio— tartamudeó la muchacha—. Dageus, yo creo...

—Silencio— contestó él bruscamente, mientras se liberaba de sus *trews*.

Chloe cerró la boca, quedándose con la mirada fija. La visión de él con pantalones de cuero medio desabrochados, las piernas extendidas, el cuerpo duro refulgiendo como oro a la luz del sol, con su erección gruesa empujando ávidamente hacia arriba, estaría grabada en su memoria por los siglos de los siglos. No podía respirar, incluso no podía tragar. Pero sin duda alguna no iba a parpadear y perderse ni un minuto de ello. Casi seis pies y medio de crudo, pulsante hombre estaba de pie allí, su mirada caliente barriéndola, como si meditara cuál parte suya saborear primero. Y ella simplemente se quedó con la mirada fija, su corazón martillando.

—Sabes que no soy un buen hombre— dijo él, su voz engañosamente tierna desmintiendo el acero subyacente—. No te he dado excusas. No te he dado mentiras bonitas. Y viniste conmigo de todos modos. No finjas que no sabes lo que quiero y no pienses negármelo. Dos veces hasta ahora has tratado de volver atrás. *No hay vuelta atrás conmigo, pequeña Chloe*—. Él siseó la última palabra, sus labios apartándose apenas de sus dientes—. Sabes lo que quiero y que tú lo quieres también. Lo quieres justamente de la forma que voy a dártelo.

Las rodillas de Chloe casi colapsaron. La anticipación tembló a través de ella. Él estaba en lo correcto. En todo.

Él se acercó.

—Duro, rápido, profundo. Y cuando lo haga, sabrás que eres mía. Y nunca pensarás en negármelo otra vez.

Otro paso agresivo hacia ella.

Ella incluso no pensó en hacerlo, simplemente cedió al instinto: sus pies la hicieron girar, y se echó a correr. Como si *pudiera correr más que él*. Como si pudiera escapar de lo que había estado tratando de evitar desde que había reconocido la intensidad temeraria y aterradora de su deseo por él. Como si incluso lo quisiera. Lo deseaba más de que era inteligente hacerlo, más de lo que era racional, más de lo que era controlable.

A pesar de eso, corrió, una resistencia simbólica final, y una parte suya supo que corría porque *quería* que él la atrapara. Emocionada con el conocimiento de que Dageus

MacKeltar corría tras ella y que cuando la atrapara iba a enseñarle todas esas cosas que sus ojos habían estado prometiendo. Todas esas cosas que ella quería tan desesperadamente aprender. Corrió a través de la hierba alta y gruesa, y él realmente la dejó correr por un tiempo, como si también gozara de la persecución. Luego se lanzó sobre ella, derribándola al suelo, sobre su estómago, bajo él. *Riéndose* mientras la hacía caer.

Su risa se convirtió en un gruñido rudo mientras extendía su cuerpo duro y grande en su longitud completa sobre ella, su erección como una barra de hierro agujoneándola a través de la tela de su vestido. Ella se retorció, aterrorizada por la apreciación de cuán grande era él, pero el hombre no cedió, envolviendo sus brazos apretadamente alrededor de ella, inmovilizando los de ella a sus lados. Se frotó a sí mismo de atrás para adelante en la hendidura de su trasero, gruñendo en un lenguaje que ella no podía entender.

Atrapando los brazos femeninos con uno de los suyos, él deslizó una mano entre su cuerpo y la tierra y ahuecó la V entre sus muslos. Ella gritó por el contacto impactantemente íntimo. Cada nervio de su cuerpo despertó brutalmente a una vaciedad aguda y hambrienta. Los músculos de su interior taladraron gritando su vacío, doloridos por ser llenados y apaciguados. El extraño humor de Dageus, su aspereza, alimentaba cada uno de los deseos femeninos, deseos que ni siquiera ella había sabido que tenía, de ser tomada y consumida por ese hombre. Duro y rápido y sin palabras. Con cada latido animal, como había sabido que sería desde el día que lo había conocido.

*Le gustaba* el peligro en él, comprendió entonces. Enardecía una parte imprudente que por mucho tiempo había negado, un poco asustada de ella. Una parte suya que algunas veces soñaba que estaba en *Los Claustros* en la noche y los sistemas de alarma fallaban, dejando todos esos artefactos gloriosos sin protección.

Su cuerpo era tan pesado encima de ella que apenas podía respirar. Cuando los labios de Dageus rasparon el dorso de su cuello, ella lloriqueó. Cuando sus dientes se cerraron en él, en un mordisco pequeño de amor, prácticamente gritó. Estaba vertiginosamente excitada, ardiente, dolorida y necesitada. Entonces su mano grande llegó a su cara, un dedo resbalándose entre sus labios, y ella lo succionó, dispuesta a tomar y saborear cualquier parte de él que pudiera alcanzar. Con su otra mano, él apartó de un empujón las faldas de su vestido hacia arriba, sus dedos cruelmente indagando sus pliegues suaves y expuestos, extendiendo la humedad, deslizándose y resbalando. Mientras la masculinidad dura de él agujoneaba su trasero, introdujo un dedo dentro de ella y empujó profundamente.

Chloe gritó y empujó hacia atrás contra su mano. *¡Sí, oh, sí, eso era lo que necesitaba!* Pequeños sonidos rotos escaparon de sus labios mientras él hábilmente deslizaba un segundo dedo hasta que alcanzó la barrera de su virginidad. Con gentileza, pero implacablemente, él la atravesó, cubriendo su cuello desnudo y sus hombros con besos abrasadores, con la boca abierta, intercalados con mordiscos diminutos. El dolor fue fugaz, un pequeño desgarramiento velozmente sobrepasado por el placer de sus

dedos moviéndose dentro de ella, su boca caliente en su piel, su cuerpo poderoso meciéndose contra el de ella. Él era su fantasía más privada hecha realidad. Ella había soñado con eso, con él tomándola como si no hubiera fuerza en la tierra que pudiera impedirlo.

Nada podría, pensó débilmente. Desde el momento en que lo había visto, había sabido que eso llegaría. Nunca había sido cuestión de “sí”, sino de “dónde” y “cuándo”.

Luego él se aproximó, grueso y duro como el acero, contra esos pliegues suaves y delicados y ella hizo un sonido indefenso y pequeño de desasosiego. Ella lo había visto. Sabía qué venía, y no creía que pudiera tomarlo.

—Shh— él cantó dulcemente contra su oído, empujando hacia adelante.

—Yo... no puedo— medio sollozó ella, mientras él comenzaba a empujar en su interior. La presión de él tratando de entrar era demasiado intensa.

—Sí, puedes.

—¡No!

—Cálmate muchacha— ronroneó él. Retrocedió la pulgada pequeña que había ganado, envolviendo una mano alrededor de su miembro y probado otra vez, lentamente. Aunque ella quería desesperadamente tenerlo dentro de sí, su cuerpo se resistió a la intrusión. Él era demasiado grande y ella era simplemente demasiado pequeña. Con un juramento apenas sofocado, él se detuvo otra vez, luego toscamente arrebujo los pliegues gruesos de su vestido en un montón bajo su pelvis, elevando su trasero más alto para él, en el ángulo adecuado.

Entonces su peso completo se aplastó contra ella nuevamente. Dageus enrolló un brazo potente alrededor de los hombros de Chloe, el otro alrededor de sus caderas.

Se frotó a sí mismo entre sus piernas hasta que ella empujó salvajemente hacia atrás contra él. En ese ángulo nuevo, ella se sentía expuesta y vulnerable, pero sabía que facilitaría su entrada. Cuando la muchacha gritaba incoherentemente, él empujó hacia adentro lentamente, moviéndose con cuidado, su aliento siseando entre sus dientes. Ella jadeó, luchando por acomodar el grosor que la llenaba. Los minutos pasaron lentamente a medida que él empujaba más profundo, tomando cada bocado diminuto que su cuerpo cedía. Y cuando ella estaba segura de que él había entrado por completo, que ella lo tenía todo, él empujó una vez final con un sonido rudo, más profundo todavía, y ella hizo ruidos indefensos, como un maullido.

—Estoy en ti, muchacha— su voz fue un taladro profundo contra su oído—. Soy parte de ti ahora.

Dios santo, él había sido parte de ella desde el momento en que lo había visto. Como un ladrón, él la había atrapado y había entrado en *ella*, reclamando residencia bajo su piel. ¿Cómo había vivido sin esto?, se preguntó. ¿Sin esa intimidad aguda, salvaje, sin ese hombre intenso y grande dentro de ella?

—Voy a amarte ahora, despacio y dulce, pero cuando llegues, voy a follarte de la forma que necesito. De la forma que he soñado desde el momento en que te vi.

Ella lloriqueó en respuesta, ardiendo interiormente, desesperada por que él se

moviera, que hiciera lo que había prometido. Lo quería todo al mismo tiempo: la ternura y la fiereza, el hombre y el animal.

—Cuando te inclinaste dentro del coche de tu amigo ese día, Chloe, quise estar detrás de ti, igual que ahora. Quise deslizar tu falda hacia arriba y llenarte. Quise subirte a mi *penthouse* y mantenerte en mi cama y nunca dejarte ir—. Él gimió, un sonido suave y rudo, de ronroneo—. Y, och, cuando vi tus piernas sobresaliendo de debajo de mi cama...— él calló súbitamente, cambiando de pronto a un lenguaje que ella no podía entender, pero el dialecto exótico en su voz ronca tramó un hechizo erótico alrededor de ella.

Él se retiró lentamente, la llenó de nuevo, metiéndose en golpes largos y lentos, tocándola profundamente. La magnitud de su miembro avivó terminales nerviosas en lugares que ella no había sabido que existían. Podía sentir su clímax construyéndose con cada empuje seguro, pero en el momento en que iba a alcanzarlo, él se retiraba, dejándola dolorida y casi sollozando de frustración.

Él la llenó casi perezosamente, ronroneando en ese lenguaje extraño. Se retiró, poquito a poco, con lentitud penosísima, hasta que ella agarraba la hierba en puñados gruesos y la arrancaba de la tierra. Hasta que con cada empuje ella luchaba, arqueándose contra él y tomando más, manteniéndolo dentro de ella para poder ganar su liberación. Durante unos instantes pensó que debía ser su culpa que él continuara eludiéndola, o quizá él fuera simplemente demasiado grande, pero luego se percató de que él deliberadamente la refrenaba. Con sus manos grandes en sus caderas, él la presionaba hacia abajo cuando ella trataba de arquearse hacia arriba, impidiéndole controlar el ritmo o tomar lo que ella necesitaba.

—¡Dageus... por favor!

—¿Por favor qué?— ronroneó él contra su oído.

—Déjame llegar— gimió la joven.

Él rió con voz ronca, su mano deslizándose entre su pelvis y la tela agrupada bajo ella, apartando sus pliegues y exponiendo su nudo tenso. Dio un golpecito con un dedo sobre él y ella casi gritó. Un latido pasó, luego dos. Él dio un ligero golpecito otra vez.

—¿Es esto lo que quieres?— dijo él sedosamente. Su toque era experto, tentador, atormentador, no lo suficiente, medido con la habilidad segura de un hombre que conocía el cuerpo de una mujer tan bien como ella misma.

—Sí— jadeó ella.

—¿Me necesitas, Chloe?—. Otro paso ligero de su dedo.

—¡Sí!

—Pronto— ronroneó—, voy a saborearte aquí—. Él rozó la yema de su pulgar sobre el nudo duro.

Chloe golpeó la tierra con sus palmas y cerró sus ojos. Esas simples palabras la habían casi —pero no completamente, ¡maldito fuera!— empujado sobre el dulce borde del abismo.

Él presionó sus labios contra su oído y murmuró con una voz sensual y erótica:

—¿Te sientes como si no pudieras respirar sin mí dentro de ti?

—*Sí*— sollozó ella, débilmente consciente de que había una especie de *deja vu* en sus palabras.

—Ah, muchacha, eso es lo que necesitaba oír. Esto es tuyo, entonces, lo que quieres de mí—. Ahuecando la cara de la joven en su palma grande, él volteó su cabeza a un lado e inclinó su boca sobre la de ella en el mismo momento que empujaba profundo y se detenía, moviendo sus caderas en círculos contra su trasero, bombeando en ella. Mientras la muchacha se arqueaba hacia atrás contra él, Dageus apretó su brazo alrededor de su cintura e hizo más hondo el beso, su lengua hundiéndose al mismo tiempo que la parte inferior de su cuerpo, meciéndose. La tensión tensó el cuerpo femenino, y repentinamente estalló, inundándola con la sensación más exquisita que jamás había sentido. Era diferente a lo que había sucedido en el avión; ese era un temblor más profundo, en su mismo corazón, inmensamente más intenso, y ella gritó su nombre mientras llegaba.

Él continuó empujando firmemente hasta que ella se quedó floja bajo él, luego tiró de las caderas de la muchacha hacia arriba y hacia atrás, levantándola sobre sus rodillas, y la penetró, el peso pesado de sus testículos golpeando contra su piel ardiente y dolorida. Con cada empuje ella gimoteaba, incapaz de impedir los sonidos quebrados que se derramaban de sus labios.

—Och, Cristo, muchacha— siseó él. Rodándola con él sobre un costado, envolvió sus brazos alrededor de ella tan apretadamente que la joven apenas podía respirar, y empujó. Y empujó más, sus caderas moviéndose poderosamente detrás de ella.

Él jadeó su nombre cuando llegó, y la nota quebrada de su voz, acoplada con su mano moviéndose tan íntimamente entre sus piernas, la llevó a otro clímax veloz. Cuando Chloe alcanzó la cúspide otra vez, fue tan intenso que los bordes de la oscuridad la envolvieron amablemente con sus pliegues.

Cuando ella despertó de su amodorramiento, él estaba todavía dentro de ella. Y seguía duro.

La llevó al pueblo de Balanoch mucho más tarde, la cual era de hecho una pequeña y animada ciudad. Comieron en la plaza central, lejos de las tiendas del perímetro exterior, que alojaba los comercios más malolientes y más ruidosos como las curtidurías, las herrerías y las carnicerías. Chloe estaba famélica y comió con entusiasmo rojas tiras de carne salada y pan recién horneado, queso, algún tipo de pastel de frutas y vino condimentado, que se le fue directamente a la cabeza, poniéndola lo suficientemente

achispada como para no poder mantener sus manos apartadas de él.

Vio cosas en el activo pueblo que sellaron más allá de una sombra de duda —que realmente ya no tenía—, que estaba en el pasado. Las casas estaban entramadas con cáñamo y barro, con patios diminutos en los cuales jugaban niños descalzos. Las tiendas estaban construidas en piedra, con techos de paja, sus frentes anchos luciendo postigos que se abrían horizontalmente, el más bajo exhibiendo las mercancías. Al lado de las tinajas del curtidor, ella había contemplado a los muchachos jóvenes afeitando pieles con cuchillos de curtidor. En la fragua del herrero, se había quedado con la mirada fija de fascinación en un herrero extrañamente cautivador mientras golpeaba un pedazo largo de acero al rojo vivo, haciendo volar chispas.

Había mirado con atención la única ventana de la morada del orfebre, y había vislumbrado libros allí dentro, en el momento en que Dageus había amenazado con lanzarla sobre su hombro si tardaba demasiado tiempo. Cuando ella había echado a andar hacia las escaleras, él la había aplastado contra la puerta y la había besado hasta que la joven había perdido no sólo el aliento, sino toda memoria de dónde había estado intentando ir.

Había cereros, tejedores, alfareros, incluso un armero y varias iglesias.

No había podido evitarlo, y se había quedado con la boca abierta, y una docena de veces o más Dageus amablemente se la había cerrado con un dedo debajo su barbilla. ¡Había perdido la cuenta de cuántas veces había mascullado algo absurdo como *¡Oh-Dios-mío, estoy realmente aquí!*

No permanecieron en Balanoch mucho tiempo, sin embargo, en modo alguno lo suficiente para que Chloe hiciera un reconocimiento a fondo; pero, francamente, ella estaba más obsesionada con hacer un reconocimiento del hombre hermoso y grande que le había hecho cosas que la habían hecho sentirse transformada.

Se detuvieron a varios “estadios”, como él los llamaba, del pueblo, cerca de un bosquecillo de robles, junto a una corriente que caía en un estanque trémulo.

Cuando él la deslizó del garañón esa vez, su mirada era tierna, y cada uno de sus contactos una caricia lánguida, como disculpándose calladamente por su anterior aspereza (¡la cual a ella no le había importado mucho!). Y cuando la tomó otra vez en el estanque calentado por el sol, después de que él hubiera lavado con gentileza esas partes de su cuerpo que había magullado, lo hizo lentamente, dándole docenas de besos calientes, húmedos, perezosos, entregándose al placer de sus pechos con diminutos mordiscos y caricias. Poniéndola de espaldas al borde de la piscina, deslizándose entre sus piernas y enganchando las pantorrillas femeninas sobre sus hombros, pudo saborearla como le había dicho más temprano que lo haría, primero lamiéndola dulcemente hasta que ella se movió salvajemente para él, luego arrastrándola de vuelta al estanque y levantándola a horcajadas sobre sus caderas. Ella se enredó en él, con la mirada fija en sus ojos mientras Dageus la llenaba y se convertía en parte suya de nuevo.

Y poco antes de que ella se quedara dormida en sus brazos, más allá de la saciedad, exhausta y sensible en lugares que nunca habían estado sensibles antes, ella supo que

había hecho lo que había decidido no hacer: se había enamorado hasta los huesos del extraño y oscuro Highlander.

La luna plateaba los brezos cuando Dageus finalmente se movió de su letargo. Estaba tumbado en el *plaid* con Chloe en sus brazos, las curvas exuberantes de su trasero regordete presionado su parte delantera, sus piernas enredadas. Si fuera un hombre dado a las lágrimas, podría haber llorado entonces de puro placer.

Ella lo había aceptado como era. *Todo* él. Se había mostrado salvaje por la oscuridad que lo incitaba, más allá de la bondad, su humanidad casi desvaneciéndose, y ella lo había llevado de regreso. Había tratado de resarcirla amándola con ternura, más lento y más suavemente de lo que jamás había tomado a una mujer.

Y de cualquier forma que él la había poseído, ella había ido a su encuentro y le había correspondido. Había estado en lo correcto, Chloe era lasciva, tenía su propia fiereza. Había estado lista para perder su inocencia, ansiosa de ser incitada, enseñada, y él había saboreado cada momento, sabiendo que era su primer amante. Y el último también, pensó posesivamente. Era una muchachita atrevida, que amaba cada parte del sexo como él había sabido que lo haría.

Después de haber acudido a Balanoch (la cual apenas había visto, demasiado consumido por la mujer entre sus muslos sobre el caballo), perezosamente habían tomado el sol desnudos junto al arroyo que alimentaba el estanque. Habían dirigido sus manos sobre el cuerpo del otro, aprendiendo cada plano y cada curva, saboreando todos los huecos y hendeduras. Habían compartido más vino condimentado y habían hablado.

*Habían hablado.*

Ella le había contado sobre su infancia, cómo había sido crecer sin padres. Lo había hecho reír con las historias de su abuelo acompañándola en la compra de su primer sostén, (haciéndolo imaginarse a Silvan tratando de escoger ropas interiores femeninas...och, ¡qué visión sería!) y teniendo *La Conversación* con ella acerca de lo que ella llamaba “las aves y las abejas”. Por mucho que lo intentó, Dageus no podía captar ese coloquialismo. Qué tenían que ver las aves y las abejas con hacer el amor, estaba más allá de su comprensión. Si fueran caballos, él podría entenderlo. ¿Pero abejas? Indescifrable.

Él le había hablado un poco acerca de su infancia, las mejores partes, creciendo con Drustan, antes de que hubiera sido lo suficientemente mayor para saber que los Keltars eran temidos, durante esos años que todavía había albergado los sueños y las fantasías de un muchacho joven. Le había cantado las obscenas y escandalosas cancionetas escocesas mientras el sol atravesaba el cielo, y ella se había reído hasta las lágrimas. Estaba maravillado por cada una de sus expresiones, tan abiertas e indefensas. Maravillado por su elasticidad. Maravillado por las emociones que ella encendía en él, sentimientos que

durante mucho tiempo había olvidado.

Ella le había hecho preguntas acerca del druidismo y él le había contado de los deberes innumerables de los Keltar: realizar los rituales estacionales en Yule, Beltane, Samhain y Lughnassadh, cuidar la tierra y las criaturas pequeñas, preservar y guardar la tradición sagrada, usar las piedras en ciertas ocasiones necesarias. También había explicado, como mejor podía, cómo funcionaban las piedras. La física de eso la había desconcertado, y cuando sus ojos habían comenzado a ponerse vidriosos, él le había ahorrado más detalles. Le había dicho lo que poco que sabían de los *Tuatha de Danaan*, y cómo habían formado con los Keltar una alianza muchos miles de años atrás, aunque él sabiamente evitó el tema de los juramentos.

—*¿Así es que los Tuatha de Danaan realmente existieron?*— había exclamado ella—. *¿Una raza real de personas tecnológicamente adelantadas? ¿De dónde vinieron? ¿Lo sabes?*

—*No, muchacha, no lo sabemos. Es muy poco lo que sabemos de ellos con seguridad.*

Él había sabido el momento preciso en que ella verdaderamente lo había aceptado; sus ojos habían centelleado, sus mejillas se habían sonrojado, y él había medio temido que ella iba a volver directamente en una carrera hacia las piedras para examinarlas más atentamente. Por lo que él, velozmente, le había dado otra cosa para examinar.

Och, sí, su compañera era lasciva.

Extrañamente, ella no había mencionado el “maleficio”, ni lo había presionado para saber qué buscaba, por lo que estaba infinitamente agradecido. No tenía dudas de que era sólo un alivio temporal, y que ella lo martillaría con preguntas antes de que pasara mucho tiempo, pero tomaría lo que pudiera obtener. Tenía la sospecha de que ella había estado tan decidida como él a robar un día sin preocuparse por el mañana. Ése era un regalo que nunca había esperado que ella le diera, un regalo que lo humillaba. Si no tuviera jamás alguna otra cosa, habría tenido ese día.

Ella sabía que él era un Druida, sabía qué tan antigua y extraña era su ascendencia, y no le había temido. Desvergonzadamente le había contado todo lo que importaba, y se había deleitado en su aceptación.

En ese momento, mientras ella dormitaba en sus brazos, la movió un poco para que la palma de su mano derecha se deslizara entre sus pechos, deteniéndose finalmente por encima de su corazón. Cambió de posición también para que la palma de su mano izquierda descansara sobre el suyo.

Había palabras que había esperado la vida entera para decir, y no se las negaría a sí mismo. Silvan siempre lo había acusado de amar con exceso. Si lo hacía, no podía evitarlo. Una vez que su corazón tomaba la decisión, no había caso en discutir con él. Ella era su compañera y, no importaba cuánto tiempo los dioses le concedieran, él pertenecería a su mujer completamente.

La besó hasta ella se movió adormecidamente y murmuró su nombre. No estaba bien decir los votos mientras ella dormía; su compañera realmente debía oír las palabras.

Luego empezó a hablar respetuosamente, atándose a ella para siempre, aunque la unión no cobraría su vigencia completa a menos que ella un día devolviese las palabras.

—Si algo debe perderse, que sea mi honor por el tuyo. Si uno debe ser abandonado, que sea mi alma para la tuya. Si la muerte llega pronto, entonces sea mi vida por la tuya.

Apretó su brazo alrededor de ella y tomó un aliento profundo, sabiendo que lo que estaba a punto de completar era irrevocable. Ella no le había dicho ninguna palabra de amor (aunque lo había usado en una frase una vez en Balanoch —había dicho que *amaba* la forma en que él le hacía el amor— y casi había causado que su corazón dejara de palpar), y completar el voto lo condenaría a amarla por toda la eternidad, y si había vidas más allá de la presente, debería amarla en esas también, en un tormento eterno, ansiándola interminablemente si ella nunca lo amaba a su vez.

—*Soy dado*— murmuró, sujetándola cerca. En el momento que pronunció las palabras finales del juramento, una oleada de emoción intensa colisionó sobre él. No podía siquiera imaginar qué podría sentir si ella alguna vez correspondiera el juramento. La *consumación*, sospechó. Dos corazones convertidos en uno.

En lo profundo de su interior, los Antiguos sisearon furiosamente y saltaron hacia atrás. No les había gustado todo eso, caviló sombríamente. Bien.

—Eso fue hermoso— murmuró Chloe—. ¿De qué se trataba?— levantó su cabeza y lo miró con atención sobre su hombro. A la luz de la luna perlina, su piel brillaba tenuemente translúcida, y sus ojos de color verde mar, somnolientos y sexys, centelleaban. Sus labios estaban todavía hinchados de sus besos, dolorosamente exuberantes. Sus rizos despeinados caían alrededor de su cara y él podía sentirse renaciendo duramente, pero sabía que tendría que esperar hasta la mañana al menos para poder poseerla otra vez. Si fuera un hombre paciente, debería darle una semana para recuperarse, pero tendría suerte si aguantaba unas cuantas horas más. Ahora que la había saboreado, que había aprendido cuán dulce era hacer el amor con la mujer que se amaba, estaba famélico por más.

—Och, muchacha, eres tan preciosa. Con justicia me quitas el aliento—. Palabras trilladas, se burló de sí mismo; unas palabras tan débiles para describir lo que sentía.

Ella se sonrojó de placer.

—¿Fue alguna clase de poema el que recitaste?

—Sí, algo parecido— ronroneó él, rodándola en sus brazos para estar cara a cara.

—Me gustó. Sonó... romántico—. Ella lo miró con curiosidad, mordiéndose el labio inferior—. ¿Me lo dices de nuevo?

Cuando él no lo repitió, ella pensó un momento, y entonces dijo:

—¡Oh! ¡Creo que lo tengo! Dijiste: “si algo debe perderse...”

—No, muchacha— gritó él, tensándose. Och, Cristo, ¿qué había hecho? No se atrevía a dejarla corresponder el juramento. Si algo le ocurriese, ella estaría unida a él *por siempre*. ¿Y si algo terrible ocurría, si, Dios no lo quisiera, realmente se volviera oscuro, ella estaría unida a él, una bestia del infierno? ¿Podría estar atada por toda la eternidad a la cólera y la furia que eran los Draghar! No. *Nunca*.

Chloe parpadeó, mostrándose herida.

—Simplemente quería repetirlo para poder recordarlo—. El pequeño poema la había hecho sentirse chistosa, y extrañamente la había compelido a repetirlo por alguna razón. Eran las palabras más dulces que él le había dicho nunca, aunque sólo fuera el fragmento de un poema, y le hubiera gustado con toda seguridad incrustarlo en su memoria. Él no era un hombre que dijera palabras a la ligera. Había querido decir algo con ellas. ¿Así era como hablaba Dageus MacKeltar de sus sentimientos? ¿Recitando unas pocas líneas de un poema?

Aunque había estado adormecida cuando él había hablado, estaba bastante segura de que había dicho algo como *“mi vida por la tuya”*. ¡Si sólo pudiera amarla así! Ya no quería simplemente ser la mujer que penetrara en Dageus MacKeltar, quería ser la que *se quedara* dentro de él. Para siempre. La última mujer con quien él hiciera el amor el resto de su vida. Lo amaba tan ferozmente que el simple deseo era alguna clase de dolor.

Y por Dios, quería oír esas palabras otra vez.

Abrió su boca para presionarlo, pero en el momento que lo hizo, él inclinó su boca dura sobre sus labios separados y —¡condenado hombre por poder besar a una mujer en medio de un enjambre de hormonas zumbando alrededor como pequeñas abejas borrachas!— en pocos momentos, la única cosa que ella pensaba era la forma en que él la tocaba.

Silvan no era un hombre dado a espiar. Bueno, no lo había sido hasta que sus hijos se habían ido y habían tomado compañeras, y entonces pareció que había empezado a hacer todo tipo de cosas que no había hecho antes. Como escuchar a escondidas una vergonzosamente personal y ardiente conversación entre Drustan y Gwen, que había acabado con Silvan arrastrando a Nellie a la cama. Y casándose con ella poco tiempo más tarde.

Sonrió abiertamente. Una malditamente buena mujer que era también. Sabía más acerca de los Keltar que los Keltar mismos. En sus doce años como ama de llaves, ella había aprendido casi cada secreto de su castillo, incluyendo uno ni siquiera él había sabido: un lugar secreto que había pasado al olvido por casi ocho siglos, según la última entrada que había leído en el diario que había encontrado allí dentro.

Ella le había contado que había descubierto la cámara subterránea durante un ataque de limpieza general unos diez años atrás. No lo había mencionado porque pensaba que él ya lo sabía, *y además*, había agregado mordazmente, *eso fue cuando no me hablabas*. Silvan bufó suavemente. Qué tonto había sido, negando su deseo por ella. Tantos años desaprovechados...

*¿Estás desaprovechando aún más tiempo, anciano?*, inquirió una cáustica voz interior. *¿No hay todavía cosas que te rehúsas a decir?*

Él apartó de un empujón ese pensamiento. Ese no era el momento de pensar en sí mismo. Era el momento de enfocar la atención en encontrar la manera de salvar a su hijo.

El contenido de la cámara era la razón por la que esperaba en las sombras del gran *hall* aguardando el regreso de Dageus. Había textos y antigüedades, reliquias que Dageus necesitaba ver. El volumen total del material de la cámara subterránea era apabullante. Les podría tomar semanas simplemente catalogarlo todo.

Silvan sintió a su hijo antes de que él entrara al gran *hall*, y comenzó a levantarse, pero en el último instante, antes de que la puerta se abriera, oyó una ráfaga suave de ronca risa femenina. Luego un silencio que sólo podía ser llenado de besos. Y después más risa.

Suave, débil, pero la risa *de Dageus*.

Él se quedó inmóvil medio inclinado sobre su silla. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había oído ese sonido?

Och, la oscuridad estaba todavía allí, bajo la risa, pero todo lo que había sucedido ese día le había concedido a Dageus un compasivo alivio temporal. No necesitaba ver a su hijo para saber que sus ojos no serían dorados todavía, pero al menos sí más claros.

Cuando su hijo empezó a abrir la puerta, Silvan volvió sigilosamente a la silla, congregando las sombras alrededor de él con unas cuantas palabras suaves.

Sus noticias podían esperar hasta el amanecer.

## Capítulo 20

—*Hay algo que no te he dicho, pequeña Chloe*— dijo Dageus, saliendo del oscuro círculo de piedras. Sus ojos dijeron que *necesitaba* decírselo. Y que temía hacerlo. ¿Qué podría temer un hombre semejante? Que él temiera la asustaba también, y disminuyó considerablemente su necesidad de saber. Para variar, su curiosidad se enrolló como un puercoespín y fingió estar muerta.

—*No tienes que decírmelo si no quieres*— musitó ella, deseando que el mágico placer de su intimidad recién descubierta permaneciera sin dañarse por verdades difíciles. A juzgar por la mirada en su cara, “difícil” era una palabra suave para describir lo que fuere que él guardaba.

Los fuertes tendones en su cuello se movieron y él abrió y cerró la boca varias veces. Aspiró profundamente.

—*Quizá deberías saber...*

Un golpeteo repentino en la puerta sacudió a Chloe, despertándola instantáneamente. Su sueño se despedazó en partículas diminutas como el polvo de

Sandman<sup>23</sup>.

Cuando se estremeció, los brazos de Dageus se tensaron alrededor de ella.

—¿Están despiertos allí dentro?— gritó Nell a través de la puerta—. Silvan está cerca, deshaciéndose de impaciencia. Pide que bajen.

—Estamos despiertos, Nell— contestó Dageus—. ¿Te importaría enviar una bañera?

—Dageus, tu *pa* está que salta. Ha estado esperando para mostrarte lo que ha encontrado desde tempranas horas ayer por la mañana, y sabes que él nunca ha sido el hombre más paciente del mundo.

Dageus suspiró ruidosamente.

—Un cuarto de hora, Nell— dijo, sonando resignado—, luego estaremos abajo.

—No los hubiera perturbado, si fuera por mí—. Una risa suave, y el ruido de sus pasos se desvanecieron por el corredor.

Dageus giró a Chloe sobre su costado para confrontarla, capturando una de sus piernas entre las suyas, ahuecando sus pechos llenos posesivamente.

—Buenos días— dijo ella adormecidamente, sonrojándose por el recuerdo de lo que él le había hecho a lo largo de la noche. Lo que ella le había animado, incluso rogado, que hiciera. Sonrió. Estaba dolorida y sensible y se sentía delicioso. Había pasado la noche entera en sus brazos. Qué gracioso, meditó, que de todas las cosas tan difíciles de creer que le habían ocurrido, las pasadas veinticuatro horas con él parecían ser lo más asombroso. Desde que se había entregado a él, Dageus había sido un hombre completamente diferente. Ardiente, sexy, juguetón. Oh, a pesar de eso seguía siendo, cada pulgada, un hombre autoritario, vilmente sexual, pero infinitamente más accesible. Cuando antes había parecido que estaba allí pero *no completamente allí*—una parte de él en alguna otra parte—, en la cama estaba cien por ciento *allí*. Cien por ciento enfocado e involucrado.

Era devastador ser el foco de un erotismo tan crudo e implacable. Él era todo lo que ella había imaginado.

Dageus MacKeltar podía *estar* completamente en la cama y más. Salvaje y exigente, destrozando maliciosamente todas sus inhibiciones.

Mientras ella pensaba qué agradable era verlo descansar, su cuerpo tan relajado como un león exponiéndose perezosamente al sol, él sonrió a su vez, pero no alcanzó sus ojos.

—¡Oooh! Deja de hacer eso. Cuando me sonrías lo quiero todo.

—¿Qué?—. Él parecía desconcertado.

Chloe deslizó sus manos hasta sus costillas, preguntándose si un hombre tan fuerte y disciplinado podría ser cosquilloso. Lo era, y la deleitó descubrir que de alguna pequeña forma él era tan indefenso y tan humano como el resto del mundo. Le hizo cosquillas despiadadamente hasta que, riéndose, él capturó sus manos en las de él.

---

<sup>23</sup> Sandman: el Hombre de Arena, personaje de cuentos infantiles. (N. de la T.)

—Castigo a las chicas que me hacen cosquillas— ronroneó él, estirando los brazos femeninos por encima de su cabeza.

—¿Cómo?— preguntó ella sin aliento.

Él zambulló su cabeza oscura y atrapó un pezón en su boca, succionando delicadamente antes de soltarlo y arrastrar su lengua sobre sus pechos para capturar el otro.

—Tienes unos pechos perfectos, muchacha— gruñó con voz ronca—. En lo que se refiere al castigo, necesitaré reflexionar sobre eso— ronroneó contra su piel—. Nadie jamás me ha hecho cosquillas antes.

—Córcholis, me pregunto por qué— se ingenió ella para decir. Cuando él rodeó un pezón erecto con su lengua, su espalda se arqueó y suspiró afiladamente. Sus pechos se sentían hinchados, irritados por la sombra de su barba, y exquisitamente sensitivos—. ¿Podría ser porque eres siempre tan serio y controlado? Debían estar asustadas— dijo, sin aliento.

Él soltó su pezón y la contempló, alarmado.

—Pero tú no, ¿verdad, Chloe?

—Sonríe— jadeó ella, sin querer contestar. Sin querer admitir que una parte suya sentía miedo del hombre intimidador que bailaba entre los siglos. No exactamente *de él*, sino del poder que tenía sobre ella, porque tenía unos sentimientos tan intensos por él. A pesar de todas las cosas abrasadoras e increíblemente íntimas que le había hecho, él no había dicho ninguna de esas palabras que los amantes solían decir, palabras que sugirieran un futuro juntos. Como le había dicho el día anterior, él no daba excusas ni ofrecía mentiras bonitas. Ni promesas tampoco.

Pero a ella no le importaría escuchar una o dos. O diez.

Siguiendo su ejemplo, ella había mantenido sus sentimientos en silencio, decidida a ser paciente; esperar y observar, intentar atrapar algunos de esos pequeños signos sutiles que era todo lo Dageus revelaba.

Él arqueó una ceja y sonrió como ella le había pedido.

—Oh, eso está mucho mejor— dijo, sonriendo a su vez. Era imposible no sonreír en respuesta cuando él sonreía de verdad. Cuando Dageus deslizó sus manos por los brazos de Chloe, sobre sus pechos, luego sus caderas, ella negó con la cabeza cautelosamente.

—Oh-oh. No puedo. No ahora—. Lo tentó deliberadamente—. Podría pasar una semana antes de que pueda otra vez— y lo coronó con un modesto aleteo de pestañas.

Gruñendo, él inclinó la cabeza, su melena negra derramándose como seda oscura sobre la piel femenina.

—Och, no, muchacha, creo que no. Un baño acelerará tu recuperación— y empujó contra su muslo, duro y listo. ¿El hombre nunca se cansaba?, se preguntó gozosamente.

A pesar de su dolor, el deseo ardió, caliente y ávido, enardeciendo todas sus extenuadas terminales nerviosas y resucitándolas. La hacía sentirse insaciable. Tener sexo con él hacía que una mujer sintiera que estaba haciendo algo prohibido en cierta forma, y ella podría obsesionarse absolutamente con eso. Aunque se sentía sensible y

tierna, si tuviesen tiempo estaría extendida sobre él, o mejor dicho, él estaría extendido sobre ella, pues ciertamente le gustaba tomar la posición dominante.

—Ya oíste a Nell. No tendremos un baño. Silvan nos necesita—. Chloe sintió un rubor repentino de vergüenza. Se había acostado con el hijo *de Silvan* en el castillo *de Silvan*. Aunque no se había sentido avergonzada con Nell en la puerta, por alguna razón se sentía turbada cuando pensaba en Silvan, quizá porque él era de la edad de su abuelo.

—No te preocupes, muchacha— la reconfortó él, adivinando sus pensamientos al ver su expresión—. Silvan nos vio llegar anoche. Él no pensará menos de ti. En realidad estará encantado. Nunca he traído a una muchacha a mi cámara antes.

—¿De veras?— preguntó ella sin aliento. Cuando él asintió con la cabeza, Chloe sonrió radiantemente: al menos allí en su dormitorio, ella era la única. Aunque no era lo que le hubiera gustado oír (como una declaración de amor imperecedero o una petición de tener sus bebés), era algo. Entonces sus ojos se estrecharon. El sol se deslizaba a través de la ventana detrás de ella y los ojos de Dageus eran dorados, moteados con chispas más oscuras. Humeantes y sensuales, bordeados por oscuras y gruesas pestañas, pero dorados.

—¿Qué ocurre con tus ojos?— exclamó ella—. ¿Es parte de ser un Druida?

—¿De qué color son?— preguntó él con cautela.

—Dorados.

Él le regaló otra sonrisa indefensa. Era como deleitarse en el sol, pensó la muchacha, trazando sus dedos sobre su mandíbula oscurecida de barba, sonriendo impotentemente en respuesta.

Él se movió contra su muslo otra vez.

—Eres buena para mí, muchacha. Ahora deja de molestar, mujer, no sea que empiece algo que te rehúsas a dejarme terminar—. Él se incorporó, llevándola con él, besándola, mordiendo su labio inferior. El beso se volvió caliente y feroz mientras él trataba de levantarse, y se cayeron de la cama, así que ella aterrizó en el piso encima de él. Él rápidamente comenzó a rodarla bajo él y la besó hasta que ella empezó a jadear.

Dageus le dirigió una sonrisa arrogante algunos momentos más tarde, mientras la ayudaba a levantarse.

—Apuesto que no estarás sensible mucho tiempo más— ronroneó.

*¡Definitivamente no*, pensó ella, *condenado hombre, bromista y atormentador!* Los músculos de la parte interior de sus muslos, que ella no había sabido que tenía, protestaron cuando trató de caminar. Y a pesar de todo, quería más.

Sólo mucho más tarde se dio cuenta de que él no había contestado a su pregunta.

—Ya era tiempo— se quejó Silvan cuando entraron al gran *hall*.

—*Pa*, ¿dónde está el quinto *Libro de Manannan*?— preguntó Dageus sin preámbulos.

—No hay quinto *Libro de Manannan*— dijo Chloe con certeza—. Hay solamente

tres. Eso lo sabe todo el mundo.

Dageus le dirigió una sonrisa afectada.

—Ah, el demoníaco “todo el mundo”. Siempre me he preguntado a quiénes comprende ese grupo.

Silvan parecía divertido, irguió su cabeza y recorrió interrogativamente con la mirada a Dageus.

—¿Piensas que ella necesita una distracción? Creí que ya la habías estado distrayendo muy a fondo.

Chloe se sonrojó.

—Está en la biblioteca de la torre— agregó Silvan—. Pero vuelve rápidamente, tenemos mucho de qué hablar y Nellie me ha mostrado la cosa más *asombrosa*.

Mientras Dageus salía rápidamente del gran *hall*, Silvan palmeó el asiento a su lado.

—Ven, mi querida— dijo con una sonrisa acogedora—. Siéntate un poco conmigo y cuéntame de ti. ¿Cómo conociste a mi hijo?

¿*Cómo podría ocurrírseme una respuesta adecuada para eso?*, se preguntó Chloe irónicamente. Apartó la vista de la mirada penetrante del anciano, sonrojándose un poco.

—La verdad, mi querida— dijo Silvan suavemente.

Chloe lo miró, sobresaltada.

—¿Soy tan transparente?

Él sonrió reconfortantemente.

—Conociendo a mi hijo como lo hago, no creo que haya sido una reunión ordinaria.

—No— estuvo de acuerdo ella con un pequeño suspiro—. Exactamente no nos conocimos. Nosotros... eh, más bien colisionamos...

Su historia lo hizo reír en voz alta, y Silvan no podía esperar para repetírsela a Nellie, quien saborearía cada palabra de la escandalosa narración. La muchacha era una buena narradora de cuentos, lo suficientemente melodramática como para mantener el interés y sacar provecho de las partes que valían la pena. Graciosa, también, con un sentido del humor modesto que era más atractivo. La muchacha no tenía idea de cuán linda e inusual era. Ella se consideraba “un poquito *nerd*”. Después de que ella hubiera definido la palabra, Silvan decidió que ser “nerd” era algo bueno. (Que él mismo cayese en esa categoría —“sesudo” no sonaba particularmente gracioso, y sí un tanto subdesarrollado—, tal vez influenciara su opinión un poquito). Sí, el relato era un bocado precioso de una tejedora de palabras, y el cuento mismo olía a la reunión predestinada de un Keltar y su compañera.

Mientras ella hablaba, él escuchó profundamente. Detectó un corazón puro, un corazón como el de Dageus, más sensible que la mayoría, salvajemente emocional, y por lo tanto cuidadosamente precavido. Oyó su amor por su hijo en el timbre ligeramente ronco de su voz, un amor tan fuerte que la inquietaba un poco, y ella no estaba aún en condiciones de hablar de ello.

Que estuviese allí era suficiente para Silvan. Su hijo ciertamente había encontrado a

su compañera. Consideró cuidadosamente la ironía de la oportunidad del momento, al mismo tiempo que la bendijo.

Una cosa lo hizo cavilar, sin embargo: ella todavía no sabía lo que estaba mal con Dageus, y había florecido una gota de miedo en su corazón.

Él lo entendía bien. Cuando un corazón comprendía que amaba era también, paradójicamente, cuando un corazón aprendía a tener miedo más profundamente. Ella quería saber lo que estaba mal con Dageus, pero no quería oír algo que pudiera echar a perder su alegría, y Silvan sospechaba que tendría una pequeña batalla consigo misma antes de que finalmente estuviera dispuesta a preguntar.

Cuando Dageus le dio a Chloe el quinto *Libro de Manannan*, el mayor de los MacKeltar decidió que su hijo estaba atontado con ella. Ella maniobró el tomo con reverencia absoluta, sin casi tocarlo, excepto en las puntas más ajadas de los bordes de las páginas gruesas, con la mirada fija y sus ojos enormes de admiración.

Y balbuceando.

—P-p-pero esto ni s-siquiera se s-supone que exista y... oh, Dios mío, ¡está escrito usando un alfabeto anterior al L-latín! ¿Crees que podría intercambiar una de mis reliquias por esto?— suspiró, dirigiendo una mirada a Dageus que Silvan mismo habría encontrado difícil de negar.

Och, sí, la muchacha afortunadamente podría pasar horas como él mismo solía hacer, maravillándose de los textos antiguos, deleitándose con las historias que contenían. *Nerd*, ciertamente. Y Dageus... pues bien, Dageus parecía congelado ante el prospecto de negarle algo. Rescató a su hijo velozmente.

—Temo que tiene que quedarse aquí, mi querida. Hay razones por las que ciertos tomos nunca pueden ser disponibles para el mundo.

—Oh, ¡pero al menos debes dejarme leerlo!— exclamó la muchacha.

Silvan se lo aseguró, luego pudo enfocar su atención en Dageus. El descubrimiento de la biblioteca de la cámara lo había revigorizado, lo había hecho sentir veinte años más joven y le había dado un sentido enteramente nuevo de qué significaba ser un Keltar. Y en esa cámara seguramente estaban las respuestas a sus problemas. Apenas podía esperar para mostrársela a su hijo. Disfrutando el momento, dijo con indiferencia estudiada:

—¿Asumo que no soy el único que no sabía de la biblioteca de la cámara bajo el estudio?

Dageus hizo un ruido atragantado y su mirada alarmada voló a Silvan.

—¿Bajo el estudio?

—Sí.

Dageus agarró la mano de Chloe, la jaló de la silla, libró una pequeña batalla con ella mientras ella trataba de regresar al texto, que extrajo a la fuerza de sus manos y depositó firmemente sobre la mesa, luego la llevó a rastras mientras caminaban tras Silvan.

Cuando Silvan presionó el tirante izquierdo bajo la repisa de la chimenea, un lado entero se mecía hacia afuera, revelando un pasillo detrás. Él explicó cómo un día Nellie,

en un drástico ataque de limpieza, había tropezado con eso mientras barría telarañas de la repisa y fregaba el hollín negro de la cara de piedra de la chimenea. Ella había captado el tirante al fregar y la siguiente cosa que había sabido era que se movía, con ella pegada a la chimenea.

—¿Y *por qué* no nos dijo nada?— dijo Dageus, incrédulo.

Silvan bufó.

—Ella pensó que lo sabíamos y creíamos que ella “se suponía” que lo sabía también.

Dageus negó con la cabeza.

—¿Y esa otra biblioteca?

—Och, hijo, parece ser nuestra historia entera, sin haber sido tocada por siglos.

Atontada, y ella sospechó que un poco olvidada por los hombres Keltar en ese momento, Chloe siguió a Dageus y Silvan dentro del vacío oscuro, hacia los escalones pronunciados de piedra que descendían a una cámara cavernosa que tenía apenas quince pies de lado a lado y el doble de larga. La cámara estaba alumbrada por docenas de candelas en candelabros colgados de la pared. Estaba forrada del piso al techo con estantes, mesas, sillas y baúles.

La cabeza de Chloe giró de izquierda a derecha, de acá para allá, a una velocidad vertiginosa.

*Enfoca, Zanders. Vas a ponerte enferma de excitación.*

Ningún arqueólogo entrando en una tumba hasta entonces sellada y olvidada podría haberse sentido más emocionado. Su corazón corría a toda velocidad, sus palmas estaban sudorosas, y no podía respirar muy bien. Caminó a grandes pasos hacia adelante, empujando a los dos hombres, decidida a ver todo lo que pudiera antes de que la recordaran y quizá pensarán dos veces acerca de dejarla verlo todo. Estaba adentro de una cámara subterránea antigua, rodeada por sus cosas favoritas: reliquias polvorientas de edades antiguas. Reliquias que provocarían a los estudiosos de su siglo paroxismos de alegría, dándoles temas para roer y discutir a satisfacción casi por el resto de sus vidas.

Había tablillas de piedra cinceladas con inscripciones irlandesas de *ogham*<sup>24</sup>. Más piedras con lo que se parecía a las letras pictas de *ogham*, escritura que los estudiosos modernos nunca habían tenido éxito en traducir, mientras que pictos habían adoptado el *ogham* irlandés pero no habían sido capaces de adaptarlo a su propio lenguaje ya que el picto y el gaélico eran fonéticamente incompatibles. ¡Tal vez podrían enseñarle cómo leerlo!, pensó ella, *aturdida* por la posibilidad.

Había volúmenes unidos con tela, asegurados y atados en paños descoloridos, volúmenes empastados en cuero y rollos de papel, platos esmaltados, códices cosidos a mano, piezas de armaduras y armamentos, y ¡Cielos!, ¡incluso ese jarro olvidado mucho tiempo atrás era una reliquia!

Después de algunos momentos de examen sin aliento, ella miró por encima de su

---

<sup>24</sup> Ogham: jeroglíficos utilizados por diversos pueblos que invadieron Irlanda en diversas oleadas antes de la conquista romana (N. de la T.)

hombro a Dageus y Silvan que se habían detenido simplemente a la entrada de la cámara, sus cabezas dirigidas hacia una corta columna de piedra en la cual yacía una lámina de oro.

—*Pa*, ¿es esto lo que creo que es?—. La voz de Dageus sonó estrangulada.

—Sí, éste es El Pacto, como dice la leyenda, grabado en una lámina de oro puro.

—Eso no es muy sensato— apuntó Chloe débilmente—. Es demasiado maleable. El oro puro es demasiado suave, con demasiada facilidad puede dañarse. Por eso es que tantos guerreros antiguos tenían corazones de hierro bajo el oro. Bien, por eso y para ayudar a doblar una espada potencial. ¿Qué “Pacto”, de todos modos?

—Precisamente su propósito— murmuró Silvan, trazando con ligereza el borde de la lámina de oro—. Se dice que hicieron esto para simbolizar cuán frágil era El Pacto. Para subrayar que debía ser tratado con delicadeza.

—¿Qué Pacto?— preguntó Chloe otra vez, dando un paso cautelosamente entre una pila de tomos empastados en cuero y un escudo roto y oxidado en forma de corazón, mirando con atención las esquinas oscuras de la cámara. Se preguntó si la dejarían vivir allí abajo por algún tiempo. Otra mirada a Dageus la hizo retractarse de ese pensamiento. A menos que él viviese allí con ella.

—El Pacto entre los *Tuatha de Danaan* y el hombre.

Chloe se sentó pesadamente sobre su trasero.

—¡No en los tomos!— jadeó Silvan.

Chloe, alarmada, cayó de costado y se derrumbó desgarbadamente en el piso polvoriento de piedra, consternada por haber apoyado el trasero en una pila de textos invaluable.

—Lo siento— masculló—. Estoy simplemente un poco sobreexcitada. ¿Cuán antiguo se supone que es? ¿Qué lenguaje usa? ¿Lo puedes traducir? ¿Qué dice?

Silvan se ocupó en buscar desordenadamente en una urna de pergaminos.

Dageus se encogió de hombros.

—Ni idea de qué lenguaje usa.

—¿No puedes leerlo?

—No— masculló Dageus.

Silvan tosió.

Los ojos de Chloe se estrecharon, pero decidió dejarlo en paz por el momento. Sentía la cabeza ligera otra vez y no quería presionarlo. Necesitaba absorber lentamente su nueva perspectiva de la historia, una que incluía al mismo tiempo a druidas con el poder de manipular el tiempo mismo, y la existencia de una civilización antigua que había poseído el conocimiento y una tecnología avanzada, mucho más allá de cualquier cosa que el hombre alguna vez hubiera logrado.

¡El abuelo había estado acertado al pensar que los *Tuatha de Danaan* una vez habían existido, y no sólo en el mito!

*Respira, Zanders*, se dijo a sí misma, dejándose caer de rodillas en el piso y alcanzando el tomo más cercano.

Muchas horas más tarde, Chloe descansaba su cabeza otra vez contra la pared fresca de piedra y cerraba sus ojos, escuchando hablar a Silvan y Dageus. Idiomas que ella no podía traducir, trazados en alfabetos sin usar por siglos, bailaban en el interior de sus párpados.

Había polvo en su pelo, su cara y su nariz, y llevaba puesto un vestido medieval cubierto de polvo en un castillo que no tenía ducha ni plomería, y no podría haber sido más feliz. Pues bien, a menos que ella hubiera sido enviada al tiempo en que existía la Biblioteca de Alejandría, inmediatamente después de que Antonio le hubiera donado a Cleopatra la Biblioteca de Pérgamo, llegando a un total estimado de casi un millón de volúmenes, si podía confiarse en algo que los historiadores afirmaban.

—Entonces, según el diario que encontraste, ¿nuestros antepasados raramente usaron esta cámara, pasando el conocimiento del lugar sólo del *laird* al hijo mayor?— decía Dageus. Su acento profundo envió pequeños escalofríos de conciencia sexual a través de ella.

—Sí— contestó Silvan—. Pasé un poco de tiempo revisándolo ayer. La última entrada fue hecha en el año ochocientos setenta y dos. Supongo que el *laird* murió inesperadamente y, a lo mejor, bastante joven, y la cámara pasó al olvido.

—Toda esta historia— dijo Dageus, negando con la cabeza—. Toda esta tradición, y nunca siquiera lo sospechamos.

— Sí. Si lo hubiéramos sabido, las cosas podrían haber sido muy diferentes. Quizá algunos de nosotros habríamos hecho elecciones diferentes.

Chloe abrió sus ojos una raja. Había habido una nota extraña y afilada en la voz de Silvan cuando había hecho el último comentario. Estudió el perfil cincelado de Dageus, bronceado por la luz de la vela oscilante, preguntándose qué era lo que no le había contado. No había olvidado el maleficio o su búsqueda incesante de los tomos antiguos. Aunque había tenido muchas oportunidades para preguntárselo el día anterior, no había querido que nada estropearla la maravilla de su día juntos.

La verdad era que no quería que nada estropearla la maravilla de ese mismo día tampoco. Lo protegería fervorosamente del indicio más mínimo de tristeza. Nunca se había sentido tan burbujeante, tan exaltada, y no quería que acabara.

Ella, quien nunca tomaba un “no sé” por respuesta, quien siempre empujaba inquisitivamente, de pronto no tenía ningún deseo de hacer siquiera una mínima pregunta.

*Mañana, se prometió a sí misma. Le preguntaré mañana.*

Por ahora, entre encontrarse repentinamente en el pasado, experimentar la pasión con un hombre tan intenso, y descubrir tantos tesoros, tenía suficiente para afrontar. Le resultaba difícil simplemente llevar el paso. Sólo asimilar el hecho de que estaba en el

siglo dieciséis era lo suficientemente abrumador.

Como si la sintiera contemplarlo, Dageus giró su cabeza repentinamente y la miró directamente a los ojos.

Las ventanas de nariz se dilataron y sus ojos se estrecharon, su mirada caliente y posesiva.

—*Pa*, Chloe necesita un baño— dijo, sin quitar su mirada de la de ella. Atrapó su labio inferior con sus dientes y todos los músculos de la parte inferior del cuerpo femenino se tensaron—. *Ahora*.

—Estoy un poco polvoriento yo mismo— acordó Silvan después de una pausa breve y embarazosa—. Sospecho que todos podríamos hacer un pequeño descanso y comer algo.

Dageus se levantó, pareciendo más grande de lo usual en los confines de la cámara de techo bajo. Tendió su mano.

—Ven, muchacha.

Y Chloe fue.

—¿Debemos encadenarlo de esa manera?— preguntó Gwen, frunciendo el ceño.

—Sí, amor— contestó Drustan—. Él se suicidaría antes de hablar, si soy lo suficientemente tonto de darle la oportunidad.

Dieron un paso atrás, con la mirada fija a través de los barrotes de la mazmorra, donde un hombre delgado, con pelo castaño cortado al ras, estaba encadenado a la pared, sus brazos y piernas extendidos. Él les gruñó a través de los barrotes, pero el sonido fue amortiguado por su mordaza.

—¿Y tienes que amordazarlo?

—Masculaba algo que sonó sospechosamente como un cántico antes de que lo hiciera. A menos que lo interroge, se quedará amordazado. No te aventures aquí abajo sin mí, muchacha.

—Es que simplemente parece tan... barbárico, Drustan. ¿Qué ocurre si él no está siquiera involucrado en esto?

Drustan reunió el surtido de bienes personales que había quitado de los bolsillos del hombre antes de arrestarlo. Había encontrado dos dagas letalmente afiladas, un teléfono celular, un largo cordón, una gran cantidad de dinero en efectivo, y unos pocos pedazos de caramelo duro. El hombre no llevaba cartera, ninguna identificación ni documentos de cualquier tipo. Metió el teléfono, el cordón y el caramelo en su bolsillo, tomó en una mano las cuchillas y envolvió un brazo alrededor de los hombros de Gwen, guiándola fuera de la celda hacia las escaleras.

—Lo está. Lo atrapé acechando fuera de las puertas del estudio. Cuando él me vio, pareció reconocerme. Después se vio *desconcertado* y finalmente horrorizado. Estoy

seguro de que pensó que yo era Dageus y no sabía que Dageus tenía un gemelo. Más aún, Dageus me dijo que Chloe le había contado que su asaltante tenía un tatuaje en el cuello. Aunque Dageus no tenía idea de qué clase de tatuaje era, es demasiada coincidencia que el intruso también tenga un tatuaje en su cuello. Sí, él está involucrado. Y aunque no está hablando ahora, lo hará— juró con sombría determinación.

—Nada de esto tiene algún sentido para mí. ¿Por qué querría alguien lastimar a Dageus o a Chloe? ¿Qué podrían querer?

—No lo sé— gruñó Drustan—. Pero puedes estar segura de que nos enteraremos.

## Capítulo 21

Estaba mal ventilado en la biblioteca de la cámara y Dageus cambió de posición desasosegadamente en su silla, luego se dejó caer al piso y recostó su espalda contra la fresca pared de piedra. Recorrió con la mirada a Chloe y sonrió sardónicamente. Su simple presencia hacía sumamente difícil para él concentrarse en el trabajo entre manos.

Ella estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una pila de cojines en una esquina de la cámara subterránea, estudiando minuciosamente, como lo había estado desde hacía algún tiempo, el cuarto *Libro de Manannan*. Unos cuantos días atrás, él se lo había intercambiado por el quinto volumen, así podría registrar ese tomo por sí mismo, ya que ella era más lenta traduciendo que él. Para su consternación extrema y a menudo expresada en voz alta, ella era incapaz de leer la mayor parte de la tradición Keltar contenida en la cámara. Trazados en dialectos olvidados, usando alfabetos arcaicos combinados con una ortografía toscamente inconsistente, la mayoría de ellos era imposibles de descifrar para ella.

Su mirada caliente la recorrió de pies a cabeza y se tragó un pequeño gruñido de deseo, siempre presente. Con un vestido lila liviano y ajustado —uno de varios que Nell había modificado para ella, y sospechaba que Nellie deliberadamente los escogía para distraerlo—, con un escote profundo y un corpiño cómodo, ella era toda una visión. Sus rizos desgreñados se derramaban alrededor su cara y se mordía su delicioso labio inferior, profundamente hundida en sus pensamientos. Se concentraba tanto como su *pa* lo hacía en las viejas historias, abstrayéndose al extremo de la sordera.

Cuando ella cambió de posición, acomodándose de lado sobre los cojines suaves, sus pechos se apretaron y empujaron por encima del escote del vestido y la lujuria se precipitó dentro de él. Aunque le había hecho el amor al despertar, como hacía cada amanecer, nuevamente ardió por enterrar la cara en ese valle exuberante, besarlo, lamerlo y morderlo hasta que ella estuviera jadeando y sollozando su nombre.

Los últimos diez días habían pasado velozmente, demasiado velozmente para su gusto. Quería detener el tiempo, prolongar cada día, extenderlo a la longitud de un año, para vivir toda una vida en el *ahora*, beber de la alegría agridulce de ser parte de una pareja.

Dulce porque tenía a su mujer. Amargo porque tenía que refrenar su lengua, y no hacer promesas que ardía en deseos de expresar. Promesas que no eran suyas para dar, porque su futuro era incierto. Para su inmensa frustración, no podía siquiera ofrecer las pequeñas verdades que poseía, porque Chloe todavía no le había preguntado acerca del “maleficio”.

Él quería decírselo. *Necesitaba* decírselo. Necesitaba saber que ella sabía lo que él era y pudiera aceptarlo. En tres ocasiones había probado las aguas, una vez en su sueño, una vez más tarde, mientras paseaban por los jardines bajo una plateada luna llena. En su sueño, ella se había sobresaltado y se había evadido. En su vigilia, había hecho lo mismo.

La tercera vez que él había empezado a hablar de ello, Chloe había arrastrado su cabeza hacia abajo y usado una de las tácticas del mismo Dageus: lo había silenciado con un beso y le había hecho olvidar no sólo lo que estaba a punto de decir, sino en qué siglo estaba.

No era propio de él no poder enfrentar una situación difícil, pero a regañadientes había cedido ante su resistencia y la había dejado evadirlo por el momento.

No tenía dudas de que, eventualmente, ella preguntaría. Si algo caracterizaba a Chloe, era su tenaz curiosidad. Dageus sabía que la había agobiado con una gran cantidad de novedades en muy poco tiempo: el viaje por el tiempo, los druidas, las razas legendarias, las reliquias nuevas, las demandas de sus insaciables y lujuriosos apetitos. Y ella había resultado ser notablemente elástica. Si necesitaba un poquito de tiempo para comenzar a hacer preguntas otra vez, él ciertamente no podía negarle ese respiro.

Así, por los pasados diez días, en lugar de preocuparse, había enfocado la atención en la mitad *dulce* de *agridulce*, ayudado por el optimismo risueño y el entusiasmo interminable de su mujer. Con cada día que pasaba, se sentía aún más fascinado por ella. Ya sabía que era inteligente, fuerte y que tenía un corazón genuino, pero eran las pequeñas cosas acerca de ella las que verdaderamente lo encantaban. La manera en que sus ojos se dilataban y se llenaban de excitación cada vez que Silvan leía un trozo selecto de uno de los textos; la forma en que había aguantado examinar El Pacto por media hora, con las manos ensortijándose de anticipación, pero rehusándose a tocarlo porque no quería arriesgarse a arruinar el oro suave con algo blasfemo como una huella digital. La forma en que ella perseguía a sus pequeños medio-hermanos alrededor del gran *hall* en las tardes después de la cena, fingiendo que era una “pequeña bestezuela feroz”, hasta que ellos gritaban de excitación y miedo fingido. La forma en que le hacía bromas a su irascible *pa*, coqueteando con él en una forma atractiva, hasta que lograba llevar un sonrojo a sus mejillas arrugadas y una sonrisa a sus labios, desvaneciendo una parte de la preocupación de sus sombríos ojos café.

Se enorgullecía de la mujer que era, y se sentía salvajemente posesivo. Se alegraba

ferozmente de haber sido quien la despertara a la intimidad, que fuera el único a quien ella había confiado una pequeña parte de su corazón.

Sí, sabía que había tocado su corazón. Ella no era una muchacha que pudiera esconder sus sentimientos, porque simplemente no poseía esas defensas. Aunque no había dicho las palabras, él lo podía ver en sus ojos, y sentirlo en sus caricias. Ninguna mujer jamás lo había tocado realmente en la forma que ella lo tocaba. A veces, parecía que lo tocaba con algo cercano a la reverencia, como si estuviera tan impresionada como él de engranarse tan perfectamente, como dos pedazos entrelazados de madera y esculpidos del mismo árbol.

Ella no tenía idea de lo que provocaba en él verla vestida con los colores de su clan, paseándose a través de la casa de su infancia. Lo hacía sentir al mismo tiempo un guerrero completamente elemental y un amante, un hombre de necesidades agudas y leyes primitivas. Lo único que podría hacerlo más dulce sería que él, también, pudiera vestir los colores Keltar otra vez.

Pero esa era una pérdida tolerable. Cuando él había esperado poco de vida, ella le había dado todo, incluyendo un nuevo despertar a la admiración y la esperanza que había perdido tanto tiempo atrás. Los campos llenos de brezos parecían otra vez fértiles y floreciendo de vida. En todos los lugares que miraba, veía algo de belleza: en una marta averiguando la brisa, en un águila real remontándose en lo alto, con su corona leonada y majestuosa, o quizá simplemente en un roble imponente junto al que había pasado cien veces pero sin verlo verdaderamente. El cielo nocturno llameando de estrellas parecía otra vez lleno de secretos y milagros.

Chloe era una espada hecha de luz de sol que había irrumpido a través de los nubarrones en los que él había vivido por tanto tiempo, iluminando su mundo.

Ella se había precipitado totalmente y sin reservas a la intimidad. Le gustaba tocar, ciertamente, y parecía desearlo con ardor. Constantemente deslizaba su pequeña mano en la de él, o enterrándolas en su pelo, acariciando su cuero cabelludo con las uñas. Como un gato salvaje que había tenido libertad absoluta, pero sin saber de ningún lugar al que llamar casa, él saboreaba la constancia gentil del contacto familiar de sus manos cariñosas.

Había tenido la razón al pensar que con ella el hacer el amor con ella tendría un resultado inesperado, algo que nunca había experimentado antes. El sexo siempre lo había calmado y apaciguado, aflojando sus músculos, relajando su tensión mental, pero ahora, cuando caía saciado, sosteniendo a Chloe cerca, su corazón estaba también satisfecho.

Pero si su presente era un cielo vasto, soleado y azul, su futuro estaba lleno del balanceo ominoso de truenos que retumbaban.

Y no se atrevía a olvidarlo.

Arrancó su mirada de Chloe y respiró hondo, desviando sus pensamientos a asuntos menos felices.

En los pasados diez días, aunque Silvan y él había descubierto una riqueza de

información, olvidada por mucho tiempo, acerca de su clan en la biblioteca de la cámara, y había aprendido más acerca de su propósito como druidas de lo que jamás habían sabido, todavía no habían encontrado una mención de los Trece y sólo una información más bien escasa en cuanto a sus benefactores. Silvan esperaba que pudiesen encontrar en los antiguos registros alguna forma de contactar a los *Tuatha de Danaan*, pero Dageus no compartía el optimismo de su *pa* en cuanto a eso. No estaba convencido de que la antiquísima raza estuviera aún alrededor. Y si lo estuvieran, ¿por qué se molestarían en aparecerse ante un Keltar que había caído en deshonra cuando no se habían molestado en aparecerse ante cualquier otro Keltar? No le sorprendería saber que hubieran plantado sus trampas en el puente y se hubieran ido miles de años atrás, para nunca más regresar.

La búsqueda tomaba demasiado tiempo. En el siglo veintiuno había habido escasez de información, ahora, en el dieciséis, había un exceso, y repasarla rápidamente era una empresa titánica.

Eso no le habría fastidiado, pero recientemente había notado algo que lo había hecho percatarse de que el tiempo era crítico: sus ojos fueron ya no alcanzaban su color dorado, ni aun con su constante hacer el amor. No, sus ojos eran ahora de cobre bruñido, y ensombreciéndose más cada día.

Aunque no usaba magia, aunque tenía sexo incesantemente, aunque los Antiguos no le hubieran hablado otra vez, la oscuridad dentro de él lo hacía cambiar de todos modos, de la misma manera que el vino inevitablemente remojaba y permeaba el barril que lo contenía.

Podía sentir a los Trece robusteciéndose, y él mismo familiarizándose con ellos. Habían sido una parte de él por tanto tiempo que comenzaban a sentirse como otro apéndice, ¿y por qué no usaría una mano adicional? Ahora, en lugar de encontrarse sólo unas pocas veces al día a punto de usar magia para algo tan simple como llenar la bañera, se atrapaba a sí mismo en una docena de ocasiones o más.

Al menos todavía se refrenaba. Sabía que pronto no lo haría. Y en un poco más de tiempo, ni siquiera le importaría. Esa delgada línea se hacía progresivamente más difícil de distinguir.

Restregándose la mandíbula sin afeitar, se preguntó si podía lograr acuñar algún tipo de trato con los Trece.

*¿Hacer un trato con el diablo?*, siseó su honor. *¿Como cuál?* *¿Poder usar tu cuerpo parte del tiempo?* *¿El diablo hace trampas, idiota!*

Sí, existía ese detalle. Los seres que lo habitaban no eran honorables, no podían ser de confianza. El solo hecho de que considerara tratar de hacer un trato con ellos probaba cuán crítico se había vuelto el tiempo.

Y probaba cuán desesperadamente debía encontrar la manera de asegurarse algún tipo de futuro con Chloe.

Suspirando, volvió su atención al texto. Ahora más que nunca, era imperativo que ejercitara una disciplina extrema. Aunque hubiera preferido mil veces arrastrar a Chloe

en sus brazos, alejarla de la biblioteca de la cámara y mostrarle más de su mundo, vivir sólo el momento, sabía que tenía que volver al horario que había mantenido en Manhattan: trabajar de sol a sol, amar a Chloe sólo por la noche, y luego trabajar otra vez mientras ella dormía.

Buscaba mucho más que unas pocas lunas con su compañera: estaba resuelto a tener una vida completa junto a ella.

Cuando ella se levantó y silenciosamente salió de la cámara, mantuvo su mirada imperturbablemente fija en el tomo en su regazo.

Chloe se paseó plácidamente a través de los jardines, maravillándose de que una semana y media hubiera pasado a toda velocidad. Habían sido los días más maravillosos de su vida.

Su tiempo había estado dividido primordialmente entre hacer un reconocimiento de los contenidos de la biblioteca de la cámara y explorar el placer recién encontrado de la pasión. El explosivo calor entre ella y Dageus era, evidentemente, lo suficientemente palpable para que en varias ocasiones Silvan les hubiera ordenado dejar la biblioteca de la cámara, diciéndoles secamente *“por qué no van a caminar un poco o... a hacer alguna otra actividad. Lo dos son como un par de calderos de té, empañando mis tomos”*.

La primera vez que él había dicho tal cosa, Chloe se había sonrojado furiosamente, pero entonces Dageus le había dirigido lo que ella había empezado a denominar como *La Mirada*, y velozmente había olvidado su vergüenza. Él tenía una forma de colocar en ángulo su cabeza y contemplarla, su mirada oscura caliente e intensa, que nunca fallaba en debilitar sus rodillas de deseo, haciéndola pensar en todas las cosas que iba a hacerle.

Al ser incapaz de leer un montón de las cosas en la cámara y ser insaciablemente curiosa con respecto al siglo dieciséis, mientras los hombres trabajaban, ella se había marchado frecuentemente. Había explorado el castillo por completo, sin dejar ni una parte sin explorar: la lechería, las despensas, las cocinas, la capilla, la armería, los garderobes (aunque cuidadosamente aseados a diario, podría haber prescindido de ello), incluso la biblioteca de la torre de Silvan, donde había estado agradecida de descubrir que podía traducir una cierta cantidad de los trabajos más recientes. El hombre mayor tenía copias de cada tratado filosófico, ético, matemático y cosmológico de significado histórico en sus estantes meticulosamente organizados.

También durante esas horas lejos de Dageus, había llegado a conocer a Nell y había encontrado a sus pequeños medio-hermanos, Ian y Robert, unos preciosos gemelos de pelo oscuro de dos años y medio, como unos niños de alegre carácter. Apenas podía mirarlos sin pensar en los bellos bebés que Dageus haría.

Y cuánto le gustaría ser la mujer con quien él los hiciera.

Un pequeño y delicioso temblor recorrió su piel al pensar en hacer una familia con

él, construir un futuro.

Durante los pasados diez días, lo había observado cuidadosamente y había concluido que definitivamente ella le importaba. Él la trataba en la misma forma que Drustan había tratado a Gwen ese día en el castillo de Maggie, anticipando sus deseos: escapándose de la biblioteca de la cámara para ir a traerle una taza de té o un bocadillo; o una tela húmeda para limpiar el polvo de sus mejillas; desapareciendo en los jardines y regresando con una brazada de flores frescas, llevándola a la cama y cubriendo su cuerpo desnudo con ellas; bañándola perezosa y tiernamente en las tardes ante un fuego de turba, ayudándola a trenzarse el pelo como Nell. Ella se sentía apreciada, mimada y, aunque él no lo dijera, amada.

Se había percatado, al observarlo y reflexionar en todo lo que sabía de él, que Dageus MacKeltar probablemente nunca hablaría de amor, a menos que alguien lo hiciera en primer lugar. Gwen, esencialmente, se lo había dicho así esa tarde en las piedras: *Dageus no busca el amor de una mujer porque nunca recibió ninguna razón para hacerlo.*

Bien, Chloe Zanders iba a darle una razón. Esa misma noche. Después de una cena romántica en su dormitorio, para la cual ya había llenado un montón de urnas con brezos recién cortados y docenas de globos de aceite que había hurtado de otros cuartos en el castillo.

Había arreglado la escena, embelleciéndola con toques románticos, Nell había arreglado el menú, y todo lo que ella tenía que hacer era hablar con su corazón.

*¿Y si él no lo dice a su vez?*, una pequeña y molesta duda hizo el intento de emerger.

Ella la rechazó firmemente. No albergaría dudas ni miedos. Unos cuantos días atrás, acompañadas con grandes tazas de cacao en las cocinas, Nell y ella habían tenido una larga conversación en la cual Nell abiertamente había compartido su experiencia con Silvan, y le había contado acerca de los doce años que habían desaprovechado. Chloe no podía imaginar amar en silencio por tanto tiempo.

¡Doce años! Jesús, no iba a ser capaz de esperar doce *horas* más.

Cuando Chloe había sido adolescente, sin saber nada sobre besos, había practicado con una almohada, sintiéndose desproporcionadamente tonta, pero, ¿de qué otra forma una chica supuestamente podía aprender? Había leído libros, y ávidamente había observado películas para ver cómo se encontraban los labios y dónde se ubicaban las narices, pero no era lo mismo que realmente hacer un intento de presionar sus labios contra algo. (Personalmente, albergaba la firme convicción de que no existía una persona viva en cualquier parte del mundo que no hubiera practicado la acción de besar contra algo, un espejo, una almohada, el dorso de su mano).

Dado que su primer beso había sido razonablemente exitoso, había decidido que practicar decir “te amo” no era una idea completamente idiota.

Como no había exactamente una abundancia de espejos en el castillo, cuando dejó los jardines, paseó por el gran *hall* y divisó un brillante escudo colgando en la pared cerca de la chimenea, se dejó vencer por el impulso, arrastró una silla hacia él y brincó encima, mirando fijamente su reflejo.

Quería que el momento, esa noche, fuera perfecto. No quería tartamudear o balbucear.

—Te amo— dijo al escudo suavemente.

No había salido bien. Era algo bueno que hubiera decidido practicar.

Se mojó los labios y lo intentó de nuevo.

—Te amo— dijo tiernamente.

—Te amo— dijo firmemente.

—Te amo— intentó con una voz sexy. Reflexionando un momento, decidió que probablemente fuera mejor que simplemente hablara con normalidad. No sonaba bien hablando roncamente.

Decirlo se sentía bien, pensó, clavando los ojos en su reflejo. Había estado manteniendo esas palabras tan herméticamente sujetas en su interior que había comenzado a sentirse como una olla de presión a punto de expulsar su tapa. Nunca había podido reprimir sus sentimientos. No era parte de su personalidad, más de lo que el sexo casual lo era.

Sonrió radiantemente en el escudo, fingiendo que era Dageus. Las tres sencillas palabras sencillas simplemente no parecían expresarlo lo suficientemente bien. El amor era mayor que las palabras.

—Te amo, te amo, te amo. Te quiero más que al chocolate. Te quiero más de lo que el mundo entero es grande—. Hizo una pausa, pensando, buscando una forma de explicar lo que sentía—. Te quiero más que a las antigüedades. Te amo tanto que haces que los dedos de mis pies se ensortijen simplemente de *pensarlo*.

Apartándose el pelo de la cara, asumió su expresión más sincera.

—*Te amo*.

—Puedes tener el maldito escudo si lo amas tanto, muchacha— dijo Dageus, sonando completamente desconcertado. Chloe sintió que toda la sangre abandonaba su cara.

Tragó saliva. Varias veces. *Oh, Dios mío*, pensó de manera lúgubre, *¿era humanamente posible sentirse más estúpida?*

Ella cambió de posición torpemente en la silla, despejó su garganta y se quedó con la mirada fija en el piso, pensando frenéticamente, tratando de pensar en alguna excusa para lo que había estado haciendo. Dándole rígidamente la espalda, comenzó a balbucear.

—No era... eh... al escudo, ¿sabes? Realmente no le hablaba al escudo, simplemente no podía encontrar un espejo y esto es sólo un pequeño ejercicio de refuerzo positivo que hago algunas veces. Leí en un libro, en alguna parte, que fomentaba la confianza en sí mismo y... eh, engendraba un sentido general de bienestar, y eso realmente surte efecto, deberías probarlo en alguna ocasión— dijo con ligereza.

Se percató de que hablaba con las manos, haciendo gestos un poco salvajemente, así que se las agarró firmemente detrás de la espalda.

Él guardó silencio tras ella, enfatizándolo más, y ella empezó a balbucear otra vez.

—Lo que quiero decir es que realmente no quiero el escudo. Digo, creo que me has dado más que suficientes antigüedades ya, y no podría pedir nada más, así que si simplemente te marchas ahora, reanudaré mis ejercicios. Es importante que uno los haga solo.

Más silencio.

¿Qué *demonios* estaba pensando él? ¿Iba a estallar de risa? ¿Estaba sonriendo? Ella miró con atención el escudo, pero desde su ángulo sobre la silla, él estaba varios pies más abajo y no podía verlo.

—¿Dageus?— dijo con precaución, rehusándose a dar la vuelta. Si lo miraba, podría ponerse a llorar. Había querido tanto que el momento esa noche fuera tierno y romántico, y condenado fuera todo, ahora si se lo decía a él esa noche, ¡*sabría* que había estado practicando y pensaría que era una absoluta idiota!

—¿Sí, muchacha?— dijo él finalmente, con lentitud.

—¿Por qué no te vas?— preguntó Chloe tensamente.

Una pausa larga, luego un cuidadoso:

—Con perdón, muchacha, me gustaría observar.

Ella cerró los ojos. ¿Estaba burlándose de ella?

—Absolutamente no.

—Con todas las cosas que hemos hecho juntos, ¿hay algo que no me dejarías observar? Me parece que es un poco tarde para sentirse cohibida ante mí— dijo él. La muchacha no podía decidir si percibía un indicio de diversión perezosa en su voz.

—Már-cha-te— siseó Chloe.

Él no lo hizo. Podía sentirlo de pie allí, su mirada como una presión intensa en el dorso de su cráneo.

—Pequeña Chloe— dijo él entonces suavemente. Tiernamente—. Vuélvete, dulzura.

Él lo *sabía*, pensó la joven, absolutamente mortificada. Nadie se dejaría convencer por esa excusa patética que había inventado.

Pero ese no era el momento que había escogido. ¡Había tenido todo completamente planificado y él lo había arruinado!

—Chloe— él repitió suavemente.

—¡*Oh!*— Algo en ella repentinamente estalló, y giró para confrontarlo. Dejando caer pesadamente sus puños en su cintura, le gritó—: ¡Te amo! ¿De acuerdo? Pero no quise decirlo de ese modo, quería decirlo *bien* y tú *lo arruinaste*.

Mirando con el ceño fruncido, brincó de la silla y salió corriendo del gran *hall*.

## Capítulo 22

Dageus se quedó inmóvil en el gran *hall*.

Ese había sido, singularmente, el momento más inolvidable de su vida.

Cuando fuese de la edad de su *pa* —en caso de que tuviera el lujo de vivir tanto como él—, no tenía duda de que todavía evocaría la visión de Chloe encaramada en esa silla ante el escudo, practicando cómo decirle que lo amaba, *perfectamente*.

Al principio, cuando había ido escaleras arriba para buscar candelas nuevas para llevar a la biblioteca de la cámara, y había entrado en el gran *hall*, lo que ella había estado haciendo no había tenido sentido. Genuinamente había pensado que la joven le había estado hablando a la antigüedad.

Había intentado bromear un poco, y sólo entonces había percibido la tensión y el sufrimiento que emanaban de ella. Chloe había comenzado a balbucear, lo cual era siempre un síntoma delator de que estaba alterada. Cuando le había dado su arenga absurda acerca del refuerzo positivo o algo igual de ilógico, se había dado cuenta de lo que realmente había estado haciendo.

Practicando cómo decirle que lo amaba.

Qué completamente adorable era.

Ella lo amaba. Lo había dicho. Por supuesto que se lo había dicho gritando, pero un hombre podía afrontar eso cuando una mujer lo quería más de lo que el mundo entero era grande.

Rió gozosamente, dio media vuelta sobre sus talones, y se fue de prisa para atraparla. Y contarle que, ya que él era más grande, estaba honradamente seguro de que él la amaba más.

Pero no resultó salir de ese modo, pues no la atrapó hasta que ella estuvo casi dentro del dormitorio.

Y cuando la atrapó, asiendo la falda ondulante de su vestido, tiró más duro de lo que había tenido la intención de hacerlo y la delgada y sedosa tela se rasgó, abriéndose desde la parte alta de la espalda. Y ella no llevaba puesto nada bajo él, sólo esas deliciosas piernas bien torneadas y las curvas redondas de su hermoso trasero. La tela se desgarró limpiamente desde la nuca de la muchacha y sus pensamientos se volvieron instantáneamente primitivos y salvajes.

Ella lo miró por encima del hombro, consternada, y aunque él sospechaba que debería asegurarle que no había tenido la intención de hacer eso, parecía no poder pronunciar una sola palabra. La declaración de amor de Chloe, unida a toda esa piel rosada desnuda lo había vuelto estúpido.

Gruñendo desde el fondo de su garganta, él la levantó en sus brazos y plantó su boca firmemente sobre la de ella.

Ella permaneció tensa al principio, pero en unos pocos momentos estaba besándolo también apasionadamente.

—No tenías que desgarrar mi vestido— dijo ella lastimeramente cuando la dejó respirar—. Me gustaba mucho. Nellie trabajó en él durante días.

—Lo siento, pequeña— dijo él sombríamente—. Fue un accidente. Algunas veces olvido mi propia fuerza. Tenía la intención de ser cortés, pero no salió de ese modo. ¿Me perdonas?

Ella suspiró, pero asintió con la cabeza y lo besó otra vez, cerrando sus brazos detrás de su cuello mientras él la llevaba hacia la puerta de su dormitorio.

—Tienes, sin duda, Chloe, el más precioso trasero que he visto en mi vida— ronroneó él, cambiándola de posición en sus brazos para extender su palma grande sobre sus curvas gemelas.

—¡Oh!—. Ella se retorció en sus brazos—. ¿Te digo que te amo y *eso es* lo que me dices tú?

Él la silenció con otro beso, y abrió de una patada la puerta del dormitorio.

—Y te amaría aunque no lo tuvieras— dijo suavemente.

Ella se derritió en sus brazos.

—Y creo que nadie jamás ha sido informado de que era amado en un estilo tan memorable, y siempre atesoraré el recuerdo.

Ella sonrió beatíficamente.

—¿De veras? ¿No piensas que soy la persona más ridícula del mundo?

Él la lanzó sobre la cama y deslizó un *dirk* de su bota.

—Creo— dijo sedosamente, mientras agarraba el corpiño del vestido arruinado con una mano y lo cortaba desde el escote, convirtiendo el traje en dos pulcras mitades—, que eres perfecta tal como eres y que no cambiaría nada de ti.

Lanzó el vestido roto fuera de la cama y se jaló la camisa sobre la cabeza.

Ella lo observó con ojos enormes, luego rió.

—Nell va a preguntarse lo que realmente le sucedió a mi vestido.

—Estoy seguro de que Nellie nunca lo preguntará— dijo él con voz ronca, mientras estiraba su cuerpo encima del de ella—. He visto un traje o dos suyos convertidos en un montón de harapos.

—¿De verdad?—. Chloe parpadeó, considerando cuidadosamente a Silvan en una luz nueva. Era un hombre bien parecido, y de *sus* genes habían provenido Dageus y Drustan. Detrás de su cara estudiosa, se percató repentinamente, Silvan MacKeltar probablemente encubría un montón de cosas.

—Sí. Realmente.

—Llevas puesta demasiada ropa— se quejó Chloe jadeantemente unos pocos momentos más tarde.

Él le ofreció su daga para cortarlas, pero ella dirigió una mirada al cómodo cuero de sus *trews* y decidió no había manera en que pusiera una cuchilla afilada cerca de lo que *sabía* que estaba dentro de ellos.

Así que tomó prestado otro de los deliciosos métodos de Dageus y lo desnudó principalmente con la boca.

Chloe estaba delirantemente contenta. Acurrucando su trasero contra la parte delantera de Dageus, con sus brazos firmes envueltos alrededor de ella, estaba dichosamente saciada.

Él la amaba. No sólo se lo había dicho, sino que se lo había demostrado con su cuerpo. Estaba allí, en la manera en que acariciaba su mejilla o le apartaba los rizos de los ojos, en sus besos largos y lentos, en el modo en que la sujetaba después.

Con eso resuelto, estaba impaciente por echar al olvido todas sus preocupaciones. Con un amor semejante entre ellos, sabía que podrían afrontar cualquier cosa juntos.

Se retorció en su abrazo para encararlo. Él le sonrió, una de esas sonrisas perezosas y candentes que le obsequiaba tan raramente, y la besó.

Suspirando de placer, y antes de que él pudiera distraerla otra vez, Chloe tiró de su cabeza hacia atrás, rompiendo el beso.

—Dageus, estoy lista para saber del maleficio ahora. Dime lo que es, y dime lo que estás buscando.

Él la besó otra vez perezosamente, succionando su labio inferior.

—Por favor— persistió la muchacha—. Necesito saber.

Él sonrió débilmente, luego suspiró.

—Lo sabía. He querido decírtelo antes, pero parecía que necesitabas un poco más de tiempo.

—Y era verdad. Ocurrieron tantas cosas tan rápidamente, que sentía como si necesitara retomar mi aliento o algo por el estilo. Pero estoy lista ahora— le aseguró.

Él clavó los ojos en ella un largo instante, y sus ojos se estrecharon.

—Pequeña— dijo suavemente—, si trataras de dejarme, temo que no te lo permitiría. Temo que haría lo que fuere que tuviera que hacer, no importa cuán cruel, para conservarte.

—Me considero advertida— dijo ella insolentemente—. Confía en mí, no voy a ir a ningún lado. Ahora dímelo.

Él sostuvo su mirada un poco más, evaluándola silenciosamente. Luego, capturando sus manos en las suyas, entrelazó sus dedos y comenzó.

—Entonces déjame expresarlo claramente— dijo una Chloe de ojos muy abiertos un tiempo después—: usaste las piedras para volver hacia atrás en el tiempo y ¡oh! *¡Eso es lo que esa cita en el Midhe Codex quería decir al referirse al hombre que utiliza el puente que burla muerte! El puente es el Ban Drochaid, “el puente blanco”, porque puedes regresar en el tiempo y deshacer la muerte de una persona. Esa cita se trataba de ti.*

—Sí, pequeña.

—Así que salvaste la vida de Drustan, pero porque violaste un voto sagrado que habías jurado a los *Tuatha de Danaan*, ¿terminaste liberando un mal antiguo?

Él asintió con la cabeza cautelosamente.

—Pues bien, ¿dónde está ese mal antiguo?— preguntó ella, desconcertada—. ¿Estás persiguiéndolo a través de los siglos o algo por el estilo?

Él hizo un sonido de diversión seca y oscura.

—Algo parecido— masculló.

—¿Bien?— lo aguijoneó la joven.

—Más bien, esto me persigue a mí— dijo Dageus casi inaudiblemente.

—No entiendo— presionó Chloe, parpadeando.

—¿Por qué no lo dejas por ahora, Chloe? Sabes lo suficiente como para ayudarnos a buscar. Si, al leer encuentras algo acerca de los *Tuatha de Danaan* o los Draghar, me lo dices a mí o a Silvan.

—¿Dónde está ese mal antiguo, Dageus?— repitió ella uniformemente.

Cuando él trató de voltear la cara, ella la ahuecó entre sus manos y se rehusó a dejarlo apartar la mirada.

—Dímelo. *Prometiste* decirlo todo. Ahora, ¿puedes decirme dónde está la maldita cosa y lo que es más importante, cómo la destruimos?

La mirada oscura perforó la de ella. Él se mojó los labios y dijo suavemente:

—Está dentro de mí.

## Capítulo 23

Chloe volvió delicadamente una página gruesa de vitela del tomo que reposaba en su regazo, aunque realmente no la leía, demasiado ensimismada.

Está *dentro de mí*, había dicho él, y tantas cosas finalmente empezaron a tener sentido para ella. Piezas y fragmentos se deslizaron pulcramente en su lugar, dándole su primer visión real del hombre completo.

Él se lo había contado todo aquella noche, varios días atrás, mientras yacían en la cama, cara a cara, los dedos entrelazados: acerca de Drustan y Gwen (¿no era extraño que Gwen hubiera estado tratando de darle confianza!), y cómo había sido encantado Drustan y puesto en la torre. Le había dicho cómo se había sumergido a sí mismo en trabajar en la futura casa de Drustan (y ahora comprendía por qué él había sonado tan orgulloso del castillo), y acerca del fuego en el cual Drustan había muerto. Le dijo de las noches que había guerreado consigo mismo, y luego atravesado las piedras y quebrado su juramento. Le contó que verdaderamente no había creído en las antiguas leyendas hasta que el antiguo mal había descendido sobre él entre dimensiones, y había sido

demasiado tarde.

Le contó lo que el uso de magia le hacía, y cómo hacer el amor lo ayudaba. Cómo había pasado a través de las piedras hacia el futuro, para asegurarse de que Drustan ciertamente se había reunido con Gwen, necesitando saber que su sacrificio no había sido en vano. Y cómo se había quedado allí, incapaz de confrontar a su clan siendo oscuro, esperando al mismo tiempo encontrar, por sus propios medios, la manera de salvarse.

Le dijo que no había vestido el *plaid* de los Keltar desde entonces, pero no había mencionado el retazo que ella había encontrado bajo su almohada, así que Chloe tampoco lo había traído a colación. Sabía lo que él quería decir. Podía imaginarlo yaciendo solo en su cama, en el museo que era su *penthouse*, en un mundo que debía parecerle tan extraño, clavando los ojos en ese trozo de *plaid*. Ese pedazo gastado de tela había simbolizado todas sus esperanzas.

¡Y ella había pensado que era un mujeriego haragán cuando lo había conocido, a ese hombre que era tanto más que eso!

Ahora entendía la sensación que había tenido en varias ocasiones, la de una presencia antigua, maligna: siempre había sido cuando Dageus acababa de usar magia. Entendía cómo había transgredido los impenetrables sistemas de seguridad: con un poquito de ayuda sobrenatural. Entendía la naturaleza quijotesca de sus ojos: se oscurecían a medida que él mismo se hacía más oscuro, y sintió un aprecio enteramente nuevo por su disciplina y autocontrol. Sospechaba que sólo había vislumbrado la punta del iceberg, y no podría comenzar siquiera a comprender la batalla que él emprendía cada momento de vigilia.

Aunque el hombre se condenaba a sí mismo por llevar un mal semejante dentro de sí, por haberlo liberado para empezar, Chloe realmente no podía verlo de ese modo.

Dageus había hecho lo que había hecho por amor a su hermano. ¿Podría burlar él a la muerte por ello? Puede que no. Eso parecía contravenir el orden natural de las cosas; pero, aún así, si el poder de hacerlo existiera, bien... ¿no era entonces eso parte del orden natural de las cosas? Era un asunto éticamente explosivo, no por el acto mismo sino por el potencial de que un hombre pudiera abusar de tal poder, para hacer trampas a cada paso.

A pesar de todo, Dageus no había hecho trampa otra vez. Desde que había roto su juramento, se había convertido en el depositario del poder absoluto, y ni siquiera una vez había abusado de ello. En su lugar, había dedicado cada momento de su existencia a tratar de encontrar una forma de deshacerse de ese poder.

¿Cuál había sido su trasgresión real? Amar tanto que lo había arriesgado todo. Y el Cielo la ayudara, ella lo amaba aún más por eso.

Seguramente su intención habría justificado su acción hasta cierto punto, ¿verdad? Incluso en las cortes de justicia de los mortales, el castigo a un delito tenía grados que dependían de las intenciones.

—No es como si hubieras pedido ese poder— dijo irritada.

Silvan y Dageus levantaron la mirada de sus textos. Desde que Dageus se lo había confesado todo hacía dos noches, habían pasado casi cada minuto de vigilia en la cámara polvorienta, decididos a encontrar respuestas.

—Bueno, no lo hiciste— persistió la muchacha, enfurecida. Había echado rayos en silencio durante días, y como cualquier otra emoción que sentía, sólo podía callarla por un tiempo.

—Verdaderamente, mi querida, no creo que ningún hombre *deba poseer* el poder de las piedras— dijo Silvan suavemente—. No puedo decirte cuántas veces he querido tumbarlas, destruir las tablillas y las fórmulas.

—Hazlo— dijo Dageus intensamente—. Después de que nos hayamos ido otra vez, hazlo, *pa*.

—Sería un acto de desafío para ellos, lo sabes— apuntó Silvan—. Y qué sucedería si el mundo...

—El mundo debería tener el derecho de prosperar o destruirse por sí mismo— dijo Dageus quedamente.

—Estoy de acuerdo con Dageus— dijo Chloe, alcanzando su taza de té—. No creo que el hombre debiera tener un poder que no sea capaz de entender y descubrir por sí mismo. No puedo evitar pensar que cuando seamos lo suficientemente desarrollados como para comprender cómo manipular el tiempo, seremos también lo suficientemente sabios como para no hacerlo. Además, ¿quién puede decir que cualquiera de las veces que las piedras fueron usadas, el resultado fue mejor?

Dageus le había explicado las singulares condiciones en las cuales era permitido usar las piedras: si estuviera su linaje en peligro de extinción, o el mundo estuviera en gran peligro. Le había relatado las pocas ocasiones en que habían abierto un puente a través del tiempo: una vez para salvaguardar sagrados y poderosos objetos pertenecientes a los Templarios, para arrebatarlos rápidamente del rey hambriento de poder que había destruido su Orden. A pesar de todo, ¿quién podría decir que, dejando a los hombres librados a sus propios medios, no habrían encontrado otra forma que hubiera servido igualmente?

Dageus encontró sus ojos y compartieron una mirada profundamente íntima. Había tanto calor en sus ojos que ella lo sintió como una caricia sensual contra su piel. *No imagino cómo puede acabar esto*, Chloe, le había dicho esa noche.

Cuando *acabe*, ella había contestado firmemente, *acabará conmigo a tu lado y nosotros te habremos liberado*.

*Te amo*, pronunció él sin palabras a través de la cámara.

Chloe sonrió radiantemente. Ella lo sabía. Lo sabía más completamente de lo que en toda la vida hubiera pensado que una mujer podría saberlo. Desde que había descubierto lo que su “maleficio” era realmente, no había vacilado en sus sentimientos hacia él, ni siquiera por un momento. Lo que estaba dentro de él *no era él*, y se rehusaba a creer que alguna vez lo sería. Un hombre que podía resistir algo así por tanto tiempo era un hombre que bueno hasta lo más profundo de su corazón. *Te amo también*, vocalizó ella

silenciosamente.

Después permanecieron silenciosos otra vez, regresando a su trabajo con callada urgencia. Aunque Dageus no había admitido que su condición empeoraba, Silvan y ella habían notado que sus ojos ya no regresaban a su color natural. Lo habían discutido más temprano, cuando Dageus había salido calladamente para llevar a Chloe un poco de té, y sabía lo que quería decir.

Tomaron un breve receso cuando Nell les llevó el almuerzo a la cámara. Poco después de que Nell hubiera quitado los platos, Dageus se enderezó abruptamente en su silla.

—Och, jesto estuvo aquí todo el condenado tiempo!

El corazón de Chloe comenzó a golpear.

—¿Qué? ¿Qué encontraste?

—Sí, habla, muchacho, ¿qué es?— presionó Silvan.

Dageus escudriñó la página por un momento, traduciendo silenciosamente.

—Se trata de los *Tuatha de Danaan*. Dice lo que sucedió cuando los Trece fueron...

—calló *completamente*, leyendo para sí mismo.

—Lee en voz alta— gruñó Silvan.

Dageus levantó su mirada del quinto *Libro de Manannan*.

—Sí, pero dame un momento.

Chloe y Silvan esperaron conteniendo el aliento.

Dageus examinó la página y volvió la siguiente.

—Bien— dijo finalmente—. El escriba relata que en los inicios de los días de Irlanda, los *Tuatha de Danaan* vinieron a la isla “descendiendo en una niebla tan espesa que oscureció el amanecer de tres soles”. Estaban poseídos de muchos y grandes poderes. No eran una tribu de hombres, aunque tenían una forma similar. Altos, delgado, fascinantes al contemplarlos —el escriba los describe como “luminosos con un brillo celestial”—, eran graciosos y bellos, y afirmaban buscar sólo un lugar donde vivir en paz. El género humano los proclamó dioses y trató de adorarlos como tales, pero los gobernantes de los *Tuatha de Danaan* prohibieron tal práctica. Se establecieron entre los hombres, compartiendo su conocimiento y su arte, y entonces surgió una edad dorada diferente de cualquiera acaecida antes. El saber logró nuevas alturas, el lenguaje se convirtió en algo poderoso y bello, la canción y la poesía desarrollaron el poder para sanar.

—Es similar a muchos mitos— comentó Chloe cuando él hizo una pausa.

—Sí—. Dageus estuvo de acuerdo—. Como ambas razas parecían prosperar con la unión, con el tiempo, los *Tuatha de Danaan* seleccionaron y entrenaron a los mortales como Druidas: como legisladores, guardianes de la tradición, bardos, videntes y consejeros de los reyes mortales. Dotaron a esos druidas con conocimiento de las estrellas y del universo, de las leyes y matemáticas sagradas que gobernaban la naturaleza, e incluso iniciándolos en ciertos misterios del tiempo mismo. Pero a medida que el tiempo pasaba, y los Druidas observaban a sus compañeros de otro mundo que nunca enfermaban o envejecían, la envidia echó raíces dentro de sus corazones

mortales. Se infectó y creció, hasta que un día Trece de los Druidas más poderosos presentaron una lista de demandas a los *Tuatha de Danaan*, incluyendo entre ellas el secreto de su longevidad. Fueron informados de que el hombre no estaba aún en condiciones de poseer algo así.

Restregándose la mandíbula, Dageus cayó en un nuevo silencio, traduciendo para sí mismo. Cuando Chloe se sintió a punto de gritar, él comenzó de nuevo.

—Los *Tuatha de Danaan* decidieron que no podían permanecer mucho más tiempo entre el género humano. Esa misma noche, desaparecieron. Aquí se cuenta que por tres días, después de que emigraran, el sol fue eclipsado por nubes oscuras, los océanos se quedaron inmóviles en las costas, y todas las frutas en la Tierra se marchitaron en sus ramas. En su furia, los Trece druidas recurrieron a las enseñanzas de un dios antiguo y prohibido, “uno cuyo nombre es mejor olvidar, y por lo tanto que no se nombrará aquí”. El dios a quien los druidas suplicaron era un dios primitivo, engendrado en las más primitivas nieblas de Gaea. Auxiliados por esos poderes oscuros, armados con el conocimiento que los *Tuatha de Danaan* les habían dado, los druidas intentaron seguir a los inmortales, apresar su tradición y acaparar el secreto de la vida eterna.

—¿Así que realmente fueron... eh, *son*, inmortales?— susurró Chloe.

—Según esto parecería que sí, muchacha— dijo Dageus. Examinó rápidamente el texto otra vez—. Dame un momento, no hay palabras para traducir una cierta cantidad de estos vocablos—. Otra pausa larga—. Creo que ésta es la esencia: lo que los Trece no sabían es que los reinos —no puedo pensar en una mejor palabra— dentro de los reinos, son impenetrables por la fuerza. Un viaje hacia allí es un proceso delicado de... eh, *tamizar* o *cribar* el tiempo y el lugar. En su intento de forzar o violentar un camino entre los reinos, los Trece druidas casi los destruyeron todos. Los *Tuatha de Danaan*, sintiendo el desasosiego en la... “*tela*” del mundo, regresaron para evitar la catástrofe. La furia de los *Tuatha de Danaan* fue inmensa. Dispersaron a sus una vez amigos y ahora amargos enemigos, a los confines más lejanos de la Tierra. Castigaron a los malignos, los druidas que habían escogido la avaricia sobre el honor, que había amado el poder más de lo que habían apreciado la integridad de la vida, pero no matándolos, sino encerrándolos en un lugar entre reinos, dándoles la inmortalidad que habían deseado. Una eternidad en la nada, sin forma, sin respiro.

—Por Amergin, ¿no sería eso el infierno?— jadeó Silvan.

Chloe asintió con ojos enormes.

Dageus hizo un ruido sofocado.

—Och, ¡entonces *eso son* los Draghar!

—¿Qué?— dijeron al unísono Chloe y Silvan.

Él frunció el ceño.

—El escriba narra que incluso antes del desacuerdo con los *Tuatha de Danaan*, los Trece druidas habían forjado una secta separada y secreta dentro de los números más grandes de sus hermanos, con su propio talismán y nombre. Su símbolo era una serpiente alada, y se llamaban a sí mismos los Draghar.

Fue Chloe entonces quien emitió un sonido estrangulado.

—¿Una serpiente de a-alada?

Dageus la miró.

—Sí. ¿Eso significa algo para ti, muchacha?— preguntó velozmente.

—Dageus, ese el hombre que me atacó en tu *penthouse*, ¿no viste su tatuaje?

Él negó con la cabeza.

—Lo vi, pero no pude hacerlo bien. Ni siquiera supe lo que era.

—¡Era una serpiente alada! La vi de cerca cuando él estaba sobre mí en la cocina.

—Condenados infiernos— explotó Dageus—. Comienza a tener sentido— se levantó tan abruptamente que el *Libro de Manannan* cayó al piso—. Pero...— se detuvo completamente—. ¿Cómo puede ser?— masculló, pareciendo desconcertado.

Chloe estaba a punto preguntar qué cosa tenía sentido y cómo podía ser qué cosa, cuando Silvan se levantó y recuperó el tomo caído. Mientras Dageus caminaba con pasos largos y despaciosos, mascullando en voz baja, Silvan continuó leyendo donde Dageus había dejado de hacerlo.

—Aquí dice que algún tiempo después de que los druidas fueran esparcidos, y los Trece encerrados en su prisión, una pequeña comunidad de aquellos que habían sobrevivido se reagruparon en un esfuerzo para rescatar su tradición perdida. Och, oigan esto: una Orden surgió, fundada en la predicción de un vidente que afirmó que los Draghar un día, en el futuro, se liberarían y obtendrían los poderes que los *Tuatha de Danaan* habían retenido de ellos. Aparentemente este vaticinador escribió una profecía detallada, describiendo las condiciones bajo las cuales los Antiguos regresarían, y se formó la secta druida de los Draghar, para velar y aguardar tales acontecimientos, que significarían la fructificación de la profecía— él dejó de hablar abruptamente, leyó algunos momentos en silencio, y luego volvió la página. Entonces examinó las pocas gavillas restantes—. Eso es todo. Es que todo lo que fue escrito acerca de ello— maldijo, examinando y reexaminando rápidamente las subsiguientes páginas. Luego cerró de golpe el tomo y lo colocó a un lado.

La mente de Chloe giraba rápidamente mientras observaba pasear a Dageus. Silvan y ella intercambiaron miradas inquietas.

Finalmente Dageus dejó de caminar y miró a su padre.

—Pues bien, eso lo concluye. Chloe y yo debemos regresar a su siglo.

—No te apresures, muchacho— protestó Silvan—. Necesitamos reflexionar sobre esto...

—No, *pa*— dijo él, sus rasgos tensos, su mirada oscura—. Esto hace evidente que el hombre que atacó a Chloe formaba parte de esta secta Draghar. Su profecía debió haberlo guiado hasta mí. Por lo que acabamos de leer, es obvio que no tienen el poder de las piedras, así que no pueden atravesar el tiempo para buscarme. No sé cómo encontrar la secta en este siglo, pero en el de ella, saben dónde estoy yo.

—¿Quieres que ellos te encuentren?— exclamó Silvan—. ¿Por qué?

—¿Quién más podría poseer información más detallada sobre estos seres que me

habitan, que la Orden druida que ha conservado su Profecía todos estos milenios?—. Dageus dirigió una mirada intensa en el contenido de la cámara—. Podríamos desaprovechar muchas lunas buscando aquí en vano, y yo... bien, digamos simplemente que tengo el presentimiento de que mi tiempo se agota rápidamente.

Chloe tomó un aliento profundo y fortalecedor.

—Creo que él está en lo correcto, Silvan— dijo—. Los Keltar tienen toda esta tradición sobre los Keltar, así que es lógico asumir que los Draghar tiene una colección igualmente grande de trabajos acerca de los Draghar. Además, tú puedes continuar buscando aquí, y puedes pasarlo al futuro, si encuentras algo. Si entiendo este asunto de viajar por el tiempo correctamente, cualquier cosa que encuentres nos estaría esperando cuando regresemos.

—No me gusta esto— dijo Silvan rígidamente.

—*Pa*, aun si no hubiéramos descubierto esta información hoy, no habría podido quedarme mucho más tiempo y tú lo sabes. En caso de que no lo hayas advertido, mis ojos...

—Lo hemos advertido— dijeron Chloe y Silvan al mismo tiempo.

—Entonces— dijo Dageus firmemente—, sabes que estoy en lo correcto. De todas maneras, debo regresar a Chloe a su tiempo antes de que sea demasiado riesgoso para mí usar la magia para reabrir el puente blanco. Debemos regresar, y mejor lo hacemos sin demora.

Pasaron su última noche en el siglo dieciséis en una cena pausada en el gran *hall*, luego pasaron el resto del crepúsculo en la terraza. Chloe estaba sentada sobre las piedras adoquinadas con Silvan y Nell y observaba a Dageus jugando con sus pequeños medio-hermanos, persiguiéndolos alrededor del césped bajo la rojiza puesta de sol.

Era difícil creer que iban a regresar otra vez, pensó Chloe, saboreando el suave ulular de los búhos y el zumbido de los grillos. Había extrañado esos sonidos tranquilos desde que había dejado Kansas, y había disfrutado profundamente quedarse dormida cada noche con esa dulce música en los brazos fuertes de su Highlander. Se le ocurrió que aunque había estado en el pasado durante semanas, apenas había podido ver mucho de él, aparte del castillo y una cámara polvorienta. Había deseado mucho regresar al pueblo de Balanoch y explorarlo más, y si hubiera tenido tiempo de sobra, habría implorado ir a Edimburgo para realmente obtener una buena mirada de la vida medieval. Especialmente lamentaba tener que dejar a Silvan y Nell, sabiendo que nunca los vería otra vez, excepto en los retratos de las paredes del castillo de Maggie.

Pero ella entendía la insistencia de Dageus de volver inmediatamente, y sabía que, incluso si él estuviera dispuesto a quedarse, ella no habría podido disfrutarlo. Hasta que no encontraran lo que necesitaban para salvarlo, dudaba que pudiera disfrutar de cualquier cosa.

—Cuidarás de él, ¿verdad?— dijo Nell suavemente.

Chloe apartó la mirada para encontrar que Silvan y ella la observaban fijamente. Ella sonrió.

—Lo amo. Estaré a su lado a cada paso del camino— juró firmemente—. No tienes que preocuparte de nada, Silvan— dijo incluyendo un deje azuzador, esperando alivianar su expresión sombría—. Cuidaré de tu hijo. Lo prometo—. Su mirada fue de regreso a Dageus. Él cargaba a Robert y perseguía a Ian, y ambos gritaban agudamente en medio de risas felices. Su pelo oscuro estaba suelto, y su hermosa cara cincelada resplandecía de amor.

—Créanme— agregó ella fervientemente—, si tengo algo que decir al respecto, estaré poniendo a mis propios bebés en los brazos de ese hombre.

Nell rió con gran deleite.

—Eres una fina y buena muchacha— asintió con aprobación. Silvan concordó de todo corazón.

## Capítulo 24

Dageus terminó de grabar desde la segunda hasta la última de las fórmulas necesarias para abrir el puente blanco. Aunque habían pasado semanas en el siglo dieciséis, regresarían en el siglo veintiuno unos meros tres días después de que se hubieran ido. Grabaría la complicada serie final de símbolos cuando estuvieran listos para partir.

Fuera del círculo de megalitos de altura imponente, su *pa* y Nell estaban parados con sus hermanitos en los brazos. Él ya había dicho sus adioses. Ahora Chloe los estaba abrazando y besando, y sus ojos y los de Nell estaban sospechosamente brillantes. Qué fácilmente, se maravilló, las mujeres enfrentaban esos cañones de pena que los hombres acostumbraban tratar de ignorar con la esperanza de evadirlos. Se preguntó si las mujeres eran, de alguna forma intangible, más fuertes que ellos.

Mientras Silvan y Nell le daban a Chloe mensajes para Drustan y Gwen, Dageus consideró cuidadosamente lo que había descubierto la última noche, después de que Chloe se hubiera quedado dormida. En las horas previas al amanecer, se había deslizado de regreso a la biblioteca de la cámara. No era tonto; sabía que su sagaz padre había dejado de hablar demasiado abruptamente al leer el pasaje final del quinto *Libro de Manannan*.

Y ciertamente, allí había estado. Un fragmento crucial de información que Silvan había optado mantener para sí mismo. Dageus no necesitaba preguntarle para entender por qué había omitido las contundentes palabras. Silvan sostenía la opinión de que una profecía no era más que la predicción de un futuro “posible”. Sin embargo, Dageus sabía (¿y la experiencia de Drustan con la vidente Besseta no lo había probado?), que el futuro predicho era el futuro más *probable*, lo que significaba que iba a ser sumamente difícil de evitar.

Inscrito en el quinto *Libro de Manannan*, en una letra sesgada con mayúsculas iluminadas, había estado su futuro más probable:

*Los Trece se harán uno, y el mundo descenderá en la época de oscuridad más brutal que el género humano jamás ha conocido. Indecibles atrocidades serán cometidas en nombre de los Draghar. La civilización caerá y los males antiguos se alzarán, mientras los Draghar se dedican a su búsqueda incesante de venganza.*

Él nunca permitiría que un futuro así se hiciera realidad. El amor de Chloe lo había fortalecido y la esperanza ardía como un faro en su corazón. Aunque la oscuridad seguía creciendo en él, su decisión y determinación nunca habían sido más fuertes.

Él la recorrió con la mirada, bebiendo su imagen. Con motivo de su regreso, habían vestido las ropas que habían llevado puestas en el siglo veintiuno, y ella lucía sus delgados *trews* azules y suéter cremoso, los rizos desgreñados cayendo sobre su espalda. El deseo se precipitó en sus venas. Pronto estaría amándola, y cada minuto en medio de esas veces era un minuto demasiado largo.

Él le había advertido cómo lo afectaba abrir el puente.

—*No seré realmente yo mismo, Chloe. ¿Recuerdas cómo estaba cuando lo atravesamos la primera vez?*

—Lo sé— había dicho ella firmemente—. *Sé lo que necesitarás.*

Él había apretado sus dientes.

—*Puedo ser... rudo, amor.*

—*Soy más fuerte de lo que piensas*—. Una pausa, luego esas palabras que él nunca se cansaría de oír—: *Te amo, Dageus. Nada cambiará eso.*

Ella era tan pequeña, y a pesar de todo tan fuerte y decidida. Era, simplemente, todo lo que él había querido en la vida.

—Hijo— la voz de Silvan despedazó sus pensamientos—, quisiera hablar cuatro palabras contigo antes de que te vayas.

Dageus asintió con la cabeza y caminó hacia Silvan, que lo condujo hacia el castillo. Ya había dicho sus adioses a su *pa*, a Nell y sus hermanos, y estaba impaciente por irse, antes de que alguien llorara otra vez y le rompiera el corazón.

—Cuando regreses, hijo, debes contarle a Drustan sobre la biblioteca de la cámara.

Dageus parpadeó, perplejo.

—Pero él ya lo sabrá. Nosotros la reabrimos, y tú pasarás el conocimiento a Ian y...

—No haré nada de eso— dijo Silvan serenamente.

—¿Pero por qué?

—Pasé algún tiempo la última noche considerando cuidadosamente las posibilidades. Si la biblioteca de la cámara fuera conocida por los Keltar, puede afectar demasiadas cosas en los próximos siglos. Debe pasar al olvido. Es demasiado riesgoso que nosotros restituyamos tal riqueza de conocimiento a las generaciones futuras pensando que nada pueda alterarse. Tengo la intención de sellarlo esta misma noche y no entrar en ella otra vez.

Dageus asintió, comprendiendo instantáneamente la sabiduría de esa decisión.

—Siempre eres listo, ¿verdad, *pa*? No había pensado en eso, pero estás en lo correcto. Ciertamente podría causar cambios inestimables—. Era bueno, se percató entonces, que Chloe y él no se quedaran más tiempo en el pasado. Podía confiar en su padre para poner en orden cualquier cabo suelto, si encontrara alguno.

Incapaz de resistir una despedida prolongada, él se volvió hacia Chloe y las piedras.

—Hijo— dijo Silvan, su voz baja y urgente.

Dageus mantuvo su espalda a él.

—¿Sí?— dijo apretadamente.

Hubo una pausa larga.

—Si pudiera estar allí contigo, lo haría. Un padre debería estar con su hijo en ocasiones como esta—. Tragó audiblemente—. Muchacho— dijo suavemente—, dales mi amor a Drustan y Gwen, pero tienes que saber que tú te llevas la mayoría contigo—. Otra pausa—. Sé que un *pa* no debería tener favoritos, pero och, Dageus, hijo, tú fuiste siempre el mío.

Cuando, unos pocos momentos más tarde, Dageus regresó a la losa central y comenzó a grabar los símbolos finales, notó que Chloe lo miraba extrañamente. Los ojos femeninos se pusieron brumosos otra vez y su labio inferior se estremeció un poco.

Él no lo entendió hasta que ella inclinó su cabeza hasta la de él y besó la lágrima de su mejilla.

Luego, mientras el puente blanco se abría, ella se precipitó en sus brazos, aferró sus manos detrás de su cuello y lo besó apasionadamente. Él jaló sus piernas alrededor de su cintura y la abrazó con fuerza. Se convirtió entonces en una batalla de voluntades para él: era él contra la tormenta devastadora, cambiante, dimensional. Sintió que, si sólo pudiera atravesar el caos del puente blanco sin perderla, podría enfrentar cualquier cosa.

Él se agarró a ella como si fuera su mayor tesoro.

—¡Oomph!

Chloe se quedó sin aliento mientras golpeaban la tierra helada, aún uno en los brazos del otro. Una pequeña y aguda sonrisa curvó sus labios: ¡lo habían atravesado sin soltarse! No sabía por qué le parecía tan importante, pero así era, como si en cierta forma probara que *nada* jamás podría separarlos.

Un gruñido bajo, un rudo trueno más animal que humano, fue el único sonido que Dageus hizo mientras la rodaba bajo él e inclinaba su boca dura sobre la de ella. Su cuerpo estaba durísimo contra la blandura del suyo, sus caderas moviéndose en la cuna de sus muslos, y en un latido de corazón, ella estaba jadeante de lujuria. El hombre sólo tenía que mirarla para hacerla sentirse débil de deseo, pero cuando la dureza caliente y gruesa de él montó entre sus piernas, se volvió incoherente de necesidad. Como cada vez única, la boca se le secó y se sintió temblorosa de pies a cabeza, anticipando todas

esas cosas deliciosas que él le haría, todas esas formas de tocar y saborear, todas esas demandas tan específicas que él le hacía y que ella adoraba obedecer.

Ella se rindió, tomando codiciosamente todo de él, cerrando sus brazos alrededor de su cuello firme, enterrando sus dedos en su pelo mojado. Rodaron a través de la tierra cubierta de granizo mientras la lluvia caía a cántaros y el viento gritaba ensordecedoramente, insensibilizados para todo alrededor de ellos excepto la intensidad abrasadora de su pasión.

La boca de Dageus selló herméticamente la de ella, y su beso dominante fue sin embargo completamente seductor, exigente pero generoso. Cuando él deslizó sus manos bajo su suéter mojado, haciendo estallar el broche de su sostén y ahuecando sus pechos, ella jadeó contra sus labios. *Allí*, ella pensó débilmente, *oh, sí*. Él jugó con sus pezones, rotándolos entre sus dedos, tirando ligeramente, y ella podía sentir sus pechos hinchándose bajo sus manos, poniéndose agudísimamente sensitivos.

Cuando él se apartó abruptamente, ella gritó, tratando de alcanzarlo, tratando de jalarlo de regreso sobre ella, pero él se alejó de sus manos, apoyándose sobre sus talones. La espalda femenina se arqueó mientras lo miraba fijamente, los ojos de él dos pozos negros a la luz de la luna trémula.

—Por favor— jadeó Chloe.

Él le dirigió una sonrisa feroz.

—¿Por favor, qué?

Ella se lo dijo. Con gran detalle.

Los ojos negros brillaron intensamente, y él rió mientras ella enumeraba sus muchas y variadas demandas, y la joven comprendió que su atrevimiento lo excitaba aún más. Un mes atrás, Chloe nunca habría podido decir cosas así, pero al demonio con todo, pensó, *él la había hecho* así.

Su risa fue corta. Mientras escuchaba, el deseo estrechó sus ojos y la lujuria marcó sus tensos rasgos cincelados. Le arrancó los pantalones vaqueros y el suéter, y le quitó las bragas y el sostén, descubriéndola a su mirada hambrienta. Luego él la recogió y la lanzó desnuda sobre su hombro, su palma grande posesivamente vagando sobre su trasero desnudo. Atravesó el círculo de piedras, caminando con ella a través de la noche, internándose en los jardines. Se detuvo frente a un banco de piedra donde la depositó sobre sus pies, abrió de un tirón la bragueta de sus pantalones vaqueros y se despojó de ellos. En cuestión de segundos estaba gloriosamente desnudo.

Entonces, el Highlander grande y feroz de salvajes ojos negros que claramente hervía de impaciencia por estar dentro de ella, la asombró dejándose caer de rodillas ante ella. Plantó besos perezosos, con la boca abierta, en la piel delgada y sensitiva de sus caderas y a través de sus muslos. Agarrando su trasero con ambas manos, jaló sus caderas hacia adelante, y su lengua aterciopelada se deslizó profundamente, sobre su brote tenso y más allá todavía.

Sus piernas colapsaron y ella gritó su nombre. Él no cedió su empuje, pero atrapó su peso, y la obligó a quedarse de pie, su cabeza oscura entre sus muslos, su pelo largo como

seda contra su piel. Lentamente, él la hizo dar vuelta entre sus brazos, esparciendo besos abrasadores sobre cada pulgada de su trasero, lamiendo y tentando, sus dedos deslizándose en la humedad entre sus muslos. Desesperada por tenerlo dentro de sí, en el instante en que su agarre aflojó un poco, ella cayó hacia adelante en el suelo sobre sus manos y rodillas, y lo miró tentadoramente por encima del hombro, mojándose los labios.

Él hizo un sonido estrangulado, su aliento silbando entre sus dientes.

—Och, muchacha— la regañó—, trataba de ser gentil.

Y en un instante él estuvo en su interior, cubriéndola con su cuerpo grande y duro, y empujando incansablemente.

—Gentil más tarde— jadeó la joven—. Duro y rápido ahora.

Y como siempre, su sexy Highlander sólo quería complacerla.

Mucho después, con las cabezas muy juntas y las manos entrelazadas, pidieron prestado el Jeep de Maggie, y regresaron al castillo de Drustan y Gwen. Allí avanzaron lentamente por la entrada trasera, callados como ratones para no despertar a nadie, donde cayeron en la cama y comenzaron a amarse otra vez.

Era casi mediodía cuando Dageus y Chloe se aventuraron escaleras abajo, y para irritación de Drustan, fueron directamente a las cocinas, evidentemente hambrientos. Él podía oír un grupo grande de McFarleys reuniéndose ruidosamente allí, traqueteando para hacer un desayuno tardío.

Drustan negó con la cabeza y reanudó su caminar en la biblioteca, apenas capaz de contener su impaciencia. El viejo mayordomo McFarley apareció de pronto, tratando de encontrar algo con qué poder distraer a “Su Señoría”, pero lo único que *Su Señoría* quería era la atención de su maldito hermano.

Había estado levantado desde el amanecer, y en una docena de ocasiones había avanzado hacia las escaleras, pero en cada oportunidad Gwen lo había encontrado y firmemente lo había devuelto a la biblioteca.

Él los había oído entrar calladamente la noche anterior (¡como si pudiera quedarse dormido la noche que Dageus debía regresar!), y había empezado a levantarse de la cama para ir junto a ellos entonces, pero Gwen había colocado una mano sobre su brazo.

—*Déjalos tener esta noche, amor*—, le había dicho. Y él había cedido, frustrado y ansioso por compartir sus noticias y revelar lo que habían descubierto ellos, pero entonces su esposa había empezado a besarlo y su mente había vacilado de la forma en

que siempre lo hacía cuando ella usaba esa deliciosa boca en cualquier parte de su cuerpo. ¡Och, y las partes en las que ella la había usado esa noche!

Él la recorrió con la mirada. Ella estaba acurrucada en el asiento junto a la ventana, bajo uno de los tragaluces de la biblioteca. La lluvia golpeteaba ligeramente contra el vidrio. Gwen había estado leyendo durante la hora pasada, pero ahora estaba con la mirada fija, soñadora, fuera de la ventana. Su piel tenía el brillo translúcido único de una mujer encinta, sus pechos estaban llenos y tensos, su barriga pesadamente redondeada con los hijos de Drustan —bueno, los hijos *de los dos*—. Un agudo júbilo y sentido de protección lo inundaron, acompañado por esa necesidad interminable de abrazarla y tocarla. Como sintiendo su mirada sobre ella, su esposa se apartó de la ventana y le sonrió. Él se dejó caer en un sillón cerca de la chimenea y palmeó su muslo.

—Trae tu lindo cuerpo aquí, inglesita.

Ella sonrió profundamente y sus ojos centellearon. Mientras se levantaba del asiento junto a la ventana, ella le advirtió:

—Podría aplastarte.

Él bufó.

—No creo que haya ningún peligro de que eso suceda, muchacha—. Con apenas unas pocas pulgadas por encima de los cinco pies, incluso pesadamente embarazada, su esposa nunca sería otra cosa que una muchacha pequeña en su mente. Él la jaló encima de su regazo y asió sus manos alrededor de ella, sujetándola contra su pecho.

El día era frío nublado, lluvioso y perfecto para un fuego acogedor de turba, y en unos instantes, calmado por la combinación de la mujer en sus brazos y las comodidades de la casa, él se relajó. Casi dormitaba cuando Dageus y Chloe finalmente terminaron de comer y se unieron a ellos.

Gwen se levantó de su regazo y los saludos y abrazos fueron intercambiados.

—Silvan y Nell les envían su amor— dijo Chloe.

Drustan sonrió abiertamente, notando que el pelo de Chloe estaba todavía ligeramente húmedo por la ducha. Igual que el de su hermano. No era extraño que no hubieran bajado antes. Los hombres Keltar tenían una decidida inclinación para hacer el amor en la ducha o la bañera. La plomería interior era uno de los muchos lujos del siglo veintiuno sin el cual no sabía cómo había vivido antes. ¿Una ducha? Deliciosa. ¿Sexo en la ducha? Och, vida no podía ser mejor.

Gwen resplandeció.

—¿No adoraste a Silvan y Nell? Me sentí tan envidiosa de no poder seguirlos y verlos otra vez.

—Nell me dio una carta para ti, Gwen— dijo Chloe—. Está arriba. ¿Quieres que la traiga ahora?

Gwen negó con la cabeza.

—Drustan podría morir de impaciencia si te dejo salir del cuarto. Tenemos noticias.

—Pero primero— dijo Drustan firmemente—, déjennos oír las tuyas.

Estudió a Dageus cuidadosamente. Aunque sus ojos eran del color del cobre

profundamente bruñido, los bordes exteriores de sus iris bordeados de negro, había una sensación de paz alrededor de él que no había estado allí antes. Och, *sí*, pensó Drustan, *el amor ciertamente podía ejercer un efecto maravilloso*. No tenía idea de cuánto tiempo habían pasado en el pasado, pero había sido el suficiente para que ellos se enamoraran profundamente. El suficiente para estar unidos como uno contra el futuro incierto.

Mientras Dageus los ponía al tanto de lo que habían descubierto, él escuchó pacientemente. Cuando Dageus le dio cuenta de la biblioteca de la cámara bajo el estudio en el castillo de Maggie y Christopher, tuvo que agarrar los brazos de su silla para impedirse brincar y salir corriendo para verlo con sus propios ojos, tocar y leer el Pacto legendario, y descubrir de nuevo su historia perdida.

Finalmente, fue su turno dar sus propias noticias.

—Estos miembros de la secta druida de los Draghar de la que hablaste— comenzó Drustan.

—¿Sí?— animó Dageus cuando él hizo una pausa.

—Tenemos a uno de ellos en nuestra mazmorra.

Dageus se levantó de un salto.

—¿Cómo sucedió? ¿Lo has interrogado? ¿Qué te dijo?— demandó.

—Cálmate, hermano. Él me dijo todo. La base de operaciones de su Orden está en Londres, en un lugar llamado Edificio Belthrew, en la parte baja de West Side. Fueron él y su compañero quienes perseguían a Chloe en Maniatan, y fue su compañero quien brincó desde tu terraza. Él te siguió hasta aquí, esperando obtener otra oportunidad con Chloe. Trataban de provocarte para usar magia y forzar la transformación.

—¡Mataré al hijo de puta!— gruñó Dageus y comenzó a moverse hacia la puerta de la biblioteca.

—Siéntate— dijo Chloe, siguiéndolo y tirando de su manga—. Oigamos el resto. Puedes matarlo más tarde.

Irritado por la furia desenfrenada, Dageus se rehusó a moverse por un momento, pero luego bufó y la siguió de regreso al sofá. *Puedes matarlo más tarde*, había dicho ella casi distraídamente. Cuando él se hundió en el sofá a su lado, ella se acurrucó en sus brazos y lo acarició como al apaciguar a un lobo rabioso. Él negó con la cabeza, desconcertado. Algunas veces, caviló, podría ser bonito si ella se sintiera un *poquito* intimidada por él.

Pero no su compañera: ella no temía a nada.

—Él lo admitió— dijo Drustan sonriendo con satisfacción sombría— bajo un poquito de coacción.

—Bien— siseó Dageus—. Espero que haya sido con tortura.

—El edificio está construido encima de un laberinto de catacumbas, y en esas criptas es donde conservan todos sus registros. Hasta donde él sabe, el edificio está usualmente ocupado por no más de tres o cuatro hombres, y en la noche, a menudo solamente dos, ocultos en las profundidades. El edificio tiene un sistema de seguridad, pero creo que eso no presenta un desafío para alguien con tus singulares habilidades, hermano— agregó

Drustan secamente—. Hay llaves maestras muy complicadas, y muy para su súbita desilusión, él me describió con precisión lo que debemos hacer para pasarlas. En la medida de su conocimiento, todavía creen que no tienes idea de que existen, y que no conoces de la Profecía.

—Perfecto. Debería ser un asunto simple irrumpir a altas horas de la noche e investigar sus registros y anales. ¿Le preguntaste si él conocía alguna forma de librarse de los Trece?

Drustan frunció el ceño.

—Sí. Por supuesto que lo hice; esa fue una de las primeras cosas que pregunté. Él indicó que había una forma, pero no sabía cuál era. Oyó sin intención al Maestro de su Orden, un hombre llamado Simon Barton-Drew, expresar su preocupación de que tú pudieras descubrirla. Te lo aseguro, lo interrogué a fondo, pero el hombre no tiene idea de qué método es.

—Entonces necesitamos encontrar a este Simon Barton-Drew, y me importa un bledo qué daño debemos hacerle para descubrir lo que sabe.

Chloe y Gwen asintieron su acuerdo.

—Entonces, ¿cuando salimos?— preguntó Gwen prácticamente.

Dageus y Drustan, al mismo tiempo, la ensartaron con una mirada furiosa.

—*Nosotros* no— dijo Dageus firmemente.

—Oh, sí, *nosotros*—disidió Chloe inmediatamente.

Dageus la miró ceñudo.

—No hay forma de que las llevemos allí adentro...

—Entonces simplemente llévennos a Londres con ustedes— dijo Gwen, logrando sonar al mismo tiempo tranquilizadora pero obstinada—. Permaneceremos en un hotel cerca, pero no nos quedaremos aquí mientras ustedes dos se enfrentan al peligro. Esto no es negociable.

Drustan negó con la cabeza.

—Gwen, no te permitiré tomar riesgos ni contigo ni nuestros niños, chica— dijo, su acento ronco por la tensión.

—Y tú deberías confiar en que yo no lo haría tampoco— dijo Gwen con tranquilidad—. No voy a dejar que nada les ocurra a nuestros bebés. Chloe y yo permaneceremos en el hotel, Drustan. No somos estúpidas. Sé que no ha manera de que una mujer tan embarazada como yo entrara solapadamente y se pusiera a buscar. Pero tú no nos puedes dejar aquí. Si lo intentas, te seguiremos. Llévanos contigo, instálanos con toda seguridad en un hotel. No nos puedes dejar fuera. Somos parte de eso también. Nos volveríamos locas aquí sentadas y esperando.

El debate no terminó sino hasta media hora después. Pero al fin, las mujeres prevalecieron y los hombres a regañadientes consintieron en llevarlas a Londres al día siguiente.

—Él ha regresado, padre, así como también la mujer— informó Hugh Barton-Drew a Simon, mientras hablaba en su teléfono celular—. Los vimos regresar tarde anoche.

—¿Cualquier idea de a dónde fueron?— preguntó Simon.

—Ninguna.

—¿Y a pesar de todo no has visto a Trevor?

—No. Pero no podemos entrar en el castillo. Aunque no está protegido, no estoy seguro de que fuera eficaz hacer un intento— dijo quedamente. El tono bajo era innecesario, tan lejos del castillo como él y su hermano estaban, vigilando a través de sus binoculares, pero Dageus MacKeltar lo intranquilizaba. Ese castillo Keltar, a diferencia del otro encima de la montaña, estaba en un valle vasto, y las colinas cubiertas por el bosque alrededor los proveían de un escondite excelente. Aun así, se sentía expuesto. Su hermano se había quejado de la misma sensación.

—Repórtate ante mí cada dos horas. Quiero que me mantengas informado de cada movimiento que hagan— dijo Simon.

## Capítulo 25

Era tarde en la noche, bastante después de que todo el mundo estuviese dormido, que Dageus se escapó solapadamente del castillo.

El día había parecido arrastrarse interminablemente, mientras había luchado por esconder de aquellos a los que amaba lo que planeaba hacer. Conservar su mirada suave y su impaciencia a raya lo había cansado, comportándose como si estuviera de acuerdo, sin traicionar ningún signo revelador, ni siquiera por un minuto, ante el hermano que lo conocía demasiado bien, que no tenía la intención de atenerse al plan que habían pasado esa tarde lluviosa formulando meticulosamente.

El plan en el cual todos irían a Londres y todos estarían en peligro.

Durante la última parte de la tarde, mientras Chloe y Gwen había hecho el equipaje para su viaje a Londres —el viaje que no iba a ocurrir nunca— él había pasado por la mazmorra y había interrogado en persona al hombre de la secta de los Draghar. Había usado magia para devastar cruelmente la información de su mente, pero como Drustan le había asegurado, aunque el hombre sabía que había alguna forma para reencarcelar a los Trece e impedir la transformación, no conocía cosas más específicas sobre ello.

Que definitivamente hubiera una manera era suficiente para llenar a Dageus de una exultación intoxicante, y una impaciencia hirviente hacerlo *ahora*.

Los cuatro se habían reunido para la cena en el gran *hall*, y poco tiempo después,

había arrastrado a Chloe de regreso a la cama, donde le hizo el amor hasta que ella se derrumbó, saciada, en sus brazos.

Él la había sujetado entonces, saboreando su contacto en sus brazos por casi otra hora antes de que finalmente dejara su cama.

Y en ese momento, mientras salía a la noche, estaba listo. Era hora de confrontar al enemigo y terminar las cosas de una vez y para siempre.

Solo.

Nunca permitiría que ninguna de las personas que amaba corriera ese riesgo con él. Él era el único que había creado ese problema y sería quien lo arreglara. Estaba mejor solo, sin trabas, el *Fantasma Gaulish* otra vez, una aparición lisa y oscura, apenas visible para el ojo humano y sin ninguna necesidad de observar sobre su hombro para proteger a alguien más.

No había salvado a Drustan para Gwen, solamente para perder a uno o ambos ahora. Y *nunca* perdería a Chloe.

Sabía que estarían furiosos, pero con suerte, habría terminado antes de que incluso se despertaran, o en el peor de los casos, poco tiempo después. Necesitaba hacerlo de esa manera, necesitaba saber que estaban seguros en el castillo, así podría mantener su mente concentrada en su meta sin distracciones.

Penetraría en el cuartel general de la secta Draghar, exploraría sus registros, localizaría la dirección de Simon Barton-Drew, lo capturaría, y devastaría de su mente la información que necesitaba. El pensamiento que poder encontrarse, en breve, libre de la batalla extenuante que había estado manteniendo por tanto tiempo era casi imposible de concebir. La idea de que, por la mañana, podría regresar a Chloe siendo nada más que un druida y un hombre, parecía un sueño demasiado bueno para ser verdad.

Pero no lo era. Según Trevor —y una mente tan cruelmente invadida era incapaz de mentir—, Simon Barton-Drew sabía cómo devolver a los Antiguos a esa prisión desde la cual habían salido.

El vuelo a Londres fue corto, aunque le tomó varias horas frustrantes localizar el Edificio Belthew. No había estado en Londres antes, con excepción del aeropuerto, y era confuso para él. Permaneció de pie fuera del edificio a oscuras durante algún tiempo, estudiándolo desde todos los ángulos. Era un almacén grande construido de piedra y acero, con cuatro pisos, pero por lo que Trevor había confesado, lo que él buscaba estaría en los sótanos.

Aspiró lentas y parejas bocanadas del aire frío y nebuloso de la noche. Moviéndose enérgica y silenciosamente, se acercó al edificio y trabajó en el cerrojo con una frase delicadamente murmurada. Había usado magia dos veces ese día, y sólo se atrevería a usarla con moderación a partir de entonces.

Incluso en ese momento los seres dentro de él se enardecían. Podía sentirlos extender las manos, como tratando de sondear lo que los rodeaba.

Abrió la puerta y se introdujo en el interior, pulsando el código en el pequeño teclado. Estaba preparado; había obtenido todo el conocimiento que necesitaba de la

mente de Trevor y la había aprendido de memoria. Sabía cada secuencia de números, cómo evadir cada alarma, cada llave maestra.

Al cruzar el umbral, sintió un dolor repentino estallar en su pecho, en la plenitud de sus músculos. Él encogió su hombro, tratando de aliviar el tirón, pero no se desvaneció y, aturcido, miró hacia abajo.

Por un momento la vista del dardo de plata temblando en su pecho simplemente lo desconcertó. Entonces su visión se borroneó alarmantemente y se estrechó hasta convertirse en un túnel oscuro. Parpadeando, se quedó con la mirada fija en el cuarto oscuro.

—Un tranquilizante— le informó atentamente una voz cortés.

Unos pocos momentos más tarde, maldiciendo cruelmente, Dageus chocó contra el piso.

Despertó —no tenía idea cuánto tiempo más tarde— con la sensación de la piedra fría contra su espalda. A medida que su estupor, inducido por las drogas, amainaba lentamente, se hizo consciente de que estaba firmemente atado.

Se sentía extraño, pero era incapaz de precisar exactamente por qué. Algo en su interior era diferente. Quizá eran los efectos persistentes del tranquilizante, decidió.

Sin abrir los ojos, se movió minuciosamente, probando sus ataduras. Estaba atado con cadenas a una columna de piedra de varios pies de diámetro. Las cadenas, de gruesos eslabones, sostenían sus brazos detrás de él, rodeando la circunferencia de la columna. Sus tobillos estaban atados con cadenas también, atados a su vez a la base de la columna. Sin acudir a la magia, no podía mover nada excepto la cabeza.

Manteniendo los ojos cerrados, escuchó con atención, registrando las voces diferentes que hablaron los siguientes pocos minutos, llevando la cuenta del número de su enemigo. Media docena, no más. Si no lo hubieran drogado, nunca lo habrían capturado, y si pudiera liberarse, no tendría problemas para escapar. Extendió la mano con sus sentidos druidas, probando la fuerza de las cadenas.

*Condenados infiernos*, pensó sombríamente. Había un hechizo obligatorio en ellos. Escarbó en el hechizo ligeramente, probando su fuerza con la magia, sin desear usar más de la que fuera necesaria. Pero en lugar de una auscultación sutil y controlada, una ráfaga repentina de poder se desgarró a través de él, mucho más de lo que había tenido la intención de usar, más de lo que jamás había usado antes de una sola vez. Sintió la respuesta instantánea de los Trece; empezaron a murmurar en su lenguaje incomprensible, sus voces zumbando como insectos dentro de su cráneo. Fue bombardeado con sensaciones... una oscuridad helada... interminables períodos de discutir entre ellos mismos... el sentimiento de un grupo eternamente forzado a permanecer juntos sin escape... períodos de lucidez, períodos más largos de locura, hasta

que finalmente no había nada excepto la furia y el odio y una sed absorbente por la venganza.

Su cuerpo entero se estremeció. Era la sensación más fuerte de ellos que había obtenido hasta entonces y eran tan asquerosos que, si tuviera las manos libres, sospechaba que habría dado zarpazos a su cabeza en un esfuerzo fútil para arrancarlos de su cráneo.

Se dio cuenta de dos cosas entonces: que la secta de los Draghar era más adelantada en el Druidismo de lo que él había pensado, tramando un hechizo tan poderoso en el hierro frío de las cadenas, y que le habían dado algo además de un mero tranquilizante. Le habían administrado algún tipo de droga que deterioraba su habilidad para controlar el poder dentro de sí. Era como un hombre que había consumido demasiado whisky, que pretendiendo hacer una caricia suave, estallara en un golpe aniquilador y descuidado.

Y no tenía duda de que ese golpe lo volvería completamente oscuro.

Respiró superficialmente, forzando sus sentidos a alejarse del zumbido caótico de su mente. Saboreó el aire, tratando de visualizar la forma del cuarto a partir del eco de las conversaciones. Parecía ser una larga habitación de techo bajo, y había un olor débil de musgo en las piedras. No tenía idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Estaba concienzudamente seguro de que estaba en las catacumbas debajo del edificio.

¡Qué tonto había sido, irrumpiendo de esa manera, menospreciando a su enemigo! Había obrado con precipitación, conducido por la impaciencia y una necesidad desesperada de proteger a aquellos que amaba. Ni siquiera una vez se le había ocurrido que la secta de los Draghar pudiera tener personas observándolo, reportando cada uno de sus movimientos. Aparentemente así había sido, pues ciertamente habían estado esperándolo. ¿Cuál era su plan? ¿Usar esa droga mortífera para forzar su transformación?

—Vuelve en sí— dijo alguien.

Habría preferido que continuaran pensando que estaba inconsciente, comprando tiempo precioso para que los efectos de la droga disminuyeran, pero evidentemente, aunque había permanecido inmóvil, se había delatado en cierta forma. Quizá su pecho estaba levantándose y cayendo más profundamente. Abrió sus ojos.

—Ah, allí estás— dijo un hombre alto y delgado con pelo rojizo, moviéndose hacia el estrado ante él. El hombre lo miró por un largo momento—. Soy Simon Barton-Drew, maestro de la secta. Realmente no era así como había esperado conocerte. Mis disculpas por las cadenas, pero, por lo pronto, son necesarias. ¿Asumo que Trevor está muerto?— inquirió cortésmente.

—Trevor vive— dijo Dageus, modulando su voz cuidadosamente. No traicionaría ni un signo de su conflicto interior ante ese hombre—. A diferencia de tu Orden, los Keltar no toman ninguna vida sin razón— por más que a él le habría gustado.

Simon rodeó la columna de piedra.

—Ni lo hacemos nosotros. Todo lo que hemos hecho fue para restaurar nuestros poderes legítimos. Para cumplir a cabalidad nuestro destino.

—No fueron nunca sus poderes legítimos. Fueron dados por los *Tuatha de Danaan* y fueron los *Tuatha de Danaan* quienes los reclamaron cuando quedó de manifiesto que el hombre abusaría de ellos.

Simon dio un ladrido corto que pareció una risa.

—Así habla el hombre que rompió sus propios juramentos. Puedes verlo como te guste. No importa, tú nos dirigirás.

—Nunca cumpliré con la Profecía.

—Ah, entonces sabes de eso. Me preguntaba si lo hacías. ¿Cuándo la encontraste? ¿Trevor te lo dijo? No lo culpo, pues yo sé de lo que eres capaz. Está todo aquí—. Él levantó un brazo señalando tras de sí, hacia las pilas de escritos y textos apilados cuidadosamente en docenas de estantes—. Todo lo que los Draghar pueden hacer. Todo lo que nos enseñarán. El poder de moverse a través del espacio y el tiempo, el poder para abrir la puerta entre los reinos.

—Los Draghar que tú adoras casi destruyeron el mundo una vez, tratando de abrir la puerta de los reinos. ¿Qué te hace pensar que una vez que sean libres, no lo harán otra vez?

—¿Por qué destruir el mundo cuando pueden dominarlo?— contrarrestó Simon—. Creo que podemos determinar qué salió mal la última vez que trataron de ir tras los *Tuatha de Danaan*. Nuestro mundo es mucho más adelantado ahora de lo que era entonces. Y hay muchos seguidores fieles esperando para darles la bienvenida.

—¿Qué te hace pensar que tienen cualquier intención de convertirse en parte de tu pequeña Orden? ¿Por qué se quedarían contigo?— aguijoneó Dageus.

—¿Qué quieres decir?—. Un breve parpadeo de ansiedad brilló intermitentemente en la cara parca del hombre.

—Si pueden viajar por el tiempo, ¿qué puede impedirles regresar a su propio siglo? ¿Qué piensas que quieren más que cualquier cosa?

—Rescatar su poder. Una oportunidad de vivir otra vez, de regir otra vez. Tomar su legítimo lugar en el mundo.

Dageus *sonrió* burlonamente. Aunque no podía entender el lenguaje de los Antiguos y conocer las intenciones de los Draghar, Simon no lo sabía. Sembrar dudas podría ser un arma útil. Si pudiera continuar hablando el tiempo suficiente, quizá bastaría para que los efectos de la droga pasaran antes de poder arriesgarse a indagar la mente de Simon.

—Quieren *cuerpos*, Simon, y tendrán el poder de regresar a los suyos propios. Una vez que los liberes, ¿cómo los detendrás de regresar al pasado? No podrás controlarlos. Pueden destruir tu Orden en el momento en que me transforme. ¿Qué uso tienen ellos para ti? Regresarán a su siglo, continuarán la guerra, y rescribirán completamente los pasados cuatro mil años de historia—. Dageus rió—. A lo mejor, ninguno de nosotros jamás incluso nacerá cuando los cambios sean hechos.

Och, sí, el hombre en el cuarto se veía decididamente inquieto. Inquieto era bueno. Violentamente en desacuerdo sería incluso mejor.

—Liberarás un poder que posiblemente ni siquiera puedes entender y no tienes

esperanza de dominar— dijo Dageus con una sonrisa glacial.

Después de un silencio tenso, Simon ondeó una mano desdeñosa.

—Es suficiente. No voy a caer en tu treta. Los Draghar no tratarían de regresar porque correrían el riesgo de ser aprisionados otra vez. Nunca se arriesgarán a eso.

—Eso es lo que dices, cuando en verdad, no sabes nada de ellos. Yo lo hago.

La mandíbula de Simon se endureció e hizo señales a dos de los hombres que estaban de pie cerca de él.

—No seré desviado del curso de la Profecía. Es mi deber jurado cumplirlo a cabalidad. Y puedo no saber tanto acerca de los Draghar como me gustaría, pero sé mucho acerca de ti—. Lo recorrió con la mirada—. Tráela— ordenó.

Los hombres se apresuraron a salir de la cámara.

Dageus se tensó. ¿"Tráela"? ¿A *quién*? Casi rugió. No había manera, se dijo. Chloe estaba segura y dormida dentro de las paredes protegidas del castillo.

Estaba tan, pero tan equivocado.

Cuando los hombres regresaron algunos momentos más tarde, sus entrañas se tensaron.

—No— murmuró, con los labios apenas moviéndose—. Och, no, muchacha.

—Och, sí, Keltar— se burló Simon—. Una mujer preciosa, ¿no es verdad? Tratamos de acercarnos a ella en Manhattan. Pero no temas, puedes tener todo lo que quieras de ella una vez que te hayas resignado a lo inevitable. Sospecho que los Draghar estarán deseosos de una mujer después de cuatro mil años.

Los hombres, toscamente, medio arrastraron, medio adelantaron a Chloe. Las manos y los pies de la muchacha estaban atados, y su cara cenicienta, veteada de lágrimas.

—Lo siento tanto, Dageus— sollozó ella—. Me desperté cuando oí el portazo del coche y corrí afuera, tratando de alcanzarte...

Uno de los hombres la abofeteó para que callara, y cada músculo del cuerpo de Dageus gritó. Cerró sus ojos, oponiéndose a la tormenta oscura que se levantaba en él. *Soy un hombre y un Keltar. No repartiré golpes ciegamente*, se dijo una y otra vez. Pasaron varios instantes antes de que lograra abrirlos, y cuando lo hizo, sus miradas se entrelazaron.

*Te amo*, pronunció ella. *¡Lo siento tanto!*

Él negó con la cabeza, rechazando su disculpa, esperando que ella comprendiera que ninguna disculpa era necesaria. Era su culpa, no la de ella. *Te amo también, muchacha*, moldeó las palabras silenciosamente.

—Qué conmovedor— dijo Simon secamente. Indicó al hombre que sujetaba a Chloe que la hiciera avanzar, deteniéndola a media docena de pasos de la columna en la cual Dageus estaba atado—. Tener un avión privado tiene sus ventajas— dijo, sonriendo—. Ella estaba aquí antes de que tú incluso hubieras aterrizado en Londres. Y ahora mis hombres la matarán a menos que te molestes en impedirlo. Estar atado no debería representar un obstáculo para un hombre con tu poder.

—Hijo de puta— gritó Dageus luchando violentamente contra las cadenas, en vano.

Sin magia, no podía hacer nada.

La furia lo consumió, acompañada por la tentación aguda de usar el poder más horrible para eliminarlo. Podía saborear la potencia de los Antiguos, acumulándose dentro de su garganta, implorando ser liberado. Las palabras que provocaban la muerte se enrollaron en la punta de su lengua. Él quería sangre, y los seres de su interior sentían deseos de derramarla.

Simon había planeado bien su estrategia. Había drogado a Dageus para que él no pudiera controlar la cantidad de magia que usaba, tomado cautiva a la mujer que Dageus amaba más que la vida misma, e iba a matarla a menos que Dageus usara magia para impedirlo.

Y si usaba magia para salvarla, se transformaría.

Era inevitable, se percató con un desapego peculiar. Esto era todo. Estaba acorralado en una esquina, sin escapatoria. No había forma en que él permitiera que dañaran a Chloe. Jamás. Ella era su compañera, la guardiana de su *Selvar*. La vida de él era su escudo.

En un abrir y cerrar de ojos, en un instante curiosamente suspendido en el tiempo, fue como si estuviera allí en las catacumbas, pero no *realmente* allí. Su mente se desplazó a un lugar tranquilo donde los recuerdos brillaban intermitentemente en una conjunción veloz.

Veía a Chloe por primera vez, parada bajo la llovizna que empañaba una calle bulliciosa de Manhattan. La descubría bajo su cama. Sentía la lozanía de sus labios cuando le había robado ese primer beso.

La alimentaba con bocados de salmón. La escuchaba parlotear incesantemente sobre algún tomo oscuro, con sus ojos centelleantes. La veía aspirar el humo de un puro.

Veía sus ojos sexys y somnolientos cuando la había hecho alcanzar su primer clímax en el avión. Hacía el amor con ella en un remanso brillante bajo un cielo azul interminable en sus amadas Highlands. Se derramaba dentro de ella, convirtiéndose en parte suya. La observaba, mientras ella estaba encaramada sobre una silla y practicaba decirle que lo amaba hablándole a un escudo, luego empezando a gritarle. Diciéndolo otra vez, después de que él le hubiera dicho su secreto más oscuro. Quedándose con determinación a su lado.

Y en ese momento calmado y extraño, se percató de que si no hubiera quebrado su juramento, si no hubiera atravesado las piedras para salvar a Drustan, nunca habría conocido a Chloe. Irónico, meditó, que su destino se hubiera valido de su propia caída para dirigirlo a la mujer que había sido su salvación en tantas formas. Si le hubieran dado a elegir, a entrar de nuevo tiempo y escoger no violar su juramento pero nunca conocer a Chloe Zanders, resueltamente habría entrado en las piedras y lo habría hecho una vez más, con la conciencia completa de todo lo llevaría a ese momento, simplemente para tener la alegría de amar a Chloe por el tiempo que había tenido.

Desde ese lugar tranquilo, su mente se deslizó velozmente a otro: hasta la noche de frío penetrante en que él había bailado en la pared cubierta de hielo de la terraza. Lo

había hecho porque siempre había sabido que podría acabar con todo muriendo. Una solución simple, realmente. Ningún cuerpo, ninguna resurrección. Dar jaque mate, fin del juego, y ganar la partida.

Una parte de él había estado tan cansada de pelear.

Pero él había resuelto esa noche continuar luchando, y relegó los pensamientos de suicidio al último recurso de su arsenal, odiando hasta su noción.

Luego había conocido a Chloe, que le había dado mil razones para vivir.

Sonrió cruelmente. No podría producir como respuesta la magia necesaria para liberarla y verla segura sin también liberar a los Draghar, lo que lo ponía en una posición imposible.

Nunca permitiría que acaeciera *la época de oscuridad más brutal que el género humano jamás ha conocido*, como había anunciado la Profecía. Serían incontables los millones que podrían morir. ¿Qué ocurriría si esas palabras con las que había tentado a Simon verdaderamente fueran lo que los Trece planeaban hacer? ¿Qué ocurriría si ellos tuvieran la intención de regresar de nuevo en el tiempo, quizá librar la guerra una vez más... y tal vez ganar esta vez?

Cambiarían completamente cuatro mil años de la historia del género humano. El hombre incluso podría ya no existir en la época moderna cuando todo cambiara.

No. Sus elecciones, sus oportunidades, todas habían sido agotadas.

*Och, amor*, se lamentó, *se suponía que no acabaría así*.

Cuando abrió sus ojos, descubrió que habían amordazado la boca de Chloe. Sus ojos de color verde mar centelleaban de lágrimas.

—Hiérela— dijo Simon suavemente—. Muéstrale su sangre.

Dageus se mordió la lengua, llenando su boca de un sabor metálico y amargo. Sabía que debía cronometrarlo a la perfección. Tenía que asegurarse de infligirse a sí mismo una herida mortal para morir antes de que la transformación fuera completa, pero no antes de que los miembros de la secta estuvieran muertos y Chloe fuera libre. Se volvió insensible, para actuar con resolución perfecta. Un solo momento de vacilación podría echarlo a perder. Tenía que estar cien por ciento comprometido a morir.

Y era algo condenadamente duro hacerlo mientras miraba a Chloe.

Uno de los hombres pasó una cuchilla sobre la piel de su cuello, y unas gotitas rojizas fluyeron. Chloe se contorsionó en sus brazos, corcoveando y luchando.

Ahora, se dijo a sí mismo, al mismo tiempo que murmuraba un suave “adiós” a su compañera. La pena lo inundó tan agudamente, tan intensamente, que echó hacia atrás la cabeza y aulló desde las mismas profundidades de su alma.

Entonces, por primera vez desde la noche que habían afirmado su posesión, bajó la guardia y dejó de resistir a los Trece.

Abrió por sí mismo su corazón a ellos. Los invitó. Los abrazó.

La respuesta fue instantánea. El poder, la astucia y la locura lo inundaron. Fue repentinamente bombardeado con piezas y pedazos de trece vidas, llenado con la fuerza fenomenal de doce hombres y una mujer cuya lujuria por la vida había sido tan intensa

que habían querido vivir para siempre. Pero sobrepasando cualquier sensación de ellos como individuos, estaban su odio y su furia unida contra sus carceleros, una determinación incesante de ver a los *Tuatha de Danaan* destruidos, aunque tuvieran que destruir *todos* los reinos durante el proceso.

Mientras salían en enjambre de él, Dageus desgarró la mente de Simon, explorando brutalmente. Aunque la respuesta no le servía ahora, todavía quería saber. Quería saber cómo podrían haber hecho las cosas de manera diferente, qué podrían haber tenido si él hubiera actuado menos impulsivamente, si hubiera sido más sabio.

La respuesta que encontró lo hizo reír. La ironía era enriquecedora: había ido esa noche con tanta esperanza, pero ahora sabía que, incluso si no hubieran capturado a Chloe, esa siempre habría sido su única alternativa.

Simon ciertamente sabía cómo reencarcelar a los Trece.

Dageus tenía que morir.

Chloe luchó en los brazos de sus asaltantes, parpadeando para contener las lágrimas. ¡Había sido tan idiota, saliendo del castillo, maldiciéndolo por tratar de hacerlo solo! ¿Cómo podría haber sabido que esos hombres saltarían sobre ella en el momento que había salido? Ni siquiera había tenido la oportunidad de gritar y advertir a Drustan y Gwen que la estaban secuestrando.

Mordisqueó desesperadamente su mordaza, pero fue inútil, ya que no podía emitir ni siquiera un quejido. *Oh, Dageus*, pensó impotentemente, observándolo. Él la miraba y sus labios se movieron, pero ella no podía distinguir lo que había dicho.

Entonces repentinamente él hizo un sonido de agonía cruda, y su cabeza oscura golpeó ruidosamente hacia atrás la columna de piedra, con tal fuerza que Chloe casi dejó de respirar, gritando silenciosamente en su interior. El cuello del hombre se arqueó, y su cuerpo se tensó como si estuviera siendo jalado en un adral.

El hombre llamado Simon gritó y se derrumbó sobre el piso, agarrándose firmemente la cabeza.

Dageus rió, y ese sonido enfrió la sangre de Chloe. Dageus nunca, nunca habría producido un sonido tan oscuro y malévol. Estremeciéndose violentamente, observó cómo su cabeza se inclinaba lentamente hacia abajo. Cuando vio sus ojos, se atragantó con la mordaza.

Estaban completamente negros.

Una astilla diminuta de blanco los rodeaba, apenas visible. Ella dejó de luchar, congelada por el horror.

Un vendaval helado entró precipitadamente en la cámara, esparciendo libros de los estantes, tumbando mesas y sillas, batiendo hojas de papel y pergaminos a través del aire.

Repentinamente los dos hombres que estaban sosteniéndola se desvanecieron. El cuchillo en su cuello salió disparado a través del aire, y ella lo perdió de vista en medio de los escombros voladores. Las cuerdas de sus muñecas y tobillos se rompieron, y la mordaza abruptamente cayó rota de su boca.

Como desde una distancia lejana, oyó la voz de Dageus, pero no completamente su voz —parecían más como una docenas de voces estratificadas una sobre otra—, diciéndole que cerrara sus ojos, diciéndole que no viera ni oyera *nada* hasta que él ordenara lo contrario. Y ella supo que él le había hecho algo, que había usado algún tipo de magia, porque repentinamente fue ciega y sorda. Se aterrorizó por la pérdida de sus sentidos, cayó en el piso y se mantuvo muy quieta.

Ese tiempo de silencio ciego pareció durar una eternidad. La única sensación que permaneció era la caricia glacial de ese viento amargo y oscuro.

Ella se acucilló en el piso, rehusándose a contemplar lo que pudiera pasar. Rehusándose a creer lo que creía haber visto antes de que todo el infierno se desatara. Conocía a Dageus; nunca haría algo así, ni siquiera por ella. Era demasiado honorable. *Nunca* escogía la vida de ella por sobre el destino del mundo.

¿Entonces por qué le había parecido que él estaba convirtiéndose en los Draghar?

## Capítulo 26

El silencio fue todo lo que Chloe oyó cuando pudo oír otra vez, aunque no era exactamente silencio, pues, en contraste con el vacío absoluto de la sordera, el silencio era un revoltijo de ruido blanco: el zumbido débil de las luces fluorescentes, el empujón suave del aire de los deshumedecedores instalados para proteger los textos antiguos. Nunca había sido tan agradecida por unos sonidos tan simples y reconfortantes en su vida. Había sido aterrador estar despojado de la habilidad, al mismo tiempo, de ver y oír.

Pero todavía no podía ver, y sufrió otro momento de pánico absoluto antes de darse cuenta de que sus ojos estaban cerrados. Abriéndolos, se empujó temblorosamente levantándose del piso hasta sentarse. Su mirada voló hacia la columna de piedra, pero Dageus ya no estaba encadenado a ella. Frenéticamente, examinó el cuarto.

Una vez, dos, tres veces miró a través de las ruinas.

Y sacudió con fuerza su cabeza con una negativa atemorizada.

Había sangre en todas partes. Charcos de ella. Aún más vaporizada a través de las mesas y las sillas, y en el caos de libros y papeles en el piso.

E incluso más sangre en la columna de piedra.

Y no había ninguna otra persona —incluso un cuerpo— en el cuarto con ella.

*El tiempo es un compañero que va con nosotros  
en un viaje. Nos recuerda apreciar mucho cada momento  
porque nunca volverá.  
Lo que dejamos atrás no es tan importante como  
la manera en que lo hemos vivido.*  
— JEAN LUC PICARD, capitán del *Enterprise*

## Capítulo 27

—No quiero que te vayas— dijo Gwen en la que Chloe estaba segura debía ser la centésima vez—. *Por favor*, quédate con nosotros, Chloe.

Chloe negó con la cabeza con cansancio. En las pasadas dos semanas, Gwen y ella se habían acercado mucho, lo cual al mismo tiempo la aliviaba e irritaba, pues la hacía pensar acerca de cuán increíble podría haber sido su vida si las cosas hubieran resultado de manera diferente. No tenía duda de que Dageus y ella se habrían casado, se habrían quedado en Escocia y habrían comprado una casa cerca de Gwen y Drustan. Gwen y ella eran parecidas en muchas formas, y con el tiempo Gwen se habría convertido en la hermana que nunca había tenido.

¡Qué sueño tan perfecto, tan bienaventurado habría sido! Vivir en las Highlands, rodeados por la familia, casada con el hombre que amaba.

Pero todo había salido condenadamente mal y esas cosas ya nunca pasarían, y su afecto creciente por la brillante y maternal mujer que se había quedado incansablemente a su lado desde esa noche terrible, había comenzado a lastimarla más que ayudarla.

—Me he quedado todo lo que he podido, Gwen— dijo Chloe, siguiendo severamente su marcha decidida hacia la portilla de seguridad. Estaban en el aeropuerto, y estaba desesperada por estar en el aire, por escapar de tantos recuerdos dolorosos. Si no salía de allí pronto, temía empezar a gritar y simplemente no detenerse nunca. No podía mirar a Drustan una vez más. No podía soportar estar en el castillo que Dageus había construido.

No podría soportar estar en Escocia sin él ni siquiera un segundo más.

Habían pasado dos semanas desde la noche horrible en que había sido despertada por el sonido de la puerta del coche cerrándose de un golpe. Dos semanas desde que había salido corrido en pos de él, sólo para ser tomada como rehén por los miembros de la secta que habían estado esperando simplemente una oportunidad semejante.

Dos semanas desde que ella había escapado, sollozando, del corazón de las

catacumbas, y salido a tropezones del Edificio Belthew para llamar a Gwen y Drustan desde un teléfono público.

Dos semanas desde se habían unido a ella en Londres y habían investigado cada pulgada del maldito edificio.

Al principio, cuando Gwen y Drustan la habían llevado de regreso al Castillo Keltar, ella había estado en shock, incapaz de hablar. Se había acurrucado en un dormitorio oscurecido, débilmente consciente que revoloteaban alrededor. Eventualmente, había logrado decirles lo que había ocurrido —la parte que había visto—, y luego había hundido en la cama, volviéndolo repasar una y otra vez en su mente, tratando de comprender *realmente* qué había sucedido.

Y comprender que nunca lo sabría con seguridad.

Todo lo que sabía con certeza era que Dageus se había ido.

Por dos semanas, Chloe vivió en una especie de suspensión dolorosa, llena de tensión, pena... y esperanza traidora. Realmente no había visto su cadáver. Entonces, quizá...

Entonces, nada.

Dos semanas de esperar, rezando, esperando contra toda esperanza.

Y cada día, observar a Gwen y Drustan juntos había sido un refinado tipo de infierno. Drustan tocaba a Gwen con las manos de Dageus. Bajaba la cara de Dageus para besarla. Hablaba con la voz profunda y sexy de Dageus.

Pero no era Dageus. Él no era suyo para abrazarlo, aunque fuera tan parecido. Él era de Gwen, y Gwen estaba embarazada, y Chloe no. Lo sabía, porque Gwen la había persuadido unos cuantos días atrás de utilizar una prueba de embarazo, sosteniendo que si probaba ser positivo, le daría algo a qué aferrarse. Desafortunadamente, no había obtenido las buenas noticias que Gwen había recibido siete meses atrás.

El resultado de su prueba había sido negativo.

Como su vida. Una gran, gorda y enorme negativa.

—No creo que debas estar sola— protestó Gwen.

Ella trató de sonreír reconfortantemente, pero a juzgar por la mirada en la cara de Gwen, sospechaba que se las había ingeniado para hacer sólo una espantosa exhibición de dientes.

—Estaré bien, Gwen. No puedo quedarme más aquí. No puedo soportar ver...— calló de pronto, sin desear herir los sentimientos de Gwen.

—Entiendo— dijo Gwen, e hizo una mueca de dolor. Había sentido lo mismo cuando había pensado que había perdido para siempre a Drustan, y había conocido a sus descendientes. Sólo podía imaginar qué debía sentir Chloe que cada vez que miraba al gemelo de Dageus. Y Chloe no tenía la promesa de sus bebés a quienes aferrarse como ella la había tenido.

Lo peor de todo era no tener respuestas. Dageus simplemente había desaparecido. Gwen se había pegado a la esperanza también, en esos primeros días, hasta que Drustan le había confiado que, desde la noche en que su hermano había desaparecido, no había

podido sentir el singular lazo que Dageus y él siempre había compartido siendo gemelos.

Habían optado por no decírselo a Chloe aún. Gwen todavía no estaba segura de que hubieran hecho la decisión correcta. Sabía que una parte de Chloe todavía esperaba.

—Iremos a Manhattan en unas pocas semanas, Chloe— le dijo Gwen, abrazándola apretadamente. Se aferraron la una a la otra por un tiempo, luego Chloe se volvió y prácticamente fue corriendo a la verja de seguridad, como si no pudiera marcharse lo suficientemente rápido.

Gwen lloró por ella mientras la observaba ir.

El *Juego del Quizá*, comprendió rápidamente Chloe, era el juego más duro de todos, mucho peor que el *Juego del Podría Haber Sido*.

El *Juego del Tal Vez* eran unos padres que se habían marchado a cenar fuera y ver una película y nunca volvían a casa otra vez. El *Juego del Tal Vez* era un entierro con ataúdes cerrados y la imaginación de una niña de cuatro años enfrentándose con las cajas lisas y lustrosas y los rituales desconcertantes de la muerte.

El *Juego del Tal Vez* era una *enloquecedora* habitación *llena* de sangre y ninguna respuesta.

*Tal vez* Dageus había usado el poder de los Draghar para liberarla, matar a los miembros de la secta, y mágicamente transportar sus cuerpos a otro sitio para no confrontarla con el horror, donde se había suicidado para asegurar que la Profecía nunca se cumpliera.

Eso era lo que Drustan creía. Y en lo más profundo de su corazón, eso era lo que Chloe creía también. En su corazón, sabía que Dageus nunca se arriesgaría a liberar el mal antiguo para desatarse sobre la tierra otra vez, ni siquiera por ella. No tenía nada que ver con el amor, sino con el destino y futuro del mundo entero.

Había vuelto a repasar interminablemente en su mente el momento en que el cuchillo había sido arrancado de su cuello y lanzado a través del aire.

Había ido en dirección a Dageus.

Pero *tal vez*, continuó insistiendo otra pequeña voz insidiosa, él y la secta de los Draghar se habían hecho desaparecer mutuamente... eh, irreflexivamente, y todos regresarían, con el tiempo. Cosas más extrañas podrían ocurrir. Las cosas más extrañas le ocurrían a *Buffy* todo el tiempo. Tal vez estaban encerrados en algún sitio combatiendo hasta la muerte o algo por el estilo.

*Tal vez*, su mente la torturaba, *él está todavía vivo en alguna parte, en cierta forma*. Esa era la mayor y más dolorosa incertidumbre de todas.

¿Cuántos años había creído que sus padres un día atravesarían la puerta principal otra vez? Cuando el abuelo había ido a llevarla a Kansas, había estado aterrorizada de ir. Todavía recordaba gritarle que ella no podía marcharse porque “¡*Cuando mamá y papá*

*vuelvan a casa no sabrán dónde encontrarme!”*

Durante años se había aferrado a esa esperanza atormentadora, hasta que finalmente había sido lo suficientemente mayor para entender qué era la muerte.

—Oh, Zanders— murmuró—. No puedes jugar al *Juego del Tal Vez*. Sabes lo que te hace.

No tuvo idea de cuántos días permaneció acurrucada en su apartamento diminuto, completamente apartada del mundo. No contestó el teléfono, no revisó su e-mail o el correo; raramente, incluso, se movió de la cama. Pasó su tiempo volviendo a vivir mentalmente cada momento precioso que Dageus y ella habían pasado juntos.

Había vivido el mes más increíble de su vida, había encontrado al hombre de sus sueños y se había enamorado completamente. Había tenido la promesa de un futuro dichoso. Había creído tener todo lo que había querido en las palmas de sus manos, y ahora no tenía nada.

¿Cómo se suponía que debía seguir? ¿Cómo se suponía que debía enfrentar el mundo? ¿Vestirse, tal vez cepillarse el pelo, caminar por la acera y ver a los amantes hablando y riéndose entre sí?

Imposible.

Y así se arrastraron los días, en una niebla desolada, hasta que una mañana despertó obsesionada queriendo tener en su apartamento las antigüedades él le había dado, necesitando abrazar el *skean dhu*, envolver sus dedos alrededor de él en los mismos lugares donde una vez los dedos de Dageus habían descansado.

Lo cual significaba dejar su apartamento. Trató de pensar en alguna otra manera de obtenerlos, pero no había ninguna. Sólo ella podría acceder a la caja de seguridad.

Entumecidamente, se arrastró a la ducha, consiguió mojarse, después secarse, y tropezó con la maleta que todavía no había desempacado. Sacó algunas ropas arrugadas que quizá hacían juego —francamente, no le importaba—, pero al menos no estaría desnuda y no la arrestarían, lo cual la habría forzado a hablar con alguien, algo que tenía pocas ganas de hacer, y tomó un taxi hacia el banco.

En pocos instantes la hicieron pasar a un cuarto privado con su caja de seguridad. Permaneció mirándola por mucho tiempo, simplemente de pie y con la mirada fija, tratando de convocar la energía necesaria para buscar en su bolso la billetera. De alguna manera, buscó desordenadamente la llave y la hizo girar en la cerradura de la larga caja de metal.

La abrió y se congeló, con la mirada perdida. Encima de su pequeña espada, el *skean dhu*, el broche de los Keltar y un arma del siglo primero grabada intrincadamente, había un sobre con su nombre escrito en él.

Con la letra de Dageus.

Ella cerró los ojos, apartando frenéticamente eso de su vista. ¡No se había preparado para eso! Simplemente ver su caligrafía le hacía sentir el corazón como si estuviera a punto de romperse una vez más.

Aspiró varios alientos lentos y profundos, tratando de calmarse.

Abriendo los ojos, alcanzó el sobre con manos temblorosas. ¿Qué demonios podría haberle escrito él tantas semanas atrás? ¡Sólo se habían conocido cinco días antes de que se hubieran marchado juntos a Escocia!

Ella deshizo el pliegue de la lengüeta y retiró una única hoja de papel.

*Pequeña Chloe:*

*Si no estoy aquí contigo ahora, estoy más allá de esta vida, porque esa es la única forma en que alguna vez te dejaré ir.*

Ella se sobresaltó, su cuerpo entero temblando con fuerza. Pasaron varios minutos antes de que lograra obligarse a continuar leyendo.

*Espero haberte amado bien, dulzura, pues sé incluso ahora que tú eres mi estrella luminosa más brillante. Lo supe desde el momento en que te vi.*

*Ah, muchacha, adoras tanto tus antigüedades.*

*Pero este ladrón codicia solamente un tesoro sin precio: tú.*

*Dageus.*

Ella mantuvo los ojos cerrados mientras un nuevo dolor la atravesaba. El nudo en su garganta se hinchó, el ardor en el fondo de sus ojos aumentó atormentándola más aún, pero a pesar de todo, se negó a llorar. Había una razón perfectamente buena por la que no había llorado desde la noche en que él había desaparecido. Sabía que si llorara, querría decir que él realmente se había ido.

Lo que también parecía insinuar, quizá de una forma menos lógica, que mientras no llorara, había esperanza.

¡Oh, Dios, podía imaginarlo! Los podía ver a ambos en el banco ese día. Él era alto, oscuro y demasiado espléndido para describirlo con palabras. Ella estaba tan excitada, tan emocionada y nerviosa. Tan fascinada con él.

Tan desconfiada, también, del imposiblemente sexy *Fantasma Gaulish*. Había mirado cada movimiento que él había hecho, para estar segura de que él *realmente* pusiera sus preciosas antigüedades en la caja antes de cerrarla y darle la llave.

A pesar de todo, había logrado resbalar la carta en el último instante sin que ella lo viera.

Incluso entonces. Él la había querido incluso entonces. Había dicho, incluso entonces, que nunca la dejaría ir.

—¿Señora?— interrumpió una voz enérgica—. Mis disculpas por molestarla, pero acaban de informarme que usted ha llegado. ¿Está el señor MacKeltar con usted?

Chloe abrió sus ojos lentamente. El gerente del banco estaba de pie en el umbral. No estaba lista para hablar con alguien aún, así que negó con la cabeza.

—Pues bien, entonces, él me pidió que le diera esto, si usted venía a recoger el contenido de la caja sin él—. Él le dio un conjunto de llaves—. Dijo que quería que

usted las tuviera— se encogió de hombros, observándola con curiosidad manifiesta—, así como también lo que estas llaves abren. Dijo que estaba pagado, y si usted no deseaba retener la propiedad, que podría venderla. Expresó su convicción que la mantendría muy acomodadamente el resto de su vida—. Él la escudriñó intensamente—. El señor MacKeltar tiene cuentas considerables en nuestro banco. ¿Puedo inquirir cuáles son sus intenciones acerca de esas cuentas?

Chloe tomó las llaves con una mano temblorosa. Eran las llaves de su *penthouse*. Se encogió de hombros para señalar que no tenía idea.

—¿Está usted bien, señora? Se ve pálida. ¿Está mareada? ¿Puedo traerle un vaso de agua o un refresco o algo por el estilo?

Chloe negó con la cabeza otra vez. Metió la carta en su bolsillo y deslizó el *skean dhu* cuidadosamente envuelto en su bolso. El resto de las antigüedades se quedarían en el banco hasta que encontrara un lugar seguro donde conservarlas.

*Nunca* serían vendidas. No se separaría de ellas de esa manera, al igual que de ningún precioso recuerdo.

Miró las llaves, sintiéndose extrañamente entumecida. Cuán cuidadosamente lo había planeado él, hasta dónde lo había planeado, incluso entonces. Le había dejado su *penthouse*, como si ella alguna vez pudiera soportar vivir allí. O venderlo. O incluso pensar en él.

—Señora, he notado que no tenemos un pariente más próximo anotado en los archivos del señor MacKeltar...

—Oh, cálese, simplemente cálese, ¿puede?— consiguió decir Chloe finalmente, apartándolo para marcharse. Se estaba muriendo por dentro, y todo por lo que él se preocupaba era si su banco pudiera perder el dinero de Dageus. Era más de lo que podía soportar. Dejó la caja y al gerente del banco sin una mirada atrás.

Vagó por la ciudad por un tiempo, abriéndose paso ciegamente entre la masa de personas, sin noción de hacia dónde caminaba. La cabeza hacia abajo, caminó mientras el sol pasaba la hora del medio día, descendía detrás de los rascacielos, y se deslizaba por el horizonte.

Caminó hasta que estuvo demasiado exhausta para dar otro paso, luego se dejó caer en un banco. No podía soportar el pensamiento de regresar a su apartamento, no podía soportar la idea de ir al *penthouse* de Dageus. No podía soportar el pensamiento de estar en ningún lugar, o incluso *existir* siquiera.

Pero... pensó, quizá la ayudaría. Quizá sólo estar rodeada de sus cosas, oliéndolo en sus almohadas otra vez, tocando sus ropas...

Agonizaría.

Para su propia sorpresa, se levantó y empezó a caminar sin rumbo fijo otra vez.

La noche había caído y una luna llena agradecía el cielo cuando Chloe se encontró entrando en el elegante vestíbulo del edificio de Dageus. No había tomado exactamente la decisión de ir allí, simplemente había caminado hasta donde sus pies la habían dirigido.

*Entonces*, pensó de manera lúgubre, *heme aquí. Lista o no*. Caminó con pasos pesados más allá del escritorio de seguridad, ondeando las llaves hacia ellos para mostrárselas. Los hombres se encogieron de hombros —realmente *deberían ser* despedidos, pensó— mientras ella activaba el elevador hasta el piso cuarenta y tres.

Cuando entró en la antesala, sus piernas estaban temblorosas y, en su mente, lo volvía a vivir una vez más. El primer día que había permanecido en su puerta, agarrando firmemente el tercer *Libro de Manannan*, llamando al hombre al que debía entregárselo con cada insulto que podía pensar, preocupada porque alguna chica bonita y tonta pudiera arruinar el tomo, burlándose de los goznes de oro, entrando en su casa y viendo el *claymore* colgando por encima de la chimenea, la antigüedad que la había tentado hacia su destino.

Siendo atrapada debajo de su cama. Fingiendo ser la criada francesa.

Siendo besada por él esa primera vez.

¡Oh, lo que no daría para poder volver el tiempo atrás y vivir eso una vez más! Echaría raíces en cualquiera de esos días. Y si tuviera la oportunidad de vivirlo una vez más, nunca se resistiría a su seducción. Bebería codiciosamente cada momento.

Pero ese deseo era inútil. Ni ella ni nadie, jamás, podrían volver al pasado otra vez.

Drustan le había contado que la noche en que Dageus había desaparecido, había sentido el puente en el círculo de piedras apagarse. Había dicho que era como si una energía que había sentido toda su vida simplemente se hubiera ido. Al día siguiente, Christopher y él habían descubierto que las tablillas que contenían las fórmulas sagradas se habían desvanecido también, así como también sus recuerdos de ellas, que habían aprendido de memoria como parte de su entrenamiento como druidas Keltar.

Lo que fuere que Dageus había hecho esa noche, había logrado algo que había deseado mucho. Los Keltar ya no tenían el deber de guardar el secreto del viaje por el tiempo. Eran finalmente libres de la responsabilidad inmensa y de la tentación. Capaces, a fin de cuentas, de vivir vidas más simples.

Cómo habría adorado eso Dageus, pensó con una sonrisa triste. Había querido más que nada en el mundo ser un hombre simple, vestir los colores de su clan otra vez. Y aunque nunca lo había dicho, ella sabía que había querido niños. Había querido tener su propia familia tanto como ella.

*¿Cómo pudo la vida burlarse de mí de esta manera?*, quiso gritar.

Fortaleciéndose para enfrentarse a más recuerdos dolorosos, giró la llave en la cerradura (maravilla de maravillas, él realmente lo había cerrado cuando se habían marchado), y abrió la puerta. Fue directamente a la chimenea y deslizó sus dedos sobre el metal frío del *claymore*.

No tuvo idea de cuánto tiempo permaneció parada allí, a oscuras, bañada sólo por la luz trémula de la luna llena derramándose a través de la pared de ventanas, pero eventualmente, tiró su bolso al piso, y se dejó caer en el sofá.

Más tarde, se enfrentaría al resto de su *penthouse*. Más tarde, subiría arrastrándose a su espléndida cama y se quedaría dormida, envuelta en el aroma de él.

*Pequeña Chloe: Si no estoy aquí contigo ahora, estoy más allá de esta vida, porque esa es la única forma en que alguna vez te dejaré ir.*

Y allí estaba. Él lo había dicho en la carta que le había dejado.

Chloe hizo un sonido pequeño, indefenso y ahogado.

Y finalmente las lágrimas llegaron en una acometida caliente. Él estaba muerto. Él realmente, de verdad, se había ido.

Ella se acurrucó en un nudo apretado en el sofá y lloró.

## Capítulo 28

Chloe despertó algún tiempo después al escuchar un ruido poco familiar y persistente. Le tomó varios momentos precisar la fuente y comprender que el sonido provenía de la puerta del *penthouse*.

Restregándose los ojos, se sentó en el sofá. Había llorado hasta quedarse dormida y sus ojos estaban hinchados, su cara sucia de lágrimas. Miró con atención en la oscuridad hacia la puerta y escuchó intensamente.

*¡Oh, Dios!,* pensó, horrorizada; *¡Sonaba como alguien tratara de entrar por la fuerza!*

Escuchó unos pocos momentos más. Sí, *era* eso. Podía oír el rechinar metálico, como si alguien tratara de forzar con ganchos el cerrojo. Contó sus bendiciones, pues aunque había sumida en la pena, había tenido suficiente sentido como para correr el cerrojo interior cuando había entrado.

*Oh, por el bien de cielo,* pensó, repentinamente exasperada, *¿qué es esto? ¿Mi año de infortunio? ¿Es que cada cosa mala que posiblemente pueda ocurrirme, sucederá?*

No iba a ser una víctima de nuevo. Y punto. Chloe Zanders estaba completamente harta. Había un límite para lo que una chica podía tolerar. Estaba repentina y peligrosamente furiosa con quien fuera que estuviera al otro lado de esa puerta, que se atrevía a desordenar aún más su vida.

¿Cómo se atrevería cualquiera a provocarle más sufrimiento?

Débilmente consciente de que no podría estar actuando muy racionalmente, pero más allá de importarle, se deslizó del sofá, arrancó el *claymore* de los ganchos por encima de la chimenea y avanzó lentamente hacia la puerta.

Contempló brevemente dar unos golpes con ella en la puerta con la esperanza de ahuyentar al intruso, pero rápidamente decidió que tan aislado como estaba el *penthouse*, el intruso podría entrar por la fuerza de cualquier manera y ella habría sacrificado la ventaja de la sorpresa.

Así que se permaneció de pie detrás de la puerta y esperó. No pasó mucho antes de que ella oyera unos chasquidos mientras los goznes se deslizaban y el picaporte giraba.

Aspirando una ligera bocanada de aire, ella se balanceó sobre sus talones, encorvándose para adquirir una sólida postura, y levantó la pesada espada con ambas manos.

La puerta se abrió lentamente y una forma oscura se deslizó adentro.

Velozmente, y quizá con más fuerza de lo que había pretendido, Chloe fustigó la hoja de la espada hacia la garganta del intruso. Oyó una aspiración veloz, y sospechó que, al ser una hoja tan afilada, lo había herido.

*Bien*, pensó.

—Och, pequeña Chloe, por favor pon en el suelo la espada— dijo Dageus suavemente.

Chloe gritó.

*Las compañeras de los Keltar nunca llegan fácilmente a sus hombres. Algunas viajan a través de distancias demasiado vastas y extrañas para comprenderlas, otras lo hacen a través de un sendero pequeño, pero sin embargo desde una distancia lejana en sus corazones. La mayoría se resiste a cada paso del camino, pero para cada Keltar, una mujer hará ese viaje. Depende del Keltar reclamarla.*

Silvan depositó el tomo diminuto que había encontrado en la biblioteca de la cámara sobre su regazo. Era el único tomo que se había arriesgado a sacar de la cámara antes de sellarla. Ahora, a salvo en lo que una vez había sido su dormitorio y su santuario privado, la biblioteca de la torre, ciento tres escalones por encima del castillo, había terminado de leerlo. El libro no nombraba a su escriba, como lo hacía la mayoría, pero bendecía a quien había trazado las palabras allí dentro, y que comprendían sólo unas pocas docenas de hojas de pergamino. Incluso esas pocas hojas, un compendio sobre el emparejamiento de los varones Keltar, habían sido fascinantes.

*¿Y por qué no has reclamado tú a tu compañera, anciano?*

La respuesta para eso era complicada, caviló, recorriendo con la mirada la cámara de la torre.

Las pingües columnas de las candelas esparcidas por todos lados, sobre varias mesas pequeñas, ardían brillantemente, titilando por la brisa caliente de la noche, y él sonrió, mirando su refugio tranquilo. Cuando había sido un muchacho, se había deleitado con todo lo que contenía la torre, las escaleras que subían vertiginosamente, las paredes de piedra con sus hendeduras y grietas innumerables cubiertas con tapices gruesos, la belleza impresionante de la vista desde la ventana alta en el espacioso cuarto circular. Ya siendo anciano, no lo encontraba menos encantador.

Se había sentado en esta misma contemplación profunda en su silla mirando la noche como un hombre durante una veintena de años, luego dos, y ahora tres y algunos más. Conocía cada ondulación y cada cuesta de la tierra más allá de su ventana. Tanto como la amaba, sin embargo, la soledad que había buscado como su salvación, con el

tiempo se había convertido en su prisión, y había estado más que listo para abandonarla unos cuantos años atrás, cuando se había casado con Nell y se había mudado al castillo.

A pesar de todo, había tardes, como esa, cuando deseaba ardientemente las alturas elevadas y un lugar tranquilo para pensar. Dageus y Chloe se habían marchado casi una luna antes, y se preguntó cuánto tiempo tendría que pasar antes de que finalmente aceptara que nunca sabría qué habría sido de su hijo. Aunque creía que Dageus no haría nada que pudiera evitar, no saber el resultado final lo molestaría sin cesar hasta el fin de sus días.

Y a Nellie también. La atmósfera del castillo había sido sombría ciertamente desde que ellos se habían ido.

*Nellie.* Cómo había bendecido su vida. Sin ella, él habría perdido a sus dos hijos y vivido solo, a gran altura, encima de la montaña Keltar.

En un rato, él apagaría de un soplo las candelas y bajaría las escaleras sinuosas. Iría primero a la guardería infantil donde sus hijos ya estarían dormidos. Se sentaría junto a ellos como lo hacía cada noche, y maravillándose de ellos. Maravillándose sobre la segunda oportunidad en la vida que le habían otorgado cuando menos lo había esperado.

Volvió a abrir el tomo en la página que marcaba su dedo.

*El intercambio de los votos vinculantes unirá sus corazones para toda la eternidad, y una vez que se aparen, nunca podrán amar a otro.*

Y ese era el punto crucial de su problema. No había reclamado completamente a su compañera por la diferencia de edad entre ellos. Él sabía que moriría antes que ella. Posiblemente *mucho antes* que ella.

¿Y entonces qué? ¿Ella no se volvería a casar porque él se había marchado? ¿Pasaría los siguientes veinte o treinta años sola? El pensamiento de ella yaciendo con otro hombre casi lo enloquecía, pero también lo hacía el pensamiento de ella durmiendo sola en su cama durante tantos años. Nellie debería ser amada, valorada, mimada y acariciada. ¡Ella debería ser saboreada y... y... och! ¡Era un acertijo imposible!

*Debería ser su propia elección,* lo aguijoneó su conciencia.

—Reflexionaré sobre eso— murmuró.

*¿Y si te mueres antes de que termines de reflexionar?*

Frunciendo el ceño, él deslizó el tomo en una de las astutas cartucheras que Nellie había cosido para él en las ropas azules que él prefería usar, y estaba a punto de levantarse cuando cayó en la cuenta de que había una presencia en el cuarto, parada detrás de su hombro.

Él se quedó inmóvil, extendiendo la mano con sus sentidos druidas para identificar al intruso, pero lo que estaba a sus espaldas desafiaba su comprensión.

—Siéntate, Keltar— dijo una voz plateada y cadenciosa.

Él se sentó. No estaba seguro de si él decidido acceder, o si esa voz lo había privado de su voluntad.

Mientras se sentaba, esperando tensamente, una mujer emergió de las sombras detrás de él. No, un... och, *un ser*. Inseguramente, él irguió su cabeza, fijando la mirada en ella.

La criatura era tan brillante, tan preciosa, que apenas podía mirarla. Tenía ojos de matices iridiscentes, con colores imposibles de nombrar. Su cabello caía en una cascada de plata, rodeando una cara delicada, traviesa y cruelmente bella. Repentinamente, Silvan se preguntó si había comido un poco de carne mala en la cena y sufría alguna inestabilidad mental inducida por el envenenamiento. Luego un miedo aún peor lo atenazó, uno que lo hizo sentir la cabeza alarmantemente ligera y su sangre golpear demasiado rápido dentro de su pecho: quizá ese fuera su momento, y esa fuera la Muerte, pues ella era ciertamente lo suficientemente bella como para atraer a cualquier hombre a esa gran incógnita del más allá. Podía oír su propio aliento demasiado rápido y rudo, podía sentir sus manos volviéndose curiosamente hormigueantes, como si estuvieran a punto de entumecerse. Un sudor frío se desató en su piel.

*No puedo morir ahora*, pensó débilmente. *No he reclamado a Nellie*. No podría soportarlo, pensó, parpadeando con unos párpados enormemente pesados. Nunca podrían encontrarse otra vez. Podría verse forzado a sufrir cien vidas sin ella. ¡Sería el más puro infierno!

—Aoibheal, reina de los *Tuatha de Danaan*, te saluda, Keltar.

La visión de Silvan se empañó alarmantemente, y su último pensamiento antes de eh... antes de que la tensión nerviosa del momento temporalmente lo privara de su presencia de ánimo, fue de alivio porque no estuviera a punto de morir, y de furia contra sí mismo por perder incluso un segundo de lo que seguramente era el acontecimiento más emocionante de su vida entera.

¡Los legendarios *Tuatha de Danaan* habían venido! ¿Y qué hacía el ilustre laird Keltar?

Se desmayaba como una estúpida pava real.

Unos pocos minutos más tarde, Chloe estaba sentada en el sofá con su cabeza entre sus rodillas, tratando desesperadamente de respirar.

Dageus estaba a sus pies, sus manos envueltas alrededor de sus pantorrillas.

—Muchacha, déjame alcanzar una bolsa de papel, estás hiperventilando.

—¡No TE ATREVAS— *Resoplido. Resoplido. Resoplido. Resoplido*— a dejarme!— ella se aferró a sus hombros.

—No tengo la intención de dejarte otra vez, amor— dijo él apaciguadoramente, acariciando su pelo—. Voy solamente a la cocina por una bolsa. Haz un intento de relajarte, dulzura.

Chloe casi gritó de nuevo de pura frustración. Relajarse. *¡Como si pudiera!* Necesitaba abrazarlo, besarlo, demandar que le dijera qué demonios había sucedido, pero no podía respirar lo suficientemente profundo para hacer ninguna de esas cosas.

De pie junto a la puerta, cuando había oído su voz resonando a través de la

oscuridad, casi se había desmayado. La espada había traqueteado de sus manos repentinamente sin vida, sus rodillas se habían vuelto de mantequilla, y sus pulmones simplemente habían dejado de funcionar bien. Había pensado que los hipos eran fatales, pero los elegiría *cualquier día* antes que hiperventilar.

¡Y lo había herido! Había una línea delgada de sangre en su cuello. Ella trató de tocarlo suavemente, pero él atrapó sus dos manos en una de las suyas, las depositó amablemente en su regazo, y luego empezó a moverse hacia la cocina. Chloe estiró el cuello y lo observó ir. ¿Cómo podía ser posible? ¿Cómo podía estar vivo? ¡Oh, Dios, *él estaba vivo!*

No podía apartar la vista de él, y giró casi una vuelta completa, siguiendo sus movimientos, pero no podía dejarlo salir de su vista ni por un minuto. Él estaba allí. Estaba realmente allí. Era real. *Lo había tocado.*

Ella sabía, al ver la cara masculina tan pálida, que su incapacidad de respirar profundamente lo asustaba. La asustaba a ella también, así que se forzó a concentrarse a desatar su nudo interior.

Cuando él regresó con la bolsa de papel, aunque ella todavía temblaba visiblemente, podía respirar con más normalidad. La joven se quedó con la mirada fija en él, con lágrimas de alegría derramándose por sus mejillas.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible?— sollozó, precipitándose en sus brazos.

—Och, muchacha— ronroneó él, atrapándola en su abrazo. Incluyó su cabeza y acarició con sus labios los de ella. Una vez, dos veces, una docena de veces—. Pensé que te había perdido para siempre, Chloe— gimió.

—¿Tú? ¡Yo también!

Besos más frenéticos, profundos y hambrientos. Ella entrelazó sus manos detrás del cuello fuerte, saboreando su solidez, la urgencia caliente de su cuerpo contra el de ella, algo que había creído que nunca podría sentir otra vez.

Finalmente, Dageus murmuró contra sus labios:

—¿Cómo llegaste, muchacha? ¿Cómo regresaste de Escocia tan rápidamente?

—¿Rápidamente?— Chloe se echó para atrás y lo miró boquiabierta—. Dageus, han pasado tres *semanas* y media desde que desapareciste—. Simplemente pensar en esas semanas horribles la hizo empezar a llorar otra vez.

Él la contempló sorprendido.

—Tres sema... ¡ah! Entonces eso es lo que la reina quiso decir— exclamó.

—¿La reina? ¿Qué reina? ¿Qué pasó? ¿Dónde has estado? ¿Y por qué estabas forzando el cerrojo? ¿Por qué simplemente no...? ¡Oh!— la joven calló súbitamente y contempló profundamente sus ojos exóticos, sensuales y dorados.

*Dorados.*

—Oh, Dageus— musitó—. ¿Se han ido? ¿No estás simplemente vivo sino que eres libre?

Él le dirigió una sonrisa deslumbrante y rió gozosamente.

—Sí, muchacha. Se han ido. Para siempre. Y por lo que respecta a forzar el cerrojo,

desde que se han ido, ya no conozco sus hechizos. Temo que mis días de ladrón han terminado, pequeña. ¿Aún así me aceptarás? ¿Sin ser nada más que un hombre? ¿Un simple druida Keltar, nada más?

—Oh, te aceptaré, Dageus MacKeltar— dijo Chloe fervientemente—. Te aceptaré de cualquier forma que puedo obtenerte.

Llevó varias docenas de besos antes de que ella estuviera finalmente lo suficientemente calmada y lo suficiente convencida de que él era real antes de permitirle sentarla en su regazo sobre el sofá y contarle lo que había sucedido.

Cuando Silvan recobró conciencia y se movió en su silla, la reina estaba sentada frente a él, observándolo fijamente.

—Eres real— logró decir él.

Ella se veía suavemente divertida.

—Fue recientemente expuesto a mi atención que quizá no deberíamos haberlos dejado tan completamente sin guía. Que quizá habían comenzado a pensar que no éramos reales. No estaba muy convencida. Lo estoy ahora.

—¿Qué eres, precisamente?— preguntó Silvan, abyectamente fascinado.

—Es difícil de explicar en tu lenguaje. Podría mostrártelo, pero no viajarías bien con esa forma corporal, así que creo que no lo haré.

Silvan clavó los ojos en ella, tratando de memorizar cada detalle.

—Tu hijo es libre, Keltar.

El corazón de Silvan brincó.

—¿Dageus triunfó sobre los Draghar? ¿Tuvo éxito en reencarcelarlos?

—Por así decirlo. Es suficiente decirte que él se probó a sí mismo.

—¿Y vive?— presionó Silvan—. ¿Él está con Chloe?

—Lo devolví a la mujer que lo escogió como su consorte. Él nunca podrá regresar a este siglo. Ya el tiempo ha sido alterado más de lo que es prudente.

La boca de Silvan se abrió y cerró varias veces mientras trataba de decidir qué decir. Nada remotamente inteligente se le ocurrió, así que finalmente se decidió por un simple:

—Gracias por venir a contarme todo esto—. Estaba completamente desconcertado de que la reina de la raza legendaria se hubiera molestado en ir a decírselo.

—No vine a decirte esto. Te mostraste débil al despertar. Se me ocurrió aumentar tu fuerza con buenas noticias. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Tenemos?— sus ojos se dilataron.

—Está el asunto sin importancia de un Pacto roto. Roto en este siglo del lado Keltar. Debe ser acuñado de nuevo, aquí y ahora.

—Ah— dijo él.

—Así que tú quitaste el cuchillo de mi cuello— dijo Chloe, sorbiéndose la nariz y enjugándose las lágrimas con un pañuelo de papel. Él se lo había contado todo: cómo lo había drogado la secta de los Draghar con una poción que le había imposibilitado controlar el uso de la magia, cómo se había percatado cuando la habían llevado a ella a la habitación que sólo tenía una elección.

Como Drustan y ella habían sospechado, Dageus había sido honorable hasta el momento final, y había tratado de matarse.

—Ibas a morir y *dejar-me*— siseó ella, aporreándolo en el pecho con sus puños—. Casi podría odiarte por eso—. Ella suspiró profundamente, sabiendo que lo amaba por eso también. Su honor era una parte integral de él, y ella no lo querría de otra manera.

—Créeme, muchacha, esa fue la cosa más difícil que jamás me he forzado a hacer. Despedirme de ti casi me desgarró el corazón en pedazos. Pero la alternativa era desatar algo que finalmente no sólo podría destruir el mundo sino también a ti. ¿Piensas que no sufrí mil muertes temiendo lo que los Draghar podrían hacerte si fallaba en morir antes de que me tomaran completamente? Te juro que nunca quiero sentir ese miedo otra vez—. Él pasó sus manos por sus brazos, las hundió en su pelo y la besó dura y exigentemente, su lengua deslizándose profundo.

Cuándo ambos estaban jadeantes, ella dijo:

—Entonces, ¿qué ocurrió después?—. Chloe trazó con sus dedos los rasgos de la cara masculina, saboreando la percepción de su mandíbula áspera, sin afeitar, la blandura de sus labios pecadoramente sensuales. Y oh... ¡la vista de esos ojos claros y dorados como los de un tigre, sin sombras!

Él le dijo que había usado magia para privarla de la vista y el oído para que no se viera forzada a observarlo transformarse y morir. Un momento escaso después de que condujera el cuchillo a través de su corazón, una especie de hombre y una mujer habían aparecido. Los *Tuatha de Danaan* en persona.

—¿Aparecieron los *Tuatha de Danaan*? ¿Realmente *los viste*?— casi gritó Chloe.

—Sí—. Dageus sonrió ante la expresión de curiosidad insaciable en su cara. Sospechó que se vería forzado a repetir esa parte de su historia docenas de veces en las siguientes dos semanas, así ella podría estar segura de no haber perdido un solo detalle—. Hicieron algo con los miembros caídos de la secta, y los hicieron desaparecer. No tengo idea de dónde fueron. Mis cadenas se desprendieron y la siguiente cosa que supe, era que me habían llevado a alguna parte... o algo así. Fui débilmente consciente de que yacía sobre una playa cerca de un océano, en un lugar que era diferente de cualquier otro lugar en el que haya estado jamás. Los colores alrededor de mí eran tan brillantes...

—¿Qué hay acerca de *ellos*?— Chloe exclamó impacientemente—. ¿Qué apariencia tienen los *Tuatha de Danaan*?

—No son humanos, con toda seguridad. Sospecho que verdaderamente no se parecen a nosotros del todo, aunque prefieren aparecer con una apariencia similar. Son como las leyendas los describen: altos, esbeltos, hipnóticos para contemplar. Verdaderamente, es difícil mirarlos directamente. Si no hubiera estado desangrándome y tan débil, a lo mejor, su apariencia me habría intrigado mucho más de lo que lo hizo. Eran inmensamente poderosos. Podía sentirlo en el aire alrededor de ellos. Había pensado que los druidas antiguos poseían de gran poder, pero eran meras motas de polvo comparados con los *Tuatha de Danaan*.

—¿Y? ¿Qué pasó?

—Me sanaron—. Dageus luego explicó lo que habían hecho y por qué.

La mujer se había identificado a sí misma como la reina de los *Tuatha de Danaan*. Ella había dicho que, aunque él había roto su juramento y había usado las piedras por motivos personales, se había absuelto a sí mismo al estar dispuesto a arrebatarle la vida para impedir que la Profecía se cumpliera. Ella le había dicho que por sus acciones, se había probado digno del nombre Keltar, y por lo tanto le sería dada una segunda oportunidad.

Dageus sonrió torcidamente.

—Deberías haberme visto, pequeña Chloe, yaciendo allí, creyendo que estaba muriendo y nunca podría verte otra vez, y luego comprendiendo no sólo que ella iba a liberarme, sino que tenía la intención de sanarme y regresarme a ti—. Él hizo una pausa, considerando cuidadosamente lo que había acontecido, pero no podía pensar en una forma para explicárselo, porque no había tenido sentido para él.

Sospechaba que nunca lo tendría. Había habido una palpable tensión entre la reina y el otro *Tuatha de Danaan*, a quien ella había llamado Adam. Mientras él había yacido allí, la reina le había dado instrucciones a Adam para sanarlo, pero Adam había protestado que Dageus estaba demasiado cercano a la muerte. Adam había sostenido la opinión de que le costaría en exceso salvar la vida del mortal.

La reina contestó que ese era el precio que merecía por la súplica formal que Adam había presentado, significara aquello lo que significara.

El *Tuatha de Danaan* masculino no había parecido feliz. Verdaderamente, para un ser tan desapegado del mundo, había parecido *mortalmente* horrorizado por su decreto.

—¿Qué? ¿Qué no me estás diciendo?— dijo Chloe impacientemente, ahuecando su cara con sus manos.

—Och, no es nada, muchacha. Simplemente pensaba que había corrientes submarinas entre esos dos *Tuatha de Danaan* que no comprendí. De todos modos, Adam me curó y la reina levantó las almas de los Draghar de mi cuerpo y las destruyó.

Chloe suspiró con felicidad.

—¿Fue entonces cuando ella cerró las piedras?

—Sí. Dijo que lo había reconsiderado y había decidido que el poder de trasladarse a través del tiempo no era algo que el hombre debiera poseer aún.

—¿Entonces por qué te tomó tanto tiempo regresar aquí?

—Chloe, amor, para mí pasaron unas pocas horas desde ese momento en las catacumbas. Sólo cuando me dijiste que había pasado cerca de un mes, entendí lo que la reina quiso decir cuando mencionó que el tiempo no pasaba en la misma forma en nuestros reinos.

—¡Entonces esa parte de la leyenda es cierta también!— exclamó Chloe—. Los cuentos antiguos afirman que un año en el reino de los *Tuatha de Danaan* es un siglo en el mundo mortal.

—Sí. La de ellos es una dimensión diferente—. Él hizo una pausa, con la mirada fija en ella, apenado. Observó sus ojos hinchados, su nariz enrojecida—. Och, muchacha, has estado sufriendo por mí mucho tiempo— dijo con tristeza—. No habría querido que eso ocurriera. ¿Qué hiciste?

—¡Esperé con Gwen y Drustan y...! ¡Tenemos que llamarlos!—. Ella trató de retorcerse de su regazo hacia el teléfono, pero él apretó sus brazos alrededor de ella, rehusándose a dejarla ir.

—Dentro de poco, amor. Siento tanto que hayas sufrido. Si lo hubiera sabido...

—Si lo hubieras sabido, ¿entonces qué? Si esto es lo que tuvo que ocurrir para que pudieras regresar, no tengo un solo arrepentimiento. Está bien. Estás *aquí* ahora, y nada más tiene importancia. No podría pedir nada más.

—Yo podría— dijo Dageus quedamente.

Chloe parpadeó, pareciendo confusa y un poco herida.

Dageus la besó tiernamente.

—He estado queriendo pedirte esto por tanto tiempo, pero temía no tener un futuro que prometerte. Lo tengo ahora. ¿Te casarás conmigo, pequeña Chloe? ¿Aquí, en este momento, en la forma druida?

Y entonces empezó una de las horas más emocionantes de vida de Silvan MacKeltar. Se sentó frente a la reina de los *Tuatha de Danaan* y renegoció las condiciones. Era fascinante; frustrante porque ella no contaba nada sobre sí misma; y era irrisorio. Ella era lista e inmensamente poderosa, diez veces más de lo que había sentido en los Draghar.

No hubo necesidad de pedir que el poder de las piedras fuera derogado de sus deberes, pues él las había sentido cerrarse poco después de que Dageus se hubiera marchado. El antiguo círculo de piedras se había sentido abruptamente muerto. Vacío de energía, sólo emergían como una simple presencia que los hacía parecer ligeramente más *allí* que el paisaje circundante. Cuando él preguntó por eso, ella simplemente había respondido que había reconsiderado los deberes de los Keltar.

Discutieron un poco —¡él había reñido con la reina!— sobre algunos puntos menores, en su mayor parte porque era más bien como un juego de ajedrez, y la ventaja

de la diplomacia era tanto una parte de la naturaleza de la reina como de la de él.

Fue requerido oro, una cantidad poco importante, había dicho la reina, simplemente como una señal, para ser derretido y añadido al Pacto original. Como no tenía nada a mano, él empeñó el anillo que Nellie le había dado en su día de bodas.

Aunque la reina se había rehusado con denuedo a contestar cualquiera de sus preguntas acerca de su raza, le aseguró que a partir de entonces, personalmente asistiría a un Keltar en cada generación, así que nunca perderían de vista sus deberes otra vez.

Y así El Pacto fue comprometido nuevamente y la responsabilidad de las piedras fue agradecidamente despedida, para ser padecida otra vez sólo el día —y Silvan esperaba que no sucediera por un tiempo muy, muy largo— en que el hombre descubriera sus peligrosos secretos por sí mismo.

Cuando todo había sido cumplido y la reina había desaparecido, Silvan fue en busca de Nellie.

Tenía tanto que contarle, pero a pesar de todo, primero había un asunto enteramente diferente pesando moleestamente en su mente. En el momento en que había pensado que estaba muriendo, se había dado cuenta de cuán tonto había sido. Tenía que hacer un intento. Al menos tendría que proponerlo, y dejar que Nellie escogiera si lo querría para siempre o no.

La encontró en el dormitorio de ambos, mullendo las almohadas, preparándose para acostarse. A sus ojos, no existía una mujer más bella. En su corazón, no había ninguna más perfecta.

—Nellie— dijo suavemente.

Ella miró hacia arriba y sonrió. Era una sonrisa que le decía que lo amaba, una sonrisa que lo tentaba a unirse a ella en su cama.

Yendo rápidamente a su lado, él arrancó la almohada de sus manos y la arrojó a un lado. Quería su completa atención.

Y ahora que la tenía, se encontró inexplicablemente nervioso. Se aclaró la voz. Se había preparado, había practicado una docena de veces lo que iba a decir, pero ahora que el momento había llegado, ahora que miraba fijamente sus ojos preciosos, todo parecía haber huido de su mente. Y terminó empezando más bien mal.

—Voy a morir antes que tú— dijo rotundamente.

Nell dio un pequeño bufido de risa y lo palmeó reconfortantemente.

—Och, Silvan, mira con qué cosas sales...

—Silencio—. Él colocó un dedo suave contra sus labios y lo mantuvo allí. Los ojos de su esposa se ensancharon y ella lo contempló interrogativamente.

—Las probabilidades de que muera antes que tú, Nellie, son significativas. No querría que sufrieras por eso. Nunca le propuse a mi primera esposa los votos vinculantes porque ella no era mi compañera, y lo sabía. Nunca te los ofrecí porque *tú eres mi compañera, y lo sabía*—. Él hizo una pausa, buscando la palabra justa. Los ojos de Nell eran enormes y redondos y se había quedado muy quieta.

—Eso es sin duda la cosa más malditamente poco lógica que has dicho nunca,

Silvan— finalmente murmuró ella contra su dedo.

—No podía soportar la idea de dejarte sola, atada a mí.

Ella quitó su dedo de sus labios y resbaló su mano en la de él.

—Podría soportar cualquier número de años, Silvan, si supiera que nos reencontraremos.

—¿Quieres decir que...? ¿Verdaderamente?

—¿Cómo puedes dudarlo? ¿No te he demostrado mi amor?

Och, en tantas formas, él pensó, emocionado. Y se acercaba el momento en que él se lo demostrara también. Con gentileza, Silvan colocó su mano entre sus pechos, por encima de su corazón, y descansó la otra encima del suyo.

—Coloca tus manos encima de las mías.

Ella miró hacia abajo, en sus manos y sus ojos se estrecharon.

—¿Qué sucedió con tu anillo?

—No es una simple banda de metal la que nos mantiene unidos, Nellie. Hay algo mucho más grande que eso. En lo que se refiere a lo que le sucedió a mi anillo, se lo di a la reina de los *Tuatha de Danaan* cuando vino y me dijo que Dageus estaba vivo y bien, y libre por fin.

—¿Qué?—. Nellie se quedó sin aliento.

—Te lo diré todo dentro de poco— dijo Silvan impacientemente. Ahora que había tomado la decisión de pronunciar los votos vinculantes, estaba desesperado por su respuesta. No quería desaprovechar otro momento más; estaba frenético por reclamarla, antes de que algo horrible, como que su corazón cediera antes de que pudiera completar los votos, sucediera.

—¿Dirás las palabras después de mí, muchacha?

—Och, ¿la vida contigo nunca es simple?— exclamó ella. Luego sonrió radiantemente—. Sí, Silvan. Diré las palabras.

La voz de Silvan fue firme y profunda.

—*Si algo debe perderse...*

—Entonces, ¿cómo se casa una con un druida?— preguntó Chloe jadeante. No podía dejar de tocarlo, no podía creer que estuviera vivo, que lo había recuperado y todo había resultado bien.

Con un dedo bajo su barbilla, él acarició ligeramente su boca para un beso suave.

—Es medianamente simple, realmente. Tú casi lo hiciste una vez— dijo, dirigiéndole una sonrisa. Una sonrisa que alcanzó completamente sus ojos dorados, para llenarlos de calor. Una sonrisa que prometía hacerle el amor apasionadamente en el momento que completaran sus ritos druidas. Y ella necesitaba definitivamente hacer el amor apasionadamente. Se sentía como si pudiera explotar de felicidad.

Sus palabras penetraron un poco tardíamente. Ella frunció el ceño, perpleja.

—¿Lo hice?

—Sí—. Él colocó una mano encima de su corazón, la otra sobre el suyo propio—. Coloca tus manos encima de las mías, muchacha.

Cuando ella accedió, él la besó otra vez, esta vez lenta y dulcemente, abrazando como rehén su labio inferior por un momento largo y delicioso. Luego dijo:

—Repite después de mí, mi amor.

Ella asintió, sus ojos centelleando.

—*Si algo debe perderse, que sea mi honor por el tuyo...*

—Soy dada— dijo Nellie, parpadeando para contener las lágrimas. La emoción se inflamó dentro de su cuerpo, derrumbándose sobre ella como una ola del océano, y podría haber caído de sus rodillas si Silvan no la hubiera atrapado en sus brazos.

—Sí, muchacha, ahora eres verdaderamente mía— dijo él ferozmente—. Para siempre.

—¿*Te casaste conmigo* ese día en los brezos?— gritó Chloe—. ¿Y no me lo dijiste? ¡*Oh!* ¡Vamos a tener que mantener una conversación *seria* sobre cómo comunicarnos!—. Ella lo miró con el ceño fruncido—. ¡Y mientras estamos en ese tema, todavía no hemos discutido acerca de marcharte esa noche sin decirme nada!

—Después de amarnos, muchacha— ronroneó Dageus, bajando su cabeza oscura hacia la de ella—. Habrá mucho tiempo para hablar de esas cosas luego.

Y amarse, juró él, mientras deslizaba el suéter de su esposa sobre su cabeza, les iba a tomar un tiempo muy, muy largo.

Él ya no era oscuro; el tiempo ya no era su enemigo. Había reclamado a su compañera, y el futuro surgía frente a ellos, resplandeciente de promesas.

**FIN**